



Traduciendo a
BLIZZARD

Prologo

Un aullido terrible resonó en el camino...

Era enorme, de ocho patas y con forma de lobo, se dejó caer en Rhonin. Si hubiera sido distinto de lo que era, el mago habría muerto allí, la comida de una salvaje criatura con dientes de sable con cuatro brillantes ojos verdes que hacen juego con sus ocho filosas garras. El monstruoso semi-lobo le derribó, pero Rhonin, al haber hechizado su ropa para que le protegiesen mejor de la intemperie, resultó ser un hueso duro de roer. Las garras rasgaron la capa que debería fácilmente haber quedado destrozada, en cambio solo recibió un ligero rasguño. La bestia de piel gris posada al final aulló de frustración. Rhonin tomó la apertura, lanzando un simple pero efectivo hechizo que lo había salvado en el pasado. Una cacofonía de explosión de luz cegaron los ojos esmeraldas de la criatura, tanto deslumbrada como sorprendida. Se agachó hacia atrás, golpeando con fuerza inútilmente por sus ojos cegados.

Arrastrándose fuera de su alcance, Rhonin se levantó. No había ninguna posibilidad de huida, que sólo serviría para darle la espalda a la bestia, y su hechizo de protección ya se estaba debilitando. Unos cuantos tajos más y las garras hubieran rasgado al mago hasta sus huesos.

El hechizo de fuego había funcionado contra el horrendo necrofago de la isla, y Rhonin no veía ninguna razón por qué tal intento no lo ayudaría nuevamente. Él murmuró las palabras... y de pronto estaban a la inversa. Peor aún, Rhonin se encontró retrocediendo, volviendo a las garras salvajes de la bestia ciega. El tiempo se había vuelto en su contra... pero ¿Cómo?

ÍNDICE

[Capitulo Uno](#)

[Capitulo Dos](#)

[Capitulo Tres](#)

[Capitulo Cuatro](#)

[Capitulo Cinco](#)

[Capitulo Seis](#)

[Capitulo Siete](#)

[Capitulo Ocho](#)

[Capitulo Nueve](#)

[Capitulo Diez](#)

[Capitulo Once](#)

[Capitulo Doce](#)

[Capitulo Trece](#)

[Capitulo Catorce](#)

[Capitulo Quince](#)

[Capitulo Dieciséis](#)

[Capitulo Diecisiete](#)

[Capitulo Dieciocho](#)

[Capitulo Diecinueve](#)

[Capitulo Veinte](#)

[Capitulo Veintiuno](#)

[Capitulo Veintidós](#)

[Capitulo Veintitrés](#)

[Capitulo Veinticuatro](#)

[Sobre el Nosotros](#)

CAPITULO UNO

El alto y prohibido palacio en lo alto del borde del acantilado montañoso, con vistas a tan precario y vasto cuerpo de agua negra por debajo que parecía a punto de desplomarse en las oscuras profundidades. Cuando al comienzo, el grande y amurallado edificio había sido construido usando magia que mezcló piedra y bosque en uno solo, de forma cohesiva, este lugar había sido una maravilla que podía tocar el corazón de cualquiera que lo haya visto. Sus torres eran literalmente árboles fortalecidos por rocas, que tenían grandes ventanales y remates en lo alto de gran altura y estrechos conocidos como agujas. Los muros eran de piedra volcánica, que una vez levantados, eran arraigados con enredaderas y raíces gigantes. La parte principal del palacio, en el centro del mismo, había sido creado originalmente por la unión mística de más de un centenar de árboles gigantes y antiguos. Doblados en conjunto, habían formado la estructura de la cúpula central, en la cual rocas y raíces se habían cimentado.

Una maravilla que tocó el corazón de todos cuando fue construida, ahora toca los temores de algunos. Un aura perturbadora lo envolvía, aún más, incrementado por ésta noche de tormenta. Los pocos que disimuladamente miraban en el antiguo edificio ahora rápidamente desviaban la mirada.

Aquellos que miraban en cambio las aguas debajo del palacio no encontraron la paz tampoco. El lago color ébano estaba ahora en estado de agitación violenta y antinatural. Olas agitadas tan altas como el palacio subían y bajaban a lo lejos, chocando con un rugido. Rayos sonaban en su vasto cuerpo, rayos de oro, carmesí, o el verde de la descomposición. Un trueno retumbó como mil dragones y los que vivían cerca de sus costas se acurrucaron cerca, hubo incertidumbre en cuanto a qué tipo de tormenta podría haberse desatado. Sobre las paredes que rodean al palacio, los guardias con sus armaduras color verde-bosque, empuñaban sus lanzas y espadas miraron cautelosos alrededor.

Observaron no sólo más allá de las paredes en busca de intrusos imprudentes, sino en ocasiones miraban disimuladamente dentro... sobre todo en la torre principal, donde se detectan las energías impredecibles que se manifestaban.

Y en esa alta torre, en una cámara de piedra sellada de la vista de los que estaban fuera, unas figuras altas con túnicas iridiscentes de color turquesa, bordados con estilizadas imágenes de plata de la naturaleza, se inclinaron sobre un patrón hexagonal escrito en el suelo. En el centro del patrón, símbolos de una lengua arcaica inclusive para los portadores, brillaron con vida propia.

Brillantes ojos de plata sin pupilas miraban por debajo de las capuchas mientras

los elfos de la noche murmuraban el hechizo. Su piel oscura y violeta se cubrió de sudor como la magia en el patrón de amplificación. Todos se veían cansados y a punto de sucumbir al agotamiento, todos menos uno. Ese, que supervisaba el conjuro, observaba el proceso no con ojos como orbes de plata, como el resto, sino con falsos ojos negros y con vetas de rubí que recorrieron a lo largo de la sala. Pero a pesar de los falsos ojos, observó cada detalle, cada inflexión por los demás. Su rostro largo y estrecho, incluso para un elfo, tenía una expresión de hambre y anticipación mientras los conducía en silencio.

Otra observaba todo esto, bebiendo cada palabra y gesto. Sentada en una lujosa silla de marfil y cuero, su rico cabello plateado enmarcaba sus rasgos perfectos y el vestido de seda – tan dorado como sus ojos - haciendo lo mismo por su forma exquisita, era en cada centímetro que se observaba una reina. Se recostó en la silla, bebiendo vino de una copa de oro. Sus enjoyados brazaletes tintineaban mientras su mano se movió y el rubí de la tiara que llevaba brillaba a la luz de las energías mágicas que los otros habían convocado.

De vez en cuando su mirada cambiaba ligeramente para estudiar la figura de ojos oscuros, fruncía sus labios carnosos ante una aparente sospecha. Sin embargo, una vez que de repente él miró hacia su dirección, como si sintiera su mirada, toda sospecha desapareció, reemplazada por una sonrisa lánguida.

El canto continuó.

El lago negro se agitaba locamente.

Había ocurrido una guerra y había terminado.

Así, Krasus supo, que la historia eventualmente escribió lo que había sucedido. Casi perdido en esa historia que sería de las innumerables vidas destruidas, las tierras devastadas y la destrucción casi total de todo el mundo mortal.

Incluso los recuerdos de dragones son fugaces en las circunstancias, que la figura pálida, vestida de gris reconoció. Lo entendía muy bien, porque aunque para la mayoría de los demás parecía a una figura semi-élfica, larguirucho con rasgos de

halcón, el pelo plateado, y tres cicatrices largas viajan por su mejilla derecha, era mucho más que eso.

Para la mayoría, era conocido como un mago, pero para unos pocos elegidos se llamaba Korialstrasz -un nombre que sólo un dragón usaría.-

Krasus había nacido dragón, uno rojo y majestuoso, el más joven de los consortes de la gran Alexstrasza. Ella, el aspecto de la vida, fue su compañera más querida... pero una vez más se alejó de ella para estudiar las situaciones difíciles y el futuro de las cortas vidas mortales.

En la morada oculta, labrada en la roca que había elegido para su nuevo santuario, Krasus veía el mundo de Azeroth. El cristal esmeralda brillante le permitía ver cualquier tierra y cualquier individuo que deseara.

Y en todas partes que el dragón mago miró, vio la devastación.

Parecía como si sólo hubiera sido hace unos años, cuando los monstruos grotescos, de piel verde llamada orcos, que habían invadido el mundo del más allá, fueron derrotados. Con sus números restantes mantenidos en campamentos, Krasus había creído que el mundo estaba listo para la paz. Sin embargo, esa paz había sido de corta duración. La Alianza - coalición liderada por los humanos que habían estado al frente de la resistencia- había comenzado inmediatamente a desmoronarse, los miembros competían por el poder sobre los otros. Parte de eso fue culpa de los dragones, o de un dragón, Deathwing, pero mucho había sido simplemente la codicia y el deseo de los humanos, enanos y elfos.

Sin embargo, aun eso hubiera sido de poca preocupación de no ser por la llegada de la Legión Ardiente.

Hoy en día, Krasus miró la distante Kalimdor, situada al otro lado del mar. Incluso ahora, hay áreas que parecían un lugar después de una terrible erupción volcánica. No hay vida, no hay una aparente civilización, que se haya mantenido en esas áreas. La Legión Ardiente no había dejado nada a su paso más que la muerte.

Los demonios de fuego habían venido de un lugar más allá de la realidad. La magia era lo que buscaban, la magia devoraban. Atacaban junto con sus peones monstruosos, la Plaga, que habían creado para arrasar el mundo. Sin embargo, no contaban con la alianza más inverosímil de todas...

Los orcos, una vez también sus títeres, se habían vuelto en su contra. Se habían unido a los humanos, elfos, enanos y dragones para diezmar a los guerreros demoníacos y sus horribles bestias, y empujar los restos de nuevo en el más allá

infernol. Miles habían muerto, pero la alternativa...

El mago dragón resopló. En verdad, no había otra alternativa.

Krasus agitó mucho, estrechando los dedos sobre el orbe, convocando a una visión de los orcos. La visión fue borrosa momentáneamente y reveló un área rocosa montañosa en el interior. Una tierra dura, pero todavía llena de vida y capaz de soportar los nuevos colonos.

Ya, varias estructuras de piedra se habían levantado en el asentamiento principal, donde el Jefe de Guerra y uno de los héroes de la guerra, Thrall, gobernaba. El alto edificio redondeado que sirvió como su cuartel y estaba abierto para los estándares de cualquier otra raza, pero los orcos tenían una tendencia a lo básico.

La extravagancia de un orco era tener un lugar permanente para vivir. Ellos habían sido nómadas o presos por tanto tiempo que el concepto de "hogar" había sido prácticamente perdido.

Varias de las grandes figuras verdes labraban en un campo. Viendo los trabajadores con colmillos, de aspecto brutal, Krasus se maravilló del concepto de los agricultores orcos. Thrall, sin embargo, era un orco muy inusual y que había captado rápidamente las ideas que restablecerían la estabilidad a su pueblo.

Estabilidad, era algo que el mundo entero necesita gravemente. Con otro movimiento de su mano, el dragón mago desestimó Kalimdor, convocando ahora a una ubicación más cercana - a la capital una vez enorgullecida de su favor, Dalaran.- Gobernada por los magos del Kirin Tor, los principales portadores de la magia, había estado al frente de la batalla de la Alianza contra la Legión Ardiente en Lordaeron y uno de los primeros y más preciados objetivos de los demonios de turno.

Dalaran estaba medio en ruinas. Las agujas en otro tiempo enorgullecidas, se habían prácticamente destrozado. Las grandes bibliotecas quemadas. Incontables generaciones de conocimiento se había perdido... y con ellos un sinnúmero de vidas. Incluso el consejo había sufrido mucho. Varios de esos Krasus habían contado como amigos, o al menos habían sido respetados colegas. El liderazgo estaba en confusión y sabía que iba a tener que intervenir para echar una mano. Dalaran necesitaba hablar con una sola voz, aunque sólo sea para mantener lo que quedaba de la astillada Alianza intacta.

Sin embargo, a pesar de la crisis y tribulaciones aún por delante, el dragón tenía esperanza. Los problemas del mundo eran superables. No más miedo a los orcos,

no más miedo a los demonios. Azeroth tendría problemas, pero al final, Krasus no sólo pensaba que iba a sobrevivir, creía plenamente que prosperaría.

Se apartó del cristal esmeralda y se levantó. La Reina Dragón, su amada Alexstrasza, le estaría esperando. Ella sospechaba de su deseo de volver a ayudar al mundo de los mortales y, de todos los dragones, era ella quien mejor lo entendía. Se transformaría a su verdadero yo —por un tiempo— y se iría antes que su remordimiento lo detuviera.

Su santuario que había elegido no sólo por su aislamiento, sino también por su masividad. Paso a paso desde la pequeña cámara, Krasus entró en una caverna dentada cuyas alturas fácilmente eran adaptadas a las torres ahora perdidas de Dalaran. Un ejército podría haber acampado en la caverna y no se llenaría.

El tamaño justo para un dragón

Krasus estiró los brazos... y mientras lo hacía, sus dedos afilados se alargaban aún más, convirtiéndose en garras. Su espalda arqueada y cerca de los hombros estallaron apéndices idénticas que rápidamente se transformaron en alas incipientes. Sus largos rasgos se estiraron, volviéndose reptiles.

A lo largo de todos estos cambios menores, la forma de Krasus se expandió. Se convirtió en cuatro, cinco, incluso diez veces el tamaño de un hombre y siguió creciendo. Cualquier parecido con un ser humano o un elfo desapareció rápidamente.

Del hechicero Krasus, se convirtió en Korialstrasz, el dragón.

Pero a la mitad de su transformación, una voz desesperada de repente llenó su cabeza.

— Kor... strasz... —

Él vaciló, casi volviendo a su forma de mago. Krasus parpadeó y miró alrededor de la enorme cámara como si buscara la fuente del grito allí.

Nada. El dragón mago esperó y esperó, pero la llamada no se repitió.

Encogiéndose de hombros a sus propias incertidumbres, comenzó de nuevo con la transformación...

Y de nuevo, la voz desesperada gritó:

— Korialstra... —

Esta vez... lo reconoció. Inmediatamente, él respondió de la misma manera:

— ¡Te escucho! ¿Qué es lo que necesitas de mí? —

No hubo respuesta, pero Krasus sintió la desesperación restante. Centrándose, trató de llegar y establecer un vínculo con el que tanto necesitaba su ayuda, el que no debería haber necesitado ninguna ayuda de ninguna criatura.

— ¡Estoy aquí! — El Dragón mago dijo. — ¡Dame una idea de lo que está mal! —

Sintió el toque más vacío a cambio, una débil insinuación de algún peligro. Krasus

Concentró cada ápice de sus pensamientos en el enlace magro, esperando...

Esperando...

La abrumadora presencia de un dragón cuya magia era mil veces más fuerte que la suya envió a Krasus asombro. Una sensación de siglos, de edad muy avanzada, lo envolvió en su terrible majestuosidad. Krasus sintió como si el tiempo de ahora lo rodeara en toda su majestad terrible.

No era el tiempo... no del todo... pero era el aspecto del tiempo.

El Dragón del Tiempo... Nozdormu.

Sólo había cuatro grandes dragones, cuatro grandes aspectos, de los cuales su amada Alexstrasza era la vida. El loco Malygos fue la magia etérea, Ysera influenciaba los Sueños. Ellos, junto con el nombrado Nozdormu que era el tiempo, representaban la creación misma.

Krasus hizo una mueca. En verdad, antes habían sido cinco aspectos. El quinto que había sido llamado... Neltharion, el Guardián de la Tierra. Pero hace mucho tiempo, en un tiempo que incluso Krasus no podía recordar con claridad, Neltharion había traicionado a sus compañeros. El Guardián de la Tierra se había vuelto en su contra y en el proceso se había ganado un nuevo título, más apropiado.

Deathwing. El Destructor.

La sola idea de Deathwing, inquietó a Krasus del asombro. Él distraídamente tocó las tres cicatrices en su mejilla. ¿Deathwing había vuelto a plagar el mundo de nuevo? ¿Por eso el gran Nozdormu mostraría tal angustia?

— ¡Te escucho! — Krasus mentalmente llamó, ahora más que nunca, temerosos de la razón de la llamada. — Te escucho... ¿Eres... eres el destructor? —

Pero en respuesta, fue nuevamente golpeado por una abrumadora serie de imágenes sorprendentes. Las imágenes se quemaban a sí mismas en su cabeza, por lo que es imposible para Krasus olvidar jamás que hubieran aparecido.

En cualquier forma, Krasus, sin embargo adaptable y capaz, no era rival para el poder desenfrenado de un aspecto. La fuerza del poder mental del otro dragón le había arrojado contra la pared más cercana, donde el mago se desplomó.

Le tomó varios minutos a Krasus para levantarse desde el suelo e incluso entonces la cabeza le daba vueltas. Pensamientos fragmentados asaltaron sus sentidos. Era todo lo que podía hacer por un tiempo sólo para permanecer consciente.

Poco a poco, sin embargo, las cosas se estabilizaron suficientes para él para darse cuenta del alcance de todo lo que acababa de suceder. Nozdormu, el Señor del Tiempo, dijo que había estado llorando desesperadamente por ayuda... su ayuda. Se había vuelto específicamente para el dragón menor, y no a uno de sus compañeros.

Pero nada sería tan angustiante para un aspecto a menos de ser una amenaza monumental para el resto de Azeroth. ¿Por qué entonces elegir un dragón solitario rojo y no a Alexstrasza o Ysera?

Lo intentó una vez más interactuar con el gran dragón, pero sus esfuerzos sólo hicieron que su cabeza se mareara de nuevo. Estabilizándose, Krasus trató de decidir qué hacer en su lugar. Una imagen en particular, exigió constantemente su atención, la imagen de una zona de montaña de nieve barrida en Kalimdor. Lo que fuese que Nozdormu había intentado explicarle tenía que ver algo con esa región desolada.

Krasus tendría que investigar, pero necesitaría asistencia capaz, alguien que pudiera adaptarse fácilmente. Mientras Krasus se enorgullecía de su propia capacidad de adaptarse bien, su especie era, en su mayor parte, obstinada y lo hacían a su manera. Necesitaba a alguien que quisiera escuchar, pero que también podría reaccionar instantáneamente a causa de la evolución de los acontecimientos. No, para tal esfuerzo impredecible, sólo una criatura fuera a

servir. Un humano.

En particular, un humano llamado Rhonin.

Un hechicero...

Y en Kalimdor, en las estepas del país salvaje, un canoso anciano orco se inclinó sobre un fuego humeante. Murmurando palabras cuyo origen estaba en otro mundo perdido hace mucho tiempo, el orco color musgo verde tiró algunas hojas sobre el fuego, aumentando el humo ya espeso. Los vapores llenaron su humilde choza de madera y tierra.

El calvo, anciano orco se inclinó y aspiró. Sus ojos castaños eran venosos y su piel colgaba en sacos. Sus dientes eran de color amarillo, astillados, y uno de sus colmillos se había roto años antes. Apenas podía levantarse sin ayuda y cuando entró, lo hizo encorvado y lento.

Sin embargo, incluso el guerrero más resistente le pagó lealtad como chamán.

Un poco de polvo de huesos, un toque de bayas Tannar... todo formaba parte de una verdadera tradición resucitada entre los orcos. El padre de Kalthar le había enseñado todo, incluso durante los años oscuros de la Horda, igual como el abuelo de Kalthar le había enseñado a su padre antes de eso.

Y ahora, por primera vez, el chamán marchitado se encontró deseando que le hubieran enseñado bien.

Voces murmuraban en su cabeza, los espíritus del mundo que los orcos ahora llamaban hogar. Normalmente, se susurraban cosas pequeñas, cosas de la vida, pero ahora murmuraban con ansiedad:

— Alerta... alerta... —

Pero ¿De qué? Tenía que saber más.

Kalthar metió la mano en una bolsa a la cintura, tomando tres hojas negras secas. Eran casi todo de lo que quedaba de una sola planta traída del antiguo mundo de los orcos. Kalthar había sido advertido que no las usara a menos que realmente lo considere necesario. Ni su padre, ni su abuelo las habían utilizado.

El chamán las arrojó a las llamas.

Al instante, el humo se volvió un espeso remolino azul. No negro, sino azul. El orco frunció el ceño ante este cambio, luego se inclinó hacia adelante de nuevo y aspiró tanto como fue posible.

El mundo se transformó, y con él, el orco. Se había convertido en un pájaro, un gran ave volando sobre el paisaje. Voló sobre las montañas sin un cuidado. Con los ojos vio a los animales más pequeños, los ríos más lejanos. Una sensación de euforia que no sentía desde su juventud casi abrumba a Kalthar, pero él luchó. Ceder sería arriesgarse a perder su propia esencia. Él podría volar para siempre como un pájaro, sin saber lo que había sido una vez.

A pesar de lo que pensaba, Kalthar notó algo mal en la naturaleza del mundo, posiblemente el motivo de preocupación de las voces. Había algo que no debería estar. Se viró en la dirección que se sentía correcto, cada vez más ansioso a medida que se acercaba.

Y justo en la parte más profunda de la cordillera, el chamán descubrió la fuente de su ansiedad.

Su mente estudiada sabía que la visión era un concepto, no algo real. Para Kalthar, parecía un embudo de agua -uno que se tragó y vomitó simultáneamente.- Pero lo que surgía o se sumergía en las profundidades eran días y noches, meses y años. El embudo parecía estar comiendo y el tiempo mismo que emite.

La idea tambaleó al chamán tanto que él no se dio cuenta hasta demasiado tarde de que el embudo ahora pretendía también atraerlo adentro.

Inmediatamente, Kalthar se esforzó por liberarse. Él agitó sus alas, empujó con sus músculos. Su mente se acercó a su forma física, tirando duro en el enlace tenue, atando su cuerpo al alma y tratando de romper el trance.

Aun así el embudo lo atrajo hacia delante.

En su desesperación, Kalthar pidió a los guías espirituales, rezó a ellos para fortalecerlo. Llegaron como él sabía que lo harían, pero al principio parecían

actuar demasiado lento. El embudo llenó su vista, parecía a punto de engullirlo.

El mundo de repente se dio la vuelta al chamán. La forma de embudo, las montañas... había vuelto a casa.

Con un suspiro, Kalthar despertó.

Exhausto más allá de sus años, que apenas se mantenía de caer a las brazas del fuego. Las voces que constantemente murmuraban habían desaparecido. El orco se sentó en el suelo de su choza, tratando de tranquilizarse a sí mismo que, sí, ahora existía todo en el mundo de los mortales. Los guías espirituales le habían salvado, aunque justo a tiempo.

Pero con esa tranquilidad feliz llegó el recuerdo de lo que había visto en su visión... y lo que significaba.

— Debo decirle a Thrall... —

Murmuró, obligando a las piernas cansadas por la edad a pararse.

— Le debo decirle rápido... o si no perderemos nuestro hogar... nuestro mundo... otra vez... —

CAPITULO DOS

Un presagio maligno, decidió Rhonin, mientras sus vívidos ojos verdes miraban los resultados de la adivinación. Cualquier hechicero lo reconocería como tal.

— ¿Estás seguro? —

Vereesa llamó desde la otra habitación.

— ¿Has comprobado tu lectura? —

El mago pelirrojo asintió, y luego hizo una mueca cuando se dio cuenta de que, por supuesto, la elfa no podía verlo. Tendría que decirselo cara a cara. Ella se merecía eso. Rogaba que sea fuerte.

Vestido con pantalones azules oscuros y chaqueta, ambos de oro con adornos, Rhonin parecía más un político que un mago en estos días, pero en los últimos años habían exigido tanto su diplomacia como su magia. La diplomacia nunca había sido fácil para él, que prefirió ir cargando en una situación. Con su espesa melena y su barba corta, tenía una apariencia leonina distinta que se igualó con su temperamento cuando se vio obligado a conversar con embajadores arrogantes. Su nariz, rota hace mucho tiempo y nunca -por su propia elección- fijada correctamente, añadía más a su reputación de fuego.

— Rhonin... ¿Hay algo que no me hayas dicho? —

No podía dejarla en espera. Ella tenía que saber la verdad, por terrible que sea.

— Ya voy, Vereesa. —

Dejando a un lado sus instrumentos de radiestesia, Rhonin respiró profundamente y luego se unió a la elfa. Sólo en la entrada, sin embargo, se detuvo. Rhonin podía ver una perfecta y hermosa cara ovalada sobre la que se había colocado ingeniosamente dos ojos seductores con forma de almendra de cielo azul puro, una pequeña nariz respingona y una boca tentadora aparentemente siempre a medio camino de una sonrisa. Podía haber pasado por una humana si no fuera por las largas y afiladas orejas que sobresalían del pelo, orejas puntiagudas marcado su raza.

— Y bueno...— Preguntó ella, con paciencia.

— Son... son gemelos. —

Su rostro se iluminó, volviéndose cada vez más perfecta ante sus ojos.

— ¡Gemelos! ¡Qué casualidad! ¡Qué maravilla! ¡Estaba tan segura! —

Ella ajustó su posición en la cama de madera. La delgada pero curvada elfa forestal ahora estaba embarazada de varios meses. Había dejado la coraza y la armadura de cuero. Ahora llevaba un vestido de plata que no ocultaba del todo el nacimiento inminente.

Deberían haber adivinado por la rapidez que había mostrado, pero Rhonin había querido negarlo. Habían estado casados sólo unos meses cuando ella había descubierto su condición. Ambos estaban preocupados pues, no sólo por su matrimonio que había sido una manera muy poco común en los anales de la historia, sino que nadie había registrado con éxito un nacimiento humano-elfo.

Y ahora no se esperaba un niño, sino dos.

— No creo que lo entiendas, Vereesa. ¡Gemelos! ¡Los gemelos de un humano y una elfa! —

Pero su rostro seguía muy radiante y con asombro.

— Los elfos rara vez dan a luz y muy, muy rara vez dan a luz a gemelos
mi amor. ¡Ellos estarán destinados a grandes cosas! —

Rhonin no pudo ocultar su expresión agria.

— Lo sé. Eso es lo que me preocupa... —

Él y Vereesa habían vivido a través de su propia parte de "grandes cosas". Improvisando para penetrar en el bastión orco de Grim Batol durante los últimos días de la guerra contra la Horda, donde habían enfrentado no sólo a los orcos, sino a dragones, goblins, trolls, y mucho más. Después, habían viajado de reino en reino, convirtiéndose en embajadores, cuya misión era recordar a la Alianza la importancia de permanecer unida. Eso no había significado, sin embargo, que no habían arriesgado sus vidas durante ese tiempo, para la paz después de que la guerra había acabado.

Entonces, sin previo aviso, había llegado a la Legión Ardiente.

En ese momento, lo que había comenzado como una sociedad de dos agentes cautelosos, se había convertido en la unión de dos almas

inverosímiles. En la guerra contra los demonios asesinos, el mago y la forestal habían luchado tanto para sí como para sus tierras. Más de una vez, habían pensado que si uno de ellos moría, el dolor que sentiría el otro sería insoportable.

Tal vez el dolor de perder a su pareja parecía empeorar a causa de todos sus otros seres queridos que ya habían perecido. Tanto Dalaran como Quel'Thalas habían sido arrasados por el Azote, miles de masacrados por las abominaciones en descomposición que servían bajo el mando del rey Lich, quien a su vez servía a la causa de la Legión. Pueblos enteros perecieron horriblemente y la cuestión se agravaba por el hecho de que muchas de las víctimas pronto se levantaban de entre los muertos, ahora formando filas en la Plaga.

Lo poco que quedaba de la familia de Rhonin había muerto a principios de la guerra. Su madre había muerto hace mucho tiempo, pero su padre, su hermano y sus dos primos, habían sido asesinados en la caída de la ciudad de Andorhal. Afortunadamente, los defensores en su desesperación y ya sin esperanzas de rescate, habían puesto la ciudad en llamas y así la Plaga no podría levantar los guerreros caídos en batalla.

No había visto a ninguno de ellos —ni siquiera a su padre— desde que entró a las filas de la magia, pero Rhonin había descubierto un vacío en su corazón cuando le llegó la noticia. El distanciamiento entre él y los suyos —causado en gran parte debido a su vocación elegida— había desaparecido en ese instante. Todo lo que le importaba en ese momento era él, se había convertido en el último de su familia. Estaba solo.

Solo hasta que se dio cuenta de que los sentimientos que había desarrollado por la valiente elfa forestal a su lado fueron correspondidos.

Cuando la terrible lucha por fin había terminado, sólo había un camino lógico para ambos. A pesar de las voces horrorizadas de sus pueblos que rondaban en Vereesa y Rhonin, los dos habían decidido nunca separarse de nuevo. Ellos habían sellado un pacto de matrimonio y trataron de comenzar una vida tan normal como pareja, como podría tenerse posiblemente en un mundo desgarrado.

Naturalmente, pensó el mago amargado:

— La paz para nosotros, no estaba destinada a ser. —

Vereesa empujó a la cama antes de que pudiera ayudarla. Aun así, cerca de la hora de nacimiento, la elfa se movía con rapidez rematadora. La elfa se

apoderó de Rhonin por los hombros.

— ¡Ustedes los magos! ¡Siempre ven el pesimismo! ¡Pensé que solo mi propia gente era tan grave! ¡Mi amor, este será un nacimiento feliz, una pareja feliz de niños! ¡Lo haremos así! —

Él sabía que ella tenía razón. Tampoco haría nada que arriesgue a los pequeños. Cuando los dos se habían dado cuenta de su estado, dejaron sus esfuerzos para ayudar a reconstruir la destrozada Alianza y se instalaron en una de las regiones más pacíficas de Azeroth, lo suficientemente cerca del Dalaran destrozado, pero no demasiado cerca. Vivían en una casa modesta, pero no del todo humilde y la gente de la ciudad cercana los respetaban.

Su confianza y su esperanza aún le asombraban, teniendo en cuenta sus propias pérdidas. Si Rhonin había sentido un agujero en su corazón después de perder la familia que apenas había conocido, Vereesa seguramente había sentido un enorme abismo dentro de ella. Quel'thalas, más protegido y sin duda más seguro incluso que el Dalaran gobernado y protegido por la magia, había sido completamente devastado. Fortalezas elfas intactas durante siglos habían caído en cuestión de días, su pueblo una vez orgulloso se había unido a la Plaga tan fácilmente como los simples humanos. Entre estos últimos habían varios del propio clan de Vereesa... y unos cuantos de su misma familia.

De su abuelo había oído hablar de su desesperada batalla para matar el macabro cadáver de su propio hijo, su tío. De él también había oído que su hermano menor había sido destrozado por una turba hambrienta de muertos vivientes dirigida por su propio hermano mayor, quien más tarde había incendiado y destruido junto con el resto de la Plaga a los defensores supervivientes.

¿Qué había pasado con sus padres? Hasta ahora nadie sabía, pero ellos también se presumen muertos.

Y lo que Rhonin no le había dicho... y nunca podría atreverse a decirle... era de los monstruosos rumores que había oído acerca una de las dos hermanas de Vereesa, Sylvanas.

La otra hermana de Vereesa, la gran Alleria, había sido una heroína durante la Segunda Guerra. Pero Sylvanas, aquella a quien la esposa de Rhonin había tratado de emular toda su vida, había, como General de las forestales, dirigido la batalla contra el traidor Arthas, príncipe de Lordaeron. Quien una vez fue la esperanza de su tierra, ahora sirviente de la Legión y el Azote, había devastado su propio reino, y luego llevado la horda de muertos vivientes en contra de la

capital de los elfos de Silvermoon. Sylvanas había bloqueado su camino en cada momento y por un tiempo, tenía parecía que ella realmente lo derrotaría. Pero cuando los muertos vivientes, las gárgolas siniestras y las abominaciones horribles habían fracasado, la nigromancia oscura concedida por el noble traidor había tenido éxito.

La versión oficial hablaba que Sylvanas murió valientemente mientras impedía que los esbirros de Arthas asesinaran más gente en Silvermoon. Los líderes de los elfos, incluso el abuelo de Vereesa, afirmaron que el cuerpo de la General de las forestales se había quemado en el mismo fuego que devastó la mitad de la capital. Ciertamente no habría quedado rastro.

Pero mientras que la historia terminaba ahí para Vereesa, Rhonin, a través de fuentes, tanto en el Kirin Tor como de Quel'Thalas, había descubierto información de Sylvanas que lo dejó frío. Una forestal sobreviviente convaleciente había balbuceado que su General había sido capturada viva. Luego había sido horriblemente mutilada, y finalmente asesinada por placer de Arthas. Por último, teniendo su cuerpo en el templo oscuro que había levantado en su locura, el príncipe había corrompido su alma y cuerpo, transformándola de elfa heroica en un presagio del mal... un inquietante y lúgubre alma en pena que aún supuestamente vagaba en las ruinas de Quel'thalas, una banshee.

Hasta ahora Rhonin no había podido verificar los rumores, pero estaba seguro de que no tenían más que un grano de verdad. Rezó para que Vereesa nunca escuchara la historia.

Tantas tragedias... No es de extrañar que Rhonin no pudiera sacudir la incertidumbre a la hora de su nueva familia.

Suspiró:

— Tal vez cuando nazcan, voy a estar mejor. Probablemente sólo sea nerviosismo. —

— ¿Cuál debe ser el signo de un padre cariñoso? —

Vereesa regresó a la cama.

— Además, no estamos solos en esto. Jalia ayuda mucho. —

Jalia era una mujer mayor con mucha experiencia, que había dado a luz a seis niños y fue matrona varias veces. Rhonin había estado seguro de que un humano podría ser receloso de hacer frente a un elfo —sin contar una elfa con un hechicero humano de marido—, pero Jalia había echado un vistazo a Vereesa y su instinto maternal se había hecho cargo. Incluso aunque Rhonin le

pagó bien por su tiempo, sinceramente pensaba que la mujer del pueblo lo habría hecho voluntariamente en cualquier caso, ya que le había quitado mucho a su esposa.

— Supongo que tienes razón. — Comenzó. — Acabo de estar...—

Una voz... una voz muy familiar... de repente llenó su cabeza. Una voz que no podía traer buenas noticias.

— *Rhonin... necesito de tu ayuda.* —

— ¿Krasus? — Exclamó el mago.

Vereesa se sentó, con una fuga de alegría dijo:

— ¿Krasus? ¿Qué pasa con él? —

Ambos conocían al maestro hechicero, miembro del Kirin Tor. Krasus había sido el instrumental para unirlos. También había sido el único que no les había dicho toda la verdad sobre los asuntos actuales, sobre todo cuando él mismo se había preocupado.

Sólo a través de circunstancias terribles que habían descubierto que también era el dragón Korialstrasz.

— Es... es Krasus. —

Fue todo lo que Rhonin podía decir en ese momento.

— *Rhonin... Necesito la ayuda de ambos...* —

— *¡No voy a ayudarte!* — Respondió el mago al instante. — *¡Ya he hecho mi parte! Sabes que no puedo dejarla ahora...* —

— ¿Qué quiere? — Exigió Vereesa.

Al igual que el mago, ella sabía que Krasus sólo se pondría en contacto con ellos si había surgido algún terrible problema.

— ¡No importa! ¡Tendrá que encontrar a alguien más! —

— *Antes de que me rechaces, te voy a enseñar...* — Declaró la voz.

— *Déjame mostrarle a ambos...* —

Antes que Rhonin pudiera protestar, imágenes llenaron su cabeza. Revivió el asombro de Krasus al ser contactado por el Señor del Tiempo, experimentó la descarga del dragón mago cuando la desesperación de la imagen se hizo evidente. Krasus enseñó todo lo que vio, el hechicero y su

esposa ahora lo compartían también.

Por último, Krasus los abrumó con una imagen de un lugar que creía era la fuente de la incomodidad de Nozdormu, una helada y prohibida cadena de montañas afiladas.

Kalimdor.

La visión entera duró sólo unos segundos, pero dejó a Rhonin agotado. Oyó un grito de la cama.

Volviendo, el hechicero encontró a Vereesa y la dejó caer sobre la almohada.

Se dirigió hacia ella, pero ella hizo caso omiso de su incumbencia.

— ¡Estoy bien! Simplemente... sin aliento. Dame un momento... —

Por ella, Rhonin daría la eternidad, pero por otro no tenía ni un segundo de conceder. Por medio de la invocación de la imagen de Krasus en la cabeza, el hechicero respondió:

— ¡Lleva tus misiones a otra persona! ¡Esos días son míos! ¡Tengo cosas mucho más importantes en juego! —

Krasus no le dijo nada a Rhonin y se preguntó si su respuesta había enviado a su antiguo compañero en busca de otro peón. Él Respetaba a Krasus, incluso le caía bien, pero en este momento para Rhonin el dragón ya no existía. Sólo su familia le preocupaba ahora.

Pero para su sorpresa, la que esperaba que estuviera más a su lado en vez de eso de pronto murmuró:

— Vas a tener que ir de inmediato, por supuesto. —

Se quedó mirando a Vereesa.

— ¡Yo no voy a ninguna parte! —

Se enderezó de nuevo.

— Pero es necesario hacerlo. Ya viste lo que yo vi. ¡Él no te convoca para una tarea cualquiera! Krasus está muy preocupado... y lo que más me preocupa es que le está asustando. —

— Pero no puedo dejarte ahora. — Rhonin cayó de rodillas a su lado.
— ¡No te dejaré, ni a ellos! —

Un indicio de su pasado de forestal se extendió por el rostro de Vereesa.

Entrecerrando los ojos peligrosamente a cualquier fuerza misteriosa que los separa, ella respondió:

— ¡Y lo último que yo desearía sería empujarte al peligro! Yo no deseo sacrificar al padre de mis hijos, ¡Pero lo que hemos visto son indicios de una terrible amenaza para el mundo en el que ellos nacerán! Por esa sola razón, tiene sentido ir. Si yo no estuviera en esta condición, estaría junto a tu lado, sabes eso. —

— Por supuesto que sí. —

— ¡Digo que él es fuerte, Krasus lo es! ¡Incluso más fuerte como Korialstrasz! Digo que te dejo ir sólo porque tú y él estarán juntos y a salvo. Sabes que él no te lo pediría si supiera que no puedes. —

Eso era verdad. Los dragones respetaban algunas criaturas mortales. Que Krasus en cualquiera de las formas apareciera ante él en busca de ayuda fue muy importante... y como un aliado del dragón, Rhonin estarían mejor protegido que nadie.

¿Qué podría salir mal?

Derrotado, Rhonin asintió.

— Muy bien. Voy a ir. ¿Puedes manejar los asuntos hasta que llegue Jalia? —

— Con mi arco, he disparado a orcos y muertos en un centenar de metros. He luchado contra los trolls, demonios, y más. Casi he viajado a lo largo y ancho de Azeroth... Sí mi amor, creo que puedo manejar la situación hasta que llegue Jalia. —

Se inclinó y la besó.

— Entonces será mejor dejarte, Krasus sabe que estoy yendo. Sobre todo para un dragón, que es un tipo impaciente. —

— Él ha dejado el peso del mundo sobre tus hombros, Rhonin. —

Eso no dejó al hechicero muy contento. Un dragón sin edad era mucho más capaz de hacer frente a las crisis terribles que un simple hechicero mortal a punto de ser padre.

Una imagen del dragón mago se apareció, Rhonin se acercó a su antiguo mentor.

— De acuerdo, Krasus. Te ayudaré. ¿Dónde debemos encontrarnos? —

La oscuridad envolvía al hechicero. A lo lejos, oyó la voz débil de Vereesa llamando por su nombre. Una sensación de vértigo amenazó a Rhonin.

Sus botas resonaron de pronto en la dura roca. Cada hueso de su cuerpo se estremeció por el impacto y que era lo único que podía hacer para mantener sus piernas antes de colapsar.

Rhonin estaba en una cueva de enorme claridad excavada en más que simplemente los caprichos de la naturaleza. El techo era casi un óvalo perfecto, y las paredes se había quemado suave. Una iluminación tenue sin fuente discernible le permitió ver la solitaria figura con túnica que le esperaba en el centro.

— Así que... — Rhonin dijo. — Supongo que nos encontraremos aquí. —

Krasus extendía una larga mano enguantada hacia la izquierda.

— Hay un paquete que contiene las raciones y agua para ti. Tómallo y sígueme. —

— Apenas tuve la oportunidad de decir adiós a mi esposa... —

Gruñó Rhonin mientras recogía el paquete de cuero grande y lo ataba sobre sus hombros.

— Tienes mi agradecimiento. —

Le respondió el dragón mago, caminando por delante ya.

— He tomado medidas para velar por ella y que no necesite ayuda. Ella va a estar bien, mientras nosotros nos vamos. —

Escuchar a Krasus por tan sólo unos segundos le recordó a Rhonin la frecuencia con que la antigua figura hacía suposiciones sobre él sin siquiera esperar las decisiones del joven mago. Krasus ya había tomado el asunto del acuerdo de Rhonin como resuelto.

Siguió a la alta y estrecha figura por la boca de la gran cueva. Krasus había trasladado su guarida después de la guerra con los orcos y no era la que Rhonin había conocido, pero exactamente donde se había trasladado era otra cuestión. Ahora el humano vio que la caverna daba a un conjunto familiar de montaña, y no del todo tan lejos de su propia casa. A diferencia de sus contrapartes en Kalimdor, estas montañas tenían una belleza majestuosa, no una sensación de temor.

— Somos casi vecinos. — comentó secamente.

— Una coincidencia, pero eso hizo posible tenerte aquí, si te hubiera traído desde la guarida de mi reina, el conjuro hubiese sido más agotador y tengo la intención de retener todas mis fuerzas. —

El tono con que hablaba drenaba a Rhonin toda animosidad. Nunca había oído esa preocupación de Krasus.

— Me hablaste de Nozdormu, el Aspecto del Tiempo. ¿Has logrado ponerte en contacto con él de nuevo? —

— No... Y es por eso que debemos tomar todas las precauciones posibles. De hecho, no hay que usar la magia para transportarnos a la ubicación. Vamos a tener que volar. —

— Pero si no usamos la magia, ¿Cómo podemos volar? —

Krasus abrió los brazos... y mientras lo hacía, se transformaba, convirtiéndose en escamas y garras. Su cuerpo se hizo más ancho y creció rápidamente, formando alas de cuero. Con el estrecho rostro de Krasus estirado, torcido, convirtiéndose reptil.

— Por supuesto. — Murmuró Rhonin. — Qué tonto soy. —

Korialstrasz, el dragón, miró hacia abajo a su pequeño compañero.

— Sube a lo alto, Rhonin. Tenemos que apurarnos. —

El mago obedeció de mala gana. Deslizó sus pies debajo de las escamas carmesí, a continuación, se agachó detrás del cuello nervudo del dragón. Sus dedos se aferraron a otra escala. Aunque Rhonin entendía que Korialstrasz haría todo lo posible para impedir que su carga se resbale, el humano no quería correr el riesgo. Uno nunca sabía lo que incluso un dragón podría encontrar en el cielo.

Las grandes alas reticuladas se agitaron una vez, dos veces, y de repente levantaron al dragón y su jinete en el cielo. Con cada latido, la distancia se acortaba. Korialstrasz voló sin esfuerzo a lo largo del cielo, y Rhonin podía sentir la sangre de la raza gigante. A pesar de que pasó gran parte de su tiempo en la forma de Krasus, el dragón se sintió en casa en el aire.

El aire frío atacó la cabeza de Rhonin, por lo que el hechicero deseó que al menos hubiese tenido la oportunidad de cambiar su túnica y la capa de viaje... Y de repente apareció, ahora tenía una capucha.

Mirando hacia abajo, Rhonin encontró que efectivamente, llevaba el oscuro manto de viaje azul y una túnica sobre la camisa y los pantalones. Sin siquiera decir una palabra, su compañero había transformado su ropa en algo más adecuado.

Una campana se dibujó sobre su cabeza, Rhonin contemplaba lo que le esperaba. ¿Qué podría angustiar tanto al Señor del Tiempo? La amenaza sonaba un tanto inmediata y catastrófica... y seguramente mucho más de lo que un mago mortal podía manejar.

Sin embargo, Korialstrasz había recurrido a él...

Rhonin esperaba demostrar que era capaz, no sólo por el bien del dragón... sino también para la vida de familia en crecimiento del hechicero.

Por imposible que pareciera, en algún lugar del trayecto, Rhonin se quedó dormido. A pesar de eso, aun así no se cayó de su asiento a una muerte segura. Korialstrasz sin duda tuvo algo que ver con eso, a pesar de todas las apariencias, el dragón parecía estar volando despreocupadamente.

El sol casi se había puesto. Rhonin estaba a punto de preguntarle a su compañero si tenía la intención de volar a través de la noche, cuando Korialstrasz comenzó a descender. Mirando hacia abajo, el hechicero en primera avistó sólo agua, sin duda el Mare Magnum. No recordaba que los dragones rojos fueran muy acuáticos. ¿Korialstrasz tendría la intención de aterrizar como un pato en el agua?

Un momento después, su pregunta fue respondida como una roca siniestra apareciendo en la distancia. No... No era una roca, pero si una isla casi totalmente desprovista de vegetación.

Un sentimiento de temor se apoderó de Rhonin, que había sentido antes al cruzar el mar hacia la tierra de Khaz Modan. Entonces había estado con los enanos jinetes de grifos y la isla que habían sobrevolado era Tol Barad, un lugar maldito invadido desde el principio por los orcos. Los habitantes de la isla habían sido sacrificados, su hogar devastado, y los sentidos del mago altamente sintonizados habían sentido sus espíritus clamando por venganza.

Ahora experimentó de nuevo el mismo tipo de terribles gritos lastimeros.

Rhonin gritó al dragón, pero o el viento barrió con su voz o Korialstrasz optó por

no oírle. Las alas de cuero se ajustaron, lo que frenó su descenso a un descenso suave.

Ellos se detuvieron sobre un promontorio con vista una serie de sombrías estructuras en ruinas. Demasiado pequeña para una ciudad, suponían que había sido alguna vez una fortaleza o quizás una finca amurallada. En cualquier caso, los edificios echan una imagen siniestra que sólo reforzó las preocupaciones del hechicero.

— ¿Qué tan pronto volveremos a estar moviéndonos? —

Le preguntó a Korialstrasz, todavía con la esperanza de que el dragón sólo aterrizará para descansar un momento antes de pasar a Kalimdor.

— No hasta el amanecer. Tenemos que pasar cerca de la VoráGINE para llegar a Kalimdor, y vamos a necesitar nuestro ingenio completo y nuestra fuerza para eso. Esta es la única isla que he visto en mucho tiempo. —

— ¿Cómo se llama? —

— Desconozco eso. —

Korialstrasz se estableció, permitiendo a Rhonin desmontar. El hechicero se acercó lo suficientemente para echar un último vistazo a las ruinas antes de que la oscuridad las envolviera.

— Algo trágico sucedió aquí. — comentó Korialstrasz de repente.

— ¿Lo sientes también? — Pregunto el hechicero.

— Sí... pero es algo que no puedo hablar. Sin embargo, debemos asegurarnos aquí pues no tengo ninguna intención de transformarme. —

Rhonin se consoló un poco, pero aun así decidió permanecer lo más cerca al dragón como sea posible. A pesar de su reputación de temerario, el hechicero no era tonto. Nada podría seducirlo para ir hacia abajo en las ruinas.

Su compañero gigantesco se fue casi de inmediato a dormir, dejando solo a Rhonin para contemplar el cielo de la noche. La imagen de Vereesa llenó sus pensamientos. Los gemelos llegarían pronto y esperaba no perderse su llegada debido a este viaje. El nacimiento era en sí misma una magia, una que Rhonin nunca pudo dominar.

Pensar en su familia alivió las tensiones del mago y antes de darse cuenta, se sumió en el sueño. Allí, Vereesa y los gemelos, aún sin nacer, continuaron haciéndolo una compañía amorosa a pesar de que los niños aún

no se definían como hombre o mujer.

Vereesa se desvaneció en un segundo plano, dejando a Rhonin con los gemelos. Ellos lo llamaron, le rogaron para llegar a ellos. En su sueño, Rhonin empezó a correr en un campo y los niños cada vez más distantes en el horizonte. Lo que comenzó como un juego se convirtió en una cacería. Las llamadas anteriormente felices se volvieron temerosas.

Los hijos de Rhonin lo necesitaban, pero primero tenía que encontrarlos... y rápidamente.

— ¡Papá! ¡Papá! — Vino la voz.

— ¿Dónde están? ¿Dónde están? —

El mago abrió paso entre una maraña de ramas que sólo parecía enredarse más cuando empujaba. Por fin se rompieron, sólo para descubrir un castillo imponente.

Y desde arriba, los niños volvieron a llamarlo. Vio sus formas distantes llegar a él. Rhonin lanzó un hechizo para hacer que se levante en el aire, pero mientras lo hacía, el castillo creció hasta igualar sus esfuerzos.

Frustrado, se obligó a volar más rápido.

— ¡Papá! ¡Papá! —

Llamaban las voces, ahora un poco distorsionadas por el viento.

Por fin se acercó a la ventana de la torre, donde los dos esperaban. Sus brazos se extendieron, tratando de reducir la distancia entre Rhonin y ellos. Sus dedos llegaron a los pocos escasos centímetros de los suyos...

Y de repente, una forma enorme tromba en el castillo, sacudió la propia base y envió a Rhonin y sus dos hijos caer hacia la Tierra. Rhonin trató desesperadamente de salvarlos, pero una mano curtida monstruosa lo cogió y se lo llevó.

— ¡Despierta! ¡Despierta! —

La cabeza del mago golpeó. Todo a su alrededor comenzó a aclararse. La mano perdió su dominio y una vez más se desplomó.

— ¡Rhonin! ¡Donde quiera que estés! ¡Despierta! —

Debajo de él, dos formas oscuras se apresuraron a atraparlo... sus hijos ahora tratando de salvar su vida. Rhonin sonrió a la pareja y le devolvieron la

sonrisa.

Le devolvieron la sonrisa con dientes afilados y crueles.

Y justo a tiempo, Rhonin se despertó.

En lugar de caer, se tumbó de espaldas. Las estrellas del cielo que lo rodeaban eran ahora las ruinas sin techo de un edificio. El olor a humedad y a decadencia asaltó sus fosas nasales y un silbido terrible acosó sus oídos.

Levantó la cabeza y miró con cara de haber tenido una pesadilla.

Si alguien hubiera tomado un cráneo humano, lo sumergiera en cera y dejara que la cera de goteo libre, habría estado a punto de describir la visión desgarradora que Rhonin miró. Añadir a eso unos dientes en forma de aguja que llenaban su boca, junto con unos orbes rojos sin alma que fulminó con avidez al mago, y la imagen del horror infernal se hizo completa.

Se acercó a él con las piernas demasiado largas y con los brazos huesudos que terminaban en tres dedos largos y curvos que le sacaron del suelo. En su forma más macabra llevaba los restos rotos de una chaqueta y pantalones. Era tan delgada que a primera Rhonin no creyó que tuviese carne en absoluto, pero luego se dio cuenta de que una capa casi transparente de la piel cubría las costillas y otras áreas visibles.

El hechicero se paró de nuevo pero el monstruo lo agarró de su pie. La boca se abrió, pero en lugar de un silbido o un alarido, salió una voz infantil.

— ¡Papá! —

La misma voz que en el sueño de Rhonin.

Se estremeció al oír un ruido como que venía del demonio, pero al mismo tiempo el grito envió un impulso a través de él. Una vez más se sentía como si sus propios hijos lo llamaban, una imposibilidad.

Un rugido estremecedor pronto llenó el edificio en ruinas y desecho cualquier tentación de lanzarse a las garras mortales del demonio. Rhonin señaló a la criatura, murmurando.

Un anillo de fuego estalló a su alrededor. Ahora el monstruo pálido chilló. Se subió hasta sus extremidades desgarbadas, tratando de pasar por encima de las llamas.

— ¡Rhonin! — Korialstrasz gritó desde afuera. — ¿Dónde estás? —

— ¡Aquí! ¡Aquí! ¡En un lugar ahora sin techo! —

Mientras el mago respondía, la criatura demacrada repente saltó a través del fuego.

Las llamas cubrían su cuerpo en media docena de lugares, abrió sus fauces mucho más de lo que debería haber sido posible, lo suficientemente amplia como para hundir la cabeza de Rhonin.

Antes de que el mago pudiera lanzar otro hechizo, una enorme sombra borró las estrellas y una gran pata cogió a la bestia horrible. Con otro grito, el horror todavía ardiente voló por la habitación, chocando contra una pared con tal fuerza que las piedras se derrumbaron a su alrededor.

Un aliento de fuego del dragón terminó el hechizo que Rhonin había comenzado.

El hedor casi había abrumado al hechicero. Sosteniendo una manga sobre la nariz y la boca, vio como Korialstrasz aterrizaba.

— ¿Qué... qué era esa cosa? — Rhonin logró decir con voz entrecortada.

Incluso en la oscuridad, podía sentir el disgusto del Dragón.

— Creo... creo que una vez eso vivió en esta casa. —

Rhonin miró la forma carbonizada.

— ¿Eso alguna vez fue humano? ¿Cómo puede ser posible? —

— Ya has visto los horrores desatados por el Azote durante la lucha contra la Legión Ardiente. No tienes que preguntar. —

— ¿Esto fue obra de la legión ardiente? —

Korialstrasz exhaló. Estaba claro que estuvo tan perturbado como Rhonin por este encuentro.

— No... Esto es mucho mayor... y aún más nefasto que un acto que el rey Lich haya perpetrado. —

— Kras... Korialstrasz, ¡Eso entró en mis sueños! ¡Los Manipulaba! —

— Sí, los otros trataron de hacer lo mismo conmigo. —

— ¿Otros? —

Rhonin miró a su alrededor, otro hechizo ya estaba formado en sus labios.

Estaba seguro de que en las ruinas abundaban otros demonios.

— Estamos a salvo... por ahora. Muchos son ahora menos de lo que quedó este reciente necrófago, y el resto se dispersa en cada grieta y brecha de estas ruinas. Creo que hay catacumbas debajo y que duermen allí cuando no cazan a sus víctimas. —

— No podemos quedarnos aquí. —

— No. — Asintió el dragón. — No podemos. Debemos movernos a Kalimdor. —

Se dejó caer de manera que Rhonin pudiera subir a bordo, entonces inmediatamente batió sus alas. El par se elevó en el cielo oscuro.

— Cuando hayamos tenido éxito con nuestra misión, volveré aquí y pondré fin a esta abominación. —

Declaró Korialstrasz. En un tono más suave, añadió:

— Ya hay demasiadas abominaciones en este mundo. —

Rhonin no le respondió, en lugar de eso tomó una última mirada hacia abajo. Podría haber sido un truco de sus ojos, pero pensó que había visto más de los necrófagos ahora que el dragón se había ido. De hecho, parecía que se reunieron por docenas, todos ellos mirando con ansias... al hechicero.

Rhonin apartó la mirada, realmente feliz de estar viajando hacia Kalimdor. Sin duda, después de una noche como esta, lo que aguardaba a la pareja no podía ser peor.

Se supone...

CAPITULO TRES

Korialstrasz llegó a las costas de Kalimdor al final del día. Él y Rhonin se detuvieron sólo para comer —el dragón bebiendo en la tarifa fuera de la vista del mago— y luego partió de nuevo para la gran cadena montañosa que cubría la mayor parte de las regiones occidentales de la tierra. Korialstrasz voló con mayor urgencia a medida que se acercaban a su objetivo. No le había dicho a Rhonin que de vez en cuando trató de ponerse en contacto con Nozdormu... intentó pero solo fracasó. Pronto sin embargo, no importaría, porque ellos sabrían de primera mano lo que había afligido tanto al aspecto del tiempo.

— ¡Ese pico! — Gritó Rhonin.

A pesar de que había dormido de nuevo, casi no se sentía fresco. Las pesadillas sobre la siniestra isla lo habían perseguido en sus sueños.

— ¡Reconozco aquel pico! —

El dragón asintió. Era el último lugar antes de su destino. Vio lo mismo al igual que su jinete, sintió la maldad en el tejido mismo de la realidad... y eso significaba que algo terrible en verdad los esperaba.

A pesar de la seguridad, el dragón sólo aceleró el paso. No había otra opción frente a lo que tenían por delante, era lo único que podía detenerlo a él y la pequeña figura humana que llevaba arriba suyo.

Pero mientras que los agudos ojos del humano y el dragón habían visto su destino, no se daban cuenta de que otros ojos los habían avistado a su vez.

— Un dragón rojo... — Se quejó el primer orco.

— Un dragón rojo con un jinete... —

— ¿Uno de los nuestros, Brox? — Preguntó el segundo. — ¿Otro orco? —

Brox resopló ante su compañero. El otro orco era joven, demasiado joven para haber sido de mucha utilidad en la guerra contra la Legión, y ciertamente no se habría acordado de cuando había orcos, no humanos, que cabalgaban tales bestias. Gaskal sólo conocía las historias, las leyendas.

— ¡Gaskal, idiota, la única manera en que un dragón pueda llevar un orco en estos días sería en su vientre! —

Gaskal se encogió de hombros, indiferente. Él tenía todo el orgullo de un orco guerrero, alto y musculoso, con una áspera piel verdosa y dos colmillos de buen tamaño hacia arriba de su ancha mandíbula inferior. Tenía la nariz en cuclillas y gruesa, la peluda frente de un orco y una melena de cabello oscuro se arrastraba entre los hombros. En una mano carnosas Gaskal llevaba una enorme hacha de guerra, mientras que con la otra aferraba la correa de su mochila de piel de cabra. Como Brox, estaba vestido con una capa gruesa de piel bajo el cual llevaba un kilt de cuero y sandalias envueltas en un paño para conservar el calor. Eran una raza robusta, los orcos podían sobrevivir a cualquier ambiente, pero en las montañas aún requerían más calor.

Brox, también era un valiente guerrero, pero el tiempo lo había golpeado como ningún otro enemigo podría. Permaneció varios centímetros más abajo que Gaskal, escondidos tras unas rocas. La melena del veterano guerrero se había reducido y empezaba a encanecer. Las cicatrices y las líneas de edad habían devastado su ancho rostro alista, y a diferencia de su joven compañero, la expresión de la constante de ansiedad habían dado paso a la desconfianza reflexiva y cansancio.

Brox Levantó su martillo de guerra muy gastado penosamente de la nieve profunda y dijo:

— Se dirigen hacia el mismo lugar que nosotros. —

— ¿Cómo sabes eso? —

— ¿Dónde más podrían ir estando aquí? —

Al no encontrar argumentos, Gaskal se calmó, dando a Brox la oportunidad de pensar en la razón por la que habrían enviado a ambos a este lugar desolado.

No había estado allí cuando el viejo chamán había llegado a Thrall en busca de una audiencia inmediata, pero había oído hablar los detalles. Naturalmente, Thrall había aceptado, pues en gran medida seguía las viejas costumbres y consideró a Kalthar un consejero sabio. Si Kalthar necesitaba verlo de inmediato, sólo podía ser por una muy buena razón.

O una muy mala...

Con la ayuda de dos de los guardias de Thrall, Kalthar entró y tomó asiento ante el imponente Jefe de Guerra. Por respeto a los ancestros, Thrall se sentó en el suelo, permitiendo a los ojos de ambos estar al mismo nivel. Al otro lado de las piernas dobladas de Thrall estaba el enorme cuadro de Orgrim Doomhammer, la pesadilla de los enemigos de la Horda durante generaciones.

El nuevo Jefe de Guerra de los orcos era ancho de hombros, musculoso y por supuesto, relativamente joven. Sin embargo, nadie dudaba de la capacidad de Thrall para gobernar. Había liberado a los orcos de los campos de internamiento y les había devuelto su honor y orgullo. Él había hecho el pacto con los humanos que llevaron la posibilidad de la Horda de comenzar una nueva vida. Su gente ya cantaba canciones en su honor que pasarían de generación en generación.

Vestido con una gruesa armadura de placas de ébano grabadas en bronce — junto con la enorme arma de su antecesor delante de él, el legendario Doomhammer— el más grande de los guerreros inclinó su cabeza y pidió humildemente:

— ¿En qué puedo ayudarte, que me honras con tu presencia, gran chamán? —

— Sólo en escuchar. — Respondió Kalthar. — Y escuchar atentamente. —

El Jefe de Guerra apretó fuerte la mandíbula y se inclinó hacia delante, sus sorprendentes y tan raros ojos azules —considerados un presagio de destino por su pueblo— se redujo a escuchar atentamente. En su viaje de esclavo y gladiador, Thrall había estudiado el camino del chamanismo y además del dominio de algunas habilidades. Él más que la mayoría entendió que cuando Kalthar habló así, lo hizo por una buena razón.

Y así, el chamán le dijo a Thrall de la visión del embudo y cómo el tiempo parecía un juguete del mismo. Él le dijo lo de las voces y sus advertencias, le habló de la maldad que había sentido.

Le dijo a Thrall lo que temía que ocurriría si la situación se quedaba sin resolver.

Cuando Kalthar había terminado, el Jefe de Guerra se echó hacia atrás. Alrededor de su cuello llevaba una medalla, en la que había sido inscrita en el oro un hacha y un martillo. Sus ojos revelaban el rápido ingenio e inteligencia que lo marcó como un líder capaz. Cuando se levantó, no lo hizo como un orco de fuerza brutal, sino con gracia y equilibrio más parecido a un humano o un elfo.

— Esto huele a magia. — gruñó. — Una gran magia. Algo para los magos... tal vez. —

— Ellos ya deben saberlo. — Respondió Kalthar. — Pero no podemos darnos el lujo de esperar a que ellos hagan el trabajo, gran Jefe de Guerra. —

Thrall entendió.

— ¿Crees que tendría que enviar alguien a ese lugar para que explore? —

— Parece lo más prudente. Por lo menos para que podamos saber a lo que nos enfrentamos. —

El Jefe de Guerra se frotó la barbilla.

— Creo que sé quién. Un buen guerrero. — Miró a los guardias.

— ¡Brox! ¡Ven acá, Brox! —

Y así Brox había sido convocado y le dijeron su misión. Thrall respetaba altamente a Brox, porque el viejo guerrero había sido un héroe de la última guerra, el único superviviente de un grupo de valientes combatientes que sostenían un paso crítico contra los demonios. Con su martillo de guerra, él mismo había hundido el cráneo de más de una docena de demonios de la Legión Ardiente. Su último compañero había muerto partido en dos al igual que los refuerzos que habían llegado para salvar el día. Cicatrizado, cubierto de sangre y de pie solo en medio de la matanza, Brox se había aparecido ante los recién llegados, como la visión de los viejos cuentos de su raza. Su nombre llegó a ser casi tan honrado como el de Thrall.

Pero era más que el nombre del veterano el que obtuvo el respeto del Jefe de Guerra e hizo la elección de Thrall. Sabía que Brox era como él, un guerrero que luchaba con la cabeza y el brazo. El líder orco no podía enviar un ejército a las montañas. Tenía que confiar en la búsqueda a uno o dos luchadores expertos que luego pudieran regresar y reportar sus hallazgos ante él.

Gaskal fue elegido para acompañar Brox por su agilidad y absoluta obediencia a las órdenes. El joven orco era parte de la nueva generación que crecía en relativa paz con las otras razas. Brox se alegró de tener el poder de combate a su lado.

El chamán le había descrito perfectamente la ruta a través de las montañas al pareja que se fue mucho antes de la hora prevista. Según los cálculos de Brox, su objetivo estaba más allá de la siguiente cresta... exactamente donde el dragón y jinete habían desaparecido.

Brox mantuvo fuertemente apretado su martillo. Los orcos habían acordado la paz, pero él y Gaskal lucharían si sea necesario, incluso si eso significaba su muerte segura.

El viejo guerrero forzó una sombría sonrisa que casi se dibujó en su cara en su último pensamiento. Sí, estaría dispuesto a luchar hasta la muerte. Lo que Thrall no sabía cuándo convocó al héroe de guerra es que Brox sufría de una culpa terrible. La culpa le había comido su alma desde aquel día en el pasado.

Ese día todos sus compañeros murieron, todos menos Brox, y no podía entender eso. Se sentía culpable por estar vivo, por no morir valientemente con sus camaradas. Para él, estar con vida era una cuestión de vergüenza, de que no dio su todo en lo que había hecho. Desde entonces, él había esperado y esperado alguna oportunidad de redimirse. Redimirse a sí mismo... y morir.

Ahora tal vez, el destino le había concedido eso.

— ¡Muévete! — Ordenó a Gaskal. — Podemos llegar con ellos antes de que se establezcan. — Ahora él se permitió una amplia sonrisa, que su compañero podría leer con el típico entusiasmo orco. — Y si nos dan algún problema... ¡Vamos a hacerles pensar que toda la Horda está en cólera de nuevo! —

Si creían que la isla sobre la que habían aterrizado parecía ser el lugar más terrible, el paso de la montaña en la que ahora descendieron simplemente hizo pensar lo contrario. Esa fue la mejor palabra que Rhonin podría utilizar para describir las sensaciones que fluían a través de él. Lo que sea que buscaban... no debería estar. Era como si el tejido mismo de la realidad hubiera hecho un terrible error...

La intensidad de la sensación era tal que el hechicero, que se había enfrentado a cada pesadilla imaginable, quería decirle al dragón dar la vuelta. No dijo nada, sin embargo, recordando que ya había puesto en manifiesto sus dudas sobre la isla, Korialstrasz ya podría lamentar su convocación.

El dragón carmesí arqueó sus alas mientras se dejaba caer en la distancia final. Sus enormes patas se hundían en la nieve, mientras buscaba una zona de aterrizaje estable.

Rhonin agarró el cuello del dragón con fuerza. Sentía cada vibración y esperaba que su agarre durara. Su bolso rebotó contra su espalda, golpeándolo.

Por fin Korialstrasz se detuvo. El rostro de reptil se giró en dirección al mago.

— ¿Estás bien? —

— ¡Sí, bien... tan bien como podría estar! —

Jadeó Rhonin. Había hecho vuelos en dragón antes, pero no por tanto tiempo.

De cualquier manera, Korialstrasz sabía que su acompañante estaba todavía cansado o que él mismo también necesitaba descansar después de un viaje tan monumental.

— Vamos a permanecer aquí por un par de horas. Recuperemos nuestras fuerzas. Tengo la sensación de que no han cambiado en las emanaciones que siento. Debemos darnos un tiempo para recuperarnos. Sería la opción más sabia. —

— No discutiré eso contigo. — Contestó Rhonin, deslizándose.

El viento soplaba con dureza por las montañas y los picos altos dejaban mucha sombra, pero con la ayuda de un poco de magia, el mago logró mantenerse lo suficientemente caliente. Mientras trataba de estirar las extremidades de su cuerpo, Korialstrasz pasó a lo largo, explorando la zona. El dragón se desvaneció un poco más adelante con el camino curvo.

La capucha cubría aun la cabeza de Rhonin que dormitaba. Esta vez, sus pensamientos se llenaron de buenas imágenes... verdaderas imágenes de Vereesa y el próximo nacimiento. El mago sonrió, pensando en su regreso.

Se despertó con el sonido de la cueva. Para sorpresa de Rhonin, no era que Korialstrasz hubiera vuelto, sino más bien era la figura con túnica de Krasus.

En respuesta a la sorpresa de los ojos del humano, el dragón mago explicó:

— Hay varias zonas inestables cerca. Esta forma es menos probable que cause un colapso. Siempre me puedo transformar de nuevo en caso de necesidad. —

— ¿Encontraste algo? —

La cara no tan elfa frunció el ceño.

— Siento el aspecto del tiempo. Él está aquí y sin embargo no lo veo. Estoy preocupado por eso. —

— Deberíamos ponernos...—

Pero antes de que pudiera terminar Rhonin, un aullido terrible resonó con dureza afuera de la cueva de la montaña. El sonido puso todos los nervios del hechicero en el borde. Incluso Krasus parecía perturbado.

— ¿Qué fue eso? — Preguntó Rhonin.

— No lo sé. — El dragón mago se irguió. — Tenemos que seguir adelante. Nuestro objetivo no está muy lejos. —

— ¿No vamos a volar? —

— Tengo la sensación de que lo que buscamos está dentro de un estrecho paso entre las próximas montañas. Un dragón no encajaría, pero dos viajeros sí. —

Con Krasus adelante, la pareja se dirigió al noreste. El compañero de Rhonin

parecía no molestarse por el frío, aunque el humano tenía que mejorar el hechizo protector sobre su ropa. Incluso entonces, sintió el frío del lugar sobre su rostro y sus dedos.

En poco tiempo, se encontraron con el comienzo del camino que Krasus había mencionado. Rhonin vio entonces lo que el otro quería decir. El pasaje era poco más que un pasillo estrecho. Media docena de hombres podían caminar de lado a lado a través de ella sin sentirse apretados, pero un dragón que intentara entrar apenas habría podido meter su cabeza, y mucho menos su gigantesco cuerpo. Las partes altas y escarpadas también crearon sombras mucho más gruesas, por lo que Rhonin se preguntaba si los dos tendrían que crear algún tipo de iluminación a lo largo del camino.

Krasus siguió adelante sin dudar, seguro de su camino. Él se movió más rápido y más rápido, casi como si estuviera poseído.

El viento aullaba aún más fuerte por el corredor natural. El humano sólo tuvo que luchar para mantener el ritmo de su compañero.

— ¿Ya estamos casi allí? — Finalmente llamó.

— Pronto. Se encuentra a sólo...— Krasus pausó.

— ¿Qué pasó? —

El dragón mago se enfocó hacia el interior, con el ceño fruncido.

— No, no está exactamente donde debería estar. —

— ¿Se movió? —

— Esa sería mi suposición. —

— ¿Qué supone eso? —

Preguntó el mago de cabello color fuego, entrecerrando los ojos por el camino oscuro por delante.

— Estás bajo la errónea idea de que sé perfectamente qué esperar,

Rhonin. Entiendo un poco más que tú. —

Eso no tranquilizó al humano.

— Entonces, ¿Qué sugieres que hagamos? —

Los ojos del dragón mago literalmente brillaron al contemplar la pregunta.

— Continuaremos. Eso es todo lo que podemos hacer. —

Pero sólo un poco más adelante, ambos se encontraron con un nuevo obstáculo que Krasus había sido capaz de prever desde lo alto en el aire. El camino se separó en dos direcciones y, aunque era posible que se fusionaran más adelante, la pareja no podía asumir eso.

Krasus miró ambos caminos.

— Cada uno de ellos está situado cerca de nuestro objetivo, pero no puedo sentir cual se encuentra más cerca. Necesitamos investigarlos ambos. —

— ¿Nos separamos? —

— No lo prefiero, pero tenemos que hacerlo. Viajaremos hasta los quinientos pasos, luego, daremos la vuelta y hablaremos de que vimos hasta ahí. Pensamos entonces, y tendremos una mejor idea de qué camino tomar. —

Tomando el pasillo a la izquierda, Rhonin siguió las instrucciones de Krasus. Mientras él rápidamente fue contando pasos, pronto determinó que su elección tenía potencial. No sólo se ampliaba en gran medida hacia adelante, sino que el mago creyó percibir la perturbación mejor que nunca. Mientras que las habilidades de Krasus eran más agudas que las suyas, incluso un novato podía sentir la maldad que ahora dominaba la región de más adelante.

Pero a pesar de su confianza en su elección, Rhonin no daba todavía la vuelta. La curiosidad lo llevó sucesivamente. Seguramente unos cuantos pasos más adelante no importaban...

Apenas había tenido más de uno, sin embargo, fue cuando sintió algo nuevo, algo muy preocupante. Rhonin pausó, tratando de detectar lo que se sentía diferente acerca de la anomalía.

Se movía, pero había algo más en su ansiedad.

Se movía hacia él... y rápidamente.

La sentía antes de verla, sintió como si todo el tiempo se comprimía, luego se estiraba, y después se comprimía de nuevo. Rhonin se sentía viejo, joven, y cada momento de la vida en el medio. Abrumado, el hechicero vaciló.

Y la oscuridad llegó antes de que le diera paso a una gran cantidad de colores, algunos de los cuales nunca había visto antes. Una explosión continua de energía elemental llenaba tanto el vacío y la roca sólida, llegando a alturas fantásticas. La mente limitada de Rhonin veía mejor como un horizonte, una flor de fuego que florecía, se quemaba a la distancia, y florecía de nuevo... y con cada florecimiento se hacía más y más imponente.

A medida que se acercaba, finalmente entró en razón. Dando la vuelta, el mago se echó a correr.

Sonidos asaltaron sus oídos. Voces, música, truenos, pájaros, agua...

Todo.

A pesar de sus temores de que lo alcanzaría, la pantalla fenomenal quedó atrás. Rhonin no dejó de correr, temiendo que en cualquier momento sería abatido y envuelto de nuevo.

Krasus sin duda tuvo que haber sentido el último cambio. Tenía que estar

corriendo para llegar con Rhonin. Juntos, idearían alguna manera en la que...

Un terrible aullido resonó a través del paso.

Era enorme, de ocho patas y con forma de lobo, se dejó caer en Rhonin. Si hubiera sido distinto de lo que era, el mago habría muerto allí, la comida de una salvaje criatura con dientes de sable con cuatro brillantes ojos verdes que hacen juego con sus ocho filosas garras. El monstruoso semi-lobo le derribó, pero Rhonin, al haber hechizado su ropa para que le protegiesen mejor de la intemperie, resultó ser un hueso duro de roer. Las garras rasparon rasgaron la capa que debería fácilmente haber quedado destrozada, en cambio solo recibió un ligero rasguño. La bestia de piel gris posada al final aulló de frustración. Rhonin tomó la apertura, lanzando un simple pero efectivo hechizo que lo había salvado en el pasado. Una cacofonía de explosión de luz cegaron los ojos esmeraldas de la criatura, tanto deslumbrada como sorprendida. Se agachó hacia atrás, golpeando con fuerza inútilmente por sus ojos cegados.

Arrastrándose fuera de su alcance, Rhonin se levantó. No había ninguna posibilidad de huida, que sólo serviría para darle la espalda a la bestia, y su hechizo de protección ya se estaba debilitando. Unos cuantos tajos más y las garras hubieran rasgado al mago hasta sus huesos.

El hechizo de fuego había funcionado contra el horrendo necrófago de la isla, y Rhonin no veía ninguna razón por qué tal intento no lo ayudaría nuevamente. Él murmuró las palabras... y de pronto estaban a la inversa. Peor aún, Rhonin se encontró retrocediendo, volviendo a las garras salvajes de la bestia ciega. El tiempo se había vuelto en su contra... pero ¿cómo?

La respuesta se materializó más allá en el camino. La anomalía de Krasus lo había alcanzado.

Imágenes fantasmales revoloteaban ante Rhonin. Caballeros a caballo en la batalla. Una escena de la boda. Una tormenta sobre el mar.

Cánticos de guerra orcos alrededor de un fuego. Extrañas criaturas en un combate...

De pronto se podría avanzar otra vez. Rhonin se lanzó fuera del alcance de la bestia, y luego se dio vuelta para enfrentarlo otra vez. Esta vez no dudó, lanzando su hechizo.

Las llamas estallaron en forma de una gran mano, pero cuando se acercaron a la criatura monstruosa, se desaceleraron... y luego se detuvieron, congeladas en el tiempo.

Maldiciendo, Rhonin comenzó con otro hechizo.

El horror de ocho patas saltó alrededor del fuego helado, aullando mientras cargaba contra el humano.

Rhonin lanzó el hechizo.

La tierra bajo la abominación estalló una tormenta de polvo que levantó y cubrió la criatura. Volvió a aullar y, a pesar de las intensas anomalías encima de él, luchó contra el mago.

Una costra se formó sobre las piernas y el torso. La boca quedó bien cerrada mientras una capa de tierra sólida lo sellaba. Una por una, las extremidades de la criatura empezaron a secarse atrapando a la criatura.

A pocos metros de su víctima, la criatura quedó inmóvil. Según todas las apariencias, ahora parecía una estatua, pero perfectamente fundida, no el monstruo real.

En ese momento, la voz de Krasus llenó la cabeza de Rhonin.

— *¡Por fin!* — Dragón mago llamó. — *Rhonin... ¡La anomalía se expande!*
¡Está casi sobre ti!—

Distraído por la temible bestia, el hechicero no había mirado la anomalía. Cuando lo hizo, sus ojos se abrieron.

Llenaba un espacio diez veces mayor y, sin duda, diez veces más ancho que el camino. La roca sólida de la montaña no significaba nada para él. La anomalía simplemente pasaba a través de las rocas como si no existieran. Sin embargo, a su paso, el paisaje cambiaba.

Algunas de las rocas parecían más degradadas, mientras que otras partes parecían como si recién se enfriaban desde la creación titánica en el nacimiento de Azeroth. Las peores transformaciones parecían tener lugar allí donde los bordes de la flor de fuego estaban.

Rhonin no quería pensar lo que le pasaría si esa cosa lo tocaba.

Comenzó a correr de nuevo.

Su movimiento y el crecimiento de pronto se habían expandido mucho más rápido por razones que no entendía, Krasus continuó.

— *¡Me temo que no voy a llegar a tiempo! ¡Tienes que lanzar un hechizo de teletransporte!* —

— *¡Mis hechizos no están funcionando como deberían!* — Le respondió. — *¡La anomalía los está afectando!* —

— *¡Tenemos que seguir vinculados! ¡Eso debería ayudar a fortalecer tu lanzamiento de hechizos! ¡Te guiaré a mí para que podamos reagruparnos!* —

A Rhonin no le importaba teletransportarse a lugares que nunca había visto, era eso o el riesgo inherente de acabar encerrado en una montaña, pero con Krasus vinculado a él, la tarea sería mucho más simple.

Se centró en Krasus, imaginando al dragón mago. El hechizo se empezó a formar. Rhonin sintió que el mundo a su alrededor cambiaba.

La flor de fuego pronto se expandió a casi al doble de sus dimensiones anteriores.

Fue muy tarde para que Rhonin se diera cuenta. La anomalía se alimentaba con el uso de la magia... su magia. Quería detener el hechizo, pero ya era demasiado tarde.

— *¡Krasus! ¡Rompe el vínculo! ¡Rómpelo antes de que esté también...!* —

La anomalía se lo tragó.

— *¿Rhonin?* —

Pero Rhonin no podía contestar. Daba vueltas y vueltas, sacudido como una hoja en un tornado. Con cada revolución giró más y más rápido. Los sonidos y las vistas de nuevo le asaltaron. Vio pasado, el presente y el futuro y entendía cada uno para lo que era. Él alcanzó a ver a la bestia petrificada mientras volaba salvajemente delante de él en lo que sólo podía ser descrito como un remolino en el tiempo.

Otras cosas pasaron volando, objetos al azar y hasta criaturas. Un barco entero, sus velas hechas jirones, su casco aplastado cerca de la proa, pasaron delante de él, desapareciendo. Un árbol en el que aún se alza una bandada de pájaros lo siguieron. A lo lejos, un krakren, de unos quince metros de longitud desde la punta de la cabeza al extremo de tentáculo, se acercó, pero no pudo arrastrar a Rhonin antes de desaparecer junto con el resto.

Desde algún lugar se oyó la voz débil de Krasus.

— ¡*Rhonin...*! —

Él contestó, pero no hubo respuesta.

El remolino llenó toda su mirada.

Y al verlo, los últimos pensamientos de Rhonin eran de Vereesa y los hijos que nunca iba a ver.

CAPITULO CUATRO

Sintió el lento pero constante crecimiento de las hojas, las ramas y las raíces. Sintió dentro la sabiduría eterna y los pensamientos eternos. Cada gigante tenía su propia y única firma, al igual que ocurre con cualquier persona.

- *Son los guardianes del bosque.*- Llegó la voz de su mentor. - *Son tanto su alma como de él. Son el bosque. Ahora... vuelve con nosotros...*-

La mente de Malfurion Stormrage respetuosamente se retiraba de los árboles gigantescos, el más anciano de la boscosa tierra. Mientras se retiraba, sus alrededores físicos reaparecieron poco a poco, aunque turbio al principio. Él destelló sus ojos color plata sin pupilas, dándoles por dentro un nuevo foco. Su respiración era entrecortada, pero su corazón se llenó de orgullo. ¡Nunca antes había llegado tan lejos!

- Has aprendido bien, joven elfo de la noche.- Una voz como de oso gruñó.
- Mejor de lo que yo podía esperar...-

El sudor corría por el rostro violeta de Malfurion. Su mentor había insistido en que intente el siguiente monumental paso a la altura del día, tiempo en el que su pueblo estaba en el punto más débil. Si hubiera sido de noche, Malfurion estaba seguro de que habría sido más fuerte, pero como Cenarius señaló una y otra vez, eso iría en contra del objetivo. Lo que su mentor le enseñó no era la magia de los elfos de la noche, sino exactamente lo opuesto.

Y en muchos sentidos, Malfurion ya se había convertido en lo contrario de su pueblo. A pesar de sus tendencias hacia la ropa extravagante por ejemplo, el propio Malfurion estaba muy tenue. Una túnica de tela, un sencillo jubón, un pantalón de cuero y botas que llegaban hasta las rodillas... sus padres, de no haber muerto en un accidente hace un par de años, seguramente se habrían muerto de vergüenza.

Su largo pelo color verde oscuro que llegaba hasta los hombros, rodeado de un rostro estrecho parecido a un lobo. Malfurion se había convertido en un paria entre los de su clase. Hizo preguntas, sugirió que las viejas tradiciones no son necesariamente los mejores, e incluso se atrevió a mencionar una vez que la amada reina Azshara no siempre puede tener las preocupaciones de sus súbditos por sobre sus pensamientos. Estas acciones le dejaron un poco asociado e incluso con menos amigos.

De hecho, en la mente de Malfurion, solo podía realmente contar con tres seres como amigos. En primer lugar tenía a su hermano gemelo Illidan, igualmente de problemático. Aunque Illidan no rehuía de las tradiciones y la hechicería de los

elfos de la noche tanto como él, tenía una tendencia a cuestionar la autoridad del gobierno de los ancestros, que también era un gran crimen.

- ¿Qué has visto?-

Le pregunto a su hermano, sentado a su lado en la hierba con impaciencia. Illidan habría sido idéntico a Malfurion, si no fuera por su pelo azul medianoche y ojos color ámbar. Casi todos los elfos de la noche tenían ojos de plata. Los muy pocos que nacen con los de ámbar eran vistos como destinado a la grandeza.

Pero si la grandeza iba a ser de Illidan, primero tenía que frenar tanto la paciencia como la impaciencia. Había venido con su gemelo al estudio de este nuevo camino que utiliza el poder de la naturaleza, su mentor lo llamó "druidismo", creyendo que sería el alumno más rápido. En cambio, a menudo hizo hechizos mal ubicados y no pudo concentrarse lo suficiente para mantener la mayoría de los trances. Que fuese bastante hábil para la hechicería tradicional no hizo mitigar a Illidan. Había querido aprender los caminos de druidismo porque esas habilidades únicas le marcarían como diferente, al punto de que todo el mundo había hablado del potencial desde su nacimiento.

- Vi...- ¿Cómo explicar eso incluso a su hermano? La frente de Malfurion arrugó. - Vi los corazones de los árboles y sus almas. No sólo ellos, también vi... ¡Creo que vi a las almas de todo el bosque!-

- ¡Qué maravilla!- Jadeó una voz femenina a su otro lado.

Malfurion luchaba por mantener que sus mejillas se oscurezcan al negro, para el elfo de la noche equivale a la vergüenza. Últimamente se ha encontrado más y más incómodo cerca de sus compañeros.... pero aun así él no podía imaginarse lejos de ella.

Con los hermanos había llegado Tyrande, su mejor amiga desde la infancia. Habían crecido juntos los tres, inseparables en todos los sentidos hasta el año pasado, cuando ella había tomado el manto de una sacerdotisa novicia en el Templo de Elune, la diosa de la luna. Allí aprendió a estar en sintonía con el espíritu de la diosa, aprendió a usar los dones que a todas sacerdotisas se les es concedido con el fin de hacerles correr la voz de su diosa. Ella había sido quien había alentado a Malfurion cuando él había decidido pasar de la hechicería de los elfos de la noche al poder terrenal de los druidas. Tyrande vio al druidismo como una fuerza afín de las habilidades a su deidad que le serian concedidas una vez que complete su propia formación.

Sin embargo, desde una niña delgada y pálida que más de una vez había superado los dos hermanos en las carreras y la caza, Tyrande se había convertido, desde que llegó al templo, en una belleza delgada pero bien curvada, su piel suave ahora, violeta luz suave y su pelo azul oscuro con vetas de plata. La cara ratonil había crecido más completa, mucho más femenina y atractiva.

Tal vez demasiado atractiva.

- ¡Uf!- Agregó Illidan, no muy impresionado. - ¿Eso era todo?-

- Es un buen comienzo.- tronó su tutor. La gran sombra cayó sobre los tres jóvenes elfos de la noche, ahogando incluso boca desenfundada de Illidan.

A pesar de sus más de dos metros de altura, el trío fue eclipsado por Cenarius, que estaba muy por encima de los diez metros.

Su torso era similar al de Malfurion, aunque una pista del bosque esmeralda coloreó su piel oscura y era mucho más amplio y más musculoso que cualquiera de sus estudiantes varones. Más abajo de la parte superior del cuerpo terminaba cualquier similitud. Cenarius no era un sencillo elfo de la noche, después de todo. Ni siquiera era mortal.

Cenarius era un semidiós.

Sus orígenes sólo él los conocía, era tanta su cercanía con el gran bosque, que ya era parte de él.

Cuando habían aparecido los primeros elfos de la noche, Cenarius ya había existido. Afirmó parentesco con ellos, pero nunca les había dicho de qué manera.

Los pocos que fueron a él con propósito de orientación siempre cambiaron y lo dejaron. Otros en cambio no se fueron, llegando a ser tan transformados por sus enseñanzas que optaron al unirse al semidiós en la protección de su reino. Aquellos ya no eran elfos de la noche, eran guardianes del bosque alterados físicamente para siempre.

Con una espesa melena de musgo verde que fluía de su cabeza, Cenarius miró con cariño a sus alumnos con sus ojos como orbes de oro puro.

Acarició a Malfurion suavemente en el hombro con las manos que parecían viejas garras de madera nudosas todavía capaces de rasgar al elfo de la noche en pedazos y sin esfuerzo, entonces retrocedió... en sus fuertes cuatro patas.

La parte superior del torso del semidiós podría parecerse a la de un elfo de la noche, pero la parte más baja era la de un enorme y magnífico ciervo. Cenarius se movía sin esfuerzo, tan rápido y ágil como cualquiera de los tres.

Tenía la velocidad del viento, la fuerza de los árboles. En él se reflejaba la vida y la salud de la tierra. Él era el padre y su hijo, todo en uno.

Y al igual que un ciervo, él también tenía cuernos gigantes, astas gloriosas que daban sombra a su rostro severo pero paternal.

Emparejado en importancia sólo por su larga barba, las astas fueron el último recordatorio de que existía un vínculo de sangre entre los semidioses y los elfos de la noche, lejos, lejos en el pasado.

- Todos ustedes lo han hecho bien.- Agregó con la voz que siempre sonaba como un trueno. Hojas y ramas literalmente crecían en su barba, el pelo se sacudía cada vez que la deidad hablaba. – Debes irte ahora. Debes estar en vínculo contigo mismo. Te hará bien.-

Los tres se pararon, pero Malfurion vaciló. En cuanto a sus compañeros, dijo:

- Vayan ustedes adelante. Nos vemos a la vuelta del camino. Tengo que hablar con Cenarius.-

- Podríamos esperar.- Respondió Tyrande.

- No hay necesidad. No tardaré mucho.-

-Entonces, eso significa- Illidan intervino rápidamente, tomando del brazo a Tyrande. – Que debemos dejarlo. Vámonos Tyrande.-

Ella dio a Malfurion una última mirada persistente que le hizo apartarse de ocultar sus emociones. Esperó a que los dos se fueran, para luego volverse otra vez al semidiós.

El sol poniente creaba sombras en el bosque que parecía bailar por el placer de Cenarius.

El semidiós sonrió a las sombras danzantes, los árboles y otras plantas que se movían en tiempo con ellos.

Malfurion cayó sobre una rodilla, con la mirada a la tierra.

- Mi Shan'do.-

Comenzó, llamando a Cenarius por el título que significaba en la antigua lengua "Maestro Honrado." - Perdóname por preguntar...-

- No debes actuar antes que yo, joven. Levántate...-

El elfo de la noche obedeció de mala gana, pero mantuvo la mirada hacia abajo.

Esto hizo que el semidiós riera, un sonido acentuado por el súbito canto alegre de los pájaros cantores. Siempre que Cenarius reaccionaba, el mundo reaccionaba en concierto con él.

- Me pagas más homenaje que aquellos que dicen predicar en mi nombre. Tu hermano no se inclina ante mí y a todo respeto de mi poder, Tyrande da todo de sí misma sólo para Elune.-

- Te ofreciste para enseñarme... nos.- Respondió Malfurion.

- Lo que ningún elfo de la noche nunca ha aprendido...- Él todavía recuerda el día en que se había acercado al bosque sagrado. Legendas abundaron sobre Cenarius, pero Malfurion quería saber la verdad. Sin embargo, cuando él había

llamado al semidiós, en realidad no esperaba una respuesta.

Tampoco esperaba de Cenarius que se ofreciera a ser su maestro. ¿Por qué el semidiós asumiría tal –mundana- tarea que fue más allá de Malfurion? Sin embargo, allí estaban juntos. Eran más que deidad y elfo de la noche, más que profesor y alumno... también eran amigos.

- Ningún otro elfo de la noche realmente desea aprender mis caminos.-
Respondió Cenarius. - Incluso aquellos que han tomado el manto de la selva... ninguno de ellos realmente ha seguido el camino que ahora te mostraré. Eres el primero con la capacidad posible, la posible voluntad, en verdad entiendes cómo manejar las fuerzas inherentes de toda la naturaleza. Y cuando digo “tú”, joven elfo, hablo totalmente en singular.-

Esto no era lo que Malfurion esperaba escuchar, sin duda las palabras del semidiós lo golpearon duro.

- ¿Pero... pero Tyrande e Illidan?-

El semidiós negó con la cabeza.

- Por Tyrande, ya hemos hablado. ¡Ella se ha comprometido para Elune y no voy a usurpar en el reino de la Diosa de la Luna! De tu hermano sin embargo, sólo puedo decir que hay mucho potencial en él... pero creo que ese potencial está en otra parte.-

- Yo... yo no sé qué decir...- Y en verdad Malfurion no sabía. Que se le informe tan de repente que Illidan y él no seguirían el mismo camino, que Illidan empezó incluso a perder sus esfuerzos aquí... era la primera vez que los gemelos no compartían un éxito.

- ¡No! ¡Illidan aprenderá! ¡Es sólo más testarudo! ¡Hay mucha presión sobre él! Sus ojos...-

- Es un signo de alguna marca de futuro en el mundo, pero no lo hará siguiendo mis enseñanzas.-

Cenarius le dio a Malfurion una suave sonrisa. - Pero vas a tratar de enseñarle tú mismo, ¿No? Tal vez puedas tener éxito donde yo he fallado.-

El elfo de la noche se sonrojó. Por supuesto, su Shan'do leía sus pensamientos sobre el tema. Sí, Malfurion tenía la intención de hacer todo lo posible para empujar Illidan más adelante... pero sabía que al hacerlo sería una dura tarea. Aprendiendo del semidiós era una cosa, aprender de Malfurion sería otra. Esto demostraría que Illidan no era el primero, sino el segundo.

- Ahora...- Añadió el Señor del Bosque en silencio, vio como un pequeño pájaro rojo se posó en sus astas y su compañero lo hizo más pálido en su brazo.

Estos lugares eran comunes en torno a Cenarius, pero nunca dejaron de maravillarle al elfo. - Viniste a pedirme algo...-

- Sí. Gran Cenarius... he estado preocupado por un sueño, uno que ocurre de nuevo.-

Los ojos dorados se estrecharon. - ¿Sólo un sueño? ¿Eso es lo que te preocupa?-

Malfurion hizo una mueca. Ya se había reprendido a sí mismo varias veces por pensar en distraer al semidiós con su problema. ¿Qué daño hace un sueño, incluso uno que se repitiera? Todo el mundo sueña.

- Sí... se trata de mí cada vez que me acuesto y desde que he estado aprendiendo de ti... ha crecido más fuerte, más exigente.-

Esperaba que Cenarius se riese de él, pero el Señor del Bosque lo estudió detenidamente. Malfurion sintió los orbes de oro -mucho más que los de su propio hermano- en lo profundo de él, leyendo al elfo de la noche por dentro y por fuera.

Por fin, Cenarius se echó hacia atrás. Él asintió con la cabeza para sí mismo y en voz más solemne dijo: - Sí, creo que ya estás listo.-

- ¿Listo para qué?-

En respuesta, Cenarius levantó una mano. El pájaro rojo saltó a la mano tendida, y un compañero se unió allí. El semidiós acarició la espalda de ellos un tiempo, les susurró algo, y entonces la pareja salió volando.

Cenarius miró al elfo de la noche.

- A Illidan y Tyrande se les informará de que te vas a quedar atrás por un tiempo. Se les ha dicho que se vayan sin ti.-

- ¿Pero por qué?-

Los ojos dorados brillaron. - Háblame de tu sueño.-

Tomando una respiración profunda, Malfurion comenzó. El sueño comienza como siempre, con el Pozo de la Eternidad como punto central. Al principio, las aguas estaban en calma, pero luego, desde el centro, una vorágine rápidamente se formaba... y desde el fondo de la vorágine, criaturas salían, algunas de ellas inofensivas, otras malévolas. Muchos ni siquiera se reconocían, como si vinieran de otros mundos, a otros tiempos. Se propagaban en todas las direcciones, huyendo más allá de su vista.

De repente, el remolino se desvaneció y Malfurion se puso en medio de Kalimdor... pero un Kalimdor despojado de toda vida. Un horrible mal había asolado a toda la tierra, sin dejar siquiera una brizna de hierba o un pequeño insecto vivo. Las ciudades en otros tiempos orgullosas, los

enormes y frondosos bosques... nada se habían salvado.

Más terrible aún, hasta donde alcanzaba la vista, los calcinados huesos de elfos de la noche yacían esparcidos por todas partes. Los cráneos se habían hundido. El hedor de la muerte era fuerte en el aire. Nadie, ni siquiera los viejos, enfermos o jóvenes, se habían salvado.

Un calor, un calor espantoso había atacado a Malfurion entonces. Se volvió y vio a lo lejos una gran chimenea, un infierno llegar de los cielos. Que quemaba todo lo que tocaba, incluso el viento. Cuando se movía, nada... absolutamente nada... se mantenía. Sin embargo, tan aterradora como la escena había sido que cuando por fin se había despertado el elfo de la noche no sintió sudor frío, sino más bien algo que había sentido por el fuego.

Había estado vivo. Sabía que los terrores que conoció se deleitaban en él. Se deleitaban... y por hambre de más.

Todo el humor había huido del rostro de Cenarius cuando Malfurion había acabado de hablar. Su mirada parpadeó a su amado bosque y las criaturas que prosperaban dentro. - ¿Y esta pesadilla se repite con cada sueño?-

- En cada uno. Sin falta.-

- Me temo pues, que se trata de un presagio. Percibí en ti desde el primer encuentro los ingredientes para el don de la premonición, una de las razones por las que te elegí para que me dieras a conocerte, pero es más fuerte de lo que yo había esperado.-

- Pero, ¿Qué significa? - El joven elfo de la noche preguntó. - Si dices que esto es un presagio, tengo que saber lo que presagia.-

- Vamos a tratar de descubrir eso.- Dijo Cenarius. - Después de todo, ya estás listo.-

- ¿Listo para qué? - Cenarius se cruzó de brazos. Su tono se hizo más profundo.

- Listo para caminar al Sueño Esmeralda.-

No había nada de las enseñanzas del semidiós hasta el momento que se refirieran a este Sueño Esmeralda, pero la manera en que Cenarius habló de ello a Malfurion hizo darse cuenta de la importancia de esta nueva etapa.

- ¿Qué es el sueño esmeralda?-

- ¿Qué no es? El Sueño Esmeralda es el mundo más allá del mundo de la vigilia. Es el mundo del espíritu, el mundo de los durmientes. Es el mundo como podría haber sido, si nosotros los seres sintientes no hubiéramos llegado a punto de arruinarlo. En el Sueño Esmeralda, es posible, con la práctica, ver cualquier cosa, ir a cualquier parte. Tu cuerpo va a entrar en un trance y su forma de sueño volará de ella a cualquier lugar al que tienes que ir.-

- Parece...-

- ¿Peligroso? Lo es, joven Malfurion. Incluso los bien entrenados, con experiencia, pueden perderse en él. Observas que lo llamo el Sueño Esmeralda. Ese es el color de su amante, Ysera, el gran Aspecto. Es su reino y su vuelo de dragón. Ella cuida bien y permite sólo a algunos entrar en él. Mis propias dríades y los encargados hacen uso del Sueño Esmeralda en sus funciones, pero con moderación.-

- Nunca había oído hablar de ello.- Admitió Malfurion con un movimiento de cabeza.

- Probablemente porque ningún elfo de la noche salvo los de mi servicio ha entrado alguna vez... y sólo cuando ya no eran de su raza. Tú serías el primero de tu raza en tomar verdaderamente el camino... si así lo deseas.-

La idea dejó a Malfurion un tanto nervioso y excitado. Sería el siguiente paso en sus estudios y una forma, tal vez, de dar sentido a su constante pesadilla. Sin embargo... Cenarius había dejado claro que el Sueño Esmeralda también podría ser mortal.

- ¿Lo... lo que podría pasar? ¿Qué podría salir mal?-

- Incluso los experimentados pueden perder su camino de vuelta si se distraen.- Respondió el semidiós. - Incluso yo. Debes permanecer enfocado en todo momento, conocer tu meta. De lo contrario... de lo contrario tu cuerpo puede dormirse para siempre.-

Había más, el elfo de la noche sospechaba, pero Cenarius por alguna razón quería que aprendiera eso por su cuenta, si Malfurion decidía recorrer el Sueño Esmeralda.

Él decidió que no tenía más remedio. - ¿Cómo empiezo?-

Cenarius tocó con cariño la parte superior de la cabeza de su estudiante.

- ¿Estás seguro?-

- Muy seguro.-

- Siéntate, como si estuviese dándote otra simple lección.- Cuando la figura más leve había obedecido, Cenarius bajó su propia forma de cuatro patas a la tierra.

- Yo te guiaré en este primer tiempo, luego te corresponde a ti. Fija tu mirada en la mía, elfo de la noche.-

Los orbes de oro del semidiós atraparon los ojos de Malfurion. Incluso si hubiera querido, habría realizado un esfuerzo gigantesco para que él tire de su propia mirada. Él se sintió atraído por la mente de Cenarius, redactado en un mundo donde todo era posible.

Un sentido de ligereza tocaba a Malfurion.

- ¿Puedes sentir el canto de las piedras, la danza del viento, las risas de los torrentes de agua? -

En un primer momento, Malfurion no sintió nada de eso, pero entonces oyó el lento y constante de molienda, el desplazamiento de la tierra.

Demasiado tarde, se dio cuenta que se trataba de cómo las piedras y las rocas hablaban, durante eones, se dirigían de un punto del mundo a otro.

Después de eso, los otros se convirtieron en más evidente. Cada parte de la naturaleza tiene su propia voz. El viento hizo girar en pasos alegres cuando estaba contento, o en ráfagas violentas cuando el humor se oscurecía. Los árboles se sacudieron sus coronas y el agua furiosa de un río cercano se rieron como el pez en ella se lanzó hacia arriba para desovar.

Pero en el fondo... Malfurion creyó percibir discordia distante. Trató de concentrarse, pero no pudo.

- *Aún no estás en el Sueño Esmeralda. En primer lugar, debes quitarte la cáscara terrenal...*- La voz en su cabeza le daba instrucciones. - *Al llegar al estado de sueño, desliza tu cuerpo fuera como si fuese un abrigo. Empieza desde tu corazón y mente, ya que son los enlaces que más te unen al plano mortal. ¿Ves? Así es como se hace...*-

Malfurion tocó su corazón con sus pensamientos, abriéndolo como una puerta y dispuesto a su espíritu libre. Hizo lo mismo con su mente, aunque el lado práctico terrenal de cualquier criatura viviente protestó por esta acción.

- *Cede el paso a tu subconsciente. Deja que te guíe. Sabe del reino de los sueños y siempre está contento de volver allí.*-

Como Malfurion obedecía, las últimas barreras escabulleron. Se sentía como si se hubiera desprendido de la piel de la manera que una serpiente podría. Una sensación de alegría le llenaba y casi se olvidó para qué estaba haciendo esto.

Pero Cenarius le había advertido a permanecer enfocado por lo que el elfo de la noche luchó contra la euforia.

- *Ahora... levántate.*-

Malfurion se levantó... pero su cuerpo, las piernas todavía cruzadas, se quedaron dónde estaban. Su forma de sueño flotaba a pocos metros del suelo, libre de todas las restricciones. Si así lo deseaba, Malfurion sabía que podría haber volado a las propias estrellas.

Pero el Sueño Esmeralda estaba en una dirección diferente. Giró de nuevo a su subconsciente, el semidiós le daba instrucciones. Él le mostrará el camino, porque se encuentra dentro, no fuera.

Y mientras seguía las instrucciones de Cenarius, el elfo de la noche vio que el mundo cambiaba más a su alrededor. Una calidad nebulosa envolvía todo. Imágenes, imágenes sin fin, se superponen unas a otras, pero con Malfurion concentrándose descubrió que podía ver cada uno por separado. Oyó susurros y se dio cuenta de que eran las voces internas de los soñadores de todo el mundo.

- A partir de aquí, tienes que tomar el camino por ti mismo.-

Sintió que su enlace a Cenarius casi desaparecía. En aras de la concentración de Malfurion, el semidiós se había visto obligado a retirarse. Sin embargo, Cenarius se mantuvo en presencia, listo para ayudar a su estudiante si fuera necesario.

Como Malfurion se adelantó, su mundo se volvió una brillante gema verde. La neblina aumenta y los susurros se hicieron más audibles. Un paisaje vagamente que había visto le hizo una seña.

Se había convertido en parte del Sueño Esmeralda.

Siguiendo sus instintos, Malfurion flotó hacia el ensueño del cambio. Como dijo Cenarius, parecía que en el mundo no hubiera visto, había elfos y otras criaturas no conocían. Había una tranquilidad en el Sueño Esmeralda que hizo tentador quedarse para siempre, pero Malfurion se negó a ceder a esa tentación. Tenía que saber la verdad acerca de sus sueños.

No tenía ni idea al principio que su subconsciente le estaba guiando, pero de alguna forma sospechaba que le llevaría a las respuestas que deseaba. Malfurion sobrevoló el paraíso vacío, maravillado por todo lo que veía.

Pero entonces, en medio de su viaje milagroso, se sintió algo mal otra vez. La débil discordia que había sentido antes aumentó más. Malfurion trató de ignorarlo, pero lo roía como una rata hambrienta. Finalmente desvió su forma espiritual hacia ella.

De repente, delante de él había un enorme lago negro. Malfurion frunció el ceño, seguro de que él reconoció el cuerpo oscuro del agua. Olas oscuras bañando

sus costas y un aura de potencia radiaba desde su centro.

El Pozo de la Eternidad.

Pero si este era el pozo, ¿Dónde estaba la ciudad? Malfurion miró el paisaje onírico donde sabía que la capital debía estar, tratando de convocar a una imagen de ella. Había venido aquí por una razón y ahora creía que tenía que ver con la ciudad. Por sí mismo el Pozo de la Eternidad fue algo sorprendente, pero era la única fuente de poder. El elfo de la noche sintió el origen de la discordia en otro lugar.

Se quedó mirando el mundo vacío, exigiendo ver la realidad.

Y sin previo aviso, el sueño de Malfurion se auto materializó sobre Zin-Azshari, la capital de los elfos de la noche.

En la antigua lengua, Zin-Azshari se traduce en "La Gloria de Azshara". Así de amada había sido la reina cuando ella había hecho su ascensión al trono que el pueblo había insistido en cambiar el nombre de la capital en su honor.

Pensando en su reina, Malfurion repente vio el palacio, una magnífica estructura rodeada de una enorme pared bien resguardada. Frunció el ceño, sabiendo muy bien. Esta fue, por supuesto, la gran morada de su reina. A pesar de que a veces había hecho mención de muchos defectos que él creía, Malfurion en realidad la admiraba más que a la mayoría de sus pensamientos. En general, había hecho un gran bien a su gente, pero en ocasiones creía que Azshara simplemente había perdido su enfoque. Al igual que con muchos otros elfos de la noche, sospechó de que el problema que tenía que ver en parte con los Altonatos, que administraban el reino en su nombre.

La maldad se agravó más cuando flotó cerca hacia el palacio. Los ojos de Malfurion se abrieron al ver la razón. Con la convocatoria de la visión de Zin-Azshari, también había convocado una imagen más inmediata del bien. El lago negro ahora giraba locamente y lo que parecía ser hebras monstruosas de energía multicolor se disparaban de sus profundidades. La magia poderosa estaba siendo sacada del pozo en la torre más alta, su único fin posible la emisión de un hechizo de proporciones imposibles.

Las oscuras aguas más allá del palacio se movieron con tal violencia que para Malfurion parecían estar hirviendo. Cuanto más los de la torre convocaban el poder del pozo, era más terrible la furia de los elementos. Arriba, el cielo de tormentas arruinadas gritó y brillaba. Algunos de los edificios cercanos al borde del Pozo eran amenazados con ser lavados.

-¿Qué están haciendo?- Se preguntó Malfurion, su propia búsqueda quedo olvidada. - ¿Por qué continúan incluso durante la debilidad del

día?-

Sin embargo, "día" era sólo un término, ahora. Atrás quedó el sol eclipsado por habilidades de los elfos de la noche. A pesar de que la noche aún no había llegado, era tan oscuro como la noche anterior en Zin-Azshari... no, más oscuro. Esto no era natural y sin duda no es seguro. ¿Quién podría ser los que están dentro realizando esto?

Se echó a andar por las paredes por al lado de los guardias con cara de piedra, ignorantes de su presencia. Malfurion flotaba en el propio palacio, pero cuando trató de entrar, seguro con su forma de sueño pasaría a través de algo tan simple como la piedra, el elfo de la noche descubrió una barrera impenetrable.

Alguien se había encerrado en el palacio con hechizos de protección para que nadie entrase, tan poderoso, que no podía traspasarlo. Esto solo dejó a Malfurion más curioso, más decidido. Voló alrededor de la estructura hacia la torre en cuestión. Tenía que haber una manera de entrar tenía que ver qué locura estaba pasando en su interior.

Con una mano, él se acercó a la gran variedad de hechizos de protección, buscando el punto en que todos estén unidos, un punto por el que también podría pasar y...

Y de repente un dolor inimaginable azotó a Malfurion. Él gritó en silencio, no hay sonido capaz de expresar su agonía. La imagen del palacio de Zin-Azshari, desapareció. Se encontró en un vacío esmeralda, atrapado en una tormenta de magia pura. Los poderes elementales amenazaron con arrancarle la forma de sueño en mil pedazos y se dispersaba en todas direcciones.

Pero en medio del caos monstruoso, de repente oyó la débil llamada de una voz familiar.

- Malfurion... mi hijo... vuelve a mí... Malfurion... debes devolver... -

Vagamente el elfo de la noche reconoció la convocatoria desesperada de Cenarius. Se aferró a ella como una persona que se ahoga en el medio del mar podría aferrarse a un pequeño trozo de madera. Malfurion sintió la mente de la deidad del arbolado llegar a él, le guiaría en la dirección correcta.

El dolor comenzó a disminuir, pero Malfurion estaba agotado sin medida. Una parte de él quería simplemente estar entre los soñadores, su alma nunca volvería a su carne. Sin embargo, se dio cuenta de que hacerlo significaría su fin y por eso luchó contra el deseo mortal.

Y a medida que el dolor se reducía en la distancia, como el toque de Cenarius crecía más fuerte, Malfurion sintió su propio enlace a su forma

mortal. Con impaciencia lo siguió, moviéndose cada vez más rápido a través del Sueño Esmeralda...

Con un grito... el joven elfo de la noche se despertó.

Incapaz de detenerse, Malfurion cayó en la hierba. Unas poderosas manos suaves lo recogieron y dejaron en una posición sentada. El agua goteaba en la boca.

Abrió los ojos y vio el rostro de preocupación de Cenarius. Su mentor celebró bebiendo de la bolsa de agua de Malfurion.

- Has hecho lo que pocos pueden hacer.- Murmuró el semi-dios venado. - Y al hacerlo, casi te pierdes a ti mismo para siempre. ¿Qué pasó, Malfurion? Fuiste incluso más allá de mi vista...-

- Yo... sentí... algo terrible...-

- ¿La causa de tus pesadillas?-

El elfo de la noche sacudió la cabeza.

- No... No lo sé... yo... me sentí atraído a Zin-Azshari...- Trató de explicar lo que había visto, pero las palabras parecían muy insuficiente.

Cenarius parecía aún más perturbado de lo que preocupaba a Malfurion.

- Esto no augura nada bueno... no. ¿Estás seguro de que era el palacio? ¿Tenían que ser Azshara y sus Altonatos?-

- No sé si uno o los dos... pero no puedo dejar de pensar que la reina debe ser una parte de ellos. Azshara es muy tenaz. Incluso Xavius no puede controlar su... eso creo.- El consejero de la reina era una figura enigmática, tan desconfiado como era su amada Azshara.

- Tienes que pensar en lo que dices, joven Malfurion. Estás sugiriendo que la líder de los elfos de la noche, cuyo nombre se escucha en la canción de cada día, está involucrada en algunos hechizos que podrían ser una amenaza no sólo para la especie, sino para el resto del mundo. ¿Entiendes lo que eso significa?-

La imagen de Zin-Azshari entremezclada con la escena de devastación...

Malfurion encontró tanto compatibles entre ambas. Ellos no pueden estar directamente relacionados, pero si compartían algo en común.

Lo que era, sin embargo, no lo sabía aún.

- Yo entiendo una cosa.- Murmuró, recordando el hermoso rostro de la reina y los aplausos que acompañaron en sus apariciones breves. - Yo entiendo que tengo que averiguar la verdad donde quiera que me lleve... incluso si al final me

cueste la vida misma...-

La forma de sombra tocó con su garra la pequeña esfera dorada, en su otra palma escamosa, trayéndola a la vida. Dentro de ella se materializó otra, casi idéntica sombra. La luz de la esfera no hizo más que empujar la oscuridad que rodeaba la figura, al igual que al otro lado la esfera usada por la segunda forma también falló. La magia Usada para preservar cada una de las identidades, era vieja y muy fuerte.

- El pozo se encuentra todavía en medio de terribles angustias.- Comentó el que había iniciado el contacto. - Así ha sido desde hace algún tiempo.- Respondió el segundo, agitando la cola detrás de él. - Los elfos de la noche juegan con poderes que no aprecian.-

- ¿Ha habido una opinión formada sobre el final?-

La cabeza oscura dentro de la esfera sacudió una vez.

- No hay nada significativo hasta el momento... pero ¿Qué pueden hacer posiblemente salvo quizás destruirse a sí mismos? No sería la primera vez que una raza mortal hace eso seguramente no serían los últimos.-

La primera asintió. - Así se nos parecen... y a los otros.-

- ¿Todoss los otrosss?- Siseó el segundo, por primera vez alguna verdadera curiosidad en su tono. - ¿Incluso los guardianesss del Vuelo de la Tierra?-

- No... Mantienen su propio consejo... como es habitual en los últimos tiempos. Ellos no son más que el reflejo de Neltharion.-

- Sin importancia, entonces. Al igual que usted, nosotros continuaremos monitoreando la locura de los elfos de la noche, pero es dudoso que sea más que la extinción de su especie. En caso de que resulte ser más, vamos a actuar si se nos ordena actuar por nuestro señor, Malygos.-

- El pacto se mantiene intacto.- Respondió el primero. - Nosotros también intervendremos sólo en caso comandado por su majestad, la gloriosa Alexstrasza.-

- Esta conversación ha terminado, entonces.- Con eso, la esfera se volvió negra. La segunda forma había roto el vínculo. El otro se levantó, rechazando la esfera. Con un silbido, sacudió la cabeza ante la ignorancia de las razas inferiores.

Constantemente entrometidos en cosas más allá de sus capacidades y así se les paga fatalmente por ello. Sus errores eran los suyos para sufrirlos, siempre y cuando el mundo no sufra en conjunto con ellos. Si eso sucediera, entonces los dragones tendrían que actuar.

- Tontos, tontos elfos de la noche...-

Pero en un lugar entre los mundos, en medio del caos encarnado, los ojos de fuego entregaron un repentino interés al trabajo de los Altonatos y de Azshara habiendo alcanzado también ellos.

En algún lugar, el que miraba se dio cuenta, que en algún lugar alguien había llamado a la unidad. Alguien había sacado de la magia la creencia errónea de que ellos y sólo ellos sabían de ella, sabían cómo manejarla... pero ¿Dónde? Buscó... casi tenía la fuente, luego la perdió. Fue cerca, sin embargo, muy cerca.

Esperaría. Como los demás, había comenzado a crecer el hambre. Seguro que si esperaba un poco más, sentiría exactamente de entre los mundos donde estaban. Oía su afán, su ambición. No serían capaces de dejar de usar la magia. Pronto... pronto iba a encontrar el camino a través de su pequeño mundo...

Y él y el resto se alimentarían.

CAPITULO CINCO

Brox tuvo un mal, mal sentimiento acerca de su misión.

- ¿Dónde están?- Murmuró. - ¿Dónde están?-

¿Cómo se oculta un dragón? El orco quería saberlo. Las pistas eran muy evidentes, pero luego todo lo que él y Gaskal podían encontrar después eran las huellas de un humano, tal vez dos. Dado que los orcos estaban lo suficientemente cerca como para darse cuenta si un dragón se lanzó al aire -y que habían visto tan sorprendente lugar - entonces sólo tenía sentido que el Dragón tenía que estar cerca.

- Tal vez por ese camino- sugirió el guerrero más joven, con el ceño fruncido profundo. – Aquel pasaje.-

-Demasiado estrecho.- gruñó Brox. Olió el aire. El aroma de dragón llenó su nariz. Casi oculta por el olor del humano. Dragones y magos.

Con tregua o sin tregua, este sería un buen día para morir... si Brox sólo pudiera encontrar a sus enemigos.

Se arrodilló para estudiar mejor las pistas, el veterano tuvo que admitir que la sugerencia de Gaskal tuvo más sentido. Los dos conjuntos de pisadas condujeron al desfiladero, mientras que el dragón se había simplemente esfumado. Sin embargo, si el orco se enfrentara a los otros intrusos, la bestia seguramente vendrá.

Al no dar a su compañero signo de sus verdaderas intenciones, el viejo guerrero se levantó. - Vamos.-

Con sus armas listas, trotaban por el pasaje. Brox resopló mientras miraba por encima. Definitivamente era demasiado estrecho para un dragón, aunque sea un dragón de mediana estatura. ¿Dónde estaba la bestia?

Sólo habían pasado a una corta distancia cuando desde más lejos oyeron el aullido de una bestia monstruosa. Los dos orcos se miraron, pero no se detuvieron. Ningún verdadero guerrero arranca al primer sonido de peligro.

Mientras más profundo iban notaban que las sombras jugaban, haciendo parecer como si las criaturas antinaturales acechaban alrededor de ellos. La respiración de Brox se hizo más pesada mientras trataba de mantener el ritmo de Gaskal,

mientras sostenía su pesada hacha fuertemente en la mano.

Un grito, -un grito humano- se hizo eco sólo un poco más adelante.

- Brox- el orco más joven dijo.

Pero en ese momento, una visión monstruosa llenó su vista, una imagen de fuego como nada que hubiese visto antes.

Llenó todo el camino, desbordando incluso la roca. No parecía vivo, pero sin embargo, se movía con propósito. Los sonidos aleatorios y caóticos llenaron las orejas de los orcos y cuando Brox miró hacia el centro, sentía como si se mirase dentro para siempre.

Los orcos no eran criaturas sujetas al miedo fácil, pero la monstruosa visión mágica sin duda dejó abrumado a los dos guerreros. Brox y Gaskal se congelaron antes de que fueran conscientes de que sus armas giraban a un lado.

Brox había deseado una muerte heroica, pero ninguna como esta. No había nobleza en morir así. Parecía capaz de tragárselo con la misma facilidad y sin previo aviso como lo haría a un mosquito.

Y eso hizo que tomase una decisión.

-¡Gaskal! ¡Muévete! ¡Corre!-

Sin embargo, el propio Brox no siguió su propia orden. Se dio la vuelta para correr, sí, pero se resbaló como un torpe bebé en la nieve resbaladiza. El enorme orco cayó al suelo, golpeándose la cabeza. Su arma cayó fuera de su alcance.

Gaskal, sin darse cuenta de lo que le había pasado a su compañero, pues no había huido, se lanzó a un lado, a una depresión en una de las paredes rocosas. Allí se plantó en el interior, determinado en la protección de la sólida roca.

Aun tratando de aclarar su mente, Brox se fijó en el error de Gaskal. Poniéndose de rodillas, le gritó: -¡Ahí no! ¡Lejos!-

Pero la cacofonía de sonidos ahogó su advertencia. La terrible anomalía se adelantó... y Brox observó con horror como Gaskal fue capturado en su propio refugio.

Mil gritos escaparon del orco herido, tanto como un Gaskal joven y creciendo hasta uno viejo al mismo tiempo.

Los ojos de Gaskal se hincharon y su cuerpo se agitó como un líquido. Se estiraba y contraía... Y con un último grito impío, el orco más joven se encogió dentro de sí mismo, mientras se contraía más y más... hasta que desapareció por completo.

- ¡Por la Horda...!-

Brox se quedó sin aliento, de pie. Se quedó mirando el lugar donde Gaskal había estado, todavía de alguna manera con la esperanza de que su compañero apareciese milagrosamente ileso.

Entonces, finalmente, se hundió en el presentimiento que sería segundo de ser engullido por la misma monstruosidad.

Brox se volvió instintivamente, agarró su hacha y se echó a correr. No sentía ninguna vergüenza en ello. Un orco no puede luchar contra esto. Morir como Gaskal había muerto sería un gesto inútil.

Pero tan rápido como el orco corría, la visión de fuego se movía más rápido. Casi ensordecido por los innumerables sonidos y voces, Brox apretó los dientes.

Él sabía que no podía devolverse, no ahora, solo siguió avanzando...

Consiguió dar sólo dos pasos más antes de que se lo tragara entero.

Cada hueso, cada músculo, cada nervio en el cuerpo de Krasus gritó. Era la única razón por la que el dragón mago finalmente se movió desde el abismo negro de la inconsciencia.

¿Qué había pasado? Él aún no sabía muy bien. En un momento, había estado tratando de llegar a Rhonin y entonces de alguna manera a pesar de no estar cerca de que él, también había sido tragado por la anomalía. Su vínculo mental con el hechicero humano había arrastrado literalmente a Krasus.

Imágenes pasaron por su confundida mente de nuevo. Paisajes, criaturas, artefactos y Krasus había presenciado el final de su aspecto.

¿Aspecto? Esa palabra convocó otra terrible visión, que él había olvidado por suerte hasta ahora. En el medio del remolino caótico del tiempo, Krasus había visto un espectáculo que dejó su corazón y esperanza hecho añicos.

Allí, en el centro de la furia, había visto a Nozdormu, el gran aspecto del tiempo...

atrapado como una mosca en una red.

Nozdormu había estado ahí, es su terrible gloria, un vasto dragón, no de carne, sino de la arena dorada de la eternidad. Sus brillantes ojos parecidos a gemas, ojos del color del sol, habían estado bien abiertos, pero no había notado la insignificante figura de Krasus. El gran dragón había estado en medio de tanta batalla y agonía, aún atrapado luchando para mantener todo unido -absolutamente todo-.

Nozdormu fue víctima y salvador a la vez. Atrapado en todos los tiempos, también se caiga a pedazos. Si no fuera por el Aspecto, el tejido de la realidad se habría derrumbado en el acto. Krasus sabía que el mundo habría desaparecido para siempre. Nunca tendría que haber existido.

Una nueva oleada de dolor atravesó a Krasus. Gritó en la antigua lengua de los dragones, momentáneamente perdía su control habitual. Sin embargo, con el dolor llegó a la conclusión de que aún vivía. Ese conocimiento le llevó a luchar, a esforzarse de nuevo a la plena conciencia... Abrió los ojos.

Los árboles saludaban su mirada. Imponentes y frondosos árboles con copas verdes que casi tapaban el cielo. Un bosque en la flor de la vida. Los pájaros cantaban, mientras que otras criaturas se apresuraban a través de la maleza que crujía.

Vagamente Krasus miró la puesta de sol y las suaves nubes a la deriva.

El paisaje tan tranquilo hizo al dragón mago preguntarse si después de todo había muerto e ido al más allá. Entonces, un sonido no tan celestial, balbuceando una maldición, llamó su atención. Krasus miró a su izquierda.

Rhonin se frotó la parte posterior de la cabeza mientras trataba levantarse ligeramente. El hombre de cabellos de fuego aterrizó boca abajo a pocos metros de su antiguo mentor. El hechicero escupió trozos de tierra y hierba, luego parpadeó. Por pura casualidad, miró en dirección a Krasus primero.

- ¿Qué...?- Fue todo lo que logró decir.

Krasus trató de hablar, pero todo lo que salió de su boca en un principio era un graznido enfermo. Tragó saliva, luego intentó de nuevo.

- Yo... no lo sé. ¿Estás... estás herido o algo?-

Dobló los brazos y las piernas, Rhonin hizo una mueca.

- Me duele todo... pero... pero nada parece roto.-

Después de una prueba similar, el dragón mago llegó a la misma conclusión

con respecto a sí mismo. Le asombró que haya llegado tan intacto... pero entonces recordó la magia de Nozdormu en el trabajo de la anomalía.

Tal vez el aspecto del tiempo le había observado después de todo e hizo todo lo posible para salvarlos a ambos.

Pero si ese fuera el caso...

Rhonin rodó sobre su espalda. - ¿Dónde estamos?-

- No podría decirte. Siento que debería saberlo, pero...- Krasus se detuvo a medida que el vértigo se apoderaba repentinamente de él. Volvió a caer al suelo y cerró los ojos hasta que pasara el sentimiento.

- ¿Krasus? ¿Qué ha pasado?-

- Nada realmente... creo. Todavía no estoy recuperado de lo que pasó. Mi debilidad desaparecerá.-

Sin embargo, señaló que Rhonin ya parecía mucho mejor, incluso sentado y tratando de estirarse. ¿Por qué un frágil humano sería mejor sobreviviente a la agitación de la anomalía que él?

Con firme determinación, Krasus también se incorporó. El vértigo trató de apoderarse de él otra vez, pero el dragón mago luchó para evitar caer. Tratando de domar su mente de sus problemas, miró a su alrededor una vez más. Sí, él ciertamente detectó una familiarización sobre su entorno. En algún momento, él había visitado esta región, pero ¿Cuándo?

¿Cuándo?

La simple pregunta le llenó de un miedo repentino. Cuando...

Nozdormu está atrapado en la eternidad... la anomalía sigue abierta...

Los espesos bosques y las sombras crecientes creadas por el sol haciéndolo desaparecer hacen que sea prácticamente imposible de ver lo suficiente para identificar a la tierra. Tendría que tomar el aire. Seguramente un vuelo corta sería seguro. El área parecía desprovista de cualquier asentamiento.

- Rhonin, quédate aquí. Ahora voy a explorar desde arriba, volveré pronto.-

- ¿Estás seguro?-

- Creo que es absolutamente necesario.- Sin decir una palabra más, Krasus extendió los brazos y comenzó a transformarse.

O más bien, se intentó transformar. En cambio, el dragón mago se dobló de

dolor y de una abrumadora debilidad. Todo su cuerpo estaba al revés y perdió todo sentido de equilibrio.

Unos brazos fuertes lo agarraron justo antes de caer. Rhonin lo recostó cuidadosamente, y luego ayudó a su compañero abajo.

- ¿Estás bien? Parecía como si...-

Krasus lo interrumpió. - Rhonin... no pude transformarme. No pude transformarme...-

El joven mago frunció el ceño, sin comprender. - Sigues siendo débil, maestro Krasus. El viaje a través de esa cosa...-

- Y sin embargo, tú estás de pie. No lo tomes como una ofensa mía, humano, pero por lo que pasamos deberías haber quedado en un estado mucho peor que el mío.-

El otro asintió, comprendiendo.

- Me imagino que te pasó tratando de mantenerme con vida.-

- Tengo miedo de decir que una vez que entramos en ella, no pude hacer más por ti de lo que hice por mí mismo. De hecho, si no fuera por Nozdormu...-

- ¿Nozdormu?- Ensanchó los ojos Rhonin. - ¿Qué tiene que ver él con nuestra supervivencia?-

- ¿No lo ves?-

- No.-

Al exhalar, el dragón mago describió lo que había visto. Mientras lo hacía, la expresión de Rhonin se hizo cada vez más sombría.

- Imposible...- el humano finalmente respiró.

- Aterrador.- Krasus lo corrigió. - Y ahora tengo que decir también que, incluso si Nozdormu nos salvó de las fuerzas primarias de la anomalía, me temo que no nos envió de regreso de dónde venimos... o incluso que tiempo.-

- ¿Crees... crees que estamos en un tiempo diferente?-

- Sí... pero en cuanto a qué período... no podría decirte. Tampoco puedo decir cómo vamos a ser capaces de volver a nuestra propia era.-

Cayendo hacia atrás, Rhonin miró al vacío. - Vereesa...-

- ¡Ten valor! ¡Dije que no puedo decirte cómo vamos a ser capaces de volver, pero eso no quiere decir que no vamos a intentarlo! Sin embargo, nuestra primera acción ahora es encontrar abrigo y sustento... y un poco de conocimiento de la tierra. Si ponemos de nosotros mismos, podríamos ser capaces de calcular la mejor forma de encontrar la ayuda que necesitamos. Ahora, ayudarme a levantarme.-

Con la ayuda del humano, Krasus se puso de pie. Después de unos pocos pasos vacilantes, dijo estar lo bastante bien como para caminar. Una breve discusión sobre qué dirección tomar terminó con un acuerdo para dirigirse hacia el norte, hacia alguna colinas distantes. Allí los dos podrían ser capaces de ver lo suficiente sobre los árboles a la vista algún pueblo o ciudad.

El sol caía en el horizonte apenas una hora en su viaje, pero la pareja siguió adelante. Afortunadamente, Rhonin tenía en uno de sus bolsillos del cinturón algunos restos de comida del viaje y algunos arbustos que les pasaban suministrando puñados de bayas agrias comestibles. Además, la pequeña y casi élfica forma que Krasus llevaba requería mucha menos comida que su verdadera forma. Sin embargo, ambos eran conscientes de que al llegar el día siguiente tendrían que encontrar algo más sustancial si querían sobrevivir.

Las prendas más gruesas utilizadas para la montaña resultaron perfectas para mantener el calor cuando la oscuridad reinaba. Gracias a una visión superior de Krasus, les había permitido evitar algunas dificultades en su camino. Sin embargo, la cosa estaba lenta y la sed comenzó a hacerse sentir en la pareja.

Por último, un ligero sonido de goteo desde el oeste los llevó a un pequeño arroyo. Rhonin y Krasus se arrodillaron con gratitud y comenzaron a beber.

- Gracias a los Cinco.- Dijo el dragón mago mientras bebían. Rhonin asintió en silencio, demasiado ocupado tratando de tragarse toda la corriente.

Después de que se sentaron, los dos comieron su ración de comida. Krasus quería seguir, pero ni él ni Rhonin tenían claramente la fuerza para hacerlo. Ellos tendrían que descansar la noche aquí, y luego continuar a la primera luz del día.

Le sugirió la idea a Rhonin, quien estuvo de acuerdo. - Yo no creo que pueda dar un paso más.- añadió el hechicero. - Pero creo que aún puedo crear una fogata, si quieres.-

La idea de una fogata sedujo a Krasus, pero algo en su interior le advirtió en contra de ella. -Estaremos lo suficientemente caliente con nuestras prendas. Prefiero guiarme por el lado de la precaución por el momento.-

- Probablemente tengas razón. Podríamos estar en el momento de la

primera invasión de la Horda por lo que sabemos.-

Eso parecía un poco improbable para Krasus, teniendo en cuenta la tranquilidad de los bosques, pero los siglos habían producido otros peligros. Afortunadamente, su ubicación actual se mantenía bastante alejada de la mayoría de las criaturas que pasaban cerca. Una pendiente ascendente también les dio una pared natural para esconderse.

Más agotados que de acuerdo, se quedaron dormidos donde estaban en el acto, literalmente. El sueño de Krasus, sin embargo, fue uno problemático en el cual sus sueños reflejaban acontecimientos.

Una vez más vio Nozdormu luchando contra lo que era su propia naturaleza. Vio todos los tiempos, enredado, confuso, y creciendo más inestable cada momento que existía la anomalía.

Krasus vio algo más también, un débil resplandor de fuego, casi como ojos, mirando con avidez sobre todo lo que vio. El dragón mago frunció el ceño en su sueño como su subconsciente intentaba recordar por qué esa imagen le parecía tan terriblemente familiar...

Pero luego, un leve tintineo de metal contra metal se entrometió, destrozando sus sueños y dispersando los trozos de distancia al igual, que Krasus estuvo a punto de recordar que representaban esos ojos ardientes.

Incluso mientras se agitaba, la mano de Rhonin le tapó la boca. Al principio de su larga, larga vida, tal afrenta habría hecho que el dragón enseñara a la criatura mortal una dolorosa lección de modales, pero ahora no, Krasus sólo tenía más paciencia que en su juventud, también tenía más confianza.

Efectivamente, se oía un tintineo de metales más una voz. Era muy ligero, pero a los oídos entrenados de cualquier hechicero, sonaba como un trueno.

Rhonin señaló hacia arriba. Krasus asintió. Estaban bajo cautela, tratando de ver por encima de la pendiente. Horas habían pasado desde que se aclaró, ya que se habían quedado dormidos. El bosque estaba en silencio para guardar las canciones de algunos insectos. Si no fuese por los breves sonidos no naturales que habían oído, Krasus no habría pensado nada mal.

A continuación, un par de grandes formas casi monstruosas se materializaron más allá de la pendiente. Al principio eran irreconocibles, pero una visión superior de Krasus los identificaba no como dos criaturas, sino como cuatro.

Un par de jinetes pasaron encima de panteras musculosas.

Eran altos, muy delgados, pero evidentemente eran guerreros. Iban vestidos con armaduras del color de la noche y llevaban en lo alto, cascos con cresta con los protección en la nariz. Krasus aún no podía distinguir sus rostros, pero se movieron con una fluidez que no vio en la mayoría de los seres humanos. Tanto los jinetes y sus monturas elegantes y negras viajaron a lo largo, poco preocupados de la oscuridad, lo que hizo que el dragón mago rápidamente advirtiera a su compañero.

- Ellos te verán antes de que puedas verlos claramente- susurró Krasus. - Lo que sean, no lo sé, pero no son de tu especie.-

- ¡Aún hay más!- Devolvió Rhonin. A pesar de su visión inferior, había estado mirando sólo en la dirección correcta para ver otro par de jinetes que se acercaban.

Los cuatro soldados se movían en silencio casi absoluto. Sólo el aliento ocasional de un animal o un movimiento metálico daba alguna señal de su presencia. Parecían estar involucrados en una intensa búsqueda...

Krasus llegó a la conclusión de que estaban buscando el miedo de Rhonin y el suyo.

Uno de los jinetes más destacados frenó su monstruosa montura de dientes de sable, luego levantó su mano hacia su rostro. Un pequeño destello de luz azul iluminó brevemente el área a su alrededor. En su mano enguantada el piloto sostenía un pequeño cristal, que se centró en el paisaje oscuro. Después de un momento, tomó el artefacto con la otra mano, apagando la luz.

El uso del cristal mágico sólo en parte molestó a Krasus. Lo poco que había visto del cazador de ceño fruncido y rostro violeta, le preocupaba mucho más.

- Elfos de la noche...- susurró.

El jinete empuñando el cristal miró hacia el camino de Krasus.

- ¡Nos han visto!- Murmuró Rhonin.

Maldiciéndose a sí mismo, Krasus sacó al hechicero junto a él. - ¡En los bosques más profundos! ¡Es nuestra única esperanza!-

Un solo grito resonó en la noche... y luego el bosque se llenó de jinetes. Su temible y ágil montura saltó a lo largo con sus patas acolchadas sin hacer ruido al moverse. Al igual que sus amos, tenía los ojos brillantes como la plata que les permitieron ver bien a su presa a pesar de la oscuridad. Las panteras

rugieron vigorosamente, deseosas de llegar a su presa.

Rhonin y Krasus se deslizaron por una colina y en un matorral. Un jinete corrió por delante de ellos, pero otro se devolvió y continuaba su búsqueda. Detrás de ellos, más de una docena de jinetes repartidos por la zona, con la intención de atraparlos como una acorralada presa.

Los dos llegaron a la zona más densa, pero el primer jinete estaba casi sobre ellos. Girando alrededor, Rhonin gritó una sola palabra.

Una cegadora bola de pura fuerza golpeó al elfo de la noche en el pecho, enviándolo a volar de vuelta con su corcel al tronco de un árbol con un estrepitoso golpe.

El poderoso asalto sólo sirvió para que los otros fuesen más decididos a capturarlos. A pesar de la difícil marcha, los jinetes empujaron sus monturas. Krasus miró hacia el este y vio que otros ya tenían hecho su camino a ambos lados del dúo.

Instintivamente, lanzó un hechizo por su cuenta. Hablando en el lenguaje de la magia pura, debería haber creado un muro de llamas que habría mantenido a raya a sus perseguidores. En cambio, unas pequeñas hogueras irrumpieron en el camino en lugares al azar, la mayoría de ellas inútiles como cualquier defensa. A lo sumo, sirvió sólo como distracciones momentáneas a un puñado de jinetes. La mayoría de los elfos de la noche no le hicieron caso.

Peor aún, Krasus se dobló de nuevo en dolor y debilidad.

Rhonin fue al rescate de nuevo. Repitió una variante débil del hechizo del mago dragón, pero donde Krasus había obtenido resultados mediocres y una agonía física, el hechicero humano obtuvo una recompensa inesperada. Los bosques frente sus perseguidores explotaron con hambre y llamas robustas, llevando a los jinetes blindados a un completo desorden.

Rhonin parecía sorprendido ante los resultados en elfos de la noche, pero logró recuperarse más rápido. Fue donde Krasus y ayudó al dragón mago afectado por la escena.

- Ellos...- Krasus jadeaba en busca de aire. - ¡Van a encontrar un camino alrededor pronto! ¡Conocen este lugar tan bien como la palma de su mano!-

- ¿Cómo los llamaste?-

- Elfos de la noche, Rhonin. ¿Los Recuerdas?-

Tanto el dragón mago como el humano habían participado en la guerra contra la Legión Ardiente cerca o en Dalaran, cuentos habían venido de lejos de la aparición de los elfos de la noche, la legendaria raza de la que era descendiente los tipos como Vereesa. Los elfos de la noche habían aparecido cuando el desastre parecía inminente y era poco decir que el resultado podría haber sido diferente si no se hubieran unido a los defensores.

- ¿Pero si se trata de elfos de la noche, entonces no seríamos aliados?-

- Te olvidas de que no estamos necesariamente en el mismo período de tiempo. De hecho, hasta antes su reaparición, se había pensado incluso por los dragones que su especie se había extinguido después de...- Dijo Krasus muy débil, no del todo seguro de que quería seguir sus pensamientos a una conclusión lógica.

Los gritos estallaron cerca. Tres jinetes cerraron tras ellos con espadas curvas. A la cabeza montaba el que portaba el cristal azul. Las llamas de Rhonin iluminaron su rostro, la hermosura típica de cualquier elfo se arruinaba por una cicatriz severa corriendo por el lado izquierdo cerca del ojo al labio.

Krasus trató de lanzar otro hechizo, pero sólo sirvió para enviarlo a sus rodillas. Rhonin lo guió hacia abajo, luego se enfrentaron a los atacantes.

- ¡Rytonus Zerk!- Gritó.

Los grupos más cercanos pronto agruparon, formando una barrera en forma de red. Un jinete pasó entre ellos y se deslizó de su montura. Un segundo frenó su pantera y se detuvo detrás de uno de los capturados.

Su líder cortó las ramas como si cortara el aire, su espada dejando un relámpago rojo en su estela mortal.

- ¡Rhonin!- Krasus logró gritar. - ¡Huye! ¡Vete!-

Su antiguo alumno tenía la menor intención de obedecer la orden que el dragón mago le había dado. Rhonin metió la mano en su bolsa de la correa y de ella sacó lo que parecía en un principio una banda de brillante mercurio. El mercurio rápidamente se convirtió en una hoja brillante, un regalo para Rhonin de un comandante elfo al final de la guerra.

A la luz de la espada del hechicero, la expresión altiva del líder de los elfos de la noche transformó en sorpresa. Sin embargo, encontró la espada de Rhonin con la suya.

Chispas carmesí y plateadas saltaron. Todo el cuerpo de Rhonin se sacudió. El elfo de la noche casi se deslizó de la silla de montar. La pantera rugió, pero

debido a su jinete no pudo arañar a su enemigo con sus garras afiladas.

Ellos intercambiaron golpes de nuevo. Rhonin podía ser un mago, pero había aprendido a lo largo de su vida el valor de ser capaz de luchar a mano. Vereesa lo había entrenado incluso con los guerreros más experimentados... y con la hoja élfica tenía una buena probabilidad de éxito contra cualquier enemigo.

Pero no en contra de muchos. A pesar de que se mantuvo tanto contra elfo de la noche y la bestia, otros tres jinetes llegaron, dos llevando una red. Krasus oyó un ruido a sus espaldas y miró por encima de su hombro para ver a tres más llegando, teniendo también una enorme red.

Por mucho que lo intentara, no podía pronunciar las palabras para que salgan. Él, un dragón, no podía hacer nada.

Rhonin vio la primera red, mantuvo la espada preparada en caso de que los elfos de la noche trataran de atraparlo. El líder instó a su montura hacia adelante, manteniendo la atención de Rhonin.

- ¡D...detrás de ti!- Krasus llamó, la debilidad lo vencía de nuevo. - Hay otro...-

Una bota pateó al mago debilitado en la cabeza. Krasus conservó la conciencia, pero no podía concentrarse. A través de los ojos legañosos, vio como las formas oscuras de los elfos de la noche se acercaban a su compañero.

Rhonin se defendió de un par de hojas, perseguido de nuevo por uno de los grandes gatos... y la red lo atrapó desde detrás.

Se las arregló para cortar una sección, pero la segunda red cayó sobre él, enredándolo por completo. Rhonin abrió su boca, pero el primer jinete avanzó y le golpeó con fuerza en la mandíbula con su puño.

El mago humano cayó.

Enfurecido, Krasus logró pararse hasta la mitad de su estupor. Murmuró y señaló al líder.

Su hechizo funcionó esta vez, pero se extravió. Un rayo de oro salió disparado pero no golpeó a su objetivo, sino más bien un árbol cerca de uno de los otros cazadores. Tres grandes ramas arrancadas, cayeron en un jinete aplastándolo tanto a él como a su montura.

Los demás elfos de la noche miraron en dirección a Krasus. El mago dragón trató inútilmente de protegerse a sí mismo de los puños y las botas que le golpearon en la sumisión... y, finalmente, perdió del conocimiento.

Vio cómo sus subordinados golpeaban a la peculiar figura que tenían, asesinando a uno de los suyos más por casualidad que por habilidad. Mucho después de que quedó claro que su víctima había perdido el conocimiento, dejó que sus guerreros descargaran su frustración en el cuerpo inmóvil. Las panteras silbaban y gruñían oliendo la sangre, y era todo lo que los elfos de la noche podían hacer para evitar que se unan en la violencia.

Cuando consideró que se había llegado a los límites de seguridad, que cualquier otra paliza pondría en peligro la vida de su prisionero, dio la orden de detenerse.

- Lord Xavius los quiere a todos vivos.- Replicó el elfo de la noche lleno de cicatrices. - No queremos decepcionarlo, ¿verdad?-

Los otros se enderezaron, un temor apareció repentinamente en sus ojos. Bien puede ser que el miedo –pensó- porque Lord Xavius tenía una tendencia a premiar los descuidos con la muerte... una muerte lenta, dolorosa y persistente.

Y a menudo elegía la mano voluntaria de Varo'then para hacer frente a la muerte.

- Tuvimos cuidado, capitán Varo'then.- Uno de los soldados insistió con rapidez.
- Van a sobrevivir a tanto viaje...-

El capitán asintió. Todavía le asombraba cómo el consejero de la reina había detectado la presencia de estos inusuales extraños. Xavius, le había dicho al fiel Varo'then que había sido una especie de manifestación extraña y que quería que el capitán investigara y trajera de vuelta cualquier extraño descubierto en las cercanías. Varo'then, siempre ojo avizor, se había dado cuenta del leve ceño en la frente del consejero, el único indicio de que Xavius estaba más preocupado acerca de esta desconocida "manifestación" de lo que insinuaba.

Varo'then miró a los prisioneros ya que sus cuerpos se subieron sin contemplaciones sobre una de las panteras. Cualquiera cosa que el consejero seguramente esperaba, no era un par de este tipo. El débil, quien había logrado el último hechizo parecía vagamente a un elfo de la noche, pero su piel era pálida, casi blanca. El otro, obviamente, un hechicero más joven y con mucho más talento... Varo'then no sabía qué pensar de él. No se parecía a un elfo de la noche... pero claramente no lo era. No se parecía a alguna criatura que el veterano soldado jamás hubiera visto.

- No importa. Lord Xavius va arreglar todo.- Varo'then murmuró para sí mismo.
- Incluso si tiene que sacarles miembro a miembro o desollarlos vivos para obtener la verdad...-

Y por supuesto lo que el consejero dijera, bueno, el leal capitán Varo'then estaría allí para prestar su mano experta.

CAPITULO SEIS

Fue un Malfurion con problemas quien regresó a casa cerca del rugiente cascada más allá del gran asentamiento de elfos de la noche de Suramar. Había elegido el sitio debido a la tranquilidad y la naturaleza transformada por las cataratas. En ningún otro lugar se sentía tan en paz, salvo tal vez en la arboleda oculta de Cenarius.

De ajuste sencillo, un domicilio redondeado formado por dos árboles y tierra, la sencilla casa de Malfurion era un contraste muy lejos de los de la mayoría de los elfos de la noche. No era su estilo el conjunto de colores llamativos con la tendencia de que se eclipsaran unos a los otros. Los colores de su casa eran los de la tierra y la vida, los bosques verdes, las ricas y fértiles tierras marrones y tonos similares. Trató de adaptarse a su entorno, no obligar a este a adaptarse a él, como era la forma de su pueblo.

Sin embargo, nada de su casa dio a Malfurion alguna sensación de comodidad esa noche. Aun ferozmente en su mente estaban los pensamientos e imágenes que había experimentado mientras caminaba en el Sueño Esmeralda. Se habían abierto las puertas de su imaginación y deseaba desesperadamente cerrarlas de nuevo, pero sabía que iba a ser imposible.

— Las visiones que se ven en el Sueño Esmeralda, pueden significar muchas cosas. — Cenarius le había insistido, — No importa qué tan real parezca. Incluso lo que creemos real — como la vista de Zin-Azshari — puede no ser así, porque la tierra de los sueños juega sus propios juegos en nuestras limitadas mentes... —

Malfurion sabía que el semidiós sólo había estado tratando de calmarlo, que lo que el elfo de la noche vio era verdad. Comprendió que Cenarius estaba realmente tan preocupado como su estudiante por la conjuración de hechizos imprudentes que se tenía lugar en el palacio de Azshara.

El poder que los Altonatos estaba invocando... ¿Qué podría ser? ¿Acaso no se dan cuenta cuan estresada se ha vuelto la estructura de la tierra cerca del pozo? Todavía era incomprendible para él que la reina pudiese tolerar tal trabajo descuidado y posiblemente destructivo... y sin embargo, Malfurion no podía sacarse la certeza de que ella era tan parte de eso como cualquiera de sus subordinados. Azshara no era ninguna sencilla figura decorativa; ella realmente gobernaba, incluso cuando se trataba de sus arrogantes Altonatos.

Trató de volver a su rutina normal, con la esperanza de que le ayudaría a olvidar sus problemas. No eran más que tres habitaciones la casa del joven elfo de la noche, un ejemplo más de la sencillez de su vida en comparación a la de los

demás. En uno estaban su cama y el puñado de libros y pergaminos que había reunido relacionados con la naturaleza y sus estudios recientes. En otro, hacia la parte posterior, era la despensa y una pequeña mesa, donde se preparaba sus comidas.

Malfurion considera las dos habitaciones más que lo necesario. La tercera, la sala común, fue alguna vez su lugar favorito. Aquí, donde la luz de la luna brillaba en la noche y las aguas brillantes de las cataratas se podían ver, estaba sentado en el centro y meditó. Aquí, con un sorbo de hidromiel tan favorecido por su especie, miró por encima de su trabajo y trató de comprender lo que Cenarius había enseñado la lección anterior. Acá, cerca de la corta mesa de marfil donde la comida puede ser servida, también fue visitada por Tyrande e Illidan.

Pero no habría Tyrande o Illidan esta noche. Tyrande había regresado al templo de Elune para continuar sus propios estudios y su gemelo, lo que fue una muestra más de sus diferencias al crecer, ahora prefería la ronquera de Suramar a la serenidad del bosque.

Malfurion se echó hacia atrás, su cara relucía a la luz de la luna. Cerró los ojos para pensar, con la esperanza de calmar sus nervios...

Sin embargo, apenas lo había hecho, cuando algo grande se movió a través del campo de luz de la luna, poniendo brevemente a Malfurion en la oscuridad total.

Los ojos del elfo de la noche se abrieron justo a tiempo para echar un vistazo a una enorme forma ominosa. Malfurion inmediatamente saltó a la puerta y la abrió. Pero para su sorpresa, sólo las impetuosas aguas de las cercanas cascadas se encontraron con su mirada tensa.

Salió y miró a su alrededor. Seguramente había criaturas tan grandes como para moverse tan rápido. Los alcistas Tauren y Furbolgs no eran desconocidos para él, pero mientras encajaba en el tamaño de la peculiar sombra, ninguna de las dos razas se caracterizaba por la rapidez. Algunas ramas se agitaban en el viento y un pájaro cantaba en algún lugar en la distancia, pero Malfurion no pudo encontrar ni rastro de su supuesto intruso.

— Simplemente mis propios nervios. — Finalmente se reprendió a sí mismo. Sus propias incertidumbres. Volviendo al interior, Malfurion se sentó de nuevo, su mente ya se encontraba una vez más en sus problemas.

A diferencia de su intruso fantasma, estaba seguro de que él no había imaginado o malinterpretado todo lo concerniente al palacio y el Pozo. De alguna manera Malfurion, tuvo que aprender más y más, de lo que el sueño esmeralda le revelara en el momento.

Y sospechaba, pues tendría que hacerlo muy, muy rápidamente.

Casi había sido descubierto. Al igual que un niño que apenas podía caminar, había avanzado torpemente hacia la guarida de una criatura. Apenas una digna muestra de las habilidades bien afinadas que se conocen de un veterano guerrero orco.

Brox no se había preocupado por su capacidad de defenderse a sí mismo de la criatura que le había sorprendido, pero ahora no era el momento de desear cumplir con su final glorioso. Además, por lo que había visto de la figura solitaria, difícilmente habría sido un buen partido. Alto, pero demasiado delgado, también sin protección. Los humanos eran adversarios mucho más interesantes y dignos...

No es la primera vez que palpitaba la cabeza. Brox se llevó una mano a la sien, en su lucha contra el dolor. Una arremolinante confusión reinó en su mente. ¿Qué había sucedido en las últimas horas? El orco aún no podía decirlo con toda seguridad. En lugar de ser desgarrado al igual que Gaskal, como había esperado, fue catapultado a la locura. Cosas más allá de la comprensión de un simple guerrero se materializaban y se desvanecían ante sus ojos y Brox se recordó volando en un remolino de fuerzas caóticas, a la vez que un sinnúmero de voces y sonidos le habían atacado casi al punto de la sordera. Al final, todo lo que vio fue demasiado. Brox había perdido el conocimiento, asegurando de que nunca despertaría.

Despertó, por supuesto, pero no fue para encontrarse a salvo en las montañas o que seguía atrapado en la locura. En cambio, Brox se vio a sí mismo en un paisaje casi tranquilo que constaba de árboles y colinas bucólicas hasta donde alcanzaba la vista. El sol se estaba poniendo y los únicos sonidos de vida fueron las llamadas musicales de las aves.

Incluso si se le hubiese llevado en medio de una terrible batalla en lugar de esa escena tranquila, Brox no podría haber hecho nada más que ponerse como estaba. Le había tomado más de una hora al orco para recuperarse lo suficiente solo como para soportarse, mucho más para el viaje. Afortunadamente, durante ese tiempo de espera ansiosa, Brox había descubierto un milagro. Su hacha, que pensó haber perdido, había sido tragada con él y cayó a pocos metros del orco. Todavía no era capaz de utilizar sus piernas, así que Brox se arrastró hasta el arma. Él no había sido capaz de equiparla, pero agarrando el mango le fue cómodo mientras esperaba para que sus fuerzas regresaran.

En el momento que era capaz de caminar, Brox rápidamente se levantó. No contaba con permanecer en un solo lugar, de una tierra extraña, no importa lo

tranquilo que parecía. Las situaciones cambian siempre, incluso en los lugares más tranquilos y, en su experiencia, por lo general no para mejor.

El orco trató de entender lo que le había sucedido. Había oído hablar de magos viajando por medio de hechizos especiales de un lugar a otro, pero si se trataba de un hechizo, el mago que lo había hecho sin duda estaba loco. Eso, o el conjuro había ido mal, ciertamente una posibilidad.

Solo y perdido, los instintos de Brox se hicieron cargo. No importa lo que le hubiese ocurrido hasta ahora, Thrall querría averiguar más sobre los habitantes de este lugar y lo de sus intenciones. Si ellos fueron responsables accidentalmente o crearon la llegada de la magia a la tierra natal de los orcos, ellos suponían una posible amenaza. Brox podría morir más tarde, su primer deber era proteger a su pueblo.

Por lo menos ahora tenía una idea de la raza que vivía ahí. Brox nunca había visto ni oído hablar de un elfo de la noche antes de la guerra contra la Legión Ardiente, pero nunca pudo olvidar su aspecto único. De alguna manera, había aterrizado en un reino gobernado por su raza, que al menos le abrió la esperanza de volver a casa una vez reunida la información que pudo. Los elfos de la noche habían luchado junto a los orcos en Kalimdor; seguramente eso significaba que Brox simplemente había ido a parar en alguna parte oscura del continente. Con un poco de reconocimiento estaba seguro de que sería capaz de averiguar la dirección que llevase a las tierras de los orcos y dirigirse a ellos.

Brox no tenía intención de simplemente agarrar a uno de los elfos de la noche y preguntar el camino. Incluso si estos eran los mismos seres que se habían aliado con los orcos y los humanos, no podía estar seguro de que las personas de esta tierra serían agradables para un intruso ahora. Hasta que supiera más, el orco se destinó a permanecer cuidadosamente fuera de vista.

Aunque Brox no se encontró inmediatamente más de esas viviendas, notó un resplandor en la distancia que probablemente se originó en algún asentamiento más grande. Después de pensarlo un momento, el orco levantó su arma y se dirigió a tal lugar.

Sin embargo, apenas había tomado esa decisión, cuando unas sombras se acercaban de repente desde la dirección opuesta. Presionando directamente contra un gran árbol, Brox enfocó su mirada en un par de jinetes. Él entrecerró los ojos con sorpresa cuando en lugar de buenos caballos, vio que corrían a lo largo de rápidas panteras gigantescas. El orco apretó los dientes y se preparó en caso de que cualquiera de los pilotos o sus bestias lo sintieran.

Pero las figuras blindadas se apresuraron pasando como si se destinaran a

alguna parte rápidamente. Parecían muy cómodos viajando en poca luz, lo que hizo de repente al orco recordar que elfos de la noche pueden ver en la oscuridad tan bien como podrían a la luz del día.

Eso no auguraba nada bueno. Los orcos tienen una buena visión nocturna, pero no tan buena como la de los elfos de la noche.

Levantó su hacha. Tal vez él no tenía la ventaja en cuanto a la vista, pero Brox se igualaría en contra de cualquiera de las figuras escuálidas que hasta ahora había encontrado. De día o de noche, un hacha en las manos de un experto guerrero orco, haría la misma profundidad, un corte fatal. Incluso la armadura elaborada que notó en los jinetes no haría frente a su amada arma.

Con los pilotos fuera de vista, Brox siguió con cautela. Tenía que saber más acerca de estos elfos de la noche especiales y la única manera para hacerlo era espiando su asentamiento. Ahí podría saber lo suficiente, para saber algo en relación a la tierra en que él ahora vagaba. Entonces podría volver con Thrall. Thrall sabría qué hacer con todo esto. Thrall se ocuparía de estos elfos de la noche, que incursionaban en la magia peligrosa.

Sería muy, muy simple...

Él parpadeó, tan absorto en sus pensamientos que sólo ahora se vio de pie ante la alta figura femenina revestida en plata, con túnicas iluminadas por la luna.

Ella parecía tan sorprendida como el orco se sentía... y luego abrió su boca y la elfo de la noche gritó.

Brox llevo su mano hacia ella —su única intención era la de sofocar el grito—, pero antes de que pudiera hacer nada, otros gritos se alzaron y elfos de la noche comenzaron a aparecer desde todas las direcciones.

Una parte de él deseaba permanecer donde estaba y luchar hasta la muerte, pero la otra parte, la que servía a Thrall, le recordó que esto no lograría nada. Él habría fracasado en su misión, habría fallado a su pueblo.

Con un gruñido de rabia, dio media vuelta y huyó en dirección a donde había venido.

Sin embargo, ahora parecía que de cada gran tronco de árbol, de cada montículo que había, figuras saltaban a la vista y cada una dejaba escapar la alarma al ver al orco corpulento.

Los cuernos sonaron. Brox maldijo, sabiendo lo que hacía presagiar tal sonido. Efectivamente, momentos después, oyó gruñidos felinos y determinados gritos.

Echando un vistazo por encima del hombro, vio que sus perseguidores se acercaban. A diferencia del par que había visto anteriormente, la mayoría de los nuevos jinetes iban vestidos sólo con una túnica y placas en el pecho, pero eso no les borraba como una amenaza. No sólo porque estaban armados, sino que sus monturas presentaban un peligro aún más grave. Un arañazo cortaría al orco por la mitad, un mordisco de esas mandíbulas con dientes de sable le arrancarían la cabeza.

Brox quería tomar su hacha y agitarla a través de sus filas, cercenando a jinetes y monturas por igual y dejar un rastro de sangre y cuerpos mutilados detrás de él. Sin embargo, a pesar de su deseo de masacrar a los que le amenazaban, las enseñanzas y mandamientos de Thrall acabaron con este tipo de violencia en su mente. Brox gruñó y se encontró con los primeros jinetes ante el filo de la cabeza de su hacha. Noqueó un elfo de la noche de su montura, y luego, después de esquivar las garras del felino, volvió a apoderarse de otro jinete por la pierna. El orco arrojó al segundo elfo de la noche encima del primero, golpeándolos a ambos.

Una hoja silbó junto a su cabeza. Brox rompió fácilmente la fina hoja dejándola en fragmentos con su poderosa hacha. El elfo de la noche sabiamente se retiró, sujeto firmemente aún el muñón de su arma. El orco aprovechó el vacío creado por la retirada para burlar a sus perseguidores. Algunos de los elfos de la noche no parecían en absoluto con ganas de seguir, cosa que levantó el ánimo de Brox. Más que su propio honor, el orgullo de Thrall en su Guerrero escogido continuó evitando que Brox se volviera e hiciera una tonta última posición. Él no hubiera desilusionado a su jefe.

Pero justo cuando parecía posible escapar, otro elfo de la noche se apareció ante él, este vestido con ropas brillantes de color verde con destellos de oro y rubíes que salpicaban en su pecho. Una capucha oscureció casi todo el largo rostro del elfo, pero parecía impávido ante el gran y brutal orco que venía hacia él. Brox agitó su hacha y gritó, tratando de ahuyentar al elfo de la noche.

La figura encapuchada levantó una mano a la altura del pecho, el índice y el dedo medio apuntando hacia el cielo iluminado por la luna.

El orco reconoció el hechizo que estaba lanzando, pero para entonces ya era demasiado tarde.

Para su sorpresa, un trozo circular de la luna cayó del cielo, recayendo sobre Brox como una manta de niebla suave y lo envolvía, los brazos del orco se volvían pesados y sus piernas débiles. Tuvo que luchar para mantener sus párpados abiertos.

El hacha se resbaló de sus manos cansadas, Brox cayó de rodillas. A través de la bruma plateada, que ahora veía otras figuras vestidas de manera similar rodeándolo. Las formas encapuchadas estaban pacientes, obviamente, viendo la obra del hechizo.

Un sentimiento de furia encendió a Brox. Con un gruñido, se las arregló para ponerse pie otra vez. ¡Esta no era la muerte gloriosa que había querido! ¡Los elfos de la noche tenían la intención de que caiga a sus pies como un niño indefenso! ¡Él no lo haría!

Sus torpes dedos lograron agarrar su hacha de nuevo. Para su suerte, notó algunas de las figuras encapuchadas muy cerca. Ellos no esperaban tal resistencia.

Pero cuando trató de levantar su arma, un segundo velo plateado se apoderó de él. La fuerza que Brox había convocado desaparecía de nuevo. Cuando el hacha cayó esta vez, sabía que no sería capaz de recuperarla. El orco dio un paso vacilante, y luego cayó hacia adelante. Incluso entonces, Brox intentó arrastrarse hacia sus enemigos, decidido a no hacerles su victoria nada de fácil.

Un tercer velo cayó sobre él... y Brox se desmayó.

Tres noches... tres noches y sigue sin nada que mostrar por sus esfuerzos...

Xavius no estaba contento.

Tres de los hechiceros Altonatos se apartaron del continuo hechizo. Fueron reemplazados inmediatamente por los que habían logrado reponer fuerzas con un poco de descanso. Los ojos negros de Xavius apuntaron a los tres que acababan de salir. Uno de ellos se dio cuenta de los orbes oscuros mirando a su dirección y se encogió. Los Altonatos podrían ser los más gloriosos de los servidores de la reina, pero Lord Xavius era el más glorioso —y peligroso— de los Altonatos.

— Mañana por la noche... mañana por la noche vamos a aumentar el campo de la energía por diez.— Afirmó, las rayas de color carmesí en sus ojos quemaban.

Incapaz de mirarlo a los ojos, uno de los otros Altonatos se atrevió a decir:

— C... con todo respeto, Lord Xavius, ¡Creo que nos pone un tanto en riesgo! Tal incremento adicional podría desestabilizar todo lo que ya hemos logrado. —

— Y ¿qué es eso, Peroth'arn? — Xavius se cernía sobre la otra figura con túnica, su sombra parecía moverse por sí mismo a la luz loca del hechizo. — ¿Qué hemos logrado? —

— ¿Por qué, manipulamos más poder del que cualquier elfo de la noche ha manipulado antes? —

Xavius asintió con la cabeza y frunció el ceño.

— ¡Sí, y con él, podemos aplastar un insecto con un martillo de tamaño de una montaña! ¡Eres un tonto miope, Peroth'arn! Considérate afortunado de que tus habilidades se exigen para este esfuerzo. —

Apretando su boca, el otro elfo de la noche inclinó la cabeza con gratitud.

El consejero de la reina miraba con desprecio al resto de los Altonatos.

— ¡Lo que tratamos de hacer, necesita una perfecta manipulación del Pozo para lograrlo! ¡Debemos tener la capacidad de matar a los insectos sin que siquiera se den cuenta de su muerte hasta después de haberlo hecho! ¡Debemos tener tal precisión, un toque fino, que no habrá ninguna duda en cuanto a la perfecta ejecución de nuestro objetivo final! Nosotros...—

— ¿Predicando de nuevo, mi querido Xavius? —

La voz melódica habría encantado a cualquiera de los otros Altonatos a quitarse la vida si eso complacía a la oradora, pero no ante los ojos ónicos de Xavius. Con un gesto descuidado, despidió a los cansados hechiceros, luego se dirigió a la única persona en el palacio a quien mostraba el respeto que se merecía.

Ella brillaba al entrar, una visión de la perfección que sus orbes mágicos le aumentaban. Era la gloria de los elfos de la noche, su querida amada. Cuando respiraba, dejaba multitudes sin aliento. Cuando tocaba la mejilla de su guerrero favorito, salía y voluntariamente luchaba contra dragones y más, incluso si eso significaba su destrucción segura.

La reina de los elfos de la noche era alta para una mujer, más alta incluso que muchos hombres. Sólo Xavius se elevaba por encima de ella. Sin embargo, a pesar de su altura, se movía como el viento, una gracia silenciosa con cada

paso. Ningún felino entraba tan silenciosamente como Azshara y ninguno caminaba con tanta confianza.

Su oscura piel violeta era tan suave como la prenda de seda que llevaba. Su cabello largo, grueso, exuberante, como luna de plata en cascada hacia abajo alrededor de sus hombros y la parte trasera ingeniosamente curvada. A diferencia de su anterior visita, cuando había llegado con ropa que hacía juego con sus ojos, ahora llevaba un vestido que fluía del mismo color maravilloso que su pelo.

Incluso Xavius la deseaba en secreto, pero para sus propios fines. Su ambición lo llevaba más allá de lo que sus artimañas jamás podrían imaginar. Sin embargo, encontró con mucho uso en su presencia, y supo que ella encontró lo mismo en él. Compartían un objetivo final, pero con diferentes premios le esperaban a cada uno al final.

Y cuando por fin llegara a esa meta, Xavius le mostraría a Azshara quien realmente gobernaba.

— Luz de la luna. — Comenzó, con una obediente expresión. — ¡Yo predico sólo de su pureza, y su impecabilidad! Estos otros que simplemente recuerdan su deber —o mejor dicho su amor— para usted. No deben por lo tanto desear fallarle...—

— Para que estarían fallando, entonces, mi querido consejero...— Detrás de la impresionante reina, dos sirvientas llevaban la cola de su largo y transparente vestido. Cambiaron de lugar el velo mientras Azshara se sentaba en su silla especial, ella hizo que los Altonatos estuvieran erguidos para poder ver sus esfuerzos de manera comfortable. — Creo que me temen tanto como me aman. —

— ¡Difícilmente, mi señora! —

La reina se posicionó para contemplar a los hechiceros, movió su vestido para mostrar mejor su forma perfecta.

Xavius permaneció impasible ante la maniobra. Él quería tenerla y cualquier otra cosa que él desee después de haber tenido éxito en su gran misión.

Un repentino destello de luz resplandeciente atrajo los ojos de ambos a la labor de los hechiceros. Suspendida en el aire en el centro del círculo creado por los Altonatos, una furiosa bola de energía se formaba continuamente. Sus innumerables exhibiciones tuvieron un efecto hipnótico, en gran parte debido a que a menudo parecían estar abriendo un portal a otra parte. Xavius pasó especialmente largas horas contemplando la creación de los elfos de la noche,

viendola con sus falsos ojos, lo que ninguno de los otros podía.

Mirándola ahora, el consejero frunció el ceño. Él entrecerró los ojos, estudiando las infinitas profundidades dentro. Por tan sólo por un breve instante, habría jurado que había visto...

— ¡Creo que no me estás escuchando, querido Xavius! ¿Eso es posible?—

Se las arregló para recuperarse.

— Cómo es posible vivir sin respirar, Hija de la Luna... pero admito que estaba lo suficientemente distraído para no le haya entendido bien. Dijo algo acerca de.... —

Una breve risa gutural escapó Reina Azshara, pero ella no lo contradijo.

— ¿Qué hay que repetir? ¡Me limitaba a reiterar que sin duda pronto vamos a triunfar! Pronto tendremos el poder y la capacidad para limpiar nuestra tierra de sus imperfecciones, creando de ella el paraíso perfecto... —

— Así será, mi reina. Así será. Estamos a poco tiempo del inicio de una gran era dorada. El reino —tu reino— será purificado. ¡El mundo conocerá la gloria eterna! — Xavius se permitió una leve sonrisa. — Y las deterioradas razas impuras que en el pasado han impedido que brote una era tan perfecta dejarán de serlo. —

Azshara premió sus buenas palabras con una sonrisa de satisfacción, entonces dijo:

— Me alegro de oír que dices que va a ser pronto. He tenido más suplicantes hoy, señor consejero. Vinieron con el temor de la ferocidad alrededor del gran Pozo. Me pidieron orientación sobre su origen y sus peligros. Naturalmente, he referido sus peticiones a ti. —

— Como debió hacerlo, mi señora. Voy a calmar sus miedos lo suficiente para que nuestra preciosa tarea llegue a buen término. Después de eso, será el placer de anunciar que se ha hecho por el bien de su pueblo... —

—Y me amarán aún más por ello. — Murmuró Azshara, con los ojos entrecerrados, como si imaginara las multitudes agradecidas. — Como si ellos pudieran amarte más de lo que ya lo hacen, mi gloriosa reina. —

Azshara aceptó el cumplido con un momentáneo pestañeo de sus ojos entrecerrados, y luego, con una gracia fluida de la que sólo ella era capaz, se

levantó de la silla. Sus asistentes rápidamente manipularon la cola de su vestido para que no obstaculizara sus movimientos.

— Voy a hacer el maravilloso anuncio pronto, Lord Xavius. — Declaró ella, alejándose del consejero. — Asegúrate que todo esté listo cuando lo haga. —

— Va a consumir mis horas de vigilia. — Respondió, inclinándose hacia ella mientras se alejaba. — Y será los sueños de mi letargo... —

Pero en el momento en que ella y sus sirvientes se habían marchado, el ceño fruncido se cruzó en el frío rostro del consejero.

Hizo una seña a una de las cabezas de los guardias de piedra que estaban de pie más allá en la entrada de la cámara.

— Si no me avisas antes la próxima vez que su majestad decida a unirse a nosotros, serás esa cabeza. ¿Queda claro? —

— Sí, señor. — Respondió el guardia, con una expresión nunca vacilante.

— También espero ser avisado antes que su majestad de la llegada del capitán Varo'then. Su tarea no es nada para mancillar sus manos. Asegúrate que el capitán —y lo que sea que traiga con él— sea dirigido directamente a mí. —

— Sí, mi señor. —

Dejando al guardia, Xavius regresó a la tarea de supervisar el hechizo de los Altonatos.

Un conjunto de energías mágicas bailaban envueltas en la esfera de fuego que siguió formándose. Cuando Xavius miraba, la esfera se doblaba en el interior, casi como si tratara de devorarse a sí misma.

— Fascinante... — Susurró.

Tan cerca, el consejero podía sentir las emanaciones intensas, las fuerzas apenas unidas convocadas a partir de la fuente de todo poder mágico de los elfos de la noche. Había sido Xavius quien había pensado en un principio que su clase había desnatado hasta ahora la superficie del potencial del agua oscura. Fue bien llamado El Pozo de la Eternidad, porque cuanto más se estudiaba, más se daban cuenta de que su generosidad era interminable. Las dimensiones físicas del Pozo eran sólo un truco de la mente limitada... el verdadero Pozo existía en mil dimensiones, mil lugares, al mismo tiempo.

Y de todos los aspectos y variantes de la misma, los Altonatos aprendieron a diseñar lo que quisieran.

El potencial escaló hasta él.

Energías y colores que no se ven por los demás bailaban y luchaban delante de los ojos mágicos de Xavius. Ellos lo llamaron en su poder elemental seductor. El señor consejero bebió la vista puesta delante de él...

Pero desde dentro, desde la profundidad más allá del mundo físico... sintió de repente que algo lo miraba fijamente.

Esta vez, el elfo de la noche supo que no se había equivocado. Xavius sintió una presencia, una presencia distante. Sin embargo, a pesar de que la increíble distancia, podía percibirla... era asombroso.

Trató de retroceder, pero ya era demasiado tarde. Profundo, muy profundo dentro de las energías captadas del Pozo, la mente del consejero de repente se arrastró más allá del borde de la realidad, más allá de la eternidad... hasta...

— *Te he buscado durante mucho tiempo...* — dijo la voz.

Era la vida, la muerte, la creación, la destrucción... y el poder infinito.

Había siquiera deseado hacerlo, pero Xavius habría sido incapaz de quitarse de la mirada del abismo interior. Otros ojos ahora atrapaban sus fuerzas... los ojos del nuevo Dios del consejero.

Y ahora has venido a mí...

Las aguas burbujearon como en ebullición. Grandes olas se levantaron y cayeron hacia abajo una y otra vez. Hubo un relámpago desde los cielos y del pozo oscuro.

Entonces llegaron los susurros.

El primero de los elfos de la noche que escuchó los sonidos de aquello, pensaba que quizás era sólo el viento salvaje. Pronto los ignoró por completo, más preocupado por la posible devastación de su elegante casa.

Un poco más astuto, más en sintonía con las energías sobrenaturales del Pozo, los habría oído por lo que eran. Voces desde el propio Pozo. Pero lo que dijeron las voces, incluso la mayoría no entendería que decía.

Fueron uno o dos los que lo oyeron claramente, y que verdaderamente temían...

y sin embargo no hablaron de su miedo a los demás, para no ser tildados de locos y rechazados de su sociedad. Por lo tanto, no prestaron atención a la única advertencia que realmente había que prestar atención.

Las voces no hablaban de otra cosa que del hambre. El hambre de todo. La vida, la energía, las almas... que querían a través del mundo, a través del reino virgen de los elfos de la noche.

Y una vez allí, ellos las devorarían...

CAPITULO SIETE

Sus captores se hicieron aún más aprensivos... y para Rhonin, eso los hizo más que una amenaza.

Tenía mucho que ver con el nuevo tramo de bosque al que acababan de entrar. Esta zona era diferente para Rhonin en comparación con los tramos oscuros que habían cruzado hasta ahora. Aquí sus captores no se parecían tanto a los amos de la tierra como ocurrió contra los intrusos no deseados.

El alba se acercaba rápidamente. Él y Krasus, que parecía estar todavía inconsciente, habían sido atados y arrojados sin miramientos en la parte posterior de uno de los animales. Ambos empujados por la enorme pantera que amenazaba con romper las costillas del hechicero, pero se obligó a no hacer algún sonido o movimiento que revelara a los elfos de la noche que estaba despierto.

Sin embargo, ¿Qué importa si supieran? Ya había intentado varias veces lanzar un hechizo, pero en sus intentos se había ganado sólo un gran dolor de cabeza. Alrededor de su garganta le habían colocado un pequeño amuleto esmeralda, una cosa de aspecto sencillo que era la fuente de su frustración. Cada vez que trataba de concentrarse demasiado en sus hechizos, sus pensamientos comenzaban a ser todos confusos y las sienes le palpitaban. Ni siquiera podía quitarse el amuleto. Los elfos de la noche lo habían asegurado bien. Krasus llevaba uno también, pero parecía que sus captores no temían de él. Rhonin también vio lo que había pasado cada vez que su antiguo mentor había tratado de ayudar en la lucha. Krasus tenían menos dominio sobre su poder que Rhonin, una noción inquietante.

— Este no es el camino que tomamos. — Gruñó el líder lleno de cicatrices, quien el humano había oído ser llamado Varo'then. — Este no es el camino que debíamos tomar... —

— Pero nos hemos devuelto tal y como debimos, mi capitán. — Respondió uno de los otros. — No hubo ninguna desviación... —

— ¿Esto luce como las agujas de Zin-Azshari en el horizonte? — Espetó Varo'then. — No veo nada más que estos malditos árboles, Koltharius... ¡Y hay algo que no me gusta de ellos! ¡De algún modo, incluso con nuestros ojos penetrantes y el conocimiento del camino, nos hemos dirigimos hacia otro lugar! —

— ¿Hay que dar marcha atrás? ¿Devolvernos por este camino? —

Rhonin no podía ver el rostro del capitán, pero podía imaginar la expresión de frustración.

— No...No...No... —

Sin embargo, mientras Varo'then aún no estaba listo para renunciar a la ruta, el hechicero estaba empezando a preocuparse por él mismo. Con cada paso en la espesa e imponente selva, sentía una presencia cada vez mayor, una presencia del tipo que Rhonin nunca había experimentado antes. En cierto modo, le recordaba cómo se sentía con Krasus, cuando el dragón mago se contactó con él, pero esto fue más... mucho más.

¿Pero qué?

— El sol está casi sobre nosotros. — Murmuró otro de los soldados.

Por lo que Rhonin había comprobado hasta ahora, sus captores podían actuar durante el día, aunque no les gustaba. En cierto modo, les debilitaba. Eran criaturas mágicas —incluso si individualmente no podían manejar gran parte de ella— pero su magia tenía que ver con la noche. Si pudiera librarse del amuleto una vez que salga el sol, Rhonin creía que las probabilidades girarían de nuevo a su favor.

Asegurándose de que nadie miraba, disimuladamente negó con la cabeza. El amuleto iba y venía, pero no se deslizaba. Rhonin finalmente intentó empujando su cabeza en alto, con la esperanza de que pudiera dañar la pieza. Corría el riesgo de ser notado por sus captores, pero era una posibilidad que tenía que tomar.

En la penumbra de la madrugada, un rostro miró hacia él desde el follaje cercano.

No... La cara era parte del follaje. Las hojas y las ramas forman las características, incluso creaban una frondosa barba. Los ojos eran bayas y una brecha entre la vegetación representaba lo que parecía una maliciosa boca.

Desapareció entre los arbustos tan rápido como había aparecido, por lo que Rhonin se preguntó si simplemente lo había imaginado. ¿Un truco de la luz que venía? ¡Imposible! No con tanto detalle.

Y sin embargo...

El roce de un arma siendo extraída de su vaina le llamó la atención. Uno a uno, los elfos de la noche se preparaban para una batalla que no entendían, pero sabían que se avecinaba. Incluso los feroces felinos detectaron problemas, no sólo porque tomaron un ritmo rápido, sino por sus espaldas arqueadas y sus

feroces dientes al descubierto.

Varo'then de repente señaló a su derecha:

— ¡Por ese camino! ¡Por ese camino! ¡Rápido! —

En ese momento, el bosque entero cobró vida.

Enormes ramas y follajes de espesor bajaron, ocultando los rostros de los jinetes. Arbustos saltaron, volviéndose cortas y ágiles figuras con silenciosos y sonrientes rostros verde. El suelo del bosque parecía enredar las garras de cada pantera, enviando a más de un piloto al suelo. Los elfos de la noche gritaron imprudentemente unos a otros, tratando de organizarse, en cambio sólo lograron más caos.

Un gemido se hizo eco cerca. Rhonin sólo echó un vistazo, pero estaba seguro de que había visto un enorme árbol inclinarse y barrer a dos elfos de la noche y sus monturas con su gruesa copa frondosa.

Gritos y maldiciones llenaban el bosque mientras Varo'then trataba de recuperar el mando de su grupo. Aquellos elfos que se mantuvieron sentados en sus monturas durante la confusión, intentaron no solo cortar el follaje a su alrededor, sino también mantener sus alteradas panteras bajo control. A pesar de su tamaño, los grandes felinos claramente no les gustó a lo que se enfrentaban, a menudo jalaban hacia atrás, incluso cuando sus jinetes insistían en que se movieran hacia adelante.

Varo'then gritó algo y de repente, unos tentáculos violetas de energía radiante salieron como una flecha en varios puntos de la selva. Uno chocó contra un arbusto cercano, convirtiendo instantáneamente a la criatura en un infierno. Sin embargo, a pesar de su aparente muerte horrorosa, la criatura siguió adelante sin pausa, dejando un rastro de llamas a su paso.

Casi de inmediato, el viento, que había sido casi inexistente antes de esto, aulló y rugió como si estuviese furioso por el asalto. Sopló con tal fuerza que la tierra, ramas de árboles rotas y hojas sueltas volaron en grandes cantidades llenando el aire y oscureciendo la vista de los elfos de la noche. Las llamas se extinguieron, ellos hubiesen salido lastimados de este fenomenal rescate como les hubiese pasado antes de esto. Una enorme rama golpeó al elfo de la noche que estaba al lado de Varo'then.

— ¡Reagrúpanse! — Gritó el capitán con cicatrices.

— ¡Reagrúpanse y retirada! ¡Dense prisa, maldita sea! —

Una mano frondosa cubrió la boca de Rhonin. Miró de nuevo la misma cara

que estaba oculta en los arbustos. Detrás de él, sintió otras manos sujetando sus piernas.

Con un empujón bastante brusco, deslizaron al mago hacia delante.

La pantera que lo llevaba se dio cuenta de esto y rugió. Más figuras de arbustos pequeñas como se abalanzaron alrededor de la bestia, hostigándola. Mientras el mundo se sacudía a su alrededor, Rhonin divisó a Varo'then girando hacia atrás para ver lo que estaba sucediendo. El elfo con el ceño fruncido, maldijo al ver que sus prisioneros estaban siendo capturados, pero antes de que pudiera levantar una mano para detenerlos, más ramas bajaron, enredando los brazos y la cara del capitán, cegándolo.

Las criaturas arbusto agarraron a Rhonin mucho antes de que hubiera estado en peligro de golpear su cabeza en el suelo. En silencio y de manera eficiente, lo llevaron como un ariete dentro de la espesura del bosque. Rhonin sólo podía esperar que Krasus también hubiese sido rescatado, porque no podía ver nada más que las figuras de hoja que tenía delante. A pesar de su tamaño, sus compañeros eran obviamente fuertes.

Luego, para su sorpresa, solitario un elfo de la noche sobre una pantera gruñendo cortó su paso. El hechicero lo reconoció como el llamado Koltharius. Tenía una mirada desesperada en sus ojos, como si la fuga de Rhonin significaba algo peor para él. Por lo poco que Rhonin había aprendido del capitán, no lo dudó.

Sin desperdiciar palabras, el elfo de la noche instó a su bestia hacia adelante. Rhonin sabía que los elfos, sobre todo por su amada Vereesa, eran seres con el máximo respeto por la naturaleza. Koltharius, sin embargo, parecía que no le importaba un comino ella, cortaba ramas de los árboles y arbustos que lo frenaban con una furia desenfrenada. Nada le impediría atrapar a su presa.

O eso es lo que podía haber pensado. Enormes pájaros negros cayeron abruptamente del follaje de arriba, rodeando y atacando al elfo de la noche sin piedad. Koltharius atacó locamente, pero no cortó ni siquiera una pluma de sus atacantes.

Tan absorto estaba el elfo de la noche por este sorpresivo ataque que no se dio cuenta del otro peligro que se elevaba desde la tierra. Los árboles a través de los cuales necesitaba pasar avanzaron en más de dos pies, como si extendiesen sus raíces.

La montura de Koltharius, conducida casi hasta la locura por las aves, no prestó suficiente atención a su camino.

El felino normalmente ágil primero se tambaleó, luego tropezó mientras sus patas se enredaban cada vez más. Un aullido lastimero escapó, mientras intentaba pilotear hacia un lado. Su jinete trató de aguantar, pero eso sólo sirvió para empeorar la situación.

La enorme pantera se torció, poniendo a Koltharius entre ella y dos enormes troncos de árbol. Atrapado, el elfo de la noche fue triturado entre ellos, su armadura se arrugó como papel bajo la tremenda fuerza. Su felino sufrió un poco mejor, un terrible sonido de rotura en el cuello acompañando el golpe.

Los arbolados compañeros de Rhonin se movían como si nada hubiera pasado. Durante unos minutos, el hechicero continuó escuchando la lucha de sus antiguos captosres, pero los sonidos de repente se alejaron, como si Varo'then por fin hubiese llevado a sus desorganizados hombres a escapar.

Las pequeñas criaturas seguían llevándolo por la frondosidad. Vio un movimiento a su derecha vio lo que parecía ser la forma del dragón mago siendo traído de la misma manera. Sin embargo, por primera vez Rhonin empezó a temer de lo que este equipo de rescate intentaba hacer con ellos. ¿Si hubieran sido sacados de los elfos de la noche con el fin de enfrentarse a un destino mucho más horrible?

Los arbustos desaceleraron, finalmente se detuvieron en el borde de un área abierta. A pesar de la imposibilidad del ángulo, los primeros indicios de la luz del día iluminaban la abertura. Pequeños y delicados pájaros gorjeaban alegremente.

Una miríada de flores de cien colores floreció en un césped lleno y alto agitándose suavemente, casi a la entera disposición de los recién llegados.

Una vez más un rostro frondoso cubrió su mirada. La sonrisa abierta creció y para su sorpresa, Rhonin vio una pequeña flor completamente blanca que florecía en su interior.

Un pequeño soplido de polen se disparó sucesivamente, salpicando la nariz y la boca del humano.

Rhonin tosió. La cabeza le daba vueltas. Sintió que las criaturas se movían otra vez, que lo llevaban a la luz del sol.

Pero antes de que un rayo pudiera tocar su rostro... el hechicero se desmayó.

La creencia de Rhonin era errónea, Krasus no había estado inconsciente la mayor parte del tiempo. Débil sí, casi dispuesto a dejar que la oscuridad lo llevase, es

cierto, pero el dragón mago había luchado tanto con su debilidad física y mental que, si no es un vencedor, al menos no había sufrido ninguna derrota.

Krasus también se había dado cuenta de los vigilantes en el bosque, pero de inmediato los reconoció como servidores del bosque. Con los sentidos aún más acordados a los de su compañero humano, Krasus entendió que los elfos de la noche habían sido atraídos a este lugar a propósito. Alguna fuerza deseaba algo de las figuras blindadas y no encontró otro sentido lógico que suponer que eran Rhonin y él lo que quería.

Y el dragón mago se había mantenido inmóvil durante todo el caos. Él se había obligado a hacer nada cuando el grupo fue atacado y las criaturas del bosque lo capturaban a él y a Rhonin bajo los ojos de los elfos. Krasus no percibió ninguna malicia en sus salvadores, pero eso no significaba que el par no podía sufrir daño posterior. Había permanecido en silencio, vigilante durante todo el viaje del bosque, esperando ser de más ayuda que la última vez.

Pero cuando llegaron a la abertura iluminada por el sol, calculó mal. El rostro había aparecido con demasiada rapidez, respirando inesperadamente sobre él. Y como Rhonin, Krasus se había desmayado.

Pero a diferencia de Rhonin, él se había dormido por sólo unos minutos.

Despertó, un pequeño pájaro rojo en lo alto de una rama se posó en su rodilla. La ligera vista sorprendió tanto al dragón mago que se quedó sin aliento, enviando a la pequeña ave a huir a las mencionadas ramas.

Con mucha cautela, Krasus observó a su alrededor. Él y Rhonin yacían en medio de un claro místico, un área de gran poder mágico por lo menos tan antigua como los dragones. El sol brillaba tanto ahí, que la hierba, las flores y los pájaros irradiaban tanta paz, no fue casualidad llegar a ese lugar. Aquí estaba el santuario elegido de algún ser a quien Krasus debería haber conocido... Pero no tenía ni el menor recuerdo.

Y eso era un problema del que no le había dicho a su compañero. Los recuerdos de Krasus estaban llenos de grietas. Había reconocido a los elfos de la noche por lo que eran, pero otras cosas, muchas de ellas como lo mundano, habían desaparecido por completo. Cuando trató de centrarse en ellas, el dragón mago no encontraba nada más que un vacío. Su mente estaba tan débil como lo estaba su cuerpo.

Pero ¿Por qué? ¿Por qué había sufrido mucho más que Rhonin? Aunque era un mago humano de habilidades impresionantes, Rhonin todavía era un frágil mortal. Si alguien debería haber sido maltratado y golpeado en su alocada huida a través del tiempo y el espacio, debió haber sido justamente el más joven de los dos

viajeros.

En el momento que pensó esto, Krasus se sintió culpable. Cualquiera que sea la razón que Rhonin sobreviviera más no importaba, Krasus se avergonzó de sí mismo por desear un cambio en sus fortunas. Rhonin casi se había sacrificado por su antiguo mentor varias veces.

A pesar de su gran debilidad y dolor persistente, se puso de pie. Krasus no vio señal alguna de las criaturas que los habían llevado hasta allí. Probablemente habían vuelto a ser parte de la selva literalmente, atendiendo a sus necesidades hasta el próximo llamado a la acción de su señor. Ellos habían sido los guardianes más simples del bosque y Krasus estaba muy consciente de eso. Los elfos de la noche eran una amenaza relativamente insignificante.

Pero, ¿Qué poder, que gobernaba aquí, necesitaba de dos viajeros extraviados?

Rhonin todavía dormía profundamente y, a juzgar por su reacción al polen, Krasus esperaba que lo haga bastante tiempo. Sin una amenaza evidente a la vista, se atrevió a abandonar el durmiente humano, eligiendo ahora investigar las fronteras de su libertad.

Un espeso campo de flores rodeaba la suave hierba, abierta como una cerca, había un similar número de ellas hacia el exterior y hacia el interior. Krasus se acercó a la parte más cercana, mirando las flores con cautela.

Al llegar a un pie de ellas, se volvieron hacia él, abriéndose totalmente.

Al instante, el dragón mago dio un paso atrás... y vio que las plantas reanudaron su apariencia normal. Una simple y suave pared de eficaces guardianes. Él y Rhonin estaban a salvo de cualquier peligro exterior, y al mismo tiempo se mantenían dentro para no causar problemas en el bosque.

En su estado actual, Krasus ni siquiera consideró saltar sobre las flores. Además, sospechaba que al hacerlo sólo desencadenaría a otro centinela oculto, posiblemente, uno no tan amable.

Sólo quedaba un recurso. Para conservar mejor sus fuerzas, se sentó y cruzó las piernas.

A continuación, Krasus hizo una profunda respiración, estudió el claro del bosque que lo rodeaba una última vez... y habló con el aire.

— Me gustaría hablar contigo. —

El viento tomó sus palabras y se las llevó al bosque, donde se hicieron eco una y otra vez. Las aves quedaron en silencio. La hierba dejó de agitarse.

Luego el viento vino otra vez... y con él la respuesta.

— Hablemos entonces... —

Krasus esperó. A lo lejos, oyó un leve ruido de cascos, como si algún animal pasara de casualidad por ahí en ese importante momento. Él frunció el ceño mientras el ruido se acercaba, luego notó una sombra que venía a través de los bosques. ¿Un jinete con cuernos, encima de alguna montura monstruosa?

Pero entonces, mientras se acercaba a los guardianes floridos y el sol, siempre brillante, lo atrapaba completamente, el dragón en su forma mortal solo pudo quedar embobado como un mero niño humano frente a la imponente figura.

— Te conozco... — Comentó Krasus. — A ti te conozco... —

Pero el nombre, así como tantos otros recuerdos, no lo recordaba. Ni siquiera podía decir con seguridad si se había topado a este mítico ser antes y seguramente dijo algo a raíz de los huecos de su mente.

— Y yo sé algo de ti. — Dijo la gran figura con un torso similar a un elfo de la noche y la parte baja como la de un ciervo. — Pero no tanto como me gustaría... —

Sobre sus cuatro fuertes patas, el señor del bosque se dirigió a través de la barrera de las flores, las que dieron paso como perros fieles harían hacia su amo. Incluso algunas de las flores y hierbas acariciaron sus piernas suave y amorosamente.

— Soy Cenarius... — Pronunció la gran figura sentada delante de él.
— Este es mi reino. —

Cenarius... Cenarius... connotaciones legendarias revolotearon por la andrajosa mente de Krasus, algunas echando raíces, pero la mayoría simplemente desaparecían de nuevo en la nada. Cenarius. Dicho por los elfos y otros habitantes de los bosques. No es un Dios, pero... casi. Un semidiós entonces. Tan poderoso a su manera como los grandes aspectos.

Pero había más, mucho más. Pero aunque se esforzaba como podía, el dragón mago no podía recordar a nada de eso.

Sus esfuerzos se debieron haber mostrado en su rostro, pues el rostro severo de Cenarius se hizo más amable.

— No estás bien, viajero. Tal vez debas descansar más. —

— No. — Krasus se obligó a sí mismo, de pie, alto y recto ante el Semidiós. — No... Me gustaría hablar ahora. —

— Como quieras. —

El astado semidiós inclinó su cabeza barbuda de un lado a otro, estudiando a su invitado.

— Eres más de lo que pareces, viajero. Veo indicios de elfos de la noche en ti, pero también siento mucho, mucho más. Casi me recuerdas... pero eso no es probable. —

La enorme figura miró a Rhonin.

— Y él es diferente a cualquier criatura que haya encontrado dentro o fuera de mi dominio. —

— Hemos recorrido una larga distancia y estamos, francamente, muy perdidos. No sabemos dónde estamos. —

Para sorpresa del mago, esto trajo la risa atronadora del semidiós. La risa de Cenarius hizo florecer más flores, los pájaros cantores trajeron ramas alrededor del trío, y trajo una suave brisa primaveral que tocó la mejilla de Krasus como una amante.

— ¡Entonces eres de lejos! ¿De dónde más podrías ser, mi amigo? ¡De dónde más podrías ser sino es Kalimdor! —

Kalimdor. Eso es, al menos tenía sentido, porque, ¿Dónde más podría uno encontrar numerosos elfos de la noche? Sin embargo, sabiendo que él y Rhonin han sido llevados ahí, respondió algunas otras preguntas.

— Es lo que sospechaba, mi señor, pero... —

— Sentí un cambio inquietante en el mundo. — Interrumpió Cenarius. — Un desequilibrio, un cambio. Busqué su origen y su ubicación en secreto... y aunque no he encontrado lo que buscaba... me condujo a ustedes dos. —

Dio un paso por delante de Krasus una vez más estudiando la figura dormida de Rhonin.

— Dos viajeros de la nada. Dos almas perdidas de la nada. Los dos son enigmas para mí. Preferiría que no hubieran estado ahí en primer lugar. —

— Sin embargo, nos salvaste de ser prisioneros... —

El señor de los bosques dio un resoplido digno del más poderoso alce.

— Los elfos de la noche se vuelven cada vez más arrogantes. Toman lo que no les pertenece y agreden lo que no quieren. Suponen que todo lo que cae en sus tierras queda bajo su dominio. Aunque ellos casi no se entrometen en mi reino, he optado por hacer que lo hagan con el fin de enseñarles una lección de humildad y modales. — Sonrió con gravedad.

— Eso... y que lo hicieron más fácil para mí, trayendo lo que deseaba hasta aquí. —

Krasus sintió que sus piernas tambaleaban. El esfuerzo por mantenerse en pie estaba resultando monumental. Con determinación, se mantuvo firme.

— Ellos también parecían ser conscientes de nuestra repentina llegada. —

— Zin-Azshari no está exento de sus propias habilidades. Después de todo, tienen acceso al Pozo en sí. —

El dragón mago tembló, pero esta vez no a causa de su debilidad. En su última declaración, Cenarius había dicho dos palabras que marcaron el miedo en el corazón de Krasus.

— Zin... Zin-Azshari? —

— ¡Así es, mortal! ¡La capital del dominio los elfos de la noche! ¡Situada en las mismas orillas del Pozo de la Eternidad! ¿No sabes siquiera eso? —

Sin tener en cuenta la debilidad que revelaba al semidiós, Krasus se dejó caer al suelo, sentado en el césped y trató de beber la asombrosa realidad de la situación.

Zin-Azshari.

El Pozo de la Eternidad.

Conocía a los dos, aun cuando su memoria se había convertido en una cavidad perforada. Algunas cosas eran de tal leyenda épica que habría sido necesaria la erradicación por completo de su mente para que Krasus olvidase eso.

Zin-Azshari y el Pozo de la Eternidad. El primero, el centro del imperio de la magia, un imperio gobernado por los elfos de la noche. Qué tontería por su parte que no se haya dado cuenta de eso durante su captura. Zin-Azshari había sido el centro del mundo durante un período de siglos.

El segundo, el Pozo, fue el lugar de la magia misma, la interminable y profunda reserva de poder que se mencionaba en susurros por los magos y

hechiceros de todas las épocas. Había servido como el núcleo de los poderes mágicos de los elfos de la noche, dejando que lanzaran conjuros de los cuales incluso los dragones aspecto habían aprendido algo al respecto.

Pero ambos eran cosas del pasado... un pasado muy lejano. Ni Zin-Azshari ni el maravilloso y siniestro Pozo existían. Hacía mucho tiempo atrás que se habían desvanecido en una catástrofe que... que...

Y la mente de Krasus vaciló de nuevo. Algo terrible había ocurrido que había destruido los dos, había rasgado el mundo en pedazos... y la vida en él, pero no podía recordar qué.

— Todavía no te has recuperado. — Dijo Cenarius con preocupación.
— Debí dejar que descansaras. —

Siguiendo su lucha por recordar, el mago respondió:

— Voy a... voy a estar bien para cuando mi amigo despierte. Nosotros... vamos a salir tan pronto como nos sea posible y sin problemas. —

La deidad frunció el ceño.

— Pequeño, me malinterpretas. Los dos son un rompecabezas y huéspedes para mí... y siempre y cuando sigan siendo la primera, permanecerán como la segunda. —

Cenarius se apartó de él, dirigiéndose hacia las flores que custodiaban.

— Creo que necesitas alimentarte. Se te facilitará en breve. Descansa bien hasta entonces. —

Cenarius no esperó ningún reclamo, ni que Krasus se haya molestado con él. Cuando un ser como el Señor del Bosque insistía en que se quedaran, Krasus entendió que sería imposible argumentar lo contrario. Él y Rhonin eran invitados por el tiempo que Cenarius desee... y con un Semidiós podría ser el resto de sus vidas.

Aun así, eso no le preocupaba tanto a Krasus como la idea de que sus vidas podrían ser muy cortas.

Tanto Zin-Azshari y el Pozo habían sido destruidos en una monstruosa catástrofe... y cuanto más meditaba el dragón mago acerca de ello, más creía que el momento de la catástrofe se acercaba rápidamente.

— Te advierto, querido consejero, adoro las sorpresas, pero espero que esta sea muy, muy deliciosa. —

Pero Xavius solo sonrió mientras conducía a la reina de la mano a la cámara donde los Altonatos trabajaban. Había llegado a ella con tanta gracia como pudo comandar, cortésmente le suplicó unirse a él y ver lo que sus hechiceros habían logrado. El consejero sabía que Azshara esperaba algo bastante milagroso y ella no quedaría decepcionada... aunque no era lo que la reina de los elfos de la noche tenía en mente.

Los guardias se arrodillaron cuando entraron. A pesar que sus expresiones eran las mismas de siempre, al igual que Xavius, ellos también habían sido tocados. Ahora todo el mundo en la cámara entendía, a excepción de Azshara.

Para ella, sería sólo un momento más antes de la revelación.

Ella miró el remolino de la vorágine dentro del ritual, con un tono que goteaba la decepción dijo a su consejero:

— Esto no es diferente a lo de antes. —

— Tiene que verlo de cerca, Luz de Mil Lunas. Entonces entenderá lo que hemos logrado... —

Azshara frunció el ceño. Había llegado sin sus hechiceros que la aconsejaban y tal vez ahora lamentaría eso. Sin embargo, a la reina Azshara le correspondía demostrar que, incluso sola, estaba al mando de cualquier situación.

Con pasos gráciles, Azshara se acercó al borde mismo del ritual. Primero dirigió su mirada al trabajo en progreso de los Altonatos, luego se dignó a centrarla hacia el infierno que conllevaba.

— Todavía me parece sin cambios, queridos Xavius. Me esperaba más de... —

Dejó salir un jadeo y, aunque el consejero no pudo ver su expresión por completo, había entendido lo suficiente como para saber que Azshara, ahora, lo comprendía.

Y la voz que había oído antes, la voz de su Dios, dijo para que todos oigan...

Allá voy...

CAPITULO OCHO

El ritual de la Luna Alta había sido completado y ahora Tyrande tenía tiempo para ella misma. Elune esperaba dedicación de sus sacerdotisas, pero no demandaba que le dieran todo momento. La Madre Lunar era una amable y amorosa señora, lo que atrajo a la joven elfa de la noche a su templo. Al unirse, Tyrande encontró algo de paz a su aprehensión, a sus conflictos internos.

Pero un conflicto no dejaría su corazón. El tiempo había cambiado las cosas entre ella, Malfurion, e Illidan. Ellos ya no eran jóvenes compañeros. Las simplicidades de su niñez habían dado paso a las complicidades de relaciones adultas.

Sus sentimientos por ambos habían cambiado y ella sabía que ellos también sentían cosas diferentes por ella. La competencia entre hermanos siempre había sido amistosa, pero últimamente se había intensificado de una manera que no le agradaba a Tyrande. Ahora parecía que batallaban entre ellos como si competían por un premio.

Tyrande entendió que —aún si no lo hacían— ella era el premio.

Mientras la novata sacerdotisa se sentía halagada, no quería que ninguno de ellos saliera herido. Pues Tyrande sería la que hiriese al menos a uno de los hermanos, porque ella sabía en su corazón que cuando le tocara escoger un compañero de por vida, sería a Illidan o Malfurion.

Vestida en el plateado vestido con capucha de una sacerdotisa novata, Tyrande corrió silenciosamente a través de los altos salones de mármol del templo. Sobre ella, un mágico fresco ilustraba los cielos. Un visitante casual podría inclusive pensar que ningún techo se erigía ahí, ya que tan perfecta era la ilustración. Pero solo la gran cámara, donde los rituales tomaban lugar, era verdaderamente a cielo abierto. Allí, Elune visitaba en forma de rayos de luna gloriosamente tocando sus fieles como una madre lo hace a sus amados hijos.

Más allá del horizonte, pasando las imágenes esculpidas de las encarnaciones terrenales de la Diosa —aquellas quienes le sirvieron en el pasado como altas sacerdotisas— Tyrande finalmente cruzó a través del vasto salón de mármol del vestíbulo. Aquí, en un intrincado trabajo de mosaico, la formación del mundo por Elune y los otros dioses era representada, la Madre Lunar por supuesto se ilustraba de manera dominante. Con pocas excepciones, los dioses eran vagas formas con caras ensombrecidas, ninguna criatura meramente de carne digna de concebir sus verdaderas imágenes. Solo los semidioses, hijos y ayudantes de sus superiores, tenían rostros definidos. Uno de esos, por supuesto, era Cenarius, dicho por muchos era tal vez hijo de la Luna y el Sol. Cenarius, por

supuesto, no dijo nada de una manera u otra, pero a Tyrande le gustaba pensar que la historia era cierta.

Afuera, el frío aire nocturno en algo la tranquilizó. Tyrande descendió los blancos peldaños de alabastro y se unió a la multitud. Muchos inclinaron sus cabezas en respeto a su posición mientras otros cortésmente se apartaron del camino para darle paso. Había ventajas al ser aún una iniciada de Elune, pero en el momento Tyrande deseaba haber sido simplemente ella misma para el mundo.

Suramar no era tan gloriosa como Zin-Azshari, pero tenía su propia presencia. Colores brillantes y llamativos llenaron su mirada mientras entraba a la plaza principal, donde mercantes de todo estrato apilaban sus mercancías en la población. Dignatarios en ricas togas de lentejuelas de diamante de unos colores rojo solar y naranja furia, su nariz hacia arriba y sus ojos solo hacia el camino por delante, caminaron junto a elfos de casta inferior de prendas más simples de verde, amarillo, azul o algunas mezclas de colores. En el mercado, todos hacían su aparición con el fin de mostrarse lo mejor posible.

Hasta las edificaciones actuaban como muestras para sus habitantes, cada color del arcoíris representado a la vista que tenía Tyrande. Algunos negocios habían sido pintados tanto como los siete colores y la mayoría tenían imágenes dramáticas salpicadas a través de cada lado. Las antorchas iluminaban la mayoría de las danzantes flamas consideradas una acentuación vivaz.

Los pocos seres no elfos de la noche los cuales la sacerdotisa novata había conocido durante su corta vida parecían encontrar a su gente llamativa, inclusive atreverse a decir que la raza de Tyrande debían ser daltónicos. Mientras sus propios gustos tendían a ser más conservadores, aunque no tanto los de Malfurion, Tyrande sentía que los elfos de la noche simplemente apreciaban mejor la variedad de patrones y los colores que existían en el mundo.

Cerca del centro de la plaza, ella notó un grupo reunido. La mayoría gesticulando y señalando, algunos haciendo comentarios de disgusto o burla. Curiosa, Tyrande fue a ver que podría ser de tal interés.

Al principio, los espectadores no notaron su presencia, ciertamente una señal de que lo que fuera que estuvieran viendo debiera ser una rara maravilla. Ella cortésmente tocó a la figura más cercana, quién al reconocerle inmediatamente se apartó para darle el paso. Mediante este método ella las arregló para encaminarse profundamente dentro de la multitud.

Una jaula ligeramente más corta que su estatura estaba puesta en el medio de todo. Hecha de buenos y fuertes barrotes de hierro, evidentemente contenía una fuerte bestia, puesto que la hizo estremecer fuertemente y de vez en cuando un gruñido de carácter animal provocó a la audiencia a volver a murmurar.

Aquellos directamente al frente de ella no se movían, ni si quiera cuando descubrieron quien les tocaba el hombro. Frustrada y curiosa, la delgada elfo de

la noche cambió de posición, intentando observar entre un par.

Lo que contempló le causó asombro.

— ¿Qué es eso? — Exclamó Tyrande.

— Nadie sabe, hermana. — Respondió lo que resultó ser un centinela en guardia. El vestía un peto de placas y una toga de uno de la Guardia de Suramar. — La Guardia Lunar tuvo que lanzar un hechizo por lo menos tres veces para derribarlo. —

Tyrande instintivamente buscó con la mirada a uno de los encapuchados magos de togas verdes, pero no vio ninguno. Seguramente ellos habían hechizado la jaula, luego habían dejado la asegurada criatura en manos de la guardia mientras ellos fueron a discutir qué hacer con ella.

¿Pero que habían dejado?

No era un enano, aunque de alguna manera su forma le recordaba uno. Si estuviera erguido mediría cerca de 30cms menos que un elfo de la noche, pero al menos el doble de ancho. Claramente la bestia era una criatura de fuerza bruta, porque nunca había visto tanta musculatura. Le asombró a Tyrande que aún con hechizos sobre la jaula el prisionero no hubiera doblado las barras y escapado.

Un espectador de alta casta de repente golpeó a la encorvada figura con su bastón dorado... Lo que causó que renovara la furia interna. El elfo de la noche apenas pudo halar su vara lejos del alcance de las gruesas y carnosas patas de la criatura en cuclillas, de quijada redonda y cara contraída al gruñir de ira. Probablemente hubiera agarrado el bastón de no ser por el grosor de las cadenas alrededor de sus muñecas, tobillos y cuello. Las pesadas cadenas no eran únicamente la razón por la que permaneció encorvado sino también la razón por la que no podía hacerle frente a los barrotes, incluso suponiendo que tuviera la fuerza y determinación.

Del horror y el desagrado, las emociones de Tyrande rápidamente se convirtieron en lástima. El templo y Cenarius le habían enseñado el respeto por la vida, aún por lo que parecía ser en un principio monstruoso. La criatura de pellejo verde vestía prendas primitivas, lo que significaba que eso —o él, en mayor posibilidad— tenía algún semblante de inteligencia. No estaba bien, entonces, que él estuviera puesto para el espectáculo como algún animal.

Dos cuencos vacíos cafés indicaban que el prisionero había al menos recibido algún sustento. Pero por la masiva figura, la novata sacerdotisa sospechaba no estaba ni si quiera cerca de ser suficiente. Ella se volteó al centinela.

— Necesita más agua y comida. —

— No he recibido tales ordenes, hermana. — El centinela respetuosamente respondió, con sus ojos siempre en la multitud.

— Eso no debería requerir órdenes. —

Tyrande fue recompensada con un leve encogimiento de hombros.

— Los ancianos aún no han decidido que hacer. Tal vez ellos no piensen que necesite más comida o bebida, hermana. —

Su sugerencia le desagradó. La justicia de los elfos de la noche podría ser muy severa.

— Si le brindo algo de comida, ¿Intentarías detenerme? —

Ahora el soldado se notaba incomodo.

— La verdad no deberías, hermana. Esa bestia es tan fiable como para que te arrancase el brazo y roerlo en lugar de lo que sea que le des. Serías sabía si lo dejas solo. —

— Correré mis riesgos. —

— Hermana...—

Pero antes que él pudiera intentar hablar con ella, Tyrande ya se había ido. Ella se dirigía directamente al mercante de comida más cercano, buscando una jarra de agua y un cuenco de sopa. La criatura en la jaula se veía carnívora, por lo que decidió poner un pedazo de carne fresca. El propietario se rehusó a cobrarle, un beneficio de su vocación, por lo que ella le concedió su bendición que sabía, que él quería. Luego le agradeció y se devolvió a la plaza.

Aparentemente ya aburridos, mucho de la multitud ya se había disipado para cuando Tyrande llegó al centro. Eso, al menos, le hizo más fácil confrontar al prisionero. Él miró mientras la sacerdotisa se acercaba, al principio claramente dándole solo un cansado vistazo. Solo cuando vio lo que traía Tyrande tomó más interés.

Se sentó lo mejor que pudo considerando sus cadenas, sus hundidos ojos la miraban con recelo bajo un espeso entrecejo. Tyrande juzgó que cruzaba la segunda mitad de su vida, porque su pelo estaba atenuado y su brutal rostro llevaba muchas cicatrices de una dura vida.

Justo después de lo que ella calculó estar a su alcance, la joven elfo de la noche dudó. Entre reojo Tyrande notó al centinela tomando precauciones e interés en sus acciones. Ella entendió que él usaría su lanza para destripar a la criatura si intentaba hacerle daño. Tyrande esperó que no llegara a eso. Sería la más grande de las terribles ironías si su intención de ayudarle se tornara en su muerte.

Con gracia y cuidado, ella se arrodilló ante las barras.

— ¿Me entiendes? —

El gruño, luego finalmente asintió.

— Te he traído algo. — Tomó el cuenco de sopa primero.

Los cautelosos ojos, tan diferentes a los suyos, miraron fijamente el cuenco. Ella pudo leer el cálculo en ellos. Una vez que parpadearon brevemente en dirección al guardia más cercano. Cerró su mano derecha, luego la volvió abrir.

Lentamente, muy lentamente, estiró hacia delante su mano. A medida que se acercaba, Tyrande vio cuán grande y gruesa realmente era, suficientemente grande como para envolver ambas manos sin dificultad. Ella se imaginó la fuerza inherente en él y casi jaló el ofrecimiento.

Luego con una dulzura que la sorprendió, el prisionero tomó el cuenco de su mano, colocándolo con seguridad en frente de él y mirándola con expectativa.

Su aceptación la hizo sonreír, pero él no respondió del mismo modo. Un poco más a gusto, Tyrande le entregó la carne, y luego, finalmente, la jarra de agua.

Cuando tuvo los tres asegurados cerca de él, la criatura de pellejo verde comenzó a comer. Se tragó el contenido del cuenco de un solo trago, algo del pardusco líquido se derramaba de su quijada. Seguido del pedazo de carne grueso, sus astillados dientes amarillos arrancaban la carne cruda sin dudarle. Tyrande tragó, mas no mostró su incomodidad ante las costumbres monstruosas del prisionero. Bajo tales condiciones, ella hubiera actuado un poco mejor que él.

Unos pocos espectadores miraron esta actividad como si tuviera un acto digno de burla, pero Tyrande les ignoró. Ella esperó pacientemente mientras él continuaba devorando su carne. Cada pedazo de carne desapareció del hueso, el cual la criatura partió en dos y succionó la médula con tal gusto que el resto de la multitud —con sus finas sensibilidades perturbadas por la visión animal— finalmente se fueron.

Mientras el último de ellos se iba, de repente él botó los fragmentos de hueso y, con una asombrosa risa profunda, tomó la jarra. Ni una vez sus ojos se desviaron de la novata sacerdotisa por más de un segundo.

Cuando ya no había agua, el limpió su ancha boca con su brazo y gruñó:

— Bien. —

Escuchar tal palabra sorprendió a Tyrande aún cuando ella había asumido anteriormente que si él entendía, también podía hablar. La hizo sonreír nuevamente e inclusive inclinarse hacia las barras, un acto que al principio provocó ansiedad a los centinelas.

— ¡Hermana! — gritó uno de los guardias. — ¡No deberías estar tan cerca! Él despedazaría...—

— No hará nada. — Rápidamente les aseguró. Mirando la criatura, agregó, — ¿Lo harás? —

Él sacudió su cabeza y acercó sus manos a su pecho como una seña. Los guardias retrocedieron, pero permanecieron vigilantes.

Ignorándolos una vez más, Tyrande preguntó:

— ¿Quieres algo más? ¿Más comida? —

— No. —

Ella hizo una pausa, luego dijo:

— Mi nombre es Tyrande. Soy una sacerdotisa de Elune, la Madre Lunar. —

La figura en la jaula parecía reacio a continuar la conversación, pero cuando vio que ella estaba determinada por esperarlo, finalmente respondió:

— Brox... Broxigar. Sirviente juramentado al jefe de guerra Thrall, gobernante de los orcos. —

Tyrande intentó de darle sentido a lo que había dicho. Que él era un guerrero era obvio por su apariencia. Servía a un líder, este Thrall. Un nombre de alguna manera más curioso que el suyo, porque ella entendió su significado y por ende entendió la contraria naturaleza de un gobernante titulado de esa manera.

Y este Thrall era el líder de los orcos, lo que Tyrande asumió tenía que ser lo que era Brox. Las enseñanzas del templo eran exhaustivas, pero nunca había escuchado en ningún lado de una raza llamada orcos.

Ciertamente, si todos ellos eran como Brox, hubieran sido bien recordados por los elfos de la noche.

Ella decidió profundizar.

— ¿De dónde eres, Brox? ¿Cómo llegaste aquí? —

Inmediatamente Tyrande se dio cuenta que había errado. Los ojos del orco entrecerraron y el cerró su boca. Que imprudente de ella no pensar que la Guardia Lunar ya le había interrogado... y la poca cortesía que habían demostrado hasta el momento. Ahora él debía pensar que ella había sido enviada a aprender bondadosamente lo que ellos habían fallado de ganar por la fuerza y magia.

Claramente deseando el final a su encuentro, Brox tomó el cuenco y lo empujó

hacia ella, con expresión oscura y de poco fiar.

Sin advertencia alguna, un destello de energía dirigido hacia la jaula desde atrás de la novata, arremetió la mano del orco.

Con un salvaje grito, Brox tomó sus quemados dedos, tomándolos con fuerza. Él miró a Tyrande con una mirada tan asesina que ella no pudo evitar levantarse y dar un paso atrás. Los centinelas inmediatamente se enfocaron en la jaula, sus lanzas mantenían a Brox fijado a las barras traseras.

Fuertes manos tomaron a Tyrande por el hombro y una voz que ella conocía bien ansiosamente le susurró:

— ¿Estás bien Tyrande? ¿Esa bestia inmundada no te lastimó, o si? —

— ¡Él no tenía planes de hacerme daño alguno! — Gritó, girando su cabeza a su supuesto salvador. — ¡Illidan! ¿Cómo pudiste? —

El atractivo elfo de la noche frunció el ceño, sus llamativos ojos dorados perdieron algo de su luz.

— ¡Solo temía por ti! Esa bestia es capaz de...—

Tyrande le interrumpió:

— Para, él es capaz de muy poco... ¡y no es una bestia! —

— ¿No? —

Illidan se inclinó a inspeccionar a Brox. El orco mostró sus dientes pero no hizo nada que de otro modo que pudiera antagonizar al elfo de la noche. El hermano de Malfurion bufó con desdén.

— No me parece una criatura civilizada...—

— Estaba intentando devolverme el cuenco. Y si hubiera habido algún problema, los guardias ya estaban a la espera. —

Illidan frunció el ceño.

— Lo siento, Tyrande. Tal vez exageré. Tienes que admitir, sin embargo, que muy pocos, aún entre los de tu vocación, ¡tomarían el terrible riesgo que tú tomaste! Puede que no sepas esto pero ellos dijeron que cuando él se despertó, estuvo a punto de estrangular a uno de la Guardia Lunar. —

La novata sacerdotisa miró a la cara inexpresiva del centinela, quién de mala gana asintió. Él había olvidado mencionarle ese pequeño dato a ella. Aun así Tyrande dudó que hiciese una diferencia. Brox había sido maltratado y ella sintió la necesidad de ayudarlo.

— Agradezco tu preocupación Illidan, pero nuevamente te digo que no estaba bajo ningún peligro. —

Su mirada se entrecerró mientras el orco tocaba su herida. Los dedos estaban ennegrecidos y el dolor en los ojos de Brox era obvio, aún así el orco no se quejó ni pidió por curación.

Abandonando a Illidan, Tyrande se arrodilló nuevamente en la jaula. Sin dudarle, ella se acercó a través de las barras.

Illidan se acercó a ella. — ¡Tyrande! —

— ¡Atrás! ¡Todos ustedes! —

Viendo la mirada siniestra del orco, ella susurró:

— Yo sé que no tenías intención de dañarme. Puedo curarte. Por favor. Déjame. —

Brox gruñó, pero de una manera que la hizo pensar que no estaba enojado sino solo sopesando sus opciones. Illidan se mantuvo cerca de Tyrande, quién se dio cuenta que volvería a arremeter el orco una vez más con la más ligera señal de mala intención.

— Illidan... Te voy a tener que pedir que te des vuelta por un momento. —

— ¿Qué? Tyrande...—

— Por mí, Illidan. —

Ella pudo sentir su furia contenida. Sin embargo, el obedeció su petición, volteándose y volviendo a ver uno de los edificios que rodeaban la plaza.

Tyrande miró a Brox de nuevo. Su mirada se había vuelto hacia Illidan y por un corto momento ella pudo leer la satisfacción en sus ojos. Luego el orco cautelosamente le ofreció su lastimada mano.

Tomándola entre las suyas, estudió la herida sorprendida. La carne había sido quemada en varios lugares en dos dedos y un tercer dedo estaba rojo y supurante.

— ¿Qué le hiciste? — le preguntó a Illidan.

— Algo que aprendí recientemente. — fue todo lo que dijo.

Estuvo segura que no fue algo que aprendió en el bosque con Cenarius. Esto era un ejemplo de hechicería de Altonato, un hechizo que había lanzado con escasa concentración. Reveló cuan habilidoso podría ser el hermano de Malfurion cuando el objetivo le causaba desprecio. Claramente disfrutaba la manipulación de la hechicería más que el lento ritmo del druidismo.

Tyrande no estaba segura que le gustase esa decisión.

— Madre Luna, escucha mis ruegos...—

Ignorando la horrorizada expresión de los guardias, ella tomó los dedos del orco y besó cada uno gentilmente. Tyrande entonces susurró a Elune, pidiendo a la Diosa que le concediera la habilidad de aliviar la aflicción, para reparar todo lo que Illidan, en su imprudencia, arruinó.

— Estira la mano lo más lejos que puedas. — le ordenó al prisionero.

Observando los centinelas, Brox se movió hacia delante, esforzándose por empujar su mano a través de las barras.

Tyrande esperó alguna especie de resistencia mágica, pero no pasó nada. Ella supuso que ya que el orco no intentaba escapar, el hechizo de la jaula no reaccionó.

La novata sacerdotisa miró hacia el cielo, donde la luna se suspendía justo arriba.

— Madre Luna... lléname con tu pureza, tu gracia, tu amor... concédeme el poder para sanar esto...—

Mientras Tyrande repetía su plegaria, escuchó la exclamación de uno de los guardias. Illidan empezó a voltearse, pero luego evidentemente lo pensó mejor a la posibilidad de enojar aún más a Tyrande.

Un río de luz plateada... la luz de Elune... rodeaba la joven sacerdotisa. Tyrande irradiaba como si ella misma fuese la Luna. Ella sintió la gloria de la Diosa volverse parte de ella.

Brox casi se apartó, sorprendido por la maravillosa exhibición. Sin embargo él puso su confianza en ella, dejándola tomar su mano lo mejor que pudo dentro del resplandor.

Y mientras la luz de luna tocó sus dedos, la quemada carne sanó, las aberturas donde el hueso estaba expuesto volvieron a crecer, y la horrible herida que Illidan le había causado desapareció por completo.

Tomó unos escasos segundos completar su tarea. El orco se mantuvo quieto, ojos tan abiertos como los de un niño.

— Gracias, Madre Luna. — Tyrande susurró, soltando la mano de Brox.

Los centinelas cayeron cada uno en su rodilla, inclinando sus cabezas a la acólita. El orco tocó su mano de cerca, mirando cada dedo y moviéndolos asombrado. El tocó la piel, primero gentilmente, luego con inmensa satisfacción cuando no sintió dolor. Un gruñido de placer se escapó de su brutal figura.

Brox repentinamente comenzó a retorcer su cuerpo en la jaula. Tyrande temió que sufriera alguna otra herida hasta ahora revelada, pero luego el orco finalizó de moverse.

— Te honro, chamán. — Pronunció, postrándose lo mejor que sus ataduras le dejaban. — Estoy en deuda contigo. —

Tan profunda era la gratitud de Brox que Tyrande sintió sus mejillas oscurecerse de vergüenza. Ella se levantó y retrocedió un paso.

Illidan inmediatamente se volvió y la tomó fuertemente del brazo.

— ¿Estás bien? —

— Me siento... está...— ¿Cómo expresar lo que sentía cuando era tocada por Elune? — Está hecho. — Terminó, incapaz de responder apropiadamente.

Los guardias finalmente se levantaron, el respeto por ella aumentó. El principal se acercó a ella en reverencia.

— Hermana, ¿Podrías darme tu bendición? —

— ¡Por supuesto! —

Las bendiciones de Elune son dadas libremente, porque las enseñanzas de la Madre Luna dicen que entre más sean tocados por ella, más entenderán el amor y la unidad que ella representa y esparcirán los conocimientos a otros.

Con su palma abierta, Tyrande tocó a cada centinela en el corazón, luego en la frente, indicando el símbolo de amor y unidad del pensamiento y espíritu. Cada uno le agradeció profusamente.

Illidan tomó su brazo nuevamente.

— Necesitas recuperarte, Tyrande. ¡Ven! Conozco un lugar...—

Desde la jaula la brusca voz de Brox dijo:

— Chamán, ¿Podría este humilde, también tener tu bendición? —

Los guardias observaron, pero no dijeron nada. ¿Si hasta una bestia pidiera tan educadamente la bendición de una elegida de Elune, como podrían discutirlo?

Ellos no podrían, pero Illidan sí.

— Has hecho suficiente por esa criatura. ¡Estás prácticamente dudando! Ven...—

Pero ella no se lo negaría al orco. Liberándose del agarre de Illidan, Tyrande se arrodilló nuevamente ante Brox. Ella se acercó sin dudarle, tocando el vasto cuero

peludo y la dura cabeza de profundas cejas.

— Que Elune te cuide y a los tuyos...— la novata sacerdotisa susurró.

— Que el brazo de tu hacha sea fuerte. — le respondió.

Su peculiar respuesta la hizo fruncir el ceño, pero luego ella recordó que tipo de vida debió haber vivido. Su deseo por ella, en su propia extraña manera era un deseo de vida y salud.

— Gracias. — ella respondió, sonriente.

Mientras Tyrande se levantaba, Illidan intervino una vez más en la situación.

— Ahora podemos...—

De pronto se sintió cansada. Era cansancio del bueno sin embargo, como si Tyrande hubiera trabajado mucho y fuertemente por su señora y logrado mucho en su nombre. Ella recordó de pronto cuanto tiempo había pasado desde que había dormido. Más de un día. Ciertamente la sabiduría de la Madre Lunar dictaba que regresara al templo y luego a su cama.

— Por favor perdóname, Illidan— Tyrande murmuró. — Me siento cansada. Me gustaría regresar a mis hermanas. ¿Entiendes, verdad? —

Sus ojos se entrecerraron momentáneamente, luego se calmó.

— Si, probablemente eso sería lo mejor. ¿Te escolto de vuelta? —

— No hay necesidad. Me gustaría caminar sola de todas formas. —

Illidan no dijo nada, solo se inclinó ligeramente, indiferente su decisión.

Ella le dio a Brox una última sonrisa. El orco asintió. Tyrande se fue, sintiéndose extrañamente refrescada en su mente a pesar de su agotamiento físico. Cuando fuera posible, ella hablaría con la alta sacerdotisa sobre Brox. Seguramente el templo podría ser capaz de hacer algo por el marginado.

La luz de luna brilló sobre la sacerdotisa mientras caminaba. Más y más Tyrande sentía como si hubiera experimentado algo esa noche que la cambiaría para siempre. Seguramente su interacción con el orco había sido planeada por Elune.

Ella apenas podía esperar hablar con la alta sacerdotisa...

Illidan miró a Tyrande irse sin siquiera una mirada en respuesta. Él conocía su mente lo suficiente para entender que ella aún vivía el momento de servicio para su Diosa. Eso ahogaba cualquier otra influencia, incluido él.

— Tyrande...—

Esperaba hablar con ella de sus sentimientos, pero esa oportunidad había sido arruinada. Illidan esperó por horas, observando el templo disimuladamente por su aparición. Sabiendo que no se vería bien si se le uniera al momento que ella saliera, había esperado en el fondo, con la intención de pretender simplemente pasar por ahí.

Luego ella había descubierto a la criatura que la Guardia Lunar había capturado y todos sus bien pensados planes salieron mal. Ahora, no sólo él había perdido su oportunidad, sino también se había avergonzado a sí mismo frente a ella, lo que lo hizo parecer el villano... ¡y todo por una cosa como esa!

Antes que se pudiera detener, palabras salieron silenciosamente de su boca y su mano derecha se flexionó apretadamente.

Hubo un grito en dirección a la jaula. Él rápidamente miró en su dirección.

La jaula brilló, pero no con la plateada luz de luna. En su lugar, una furiosa aura roja rodeaba la celda, como si intentara devorarla... y a su ocupante.

La inmundada criatura rugió en obvio dolor. Los guardias, mientras tanto, se movían por la confusión.

Illidan inmediatamente murmuró las contra-palabras.

El aura se disipó. El prisionero cesó sus gritos.

Sin que nadie lo viera el joven elfo de la noche desapareció de la escena. Había dejado que su odio sacara su bestia interna y arremetido contra el objetivo más obvio. Illidan estaba agradecido que los guardias no se dieran cuenta de la verdad, y que Tyrande ya se había ido de la plaza, perdiéndose su momento de ira.

También estaba agradecido por esos de la Guardia Lunar que habían lanzado el hechizo de barrera mágica que rodeaba la jaula... porque fueron solo esos hechizos protectores fueron los que previnieron que la criatura dentro fuera asesinada.

CAPITULO NUEVE

Todos a su alrededor iban cayendo.

Brox veía morir a sus compañeros por todas partes. Garno, con quien se había criado y era prácticamente su hermano, cayó más tarde. Su cuerpo descuartizado por el tajante filo de una criatura ígnea e imponente, su diabólico rostro presentaba una boca llena de dientes irregulares. Brox asesinó ese mismo demonio momentos después, elevándose sobre él y bramando un grito que haría titubear al mismísimo diablo, seccionó en dos al asesino de Garno a pesar de que éste llevara una ardiente armadura.

Pero la Legión avanzaba y los orcos iban disminuyendo en cantidad. Prácticamente un puñado de defensores seguían de pie, sin embargo, uno más caía por cada minuto que pasaba.

Thrall había ordenado que se bloqueara el camino, para que la Legión no pudiese atravesarlo. La ayuda iba en camino, pero el tiempo escaseaba para la Horda. Necesitaban a Brox y a sus compañeros.

Pero cada vez eran menos. De pronto Duun pereció, su cabeza rebotaba a lo largo de un suelo empapado de sangre segundos antes de que su torso colapse en un abrir y cerrar de ojos. Fezhar yacía muerto, estaban todos sus restos, aunque irreconocibles. Uno de los demonios había envuelto su cuerpo en una oleada de llamaradas verdes, la flama que escupía no lo había quemado, más bien lo había disuelto.

Una y otra vez la tosca hacha de Brox hacía pedazos a sus horroríficos enemigos, y aún así, cuando levantaba la mirada para secar el turbio sudor de su frente, veía que eran cada vez eran más, y más.

Y más, y más...

Hasta que sólo quedo él de pie, ante ellos. Firme ante el rugido de un maremoto de monstruos demoníacos hambrientos de destruir todo a su paso.

A medida que ellos caían sobre el único superviviente... Brox volvió en sí.

El orco tiritaba en su propia prisión, pero no era por frío. Después de haber repetido mil veces la situación, se habría creído inmune a los horrores que su subconsciente pudiese resucitar. Pero cada vez que sus pesadillas se le hacían presentes, volvían con más intensidad, trayendo más agonía.

Más culpa.

Brox debería haber muerto allí. Debería de haber muerto junto a sus compañeros. Ellos, quienes habían dado hasta su último suspiro en nombre de la Horda, pero él había sobrevivido, tendría que vivir con ello. No estaba nada bien.

— Soy todo un cobarde. — Pensó nuevamente. — De haber luchado más fuerte, me habría ido con ellos—

Pero a pesar de haberle dicho estas palabras a Thrall, el Jefe de Guerra sacudió su cabeza y dijo:

— Nadie hubiera podido luchar mejor, viejo amigo. Las cicatrices están ahí, los exploradores pudieron ver tu batalla mientras se acercaban. Nos brindaste un servicio tan grande como aquellos que perecieron en la batalla, a mí y a nuestra gente... —

Brox recibió la gratitud de Thrall, más no sus palabras.

Entonces allí estaba, esperando, como espera un cerdo a ser asesinado por aquellas arrogantes criaturas. Lo miraron tan fijo como si tuviera tres brazos, estupefactos por su fealdad. Solo la joven chamán lo había tratado con cariño y respeto.

En ella podía sentir el poder del que su gente le hablaba, la antigua magia. Ella había curado la profunda herida que su amigo le había causado a él sólo con rezar a la luna. Verdaderamente poseía un don y Brox estaba agradecido que ella le haya dado su bendición.

No es que haya significado algo a largo plazo pero... El orco no tenía dudas que sus captores pronto decidirían la manera de ejecutarlo. Lo que hayan aprendido de él no les serviría de nada. Había rechazado darles información alguna que pueda comprometer a su gente, ni mucho menos su posición. En verdad no sabía cómo podría regresar a su hogar, pero era mejor asumir que cualquier cosa que dijera podía ser una pista suficiente para los elfos de la noche. A diferencia de aquellos elfos con los que se habían aliado los orcos, estos sólo tenían desprecio por los forasteros... y estos significaban una amenaza para la Horda.

Brox les dio la espalda tanto como sus ataduras se lo permitieron. Una noche más y seguro habría muerto, pero no de la manera que hubiese querido. No habría una batalla heroica ni canción épica que lo recordara.

— Grandes Espíritus. — murmuró. — Oigan a este insignificante ser. Concédanme un último deseo, una última voluntad. Déjenme ser útil una vez más... —

Brox miró el cielo, y continuó orando en silencio. Pero, a diferencia de la joven sacerdotisa, tenía sus dudas que los grandes poderes que se alojan el mundo pudieran escuchar las súplicas de una criatura como él.

Su fe estaba en manos de los elfos de la noche.

Malfurion no pudo decir cuál era la causa que lo trajo a Suramar. Durante tres noches se sentó sólo en su hogar, pensando acerca de todo lo que Cenarius le había dicho, acerca de todo lo que él mismo había presenciado en el Sueño Esmeralda.

Habían pasado tres noches y seguía sin respuesta que pudiese calmar sus inquietudes. No tenía dudas que todavía se llevaba a cabo el encantamiento de Zin-Azshari y que mientras nadie actúe, la situación se tornaría aún peor.

Pareciese que nadie advertía problema alguno.

Tal vez, Malfurion estaba por fin decidido, se había encaminado hacia Suramar solo para encontrar alguna voz, algún pensamiento, con quien pudiera discutir su dilema interno. Es por eso que decidió buscar a Tyrande, mas no contaba con su gemelo. Ella era más meticulosa en cuanto a sus pensamientos, mientras que Illidan tenía por costumbre pasar a la acción, indiferentemente si tenía o no un plan bien armado.

Sí, Tyrande sería alguien con quien pudiera conversar... y poder verla de paso.

Mientras se dirigía al Templo de Elune, una larga escuadrilla de jinetes apareció de diferentes direcciones. Malfurion miró serios soldados y fornidas panteras que tironeaban de sus mangas, posicionándose lentamente a cada lado del camino, vestidos con armaduras verde-argenta. En lo alto, desde el centro del grupo, se apreciaba un estandarte de un vasto púrpura y una negra ave en el centro.

Era el estandarte de Lord Kur'talos Ravencrest.

El elfo comandante montaba al frente; su pantera era formidable, ágil y claramente la hembra dominante de la manada. Ravencrest era alto, esbelto y con un porte de realeza. Montaba como si nada lo desviara de su deber, cual sea que fuere. Portaba una ondulante capa de tejido de oro y su yelmo, con un rojo emplumado, distinguido con un símbolo de su propio nombre.

"Aviar" describe mejor sus características, su nariz larga, puntiaguda y perfilada hacia abajo con forma de pico. Su adornada barba y su mirada penetrante le daban la apariencia de sabiduría y magnitud por igual. Fuera de los Altonatos, Ravencrest era considerado uno de aquellos con mayor

influencia con la reina, quien en el pasado había considerado su consejo.

Malfurion se condenó por no haber considerado a Ravencrest antes, pero aquel no era un buen momento para hablar con el noble. Ravencrest y su guardia elite siguieron el paso como si de una misión de tremenda urgencia tratase, lo cual hizo a Malfurion preguntarse si sus temores acerca de Zin-Azshari se habían materializado. Incluso, si ese fuera el caso, dudaba si los restos de la ciudad estarían tan calmados; las fuerzas que tomaban un rol cerca de la capital seguramente habrían presagiado un desastre de tales proporciones, afectando rápidamente a Suramar también.

Los jinetes se desvanecieron en las sombras y Malfurion continuó. Tanta muchedumbre en un solo lugar hizo sentir un poco de claustrofobia al joven elfo de la noche que había estado tanto tiempo en el bosque. Sin embargo, Malfurion afrontó esa sensación sabiendo que pronto vería a Tyrande. Sentía la misma ansiedad que se siente al estar llegando tarde, y al mismo tiempo ella amansaba su espíritu más que cualquier otra cosa en el mundo, más aún que sus estados de meditación.

Sabía bien que tendría que ver a su hermano, pero esa noche la idea de verlo no le parecía tan preocupante. Era Tyrande a quien quería ver, con quien quería invertir su tiempo. Illidan podría esperar.

Malfurion pudo distinguir un grupo de personas reunidas en las barracas, pero su deseo de ver a la elfa de la noche hizo ignorar por completo la escena. Esperaba que ella esté lo suficientemente disponible y no tener que preguntar nada a los clérigos del templo. No es que las iniciadas de Elune fueran una molestia, ni mucho menos sus amigos y parientes, pero por alguna razón Malfurion sentía más ansiedad que de costumbre. Poco tenía que ver con sus inquietudes en Zin-Ashari, fue más la extraña disconformidad que ahora sentía con sus amigos de la infancia.

Un par de guardias lo acordonaron mientras entraba al templo. En lugar de un atuendo tradicional, llevaban brillantes armaduras de placa plateada, se presentaba la notoria marca de la luna creciente en el centro de su pecho. Así como todas las iniciadas de Elune, eran mujeres bien formadas en las artes defensivas y ofensivas. La misma Tyrande era mejor arquera que Malfurion o Illidan. Las pacientes enseñanzas de la Madre Luna no excluían instruir a sus hijos más leales en el arte de la guerra para defenderse.

— ¿Puedo ayudarte en algo hermano? —

Preguntó muy educadamente la guardiana superior. Ella y la otra guardiana de menor rango lo miraron con atención, con las lanzas listas para virar contra él si

la situación lo ameritaba.

— He venido por la sacerdotisa iniciada, Tyrande. Ella y yo somos buenos amigos. Mi nombre es...—

— Malfurion Stormrage. —

Completó la segunda en rango que igualaba su edad, esbozando una sonrisa.

— Tyrande comparte cámaras conmigo y otras dos. Te he visto con ella en otras ocasiones. —

— ¿Me es posible hablar con ella? —

— En la medida que ella haya terminado su meditación, debería estar libre. Enviaré alguien a buscarla. Puedes esperar en la Cámara de la Luna. —

La Cámara de la Luna era el nombre oficial del centro del templo a cielo abierto, en donde se practicaban muchos de los rituales. Cuando no estaba siendo ocupado por la Gran Sacerdotisa, el templo invitaba a todos a hacer uso de su tranquila atmosfera.

Malfurion sintió el toque de la Madre Luna en cuanto entró a la cámara. Un jardín de pulposas flores nocturnas bordeaban la habitación y en el centro un humilde podio desde el lugar que la Alta Sacerdotisa oraba. El camino en espiral de piedra que llevaba al podio estaba esculpido con la línea anual de los ciclos lunares. Malfurion había notado de visitas anteriores que sin importar en donde se pose la luna, su dulce luz siempre iluminaría la cámara.

Permaneció en el centro y se sentó en una de las bancas de piedra de las que usan los iniciados y fieles. Por más que su entorno lo intentaba calmar, la paciencia de Malfurion se iba deteriorando poco a poco mientras esperaba a Tyrande. Pensó también que su repentina apariencia pudiera retenerla. Anteriormente, solo se habían encontrado con un previo arreglo. Esta era la primera vez que había tenido la osadía de entrar en su mundo sin avisarle.

— Malfurion... —

Por un breve instante, todas sus inquietudes desaparecieron cuando levantó la vista y miró a Tyrande entrando al círculo de luz. Su vestido plateado tomó un místico resplandor, y en sus ojos ni la Madre Luna podría encontrar tal paraíso.

Tyrande llevaba el pelo desatado, algo de él caía en su precioso rostro y terminaba justo por encima de su escote. El fulgor de la noche enfatizaba sus ojos y cuando la sacerdotisa iniciada sonreía, parecía iluminar la Cámara de la Luna.

Malfurion se levantó cuidadosamente para no tropezar cuando Tyrande caminó hacia él. El druida notó que sus mejillas comenzaron a sonrojarse pero no había nada que pudiera hacer para evitarlo salvo esperar a que Tyrande no se diera cuenta.

— ¿Está todo en orden? — Preguntó preocupada la sacerdotisa. — ¿Ha pasado algo? —

— Estoy bien. Espero no haber molestado. —

Su sonrisa regreso, más aferrada que nunca.

— Jamás podrás molestarme Malfurion. De hecho, estoy muy encantada de que hayas venido. También quería verte. —

Si ella no había notado sus oscurecidas mejillas antes, ahora se habría dado cuenta, ya que no estaban oscuras, sino más bien estaban enrojecidas. Sin embargo Malfurion prosiguió.

— Tyrande ¿Podemos ir por un paseo afuera del templo? —

— Si eso te hace sentir cómodo, sí. —

Mientras se desplazaban fuera de la cámara empezó.

— Recuerdas que te conté acerca de unos sueños recurrentes. —

— Lo recuerdo. —

— Hablé de ellos con Cenarius luego de que tú e Illidan partieron y nosotros tomamos las medidas necesarias para tratar de entender el porqué de su reitero. —

Su tono de voz creció preguntando

— Y ¿averiguaron algo? —

Malfurion dubitó, pero aguardo su palabra mientras pasaban las dos columnas saliendo del templo. La pareja comenzó a bajar las escaleras y fue entonces que él continuó.

— He progresado Tyrande. Progresé mucho más de lo que tú o Illidan se imaginan. Cenarius me ha enseñado un camino hacia el mundo del mismo inconsciente de los pensamientos... Lo llaman "El Sueño Esmeralda". Pero es más que eso. A través... a través de él fui capaz de ver al mundo real como nunca antes lo había visto. —

La mirada de Tyrande volteo hacia un pequeño grupo cerca del centro del emplazamiento.

— Y ¿qué pudieron ver? —

Tomó el rostro de Tyrande y volvió su mirada hacia él, necesitaba decírselo y que ella esté concentrada en lo que había descubierto.

— Pude ver Zin-Ashari... y el Pozo desde donde se ve todo. —

Hasta el mínimo detalle, Malfurion describió la escena y la inquietante sensación que había experimentado. Describió sus intensiones de entender la verdad y de cómo su mismo sueño había sido rechazado después de intentar saber que había sido de los Altonatos y su reina.

Tyrande lo miró fijo sin decir una palabra, claramente estaba tan sorprendida como él cuando había presenciado tal descubrimiento. Luego volvió en sí y pregunto:

— ¿La Reina? ¿Azshara? ¿Estás seguro? —

— No del todo. En realidad no he visto mucho por dentro, pero no puedo imaginar la demencia de los actos que puedan llevarse a cabo sin su conocimiento. Si bien es verdad que Lord Xavius es una gran influencia, ella nunca llegaría a tal grado de inconsciencia. Elijo pensar que conoce las consecuencias de sus actos... pero no creo que sepan con exactitud ¡Lo terrible que son esas consecuencias! El pozo...si pudieses sentir lo que yo sentí cuando entré al Sueño Esmeralda, Tyrande, hubieras temido tanto como yo. —

Ella apoyo su mano sobre su hombro en un intento de calmarlo.

— No te cuestiono, Malfurion, ¡Pero necesitamos saber más! Para declarar que Azshara está poniendo a su gente en peligro...tenemos que llegar al fondo de esto. —

— Pensé en contarle la situación a Lord Ravencrest. Él también la ha influenciado. —

— Tal vez sería lo más razonable. — Diciendo esto sus ojos volvieron a mirar al centro del emplazamiento.

Malfurion casi dijo algo, pero en lugar de eso siguió su mirada, preguntándose que podía estar llamando su atención que sea más importante que sus revelaciones. La mayor parte de los que se habían juntado estaban vacilando, revelando al fin

algo que no se había dado cuenta antes.

Una jaula custodiada...y encarcelada, una criatura nada parecida a los elfos de la noche.

— ¿Qué es eso? — Preguntó elevando sus decibeles.

— Es de lo que quería hablarte, Malfurion. Su nombre es Broxigar... y es un ser que nunca había visto o del que había escuchado. Sé que tu cuento es importante, pero quiero que lo conozcas, hazme el favor. —

Mientras Tyrande lo guiaba, Malfurion notó a los guardias alarmarse. Para su asombro, luego que se miraron uno al otro, los guardias se inclinaron haciendo una reverencia.

— Bienvenida de nuevo, hermana. — Expresó uno. — Nos honras con tu presencia. —

Tyrande estaba claramente avergonzada ante tal muestra de respeto

— ¡Por favor! ¡Levántense! —

En cuanto retomaron su posición ella preguntó:

— ¿Alguna novedad acerca de él? —

— Lord Ravencrest tomó el control de la situación— Respondió el otro guardia. — En este mismo momento está inspeccionando la zona de captura en busca de más evidencia y un posible caso de ataque, pero se dice que en cuanto regrese interrogará al prisionero personalmente. Eso significa que para mañana es posible que la criatura sea llevada a las celdas del Fuerte Torre Oscura.-

El Fuerte Torre Oscura era el dominio amurallado de Lord Ravencrest, una fortaleza impenetrable.

El hecho que los guardias tengan la libertad de dar esa información sorprendió a Malfurion, luego entendió cuan intimidados se sentían los soldados por Tyrande. Es verdad que era la iniciada de Elune, pero algo tendría que haber pasado para hacerla tan importante frente a los soldados.

Tyrande parecía bastante perturbada por las revelaciones.

— Esta interrogación... ¿En qué terminará? —

Las guardias no pudieron sostener la mirada.

— Terminará en lo que satisfaga a Lord Ravencrest, hermana. —

La sacerdotisa no preguntó más. Su mano que estaba suavemente apoyada en los brazos de Malfurion, oprimió con firmeza.

— ¿Sería posible hablar con él? —

— Solo por un momento, hermana, pero debo pedirte que la conversación sea en voz alta para que podamos escucharte. Lo entiendes ¿verdad? —

— Lo entiendo. — Tyrande guio a Malfurion hacia la celda, donde ambos se inclinaron. —

Malfurion inhaló con asombro. En frente, una figura tosca y rústica lo había asombrado. Había aprendido acerca de muchas extrañas e inusuales criaturas en su tiempo con Cenarius, pero nunca había conocido tal ser como éste.

— Chamán... — Masculló con una voz grave, balbuceante y herida.

Tyrande se aproximó, evidentemente preocupada.

— Broxigar... ¿Estás enfermo? —

— No, chamán...sólo recordando. — Y no explicó nada más.

— Broxigar he traído un amigo mío. Quiero que lo conozcas. Su nombre es Malfurion. —

— Si eres amigo de la chamán es un honor. —

Acercándose, Malfurion se esforzó por sonreír.

— Hola, Broxigar. —

— Broxigar es un orco, Malfurion. —

Dudó.

— Nunca había escuchado de los orcos antes. —

La criatura encadenada resopló.

— Más yo conozco bien a los elfos de la noche. Lucharon lado a lado con nosotros contra la Legión... pero la paz se desvaneció en el aire por lo que veo. —

Sus palabras no tenían sentido, e incitaron a Malfurion por otra pregunta:

— Cómo... ¿Cómo llegaste hasta aquí Broxigar? —

— Solo la chamán puede llamarme Broxigar. Para ti...solo Brox. —

Emanó, luego miró a Tyrande.

— Chamán... preguntaste por mí la última vez y no respondí. Te lo debo. Ahora te diré lo que les dije a ellos. —

Brox hace un gesto derogatorio a los guardias cercanos

—...y sus superiores, pero no me creerás más allá de lo que ellos me creyeron. —

El relato del orco comenzó fantástico y creció con cada respiro que daba. Daba cuidado a sus palabras para no revelar donde estaba o donde vivía su gente, solo dijo que por órdenes de su Jefe de Guerra, él y un compañero habían emprendido un viaje hacia las montañas a investigar un inquietante rumor. Allí encontraron algo que el orco solo pudo describir como un hoyo en el mundo... un foso que tragaba toda materia que tuviera a su alcance.

Que había tragado a Brox... y había partido en dos a su compañero.

Y Malfurion, escuchando, comenzó a fermentar su propia sensación de temor. Y cada revelación del orco alimentaba ese temor y más de una vez el elfo de la noche se encontró pensando en el Pozo de la Eternidad y el poder drenado por los Altonatos. Posiblemente la magia del Pozo pudo haber creado tal horrible vórtice...

¡Pero no era posible! Malfurion intento convencerse a sí mismo. ¡Esto no podía tener nada que ver con Zin-Azhari!

¡No están tan locos!

¿Verdad?

Pero Brox continuaba, y en tanto hablaba del vórtice y las cosas que había visto y oído en su permanencia allí, denegar la posibilidad de alguna relación se volvía cada vez más y más difícil para Malfurion. Para peor, sabiendo como afectaba a los elfos de la noche, la expresión del orco reflejaba lo que Malfurion mismo había sentido mientras sobrevolaba el palacio y el Pozo.

— Una innaturalidad. — Dijo el orco — Una artificialidad que no debería de ser. —

Agregó en otra instancia. Esta y otras descripciones golpearon a Malfurion como dagas hundidas a fondo...

En realidad nunca se dio cuenta cuando termino el relato de Brox, la verdad había barrido todo en su mente. Tyrande tuvo que apretar su brazo para que vuelva en sí.

— ¿Está todo bien, Malfurion? Te ves como si... —

— Es... Estoy bien. — Preguntó a Brox. — ¿Has contado esta... esta historia... a Lord Ravenscrest? —

El orco miró desconcertado pero la guardia respondió

— Así es ¡casi palabra por palabra! —

El soldado expulsó una risa de ironía

—... Y Lord Ravenscrest le creyó tan poco como ustedes. Vuelvan al alba, él exprimirá la verdad de esta bestia...y ¿en caso de tener algún aliado cerca no se sentirán deseosos de tenernos como objetivo eh? —

Entonces todo lo que Ravenscrest sospecha es una invasión de orcos. Malfurion se sintió decepcionado. Dudaba que el comandante elfo pudiera ver la posible conexión entre su encuentro y el relato de Brox. De hecho, mientras más lo pensaba, más dudaba Malfurion que Ravenscrest pudiera creerle a él. He aquí Malfurion, listo para decirle al noble Altonato que su amada reina podría estar involucrada en tal destructivo conjuro atrayendo un potencial desastre para su gente. El joven elfo de la noche escasamente podía creerlo.

Si tan solo tuviera más pruebas.

La guardia comenzó a moverse con ansiedad

— Hermana... me temo que debo pedirle a usted y su compañero movilizarse inmediatamente. Nuestro capitán volverá enseguida. En verdad yo no debería...—

— Tranquila. Entiendo. —

En cuanto se levantaron Brox se movió al frente de la celda, con una mano alcanzando a Tyrande.

— Chamán... una última bendición, si pudieras brindarla. —

— Por supuesto... —

Ella volvió a arrodillarse, Malfurion desesperadamente deliberó que debía hacer. Correctamente, cualquier sospecha debía ser reportada a Lord

Ravencrest pero de alguna manera eso parecía una acción en vano.

Si tan solo pudiera consultar con Cenarius pero para ese entonces el orco estaría...

Cenarius...

Malfurion echó un vistazo a Tyrande y Brox, y le llegó una sincera decisión.

Habiendo bendecido propiamente al orco, Tyrande se levantó. Malfurion la tomó por el brazo y ambos agradecieron el tiempo que los guardias le habían concedido. En la joven sacerdotisa, la expresión de disturbio crecía mientras se iban alejando; Malfurion no dijo nada, sus pensamientos corrían por sí mismos.

— Debe haber algo que pueda hacerse. — Dijo ella finalmente.

— ¿A qué te refieres? —

— Mañana será llevado al Fuerte Torre Negra. Una vez ahí él...—

Tyrande vaciló.

— Tengo todo el respeto por Lord Ravencrest pero... —

Malfurion solo asintió.

— He hablado con la Madre Dejahna, la alta sacerdotisa, pero dice que nada hay que podamos hacer más que rezar por su espíritu. Ella me encomendó por mi simpatía pero sugirió dejar que las cuestiones tomen su propio curso. —

— Que tomen su propio curso... —

Murmuró Malfurion mirando hacia el frente. Rechinaron sus dientes. Tenía que ser ahora o nunca. No habría vuelta atrás, no si sus miedos tenían mérito.

— Volvamos. —

Ordenó repentinamente llevándola por un pasadizo intransitivo.

— Debemos ver a Illidan. —

— ¿Illidan? ¿Por qué? —

Con un amplio suspiro y pensando en el orco y el Pozo Malfurion simplemente replicó

— Porque vamos a dejar que los asuntos tomen su propio curso... con nuestra conducción, por eso. —

Xavius se mantuvo frente a la esfera ígnea, mirando fijamente al foso en el punto culmine de su absorta atención. En el fondo, muy en el fondo, los ojos de su Dios lo miraban y los dos conversaron.

— *Oí tu súplica...* — Le dijo al consejero. — *Y conozco tus anhelos... un mundo limpio de lo impuro, lo imperfecto. Concederé tu deseo, tú el primero entre mis fieles...* —

Su mirada nunca cesó, Xavius se arrodilló. El resto de los Altonatos continuaban con el conjuro, tratando de expandir lo que habían creado.

— Entonces, ¿vendrá con nosotros? —

Respondió el elfo de la noche, sus ojos artificiales brillaron con anticipación.

— ¿Vendrá a nuestro mundo y lo hará posible? —

— *El paso no está abierto aún...debe ser más sólido...debe ser lo suficientemente estable para mi gloriosa entrada...* —

El consejero asintió entendiendo lo que se le había dicho. Tal magnífica y poderosa fuerza como la del Dios sería demasiado para que el débil portal de los elfos de la noche lo acepte. La presencia por voluntad del Dios lo destrozaría por la mitad. Tendría que hacerse más largo, más grande, más sólido y más permanente.

Que su supuesta deidad no podía llevar a cabo esta tarea por sí mismo, Xavius no tenía dudas. Estaba demasiado enganchado por la maravilla de su nuevo amo.

— ¿Qué puede hacerse? — Rogó.

— *Seguir intentando como lo hicieron.* — Los hechiceros Altonatos habían llegado al límite de su conocimiento y habilidad, Xavius incluido.

— *Enviare a uno de mis esbirros menores a dirigirlos...él será capaz de pasar hacia su mundo... con esmero... pero deben prepararse para su llegada.* —

Casi saltando de alegría, el elfo de la noche pregonó:

— ¡Que nadie escatime en sus esfuerzos! ¡Vamos a ser bendecidos con la presencia de uno de los favoritos del nuestro señor! —

Los Altonatos redoblaron sus esfuerzos, la cámara crujía con furia, una energía terrorífica se descargó sobre el Pozo. Fuera, los cielos rugieron con ferocidad y quienquiera que mirara el gran lago negro habría puesto una mirada de miedo.

La bola de fuego en el borde del portal fue tragada y la brecha en el centro se abrió como una boca amplia y salvaje. Lo que sonó como un millar de voces lamentándose llenó la cámara. Música para los oídos de Xavius.

Entonces uno de los Altonatos empezó a dudar, temiendo lo peor. Xavius lo empujó al círculo dándole su magia vital a la causa. ¡El no arruinaría a este Dios! ¡No! ¡No lo haría!

Al principio parecía que lo lograrían. El portal resistió pero no crecía. Xavius concentró toda su fuerza y determinación en él y finalmente el portal se expandió.

Y luego...una increíble y cegadora luz forzó a los Altonatos a retroceder. A pesar de su asombro, de alguna manera mantuvieron el contacto.

Desde el fondo, una figura de forma inusual y extraña fusionada. Al principio medía no más de un par de pies, pero a medida que se movía hacia ellos, crecía más y más... y más... y más...

La tensión alcanzó a más de un hechicero. Dos colapsaron, uno apenas podía respirar. Los otros vacilaban aún, nuevamente bajo el control maníaco de Xavius retomaron el poder sobre el portal.

De pronto, extraños ladridos de sabuesos los dejaron parapléjicos. Solo el consejero, con sus ojos anti-naturales, vio lo que había emergido del portal.

Las bestias eran del tamaño de caballos y tenían cuernos encorvados como carneros. Sus pellejos escamados estaban coloreados con un mortífero carmesí acentuando su bestial arnés de color negro y en sus lomos una indomable cresta de piel oscura. Eran esbeltos pero musculosos cazadores, cada uno de sus tres dedos desembocaban en una filosa garra que media la mitad de su pata. Cada criatura tenía piernas negras, las traseras un poco más cortas que las delanteras, pero Xavius no dudaba de la velocidad y agilidad de estas bestias. Incluso sus sigilosos movimientos sugerían ser cazadores bien entrenados al ir en busca su presa.

Al tope de su lomo se desprendían dos tentáculos de cuero con forma de látigo que terminaban en pequeñas mandíbulas. Los tentáculos hacia adelante y

hacia atrás, parecían contribuir con ahínco la diabólica imagen para el asombro de los hechiceros.

El rostro exhibía una peculiar aleación entre lobo y reptil. Desde su larga y salvaje mandíbula sobresalían restos de dientes filosos y dispares. Los ojos estaban completamente en blanco pero llenos con una siniestra astucia que conllevaba a entender que no eran simples animales.

Y por detrás de ellos, los seguía la imponente figura de su amo.

Portaba una armadura a medida de acero fundido y en su enorme guante que revestía su mano sostenía un látigo que destellaba relámpagos cuando se utilizaba. Su pecho y hombros más amplios que el resto de su torso, que desvalorizaban al más extraordinario de los guerreros. Si su armadura no cubría su forma, se veía una flama pura irradiando de su escamado y sobrenatural cuerpo sin carne.

Aferrado a sus amplios hombros, el inflamado rostro miró con lástima a los elfos de la noche. Esta especie de cráneo meditabundo con enormes cuernos encorvados no hizo nada para aclarar a los Altonatos que él era su angelical mensajero enviado para ayudarlos a concretar su utopía de un paraíso perfecto.

— Sean conscientes de que soy un sssirviente de su Diossss... —

Exclamó, las llamaradas de fuego que salían de sus ojos brillaban cuando hablaba.

— He venido a ayudarlos a abrir un passssssaje para su anfitrión y su gloriosssso ser. —

Una de sus bestias aulló, pero con un latigazo envió un choque eléctrico al lomo de la criatura silenciándola.

—Yo soy el Ssseñor de los sssabuesossss... —

El masivo y esquelético caballero prosiguió mirando fija y febrilmente en especial al consejero arrodillado.

— Yo ssssoy Hakkar. —

CAPITULO DIEZ

Por fin, Rhonin se despertó.

Lo hizo a regañadientes, su mente había estado llena por todo su mágico sueño.

La mayor parte de esos sueños habían girado en torno a Vereesa y los próximos gemelos, pero, a diferencia de lo siniestro del lugar, se trataba de visiones felices de una vida que una vez pensaba que tendrían.

Despertar sólo sirvió para recordarle que no podría vivir para ver a su familia.

Rhonin abrió sus ojos a una vista familiar pero no agradable. Krasus se inclinó hacia él con una expresión de preocupación. Eso solamente enfadó más a Rhonin porque, en su mente, era culpa del dragón mago que él estuviera ahí.

Al principio, Rhonin se preguntó por qué su vista parecía un poco oscura, pero luego se dio cuenta cuando miraba a Krasus, que no era la luz del sol, sino más bien una luna llena. La luna iluminaba el claro con una intensidad que no era del todo natural.

Creciendo su curiosidad, empezó a levantarse... sólo para que su cuerpo gritara de rigidez.

— Despacio Rhonin. Has dormido más de un día. Tu cuerpo necesita un minuto o dos para que se recomponga. —

— ¿Dónde...?— El joven mago miró a su alrededor. — Recuerdo este claro... siendo llevados hacia él... —

— Hemos sido los invitados de su maestro desde nuestra llegada. No estamos en peligro Rhonin, pero debo decirte inmediatamente que también somos incapaces de salir. —

Sentándose, Rhonin contempló la zona. Sintió una presencia a su alrededor, pero nada de lo que diera a entender que estaban atrapados ahí. Sin embargo, nunca había conocido de Krasus el inventar historias.

— ¿Qué pasa si tratamos de salir? —

Su compañero señaló las hileras de flores.

— Ellas nos van a parar. —

— ¿Ellas? ¿Las flores? —

— Puedes confiar esto en mí, Rhonin. —

Mientras que una parte de él estaba tentado a ver exactamente lo que harían las flores, Rhonin optó por no correr ningún riesgo. Krasus dijo que no había ningún peligro siempre y cuando se quedaran dónde estaban.

Sin embargo, ahora que ambos eran conscientes, quizás ellos podrían idear alguna manera de escapar.

Su estómago rugió. Rhonin recordó que había dormido más de un día y sin comer.

Antes de que pudiera comentarlo, Krasus le entregó un plato de fruta y una jarra de agua. El humano devoró la fruta rápidamente y, aunque no sació su hambre por completo, por lo menos su estómago ya no le molestaba.

— Nuestro anfitrión no ha dado ningún sustento desde temprano en el día. Le espero en breve... sobre todo porque probablemente ya sabe que estás despierto. —

— ¿En serio? —

No era algo que a Rhonin le gustaba escuchar. Su captor sonaba con demasiado control.

— ¿Quién es él? —

Krasus repente parecía incómodo.

— Su nombre es Cenarius. ¿Te acuerdas de él? —

Cenarius... eso tocó una fibra sensible, aunque a duras penas. Cenarius. Algo de sus estudios, pero no directamente vinculado a la magia. El nombre le hizo pensar en historias, mitos, de...

...¿Un Dios del bosque?

La mirada de Rhonin se estrechó.

— ¿Somos los invitados de una deidad del bosque? —

— Un semidiós, para ser exactos... lo que aún lo hace una fuerza respetable para mi especie. —

— Cenarius... —

— ¡Hablas de mí y aquí estoy! —

Rió una voz de todas partes.

— ¡Te doy la bienvenida, a quien llaman Rhonin! —

Entre la coalescencia de la luz de la luna, una enorme e inhumana figura mitad elfo, mitad ciervo avanzó hacia adelante. Se alzaba aun por encima del alto y larguirucho Krasus. Rhonin miró atentamente con sorpresa las astas, el rostro barbudo y el cuerpo desconcertante.

— Has dormido mucho, joven, así que dudo que la comida traída antes fuese suficiente para tu hambre. —

Hizo un gesto a sus espaldas.

— Hay más para ambos. —

Rhonin miró sobre su hombro. Donde el vacío tazón de fruta yacía, había otro, esté estaba lleno. Más un grueso pedazo de carne, cocinada justo como al mago le gustaba, como si el aroma indicara cualquier cosa, servida en un plato de madera junto al tazón, Rhonin no tenía duda que la jarra también había sido llenada.

— Le doy las gracias. —

Comenzó, tratando de no ser distraído por la comida cerca.

— Pero lo que realmente quería hacer era preguntar...—

— El tiempo para las preguntas vendrá. Por ahora, sería negligente si no comes. —

Krasus tomó a Rhonin por el brazo. Con un movimiento de cabeza, el hechicero se unió a su antiguo mentor, y la pareja comió hasta saciarse. Rhonin dudó al principio, cuando se trataba de la carne, no porque no quisiera, sino porque le sorprendió que un habitante del bosque, como Cenarius, sacrificara una criatura bajo su cuidado por dos desconocidos.

El semidiós leyó su curiosidad.

— Cada animal, cada ser, sirve para muchos propósitos. Todos ellos son parte del ciclo de la selva. Esto incluye la necesidad de alimento. Eres como el oso o el lobo, quienes cazan libremente en mi dominio. Nada se pierde aquí. Todo vuelve a alimentar a un nuevo crecimiento. El ciervo en el que ahora se alimentan va a renacer para servir a su papel una vez más, es

un sacrificio que el ciervo no recordará. —

Rhonin frunció el ceño, no del todo después de la explicación de Cenarius, pero sabiendo que no debía pedirle que aclare. El semidiós vio a los dos intrusos como los depredadores y los había alimentado en consecuencia. Eso fue todo.

Cuando terminaron, el hechicero se sintió mucho mejor. Abrió la boca con la intención de presionar sobre el asunto de su cautiverio, pero Cenarius habló primero.

— No deberían estar aquí. —

Ni Rhonin ni Krasus sabían qué responder.

Cenarius paseó el claro.

— He conversado con los demás, discutido largamente, aprendiendo que saben... y todos estamos de acuerdo que no están destinados a estar aquí. Están fuera de lugar, pero de qué manera, aún tenemos que determinarlo. —

— Tal vez pueda explicarlo. —

Intervino Krasus. Todavía parecía débil para Rhonin, pero no tanto como cuando se habían materializado por primera vez en este lugar.

— Puede que sea posible. — Asintió el joven mago.

El dragón mago miró a su compañero. Rhonin no veía ninguna razón para retener la verdad. Cenarius parecía el primer ser que se habían encontrado el cual podría ser de ayuda para ellos.

Pero la historia que Krasus transmite a su anfitrión no era la que esperaba el humano.

— Venimos de una tierra del otro lado del mar... muy lejos, pero eso no importa. Lo que es importante es la razón por la cual terminamos aquí. —

En el relato revisado de Krasus, fue él, no Nozdormu, quien había descubierto la falla. El dragón mago lo describió no como una lágrima en el tiempo, sino como una anomalía que había alterado el tejido de la realidad, lo que podría crear más y más grandes catástrofes. Había convocado al otro hechicero de confianza —Rhonin— y la pareja había viajado a donde Krasus habían detectado el problema.

— Estuvimos caminando a través de una cadena montañosa con afilados picos por el crudo norte de nuestra tierra, siendo allí donde sentí la

anomalía más fuerte. Cuando lo atravesamos, las cosas monstruosas aparecieron de la nada. Lo malo de eso fue que nos pilló de sorpresa a ambos, pero cuando nos acercamos a investigarlo mejor... se movió, atrapéndonos. Fuimos expulsados de nuestra propia tierra...—

— Cayendo en las tierras de los elfos de la noche. —

Completaba el semidiós.

— Sí. —

Dijo Krasus con un movimiento de cabeza. Rhonin añadió nada y esperaba que su expresión no traicionara a su compañero. Además de las omisiones de Krasus sobre sus verdaderos orígenes, el antiguo mentor del joven mago excluyó otro elemento de posible interés para Cenarius.

No había hecho ninguna mención de ser un dragón.

Retrocediendo un paso, la deidad de los bosques observó ambas figuras. Rhonin no podía leer su expresión. ¿Creía historia alterada de Krasus o sospechaba que su "invitado" no había sido completamente comunicativo con él?

— Esto requiere a una inmediata discusión con los demás. —

Declaró finalmente Cenarius, con la mirada perdida en la distancia. Su mirada se dirigió de nuevo a Rhonin y Krasus.

— Sus necesidades serán tratadas durante mi ausencia... y luego vamos a hablar de nuevo. —

Antes de que pudieran decir algo, el señor del bosque se fundió entre la luz de la luna, dejándolos una vez más solos.

— Fue inútil. — Gruñó Rhonin.

—Tal vez. Pero me gustaría saber quiénes son los demás. —

— ¿Más semidioses como él? Me parece lo más probable. ¿Por qué no le dijiste acerca de tu...? —

El dragón mago le dirigió una mirada tan aguda que Rhonin vaciló. En un tono mucho más tranquilo, Krasus respondió:

— Soy un dragón sin fuerzas, mi joven amigo. No tienes ni idea de lo que se siente. No importa quién es Cenarius, me gustaría que siga siendo secreto hasta que entienda por qué no me puedo recuperar. —

— ¿...Y el resto de la historia? —

Krasus miró hacia otro lado.

— Rhonin... te mencioné que podríamos estar en el pasado. —

— Entiendo eso. —

— Mis recuerdos están... están tan dispersos como agotada mi fuerza. No sé por qué. Sin embargo, hay una cosa que he podido recordar en base a lo que Cenarius me dijo durante tu letargo inducido. Ahora sé donde estamos. —

Con el espíritu alzado, Rhonin espetó:

— ¡Pero eso es bueno! ¡Nos da un abanico de opciones! Ahora podemos determinar quien... —

— Por favor, déjame terminar. —

La expresión adusta de Krasus no presagiaba nada bueno.

— Hay una muy buena razón por la que nuestra historia se alteró tanto como pudo. Sospeché que Cenarius sabía algo de lo que estaba pasando, sobre todo acerca de la anomalía. Lo que no pude decirle, fueron mis sospechas de lo que podría presagiar. —

Cuanto más silenciosa y oscura se tornaba la voz del dragón mago, más aumentaba la preocupación de Rhonin

— ¿Qué? —

— Me temo que hemos llegado justo antes de la primera llegada de la Legión Ardiente. —

No pudo haber dicho algo más horrible a Rhonin. Después de haber vivido —y casi muerto más de una vez— luchando contra la horda demoníaca y sus aliados, el joven mago aún sufría pesadillas monstruosas. Sólo Vereesa entiende el alcance de esas pesadillas, ella habiendo peleado a más que unos cuantos por sí misma. Se necesitó tanto de su amor que crecía y de los hijos que estaban por venir para curar sus corazones y almas, y eso después de bastantes meses.

Y ahora Rhonin había sido empujado de nuevo hacia las pesadillas.

Poniéndose de pie de un salto dijo:

— ¡Entonces, tenemos que decirle a Cenarius, que informe a todos los que podamos! Ellos...—

— Ellos no tienen que saberlo... Me temo que ya sea muy tarde para conservar las cosas como solían ser. —

También levantándose, Krasus miro más allá de su larga nariz a su antiguo estudiante.

— Rhonin... como sucedió en un principio, la Legión fue derrotada después de una terrible y sangrienta guerra, el precursor de lo que vendrá en nuestro propio tiempo. —

— Sí, por supuesto, pero...—

Evidentemente, olvidando sus propias preocupaciones sobre la posibilidad de que Cenarius estuviese escuchando, Krasus tomó a Rhonin por los hombros. A pesar de la debilidad del dragón mago, sus largos dedos se clavaron dolorosamente en la carne del humano.

— ¡Todavía no lo entiendes! Rhonin, al venir aquí, por el simple hecho de estar aquí... ¡Pudimos haber alterado la historia! Ahora podemos ser responsables de que la Legión Ardiente de este tiempo, se convierta en la vencedora de la primera guerra... Y eso significaría no sólo la muerte de muchos inocentes aquí, sino la desaparición de nuestro tiempo. —

Le había costado cierto convencimiento hacer a Illidan parte del repentino y muy imprudente plan de Malfurion. Tenía pocas dudas de que el factor decisivo no fue nada de lo que había dicho... sino más bien la súplica apasionada de Tyrande. Bajo su mirada, incluso Illidan se había derretido, aceptando fácilmente asistir a pesar de que estaba claro que no le importaba ni un poco el prisionero. Malfurion sabía que algo había pasado entre su hermano y el orco, algo que Tyrande también había estado involucrada, y utilizó esa experiencia compartida para llevar a Illidan a su lado.

Ahora tenían que triunfar.

Los cuatro guardias estaban alerta, cada uno frente a otro en diferentes puntos de la brújula. El sol estaba a pocos minutos de salir y la plaza estaba vacía de cualquier persona salvo los soldados y su carga. Con la mayoría de los otros elfos de la noche dormidos, era el momento perfecto para atacar.

— Yo me encargo de los centinelas. —

Sugirió Illidan, con su mano izquierda ya hecha un puño.

Malfurion rápidamente se hizo cargo. No puso en duda las habilidades de su hermano, pero también deseaba ningún daño para los guardias, que sólo estaban desempeñando sus funciones.

— No. Dije que me iba a hacer cargo de ellos. Dame un momento. —

Cerrando los ojos, se relajó como Cenarius le había mostrado. Malfurion se alejaba del mundo, pero al mismo tiempo, lo vio con más claridad, más agudamente. Sabía exactamente lo que tenía que hacer.

Como le sugirió, los elementos de la naturaleza se le unieron para ayudarlo en sus necesidades. Un viento fresco y tierno acarició la cara de cada guardia con la delicadeza de un ser querido. Con el viento vinieron los tranquilos olores de las flores que rodeaban Suramar y la llamada de una relajante ave nocturna cercana. La combinación calmada y seductora envolvió a cada centinela, los puso, sin hacerse notar, en un letargo pacífico, agradable y muy profundo, que los dejó olvidados del mundo real.

Satisfecho de que los cuatro estaban bajo su hechizo, Malfurion parpadeó y le susurró:

— Ve... —

Illidan vaciló, salió a la luz sólo después de Tyrande y que su hermano. Los tres poco a poco se abrieron paso hacia la jaula y los soldados. A pesar de la certeza de su hechizo, Malfurion tenía la mitad de la esperanza que los cuatro centinelas miraran hacia su camino en cualquier momento.

— Funcionó... — Murmuró Tyrande con asombro.

Parándose frente al guardia principal, Illidan agitó su mano frente a su atenta mirada, todo sin ningún efecto.

— Un buen truco hermano, ¿Pero por cuánto tiempo? —

— No lo sé. Es por eso que tenemos que darnos prisa. —

Tyrande se arrodilló junto a la jaula, mirando dentro.

— Creo que Broxigar también cayó dentro de tu hechizo, Malfurion. —

Efectivamente, el enorme orco yacía recargado contra la parte trasera de su prisión, con su mirada desinteresada mirando más allá de Tyrande. No hizo ningún

movimiento, incluso cuando en silencio gritó su nombre.

Después de pensarlo un momento, Malfurion sugirió:

— Tócalo suavemente en el brazo e intenta decir su nombre de nuevo. Asegúrate de que te vea de inmediato para que pueda quedarse en silencio. —

Illidan frunció el ceño.

— De seguro gritará. —

— El hechizo se mantendrá Illidan, pero debes estar dispuesto a hacer tu parte cuando llegue el momento. —

— No soy yo quien va a arriesgarnos. —

Dijo el hermano de Malfurion con desdén.

— Quédense quietos, los dos... —

Ingresando su mano, Tyrande con cautela tocó al orco en el brazo, al mismo tiempo, diciendo en voz alta su nombre otra vez.

Brox despertó. Sus ojos se agrandaron y su boca se abrió en lo que sin duda sería un grito muy ensordecedor.

Pero con la misma rapidez cerró la boca, logrando escapar únicamente el sonido de un ligero gruñido. El orco parpadeó varias veces, como si no creyera que la vista ante él podría ser real. Tyrande le tocó la mano, y luego, con un guiño al orco, miró de nuevo a los ojos de Brox.

Mirando a su hermano, Malfurion murmuró:

— ¡Ahora! ¡Date prisa! —

Illidan se agachó, al mismo tiempo susurrando en voz baja. Como se agarró de los barrotes, las manos encendieron un amarillo brillante y la jaula de manera repentina quedó enmarcada en energía roja, surgiendo un ligero zumbido.

Malfurion miró ansiosamente a los centinelas, pero incluso esta maravillosa exhibición pasó desapercibida para ellos. Suspiró con alivio, luego vio como Illidan lo logró.

Tenía sus ventajas la hechicería de los elfos de la noche y su hermano había aprendido bien cómo manejarla. El resplandor amarillo asombroso que rodeaba sus manos se extendió a la jaula, rápidamente envolviéndola en rojo. El sudor

goteaba de la frente de Illidan mientras presionaba su hechizo, pero no vaciló en lo más mínimo.

Por fin, Illidan soltó la jaula y cayó hacia atrás. Malfurion llamó a su hermano antes de que éste pudiera caer en uno de los centinelas. La mano de Illidan continuó brillando durante unos segundos más.

— Ahora se puede abrir la celda, Tyrande... —

Liberando a Brox, ella tocó la puerta de la jaula —que de inmediato se abrió de golpe por sí sola—

— Las cadenas. — Malfurion le recordó a Illidan.

— Por supuesto, hermano. No lo he olvidado. —

Poniéndose en cuclillas, Illidan alcanzó los grilletes del orco. Brox sin embargo, no respondió al principio, entrecerrando los ojos con recelo al ver al elfo de la noche. Tyrande tuvo que tomar sus manos y guiarlas a su compañero.

Murmurando más palabras, el hermano de Malfurion tocó cada uno de los seguros de la cerradura. Los grilletes se abrieron como pequeñas bocas impacientes a la espera de ser alimentadas.

— No hubo problema alguno. —

Comentó Illidan con una sonrisa muy satisfecha.

El orco salió poco a poco, con el cuerpo rígido debido a la estrechez de su celda. Asintió secamente en señal de gratitud a Illidan, pero miró a Tyrande para recibir orientación.

— Broxigar, escúchame con atención. Quiero que vayas con Malfurion. Él te llevará a un lugar seguro. Nos vemos allí más tarde. —

Esto había sido una causa de discusión entre Tyrande y Malfurion, esta primera queriendo ver al orco a salvo por sí misma. Malfurion —Más que nada con la ayuda de Illidan— finalmente la convenció de que habría bastantes problemas cuando descubran que Brox ha desaparecido y Tyrande, que se le había visto cuidando de él, también desaparezca. No sería difícil para la Guardia Lunar relacionarlos a ambos.

— Van a relacionarlos rápido. —

Había insistido Malfurion.

— Fuiste la única en brindarle ayuda. Es por eso que necesitas estar aquí. Son menos propensos a pensar en mí e incluso si lo hacen, es poco probable que vayan a culparte. Eres una iniciada de Elune. El que me conozcas no es ningún crimen con el cual te puedan juzgar. —

Aunque Tyrande le hubiera dado la razón, aun no le gustaba que Malfurion tomara toda la responsabilidad él mismo. Era Verdad, que él había sido el único que había comenzado este curso de acción, pero fue ella quien había provocado todo en primer lugar, simplemente llevando a Malfurion con el orco encarcelado.

Ahora la joven sacerdotisa también le pidió al orco tener fe en quienes no conocía bien. Brox estudió Malfurion, luego miró de nuevo a Illidan.

— ¿Y ese está con quién? —

Illidan frunció los labios.

— Acabo de salvar tu pellejo, bestia...—

— ¡Basta, Illidan! ¡Él está agradecido! —

Girando hacia Brox, Tyrande respondió:

— Sólo Malfurion. ¡Él te llevará a un lugar donde nadie va a ser capaz de encontrarte! ¡Por favor! ¡Puedes confiar en mí! —

Tomando su mano con sus enormes puños, la brutal figura cayó sobre su rodilla.

— Confío en ti, chamán. —

En ese momento, Malfurion notó que uno de los guardias comenzaba a inquietarse.

— El hechizo está empezando a desgastarse. — Dijo entre dientes.
— ¡Illidan! ¡Toma a Tyrande y váyanse! Brox! ¡Vamos! —

Con una velocidad y gracia asombrosa, el enorme orco se puso de pie y siguió al elfo de la noche. Malfurion no miró atrás, rezando para que su hechizo druida se mantuviese el tiempo suficiente. Por Tyrande y su hermano tenía poco miedo. Sus destinos eran los aposentos de Illidan, a solo una corta distancia. Nadie sospecharía de alguna complicidad.

Por Malfurion y Brox sin embargo, el asunto era diferente. Nadie confundiría al orco por algo sino por lo que él es. Los dos tuvieron que escapar de la ciudad lo más rápido posible.

Pero al salir de la plaza y entrar en las sinuosas calles de Suramar, el sonido que

Malfurion más había temido se escuchó.

Uno de los guardias finalmente se había despertado. Sus gritos se multiplicaron rápidamente por los de sus compañeros y pocos segundos después, el estruendo de un cuerno de batalla llenaba el aire.

— ¡Por aquí! — Instó al orco. — ¡Hay monturas esperando por nosotros! —

En realidad, Malfurion no necesitaba decir nada, el orco a pesar de su complexión robusta, corrió por lo menos con tanta rapidez como su salvador. Si hubieran estado en el desierto, el elfo de la noche sospechaba que Brox incluso lo habría dejado atrás.

En todas partes, los cuernos sonaban y voces gritaban. Suramar había despertado... pero demasiado pronto para el gusto de Malfurion.

Por fin, el elfo de la noche divisó la esquina que había estado esperando.

— ¡Aquí! ¡Están a la vuelta de aquí! —

Pero a medida que llegaban a la calle lateral, Brox de repente paró de golpe, el temible orco se quedó mirando con los ojos abiertos las monturas que Malfurion había conseguido.

Las panteras con sombras sinuosas y negras, gruñeron y sisearon al verlos llegar, luego se calmaron cuando Malfurion se acercó a ellas. Acariciando a cada una en el costado.

Brox negó con la cabeza.

— ¿Montaremos en eso? —

— ¡Por supuesto! ¡Ahora date prisa! —

El orco dudó, pero los gritos cercanos lo hicieron avanzar. Brox tomó las riendas que Malfurion le dio y vio como le enseñaba a montarla.

Le tomó al orco tres intentos escalar encima del gran felino y luego otro minuto para aprender a sentarse.

Malfurion no dejaba de mirar detrás, temiendo que en cualquier momento los soldados —o peor aún, la Guardia Lunar— llegara. No había tomado en cuenta el hecho de que Brox podría no saber cómo montar un sable de la noche. ¿Qué otro animal podría haber esperado el orco?

Ajustando su silla por última vez, Brox a regañadientes asintió. Tomando una respiración profunda, Malfurion espoleó su montura hacia adelante, mientras Brox

lo seguía lo mejor que podía.

En el transcurso de unos pocos minutos, el elfo de la noche había cambiado para siempre su futuro. Tal acto audaz sólo podría servir para condenarlo al Fuerte Torre Negra, pero Malfurion sabía que no podía dejar escapar esta oportunidad. De alguna forma, Brox estaba vinculado a la obra inquietante de los Altonatos... y pase lo que pase, Malfurion tenía que averiguar de qué manera.

Tenía la horrible sensación de que todo el destino de Kalimdor dependía de él.

Varo'then tenía pocas ganas de enfrentarse a Lord Xavius, pero esa elección no era suya. Él había recibido la orden de comparecer ante el consejero en el momento de su grupo llegó y órdenes dadas por Lord Xavius debían ser obedecidas con tanta urgencia como si hubieran sido hechas por la mismísima reina Azshara... tal vez aún más.

Al consejero no le gustaría el informe del capitán. ¿Cómo explicarle que de alguna forma se habían extraviado, y luego atacados por el bosque? Varo'then esperaba usar al fallecido y no lamentado Koltharius como un chivo expiatorio, pero dudaba si su señor aceptaría tan patética excusa. Varo'then había estado a cargo y para Lord Xavius sería lo único que importaba.

No tenía por que preguntar dónde estaba el consejero, ¿Pues donde estaría su maestro que no fuese en la cámara de hechizos? En realidad, el capitán Varo'then prefería la espada a la hechicería, y la cámara no era su lugar favorito. Es cierto que también manejaba un poco de magia, pero lo que Lord Xavius y la reina tenían en mente lo había abrumado incluso a él.

Los guardias se pusieron firmes mientras se acercaba, pero a pesar de que reaccionaron con el respeto que se debe, algo en su modo de actuar parecía diferente... casi inquietante.

Casi como si supieran exactamente mejor que él, lo que le esperaba.

La puerta se abrió ante él. Bajando los ojos en señal de respeto, el capitán Varo'then entró en el santuario Altonato... y una horrible bestia cubrió su visión.

— ¡Por Elune! —

Actuando por instinto, sacó su hoja curva. La criatura infernal aulló, dos tentáculos amenazantes por encima de su forma musculosa apuntaron ansiosamente hacia él. El capitán dudó de sus posibilidades frente a tal

monstruosidad, pero lucharía lo mejor que podía.

Pero entonces una voz seseante, que heló los huesos de Varo'then hasta la médula, pronunció algo en un idioma desconocido. Un látigo temible espetó a la bestia inclinándola hacia atrás.

Encogiéndose, el can demoníaco se retiró, dejando a Varo'then boquiabierto ante lo que había sido invocado.

—Su nombre es Hakkar. — Lord Xavius comentó amablemente, apareciendo desde el lado. — Las bestias viles están completamente bajo su control. El Magno le ha enviado para ayudar a abrir el camino... —

— ¿"El M-Magno"? ¿Milord? —

Para consternación del capitán, el consejero puso su brazo casi en forma paternal en su hombro, guiando a Varo'then a la esfera de fuego sobre el patrón de hechizo. Algo sobre la esfera se veía diferente, dando al elfo de la noche la horrible sensación de que si estaba lo suficientemente cerca, sería devorado en cuerpo y alma.

— Está bien, mi buen capitán. No hay nada que temer... —

Iba a ser castigado por su fracaso. Si era así, por lo menos Varo'then harían una declaración de sus errores de antemano, por lo que no iba a perder más la cara de vergüenza.

— Lord Xavius, ¡Los prisioneros se perdieron! El bosque se volvió contra nosotros...—

Sin embargo, el consejero se limitó a sonreír.

— Se le dará la oportunidad de redimirse a su debido tiempo, capitán. En primer lugar, debe comprender la gloriosa verdad... —

— Milord, yo no...—

No dijo más, su mirada quedó atrapada.

— ¿Entiendes ahora? —

Comentó Xavius, sus falsos ojos se estrecharon con satisfacción.

Varo'then sintió al Dios, sintió cómo su presencia maravillosa despegaba cada capa de lo que era el capitán. El Dios dentro de la esfera de fuego miró en lo más profundo de Varo'then... he irradiaba un placer con lo que encontró allí.

— *Tú, también me servirás bien...* —

Y Varo'then cayó sobre una rodilla, en honor a quien lo honró de tal manera.

— Él va a venir a nosotros pronto, capitán. —

Lord Xavius le explicaba al soldado mientras se levantaba.

— ¡Pero él es tan enorme que el camino debe ser reforzado para soportar su presencia arrolladora! Él ha enviado a su noble guardián para abrir a los demás el camino de su anfitrión, a esos otros que acudirán a reforzar nuestra presencia en el vórtice... ¡Y a traernos esperanza para que se cumplan todos nuestros sueños! —

Varo'then asintió, sintiéndose complacido y avergonzado.

— Mi Lord, mi fracaso por capturar a esos desconocidos que se encontraban cerca del sitio de la manifestación...—

— Tu fracaso es disssscutible. Se tomará en cuenta... El Magno esta mássss interesado en lo que Lord Xavius le ha dicho sobre esa... manifesstación... ¡Y su conexión posible a él! —

— Pero, ¿Cómo encontrarlos? ¡Ese bosque es el reino del semidiós, Cenarius! ¡Estoy seguro de que fue él! —

— Cenarius es sólo una deidad del bosque. — Le recordó el consejero.
— Tenemos detrás de nosotros algo mucho, mucho más que eso. —

Alejándose de los elfos de la noche, Hakkar azoto su látigo, a un área abierta delante de él. Mientras el arma sinuosa crujía, un destello verdoso de luz golpeo el suelo de piedra

Con el destellar de la luz, el área golpeada se destelló brillantemente. La llamarada esmeralda aumento rápidamente en tamaño y mientras lo hacía, comenzó a unirse.

Las dos bestias viles aullaban, sus temibles tentáculos se agitaban, pero Hakkar las detuvo.

Una figura de 4 patas se formó, creciendo más larga y ancha. Rápidamente tomó un aspecto ya familiar para el capitán Varo'then, lo que verifico tras un escalofriante aullido que helaba la sangre

El nuevo can se sacudió una vez y luego se unió a los otros. Mientras que los elfos de la noche miraban hipnotizados, Hakkar repitió el paso con su látigo, invocando una cuarta bestia monstruosa que se alineó con el resto.

Luego hizo girar el látigo dando vueltas y vueltas, creando un patrón circular que se encendió más y más brillante hasta que se creó un agujero en el aire delante de él, un agujero tan alto como la figura temible y el doble de ancho.

Hakkar gritó una orden en una lengua oscura.

Las infernales bestias viles saltaron por el agujero y desaparecieron. Con el último yéndose, el agujero se disipó.

— Ellos saben que bussscar. —

Informó Hakkar a sus compañeros atónitos.

— Y van a encontrar lo que bussscan... —

El ser ardiente enrolló su látigo, y su oscura mirada se volvió hacia los hechiceros elfos de la noche.

— Y ahora vamosss a comenzar nuesssstra propia tarea... —

CAPITULO ONCE

Le había tomado a Krasus todo un día para darse cuenta que él y Rhonin estaban siendo observados.

Y le había tomado medio día más para llegar a la conclusión que quien observaba no tenía nada que ver con Cenarius.

¿Quién era ese personaje con la habilidad de mantener su presencia escondida del poderoso semi-dios? El mago dragón no lo podía determinar. ¿Alguna contraparte de Cenarius? Probablemente no. El señor del bosque estaría familiarizado con sus trucos o alguno de los sirvientes que podrían haber enviado. ¿Los elfos de la noche? Krasus descartó esa posibilidad inmediatamente, como también descartó la posibilidad de que cualquier otra raza mortal pudiera ser la responsable de aquel vigilante sigiloso.

Esto lo dejó con solo una sola lógica conclusión... Que quien estaba espiando a Cenarius y sus dos "invitados" era de la propia gente de Krasus.

En su propio tiempo, los dragones enviaban observadores para mantener el rastro de aquellos que podrían cambiar el mundo, ya fuera para bien o para mal. Humanos, orcos –Cualquier raza– tenían sus espías. Los dragones consideraban esto un mal necesario, y lo dejaban a su libre voluntad, las razas más jóvenes tenían la tendencia de crear desastres. Incluso en este periodo del pasado, había espías de algún tipo. Él no tenía duda que algunos tenían la mirada en Zin-Azshari... pero, ya era típico de la raza de Krasus, que ellos no harían nada solo hasta estar absolutamente seguros que una catástrofe era eminente.

En este caso, y en este momento ya sería muy tarde.

Con Cenarius había mantenido sus secretos seguros, pero con uno de los suyos, incluso aquellos del pasado, Krasus decidió que debía contar lo que él sabía. Si cualquiera pudiera advertir la ruina potencial que la presencia suya y la de Rhonin habrían causado, serían los dragones... Pero si solo ellos escucharan.

Esperó a que el humano se fuera a dormir y la probabilidad de que Cenarius regresara llegó a ser remota. Las necesidades de Krasus y Rhonin fueron atendidas por espíritus invisibles del bosque. La comida se materializaba en algunos momentos y lo que no era consumido se desvanecía cuando el par ya había terminado de comer. Otros temas de la naturaleza eran tratados de la misma forma, esto permitía que Cenarius continuara su misteriosa discusión con sus contrapartes –Lo cual con estas deidades podría tomar días, semanas,

meses, o hasta un poco más— sin preocuparse que los dos murieran de hambre en su ausencia.

Sin importar cual fuera el ciclo de la luna, el claro de la luna permanecía alumbrado como si fuera de día. Una vez satisfecho de que Rhonin estaba profundamente dormido, Krasus se levantó sigilosamente y se dirigió a la barrera de las flores.

Incluso de noche, ellas se fijaban en él. Se movían tan cerca a él como podían, el mago dragón miró más allá del bosque, estudiando los arboles oscuros. Sabía que cualquiera de los secretos de sigilo usados por su raza podría ser mejor usados que un semidiós. Lo que Cenarius haya pasado por alto, Krasus podría encontrar.

Al principio, todos los árboles se veían iguales. Él estudió cada uno de ellos, una y otra vez sin ningún resultado. Su cuerpo le pedía descanso, pero Krasus se rehusaba a que su debilidad no natural tomara control. Si él se daba por vencido, temía que no se pudiera recuperar.

Su mirada de pronto se detuvo en un gran roble cual tronco era particularmente grueso.

Viéndolo con ojos cortantes, el mago cubrió sus pensamientos y se enfocó en el árbol.

- Yo te conozco... Sé lo que eres, observador...-

No pasó nada, no hubo ninguna respuesta. Por un momento Krasus pensó que se había equivocado, pero siglos de experiencia decían lo contrario. Intentó de nuevo.

- Te conozco... escondido como parte del árbol, nos observas y al señor del bosque. Te preguntas quienes somos, por que estamos aquí.-

Krasus sintió que la presencia se movió, sin embargo fue poco. El observador se sintió incómodo con esta intrusión repentina en sus pensamientos, pero aun así se resistió a declarar cualquier comentario.

- Hay mucho de lo que puedo contarte y que no podría contarle al señor del bosque...pero hablaría con algo más que simplemente el tronco de un árbol...-

- Nos arriesgas a los dos.- Una mente algo arrogante finalmente respondió. *- El semidiós podría estar observándonos...-*

El mago dragón ocultó su placer al escuchar esa respuesta. - *Tú sabes tan bien como yo que él no está aquí... y nos puedes ocultar del conocimiento de cualquier otro observador...*-

Por un momento nada pasó. Krasus pensó que había presionado mucho al observador... De repente parte del tronco se rompió, y se separó de él una figura humanoide de corteza rugosa. Mientras la alta figura se acercaba la corteza se desvaneció, transformándose en accesorios y una vestimenta hasta que pudo ver una cara delgada, oscurecida por la noche y por un conjuro, con el cual Krasus ya había estado familiarizado.

La túnica era del color del árbol, la figura alargada pero sin rostro se detuvo a las afueras del perímetro del mágico claro de la luna. Los ojos escondidos analizaron a Krasus desde su cabeza hasta sus pies y aunque el mago encarcelado no podía leer ninguna expresión, si estaba seguro de la frustración de aquel extraño personaje.

- ¿Quién eres?- Preguntó el observador silenciosamente.

- Podrías decir que soy un alma gemela.-

Esto fue recibido con algo de desconfianza. - Tú no sabes lo que sugieres...-

- Sé exactamente lo que sugiero.- Krasus respondió fuertemente.

- Estoy tan seguro de lo que hablo como sé que aquella que se llama Alexstrasza es la Reina de la Vida, aquel quien es llamado Nozdormu es el señor del Tiempo, Ysera es de los Sueños, y Malygos es la Magia encarnada...-

La extraña figura digesto los nombres, y después, tan rápido como un pensamiento comentó: - Se te olvidó mencionar uno.-

Con un respiro corto, Krasus asintió: - Y Neltharion es la tierra y la roca misma, el Protector de la Tierra.-

- Tales nombres son conocidos por unos pocos ajenos a mi raza, pero son conocidos por unos pocos. ¿Por cuál nombre te he de conocer o posiblemente ya te conozco?-

- Yo soy conocido como Korialstrasz.-

El observador dio un paso atrás. - Sé que no me puedo equivocar al saber ese nombre, y menos cuando pertenece a uno de los consortes de la Reina de la Vida, pero hay algo que no entiendo. He observado todo desde tu captura pero no

actúas como uno de mi raza. Cenarius es poderoso, muy poderoso, pero él no debería haberte retenido como su prisionero, no al que llaman Korialstrasz...-

- He sido gravemente herido.- Dijo Krasus levantando uno de sus brazos.

- ¡No hay tiempo que perder, debo llegar con Alexstrasza y contarle lo que se! ¿Me puedes llevar con ella?-

- ¿Así nomás? ¡Si tienes la arrogancia de un dragón! ¿Por qué debería yo de arriesgar por todos los dragones la misión de vigilar la deidad de las tierras del bosque solo por tu identidad cuestionable? Él se enteraría de ahora en adelante que es observado y actuaría acorde a eso.-

- Porque la amenaza potencial al mundo –nuestro mundo– es más importante que insultar la dignidad de un semidiós.- Respirando profundamente el mago dragón agregó: - Y si me lo permites, revelaré ante ti lo que quiero decir...-

- No sé si confiar en ti.- Dijo el vigilante oscuro inclinando su cabeza hacia un lado.

- Pero en tu condición, no pienso que tenga que temer algo de ti, si sabes cómo... entonces muéstrame con tus palabras lo que con tanta ansiedad insinúas.-

Krasus evitó ser afectado por este comentario, a pesar de sentir un disgusto por el otro dragón. - Si estás listo...-

- Hazlo.-

Sus mentes hicieron contacto... y Krasus reveló la verdad.

Bajo la intensidad de imágenes impactantes, el otro dragón dio unos pasos atrás. El hechizo alrededor de su rostro se desvaneció por un momento, revelando una combinación de reptil y elfo con una expresión de incredulidad.

Pero las sombras regresaron tan rápido como se habían disipado. Aun obviamente asimilando lo que se le había mostrado, el observador recuperó su compostura: - Todo esto es imposible...-

- Yo diría que es probable.-

- Esto son solo fragmentos de tu propia creación.-

- Ojala así fueran.- Krasus remarcó tristemente. - ¿Si ves por qué debo hablar con nuestra reina?-

Su contraparte asintió su cabeza. - Lo que tú estás pidiendo es...-

Los dos dragones se congelaron, ambos sintiendo simultáneamente la presencia cercana de una fuerza superior.

Cenarius. El semidiós había hecho un regreso inesperado.

Inmediatamente el vigilante retrocedió. Krasus, temeroso de que su única oportunidad habría sido desperdiciada en vano, se dirigió al vigilante.

- No. ¡No te puedes dar el lujo de ignorar esto! ¡Tengo que ver a Alexstrasza!-

Sus brazos sobrepasaron las flores. Estas reaccionaron inmediatamente abriéndose y rociándolo con su polvo mágico.

El mundo de Krasus se tambaleó. Dio unos pocos pasos hacia adelante y cayó sobre las flores.

De pronto unos brazos fuertes lo sostuvieron. Escucho un respiro de ansiedad suave y se dio cuenta que era el otro dragón quien lo estaba apoyando.

- ¡Ssssoy un tonto por hacer essssto!- Susurró el otro dragón.

Krasus dio las gracias de forma silenciosa por la decisión del vigilante, hasta que un pensamiento golpeó al mago convaleciente. El trató de decir algo, pero su boca no respondía.

Y mientras se desmayaba, sus últimos pensamientos no fueron de gratitud al otro dragón por habérselo llevado consigo... Sino furia consigo mismo, por no haber tenido la oportunidad de asegurarse que Rhonin fuera incluido en el escape.

Las panteras perforaron a través del denso bosque, la carrera de Brox seguía con tal ferocidad que apenas el indefenso orco podía estar sentado. Aunque ya estaba acostumbrado a montar los enormes lobos criados por su propia gente, los movimientos de los felinos cambiaban de formas sutiles que constantemente dejaban al orco ansioso.

Justo adelante se vislumbraba la forma oscura de Malfurion y resurgía sobre la bestia que él montaba, Brox estaba conforme que su salvador tenía un camino en mente, y esperaba que el gran viaje terminara rápido.

Pronto llegaría el amanecer. El orco pensó que esto no sería bueno, ya que entonces serian visibles a una gran distancia, pero Malfurion había indicado que la llegada del día sería un beneficio para ellos. Si los guardias de la luna los

perseguían, los poderes de los magos elfos de la noche serían más débiles cuando la oscuridad desapareciera.

Sin embargo habría soldados con los cuales tendrían que lidiar.

Detrás, Brox escuchó los sonidos de la persecución, el sonido de los cuernos, gritos distantes y el rugir de las panteras. Él asumió que Malfurion tendría más que un plan para escapar de los jinetes, pero aparentemente ese no sería el caso. Su rescatador no era un guerrero, simplemente un alma quien pensó en hacer lo correcto.

La noche negra empezó a cambiar a un color gris, como una niebla de madrugada. El orco le dio la bienvenida a la inesperada niebla, sin embargo solo por un momento ya que él esperaba que su montura no perdiera la vista de Malfurion en ella.

Figuras irreconocibles aparecían y desaparecían a su alrededor. Ahora Brox y su mano extrañaban su confiable hacha, la cual todavía estaba en poder de los elfos de la noche. Malfurion no le había dado ninguna arma, posiblemente como precaución para el anfitrión.

Los cuernos sonaron de nuevo esta vez más cerca, el guerrero veterano gruñó.

Malfurion se desvaneció en la niebla. Brox se enderezó, tratando de encontrar a su compañero y temió que su propio animal corriera en otra dirección...

De repente la pantera cambió su rumbo para evitar una gigante roca. El orco no estaba preparado para esto y perdió su balance.

Con un quejido involuntario, Brox resbaló del gato y cayó dando vueltas en el piso, deteniéndose en un denso arbusto.

Los reflejos entrenados tomaron el mando. Brox cambió en una posición agazapada, y quedó listo para volver a montar. Sin embargo su gato, para su infortunio continuó corriendo y desapareció en la niebla.

Y el sonido de la persecución se fue incrementando.

Inmediatamente Brox pensó que podría usar cualquier cosa como un arma. Levantó una rama caída pero esta se desboronó en sus manos. Las únicas rocas que habían en el lugar eran muy pequeñas para ser usadas y otras muy grandes para poderlas levantar.

Algo grande movió el arbusto a su izquierda.

El orco se preparó para lo que venía. Si fuese un soldado tendría una buena oportunidad. Si fuese uno de los Guardias de la Luna, las oportunidades serían totalmente en contra de Brox pero él moriría en combate.

Una inmensa figura de cuatro patas atravesó violentamente desde el bosque.

Brox quedó congelado ante la impresión ya que lo que tenía en frente no era una pantera. Aullaba como un lobo o un perro, pero vagamente se asemejaba a alguno de los dos. Le llegaba a la misma estatura de sus hombros y desde su espalda salían dos tentáculos falsos de cuero. Sus fauces estaban llenas de colmillos salvajes. Saliva verde salía de su hambriento hocico.

Memorias monstruosas le llegaban a su mente. Él había visto criaturas similares pero nunca había peleado contra uno de estos.

Ellos cabalaron de tal manera que habían dejado atrás a los otros demonios, manada tras manada de monstruos siniestros.

Manafagos... los sabuesos de la Legión Ardiente.

Brox despertó de sus pesadillas justo antes de que una de las bestias manafagos lo tomara. Se lanzó así mismo bajo la gigantesca criatura. El manafago trató de engancharlo con sus garras, pero el momento favoreció a Brox. La masiva bestia tropezó, se detuvo y volteó a mirar a su presa escurridiza.

El orco golpeó con su puño la nariz de la criatura.

Para muchas razas, tal ataque resultaría posiblemente en nada bueno, y seguramente en la pérdida de su mano, pero Brox no solo era un orco, él era rápido y muy poderoso. No solo pudo golpear a la criatura antes de que ella pudiera reaccionar, sino que lo hizo con toda su furia y fuerza lo cual solo podría hacer el más fuerte de su clase.

El golpe rompió la nariz del demoniaco manafago. La bestia tambaleó y se escuchó un sonido regurgitante. Un fluido verde oscuro salió de la herida de la bestia.

Su mano temblaba del dolor, Brox mantuvo su mirada fija en los ojos de su adversario. Él nunca había dejado que ningún otro animal viera en él señales de debilidad o retirada y especialmente no lo haría con este demonio. Solo teniéndolo en frente el orco tendría alguna oportunidad de supervivencia.

En ese momento desde la niebla apareció de nuevo la montura de Brox, el gruñir del gato hizo que el manafago cambiara su interés y olvidara al orco. Las dos bestias chocaron en una furia de garras y colmillos.

Sabiendo que él no podría hacer nada por la pantera, Brox empezó a retroceder. Sin embargo solo pudo hacerlo por unos pocos pasos al sentir el sonido de una respiración profunda atrás de sus oídos.

Con mucha precaución y movimientos suaves el orco volteó su mirada sobre sus hombros y pudo ver que en una distancia corta, una segunda bestia estaba lista para saltar y atacar a Brox. Sin tener más opciones el frustrado guerrero finalmente salió corriendo.

El segundo demonio salió a la persecución, aullando mientras se lanzaba a su presa. Los otros combatientes ignoraron este momento concentrado en su propio combate.

En ese momento la pantera ya tenía dos heridas salvajes en su torso. Brox agradeció de manera silenciosa a la criatura por su rescate inesperado, y luego se concentró más en su propia seguridad tratando de eludir a su otro perseguidor en aquel frondoso bosque. Siguió el camino más estrecho y así la bestia tenía que buscar por donde atravesar aquellos obstáculos naturales o si podría estrellarse con ellos permitiendo que Brox estuviera fuera de su alcance.

No le gustaba la idea de tener que correr pero sin un arma, Brox sabía que las oportunidades de derrotar aquel monstruo eran inexistentes.

En una distancia no muy lejana el sonido de un animal moribundo informó a Brox que la pantera había perdido la batalla y que pronto serian dos los manafagos que estarían detrás de la sangre del orco.

Distraído por el grito de muerte del gato, Brox no se fijó bien en sus pasos, y de repente una raíz de un árbol se enredó en uno de sus pies. Pudo evitar caer por un corto momento pero su falta de balance hizo que finalmente tropezara y rodara violentamente. Agarró una de las ramas de un árbol que era un poco más alta que él pero el tronco de este se rompió ante su agarre e hizo que colisionara con otro más grande. Con un gran dolor de cabeza Brox apenas pudo enfocarse en la bestia que venía tras de él y con el árbol aún en sus manos lo uso como si fuera una lanza agitándolo de un lado a otro. El manafago endemoniado se lanzó hacia aquella arma rompiendo la punta con sus colmillos y dejando unas astillas afiladas en su punta.

Con los ojos nublados, el orco sostuvo con firmeza lo que quedaba de aquel tronco, y luego embistió al monstruo. El daño hecho por la bestia al tronco que sostenía Brox le dio un factor letal que no tenía antes. Empujándolo con toda su fuerza, Brox enterró aquella arma fragmentada dentro de las fauces de la bestia. Con un leve aullido de agonía, el demonio trato de retroceder pero Brox avanzó con todo su cuerpo introduciendo cada vez más la lanza.

Uno de los tentáculos trato de sujetarlo. El orco liberó una de sus manos y agarró aquella amenazante falange y la tiró tan fuerte como pudo. Con un sonido rasgante el tentáculo quedo libre. Ahogándose con sus propios fluidos las patas del manafago colapsaron. Brox nunca soltó el árbol, ajustando su posición para evitar los movimientos desesperados de su adversario. Las patas traseras perdieron su fuerza, la cola de la bestia se movía de un lado a otro frenéticamente, el manafago seguía esforzándose hasta que rompió el arma de Brox en dos pero la parte frontal seguía incrustada en sus fauces.

Siendo consciente que la bestia podría recuperarse, el orco buscó frenéticamente algo para remplazar a su arma averiada pero en cambio se encontró cara a cara con el primer manafago que había enfrentado. La otra bestia tenia rasguños en todo su cuerpo y adicionalmente a la herida que Brox le había propinado en su nariz, también tenía una gran parte de carne que había sido desgarrada de uno de sus hombros. A pesar de su condición la bestia lucia lo suficientemente saludable para terminar con el cansado orco.

Al final sus brazos estaban cansados y apenas podían mantener lejos a la gran monstruosidad. Agazapándose la bestia se tensionó pero en el momento que saltó hacia Brox, el bosque cobró vida a la defensa del orco. El pasto salvaje y las hierbas debajo de la criatura demoniaca crecieron salvajemente atrapando vigorosamente al manafago justo en el momento en el que este había saltado.

Sus extremidades quedaron enredadas, la criatura gruñía y trataba de morder las ramas que lo mantenían inmóvil. Sus tentáculos trataban de tocar las plantas animadas que lo mantenían alejado de su presa.

- ¡Brox!-

Malfurion corrió hacia el orco. Mirándolo con satisfacción así como Brox igualmente lo sentía. El elfo de la noche se acercó a él y le dio su mano.

- Te debo una de nuevo.- Dijo el guerrero veterano.

- No me debes nada.- Respondió Malfurion mirando a la bestia atrapada.

- Especialmente porque parece que eso no lo va a detener por mucho tiempo.-

Y eso fue cierto. En el momento en que los macabros tentáculos de la bestia tocaron el pasto y las hiervas, las plantas empezaron a marchitarse. Una de sus patas ya había sido liberada y mientras la bestia seguía esforzándose para liberarse, hacia el esfuerzo para alcanzar a Brox y al elfo de la noche.

- Magia...- Dijo Brox. Recordando viejos recuerdos. - Está devorando la magia...- Con su rostro serio, Malfurion ayuda a su compañero a montar una de las panteras. El felino gruñe, pero no protesta por el peso adicional que tendrá que

llevar. - Entonces tendremos que salir rápido.- Un cuerno sonó, esta vez tan cerca que Brox pensó ver al trompetero. La persecución de Suramar casi los alcanzaba. De repente Malfurion dudó. - ¡Ellos llegaron y se encontraron con la bestia! Si alguno de ellos son de la Guardia Lunar...-

- La magia puede matar a los manafagos si hay magia suficiente elfo de la noche... pero si prefieres quedarte y pelear contra la criatura y contra ellos, yo me quedaré a tu lado.- Hacer esto significaría su muerte o su recaptura, Brox no dijo nada más. Él no abandonaría a Malfurion, quien ya lo había rescatado dos veces. La niebla de la mañana ya había empezado a disiparse y algunas siluetas se veían en la distancia. Agarrando fuertemente las riendas, Malfurion giró abruptamente a la pantera lejos del camino de las bestias manafagas y de los jinetes. No dijo nada a Brox, y en cambio simplemente hizo que su montura acelerara el paso para dejar ambas amenazas a sus espaldas.

Detrás de ellos, el demonio pudo soltar otra de sus extremidades, su atención cambio al aumentar los sonidos, anunciando así una nueva presa...

Algo agitó a Rhonin interrumpiendo su sueño, algo que hizo que se sintiera inseguro. No hizo ningún movimiento, en cambio sus parpados se abrieron lo suficiente para permitirle ver un poco del área que lo rodeaba. Señales de la luz del día permitían que el hechicero pudiera ver los árboles, la línea de las flores centinelas, y el prado en que él se encontraba acostado.

Lo que Rhonin no podía ver era alguna señal de Krasus. Fue entonces que se sentó, buscando al mago dragón. Seguramente Krasus debía de estar en algún lugar del claro de la luna. Pero después de revisar el lugar, la desaparición de Krasus no podía negarse.

Con precaución el hechicero se levantó y fue al borde del claro de la luna. Las flores giraron hacia él, cada flor abriéndose totalmente. Rhonin fue tentado a probar que tan fuertes eran, pero sospecho que un semidiós no se tomaría la molestia de ponerlas ahí si no fueran capaces de lidiar con un mortal.

Mirando hacia el bosque Rhonin susurró - ¿Krasus?-

Nada.

Mirando los arboles justo más allá de su prisión, el hechicero frunció su frente. Algo no se veía igual, pero no sabía exactamente que era.

Dio unos pasos atrás, tratando de pensar... y momentáneamente se dio cuenta que estaba en una sombra.

- ¿Dónde está el otro?- Preguntó Cenarius, sin ninguna señal de amabilidad en su tono de voz. Aun estando despejado, se sintió un fuerte viento que vino de la nada para estremecer al humano. - ¿Dónde está tu amigo?-

Frente al semidiós, Rhonin mantuvo su expresión neutral. - No lo sé. Acabo de despertarme y él ya no estaba.-

Las orbes doradas de esta figura majestuosa y su mirada hicieron sentir un escalofrío por la espalda de Rhonin. - Hay señales preocupantes en el mundo. Algunos de los otros empezaron a sentir intrusos, criaturas de orígenes no naturales, husmeando, buscando algo o a alguien.- Estudió con su mirada detenidamente al hechicero. - Y vienen muy pronto por ti y por tu amigo que quien sabe dónde está...-

Cuáles sean estas criaturas sin nombre, Rhonin podía sospechar de que ser, por lo tanto él y Krasus tendrían menos tiempo del que ellos habrían imaginado.

Viendo que su “invitado” no tenía nada que decir, Cenarius agregó: - Tu amigo no habría podido escapar sin ayuda de alguien más, pero te dejó a ti atrás. ¿Por qué?-

- Yo...-

- Habían aquellos quienes insistieron que debía haberlos entregado inmediatamente, ellos habrían encontrado por otros medios la razones por las cuales ustedes estén aquí y que es lo que trae tanto interés de ustedes hacia los elfos de la noche. Yo los tenía hasta ahora convencidos de lo contrario sobre este tema.-

Los sentidos altamente desarrollados de Rhonin detectaron la presencia de otra fuerza poderosa la cual en su propia forma igualaba a la de Cenarius.

- Ahora veo que debo confiar en la mayoría.- El señor del bosque afirmó con seguridad. - Escuchamos tu llamada...- Gruñó una voz profunda y ponderosa. - Admites que te equivocaste...-

El mago trató de voltear y mirar a quien hablaba con tan potente voz, pero sus piernas y su cuerpo entero, no respondía a sus órdenes.

Algo más intenso que un semidiós estaba detrás de Rhonin. Cenarius no se veía complacido por los comentarios del otro personaje - Solamente admito que se deben realizar otros métodos.-

- La verdad será conocida...- Una mano peluda y pesada con garras apretó el hombro de Rhonin con una fuerza dolorosa. -... y será conocida pronto...-

CAPITULO DOCE

- ¡Debes permanecer en el templo!- Insistió Illidan.

- ¡Malfurion piensa que es lo mejor y yo también lo creo!-

Pero Tyrande no se tambaleó. - ¡Tengo que saber lo que está pasando! ¡Viste cuántos montaron en su persecución! Si los capturan...-

- No lo harán.- Él entrecerró los ojos, el sol cegador no era en absoluto de su agrado. Podía sentir su poder menguar, sentir la adrenalina de la magia desvanecerse. A Illidan no le gustaba ese tipo de sensaciones. Saboreó la magia en todas sus formas. Esta había sido una de las razones por la que había tratado de seguir el camino de los druidas... eso, y el hecho de que lo que Cenarius supuestamente le había enseñado, no se vería afectado por la noche o el día.

Se mantuvieron peligrosamente cerca de la plaza, un lugar donde Tyrande había insistido en regresar cuando la situación se hubiera calmado un poco. La Guardia Lunar y los soldados habían cabalgado después que Malfurion, dejando sólo un par de ellos para que inspeccionaran la jaula en busca de pistas. Eso habían tratado de hacer, pero no encontraron nada para rastrear a los culpables, así como había esperado Illidan. En verdad, se consideraba a sí mismo al menos, tan competente como cualquiera de los más honorables hechiceros, o incluso más.

- Debería montar después de...-

¿Nunca iba a rendirse? - ¡Si lo haces nos arriesgarás a todos! ¿Quieres que ellos lleven a esa criatura que tienes por mascota al Bastión Cuervo Negro y a Lord Ravencrest? Lo que importa es que es posible que ellos nos lleven...-

Illidan de repente cerró la boca. Desde el extremo opuesto de la plaza habían ingresado varios jinetes acorazados... y en la delantera, el propio Lord Kur'talos Ravencrest.

Era demasiado tarde para esconderse. A medida que el comandante elfo de la noche pasó por delante, con su mirada adusta se fijó primero en Tyrande, y entonces en su compañero.

Al ver a Illidan, Ravencrest hizo un alto repentino.

- Te conozco, muchacho... Illidan Stormrage. ¿No es así?-

- Sí, mi señor. Nos reunimos una vez.-

- ¿Y esto...?-

Tyrande se inclinó. - Tyrande, sacerdotisa novicia del templo de Elune...-

Los elfos de la noche montados hicieron respetuosamente la señal de la luna. Ravencrest amablemente reconoció a Tyrande, luego volvió su mirada una vez más a Illidan. - Recuerdo nuestro encuentro. Estabas estudiando las artes, entonces...- Él se frotó la barbilla. - Todavía no eres un miembro de la Guardia Lunar, ¿Verdad?-

Que Ravencrest le hiciera esa pregunta de tal manera indicaba que él ya sabía la respuesta. Es evidente que después de su primer encuentro había echado un ojo sobre Illidan, algo que hizo que al joven elfo de la noche más orgulloso e inquieto. No había hecho nada que justificara atraer la atención del comandante. - No, mi Lord.-

- Entonces estás libre de algunas de tus restricciones, ¿No es así?- Las restricciones a las que se refería el comandante tenían que ver con los juramentos que cada hechicero hacía al entrar en la orden mítica. La Guardia Lunar era una entidad propia en sí y debía total lealtad a proteger a la reina... lo que significaba que no estaba en la entera disposición de aquellos como Lord Ravencrest.

- Supongo que si.-

- Bien. Muy bien. Entonces quiero que viajes con nosotros.-

Tanto Tyrande como Illidan se miraron confundidos. Probablemente temiendo por la seguridad de Illidan, la joven sacerdotisa dijo: - Lord Ravencrest, nos sería un honor...-

No consiguió decir más. El comandante elfo de la noche levantó una mano amablemente para hacerla callar. - No hermana, a pesar de que la bendición de la Madre Luna siempre es bienvenida. No, es con el muchacho con quien hablo ahora.-

Tratando de no demostrar su creciente ansiedad, Illidan preguntó: - Pero, ¿Para qué me necesita, mi Lord?-

- ¡Por el momento, investigar sobre el escape de la criatura que había estado encerrada aquí! La noticia sobre su fuga vino a mí hace unos momentos. Suponiendo que no ha sido capturada aun, tengo algunas ideas de cómo encontrarla. Y puede ser que necesite la ayuda de un poco de magia, sin embargo, aunque la Guardia Lunar es capaz, prefiero alguien que escuche mis órdenes.-

Rechazar una solicitud de un elfo de la noche de alto rango como Ravencrest habría sido sospechoso, pero unirse a él arriesgaría a Malfurion. Tyrande miró disimuladamente a Illidan, tratando de leer sus pensamientos. Él por su parte, deseaba que ella pudiera decirle el mejor camino que tomar.

Aunque en realidad, sólo había una opción. - Sería un honor unirme a ustedes, mi Lord.-

- ¡Excelente! ¡Rol'tharak! ¡Una montura para nuestro joven amigo hechicero!-

El oficial en cuestión trajo un sable de la noche libre, casi como si Ravencrest hubiera estado esperando a Illidan todo el tiempo. El animal se agachó para que su nuevo piloto pudiera montarse encima.

- El sol está casi sobre nosotros, mi Lord.- Comentó Rol'tharak a Ravencrest mientras él dejaba las riendas de la bestia al hermano de Malfurion.

- Veremos que hacer... no es así, eh, ¿Hechicero?-

Illidan entendió muy bien el mensaje. Sus poderes serían más débiles en la luz del día, pero el comandante todavía estaba seguro de que sería de gran utilidad. La confianza que tenía Ravencrest en Illidan, dio un grado de ego en su cabeza.

- No le fallaré, mi Lord.-

- ¡Esplendido, muchacho!-

A medida que se montaba encima de la pantera, Illidan le dio una mirada rápida a Tyrande, lo que indica que no debía preocuparse por Malfurion y el orco. Él viajaría con Ravencrest y ayudaría en todo lo que pudiese, siempre y cuando la pareja pudiese todavía escapar.

Tyrande dio una breve pero agradecida sonrisa de era toda la recompensa que él podía haber deseado. Sintióse muy bien consigo mismo, Illidan hizo una seña al comandante de que estaba listo.

Con un gesto y un grito, Lord Ravencrest lideró las fuerzas armadas. Illidan se inclinó hacia delante, decidido a seguir el ritmo del noble. De alguna manera complacería a Ravencrest mientras que al mismo tiempo mantendría a su hermano altruista a salvo de que sea enviado al Bastión Cuervo Negro. Malfurion conocía las tierras boscosas, lo que significaba que probablemente se mantendría por delante de los soldados y de la Guardia Lunar, pero en la terrible posibilidad que la persecución se topase con el gemelo de Illidan y la criatura de Tyrande, Illidan tenía que al menos considerar sacrificar a Brox para salvar a su hermano. Tyrande llegaría a entender eso. Él haría lo que pudiera para evitar eso, pero la sangre venía primero...

Como solía ocurrir, una niebla mañanera cubría el paisaje. La espesa niebla se disiparía pronto, pero eso significaba más esperanza para Malfurion. Illidan mantuvo su mirada en el camino por delante, preguntándose si era el mismo que su hermano había tomado. Podría ser que la Guardia Lunar ni siquiera había tomado la dirección correcta, lo que significaba que él y Lord Ravencrest ahora seguían un camino inútil.

Pero mientras corrían más y más por las tierras boscosas, la niebla daba paso al camino despejado rápidamente. El sol de la mañana parecía tan ansioso de drenar el poder de Illidan como lo hizo para drenarlo lejos de la niebla, pero él apretó los dientes y trató de no pensar en lo que esto significaba. Si se trataba de una especie de demostración de hechicería, no pretendía decepcionar a los nobles. La caza del

orco había llegado a ser la excusa de Illidan para hacer nuevas conexiones dentro de la alta jerarquía de los elfos de la noche, y que tenía algo que ver con el escape de Brox.

Pero justo cuando llegaron a la cima de una colina, algo más abajo hizo a Illidan fruncir el ceño y a Lord Ravencrest maldecir. El comandante de inmediato frenó su montura, el resto hizo lo mismo. Más adelante parecía haber una serie de peculiares montículos dispersos a lo largo del sendero. Los elfos de la noche con cautela descendieron al otro lado de la colina, Ravencrest y sus soldados mantuvieron sus armas preparadas. Illidan de repente rezó para que no hubiese sobreestimado sus habilidades durante el día.

- ¡Por los benditos ojos de Azshara!- Murmuró Ravencrest.

Illidan no pudo decir nada. Sólo podía quedarse boquiabierto ante la carnicería que se había revelado a medida que se acercaban.

Por lo menos media docena de elfos de la noche, incluyendo dos de la Guardia Lunar, yacían muertos ante los recién llegados, sus cuerpos despedazados y, en el caso de los dos hechiceros, aparentemente exprimidos por alguna fuerza vampírica. Los dos de la Guardia Lunar no parecían más que un fruto marchito dejado al sol demasiado tiempo. Sus formas demacradas estaban estiradas en posiciones de mayor agonía y que claramente habían luchado a lo largo de sus terribles y horribles experiencias.

Cinco sables de la noche también yacían muertos, algunos con sus gargantas arrancadas, los otros destripados. De las panteras restantes, no había ni rastro.

- ¡Yo tenía razón!- Dijo Ravencrest bruscamente. - ¡Esa criatura de piel verde no estaba sola! ¡Debió haber habido dos docenas y más hacer esto... y con la Guardia Lunar presente!-

Illidan no le prestó atención, preocupado más con lo que le podría haber ocurrido a Malfurion. Esto no podía ser obra de su hermano ni de un orco. ¿Y si Lord Ravencrest tenía razón? ¿Brox habría traicionado a Malfurion, y lo llevó con sus compañeros salvajes?

- *¡Debería haber matado a la bestia, cuando tuve la oportunidad!*- Pensó Illidan, su puño se apretó y sintió que su rabia alimentaba sus poderes. Dado un objetivo, Illidan podría demostrar su poder de hechicería a los nobles.

Entonces, uno de los soldados notó algo a la derecha de la carnicería. - ¡Mi Lord! ¡Venga a ver! ¡No he visto nada como esto!-

Girando sus animales alrededor, Illidan y Ravencrest miraron con los ojos abiertos a la bestia que el otro elfo de la noche había encontrado.

Era una criatura de pesadilla, con algunos aspectos de lobo en la forma, pero

monstruosamente distorsionado, como si algún Dios loco lo hubiese creado en las profundidades de su locura. Incluso en la muerte la criatura no perdió algo de su horror inherente.

- ¿Qué hacemos con esta criatura, hechicero?-

Por un momento, Illidan olvidó que él era la fuente de la sabiduría mágica ahí. Sacudiendo la cabeza, respondió con toda honestidad: - No tengo ni idea, Lord Ravencrest... ni idea.-

Sin embargo alguien había tratado fuertemente con el terrorífico monstruo, atascando una lanza improvisada abajo de su garganta y es probable asfixiándolo hasta la muerte.

Una vez más los pensamientos de Illidan se dirigieron hacia su hermano, la última vez que supo de él lo vio partir por este bosque. ¿Malfurion había hecho esto? Parecía poco probable. ¿Y si su gemelo en vez de eso estaba muy cerca, desgarrado con tanta facilidad como los dos de la Guardia Lunar?

- Muy curioso.- Murmuró Ravencrest. De repente se enderezó, mirando a su alrededor. - ¿Dónde está el resto del primer grupo?- Preguntó sin dirigirse a nadie en particular. - ¡Debería haber el doble de lo que encontramos!-

Como si quisiera responder a su pregunta, un débil soplido de un cuerno sonó desde el sur, donde el bosque bajaba bruscamente, llegando a ser más traicionero para atravesar.

El comandante señaló con su espada en la dirección que sonó el cuerno. - ¡Por ese camino!... Pero tengan cuidado... ¡Puede que hayan más de esos monstruos alrededor!-

El grupo comenzó a bajar por el sendero, cada miembro, incluido Illidan, observando el bosque cuidadosamente con temor. El cuerno no sonó de nuevo, no era en absoluto una buena señal.

Varios metros más abajo, se encontraron con otro sable de la noche, de un lado totalmente abierto por garras salvajes, su lomo también roto por dos enormes robles en los que se había estrellado. A poca distancia, otro de la Guardia Lunar yacía presionado contra una enorme roca, su cuerpo demacrado y su expresión de horror dio un escalofrío incluso los fríos soldados de Lord Ravencrest.

- Quietos...- Ordenó el noble en silencio. - Mantengan el orden...-

Una vez más, el cuerno sonó débilmente, esta vez mucho más cerca y justo delante.

El grupo siguió el camino hacia allá. Illidan tenía la horrible sensación de que algo en particular les observaba, pero cada vez que miraba a su alrededor, no veía más que árboles.

- ¡Otra criatura, mi Lord!- El elfo de la noche Rol'tharak gritó, señalando justo por delante.

Efectivamente, una segunda bestia infernal yacía muerta, su cuerpo tendido como si incluso en la muerte siguiese buscado otra víctima. Además de una nariz aplastada y un hombro desgarrado, tenía varias marcas extrañas, que parecían sogas en sus patas. Lo que la había matado sin embargo, había sido la serie de estocadas certeras en la garganta por las espadas de los elfos de la noche. Una todavía permanecía encajada en la bestia.

Más cerca se encontraron con otros dos soldados, los guerreros altamente entrenados del reino destrozados como muñecos de trapo. La frente de Illidan se frunció con perplejidad. Si los elfos de la noche habían logrado matar a los dos monstruos, entonces, ¿Dónde estaban los sobrevivientes?

Momentos más tarde, se encontraron con lo que restaba.

Un soldado sentado apoyado contra un árbol, con el brazo izquierdo desgarrado. No había hecho nada para vendar la inmensa herida. Se quedó mirando sin ver a los recién llegados, el cuerno estaba en la única mano que le quedaba. La sangre cubría su torso.

Junto a él estaba el otro sobreviviente -si con sobrevivir significaba tener la mitad de la cara destrozada y una pierna torcida en un ángulo imposible.- Su respiración era entrecortada, su pecho apenas subía.

- ¿Estás ahí?- Gritó Ravencrest al soldado del cuerno. - ¡Mírame!-

El sobreviviente parpadeó lentamente, luego tornó su mirada hacia la del noble.

- ¿Esto es todo? ¿Hay alguien más?-

El sobreviviente malherido abrió la boca, pero ningún sonido escapó de ella.

- ¡Rol'tharak! ¡Mire sus heridas! ¡Dele agua si lo necesita!-

- ¡Sí, mi Lord!-

- ¡El resto de ustedes ábranse en abanico! ¡Ahora!-

Illidan se quedó con Ravencrest, observando cautelosamente como los otros se establecían en lo que esperaba ser un perímetro de seguridad. Que muchos de sus compañeros, entre ellos tres hechiceros, hayan sido masacrados con tanta facilidad no hizo nada bien para la moral.

- ¡Habla!- Gritó Ravencrest. - ¡Te lo ordeno! ¿Quién fue el responsable? ¿Fue el prisionero fugado?-

Ante esto, el sangriento soldado soltó una carcajada salvaje, sobresaltando tanto a

Rol'tharak que dio un paso atrás.

- ¡N... no vio a esas cosas, m... mi Lord!- Respondió la figura mutilada.
- ¡Probablemente se devoraron a... a sí mismos!-

- ¿Entonces fueron esos monstruos? ¿Esos perros?-

El elfo de la noche malherido asintió.

- ¿Qué pasó con la Guardia Lunar? ¿Por qué no detuvieron a esas cosas?
Seguramente podrían incluso durante el día...-

Y otra vez el soldado malherido se echó a reír. - ¡M... mi Lord! ¡Los hechiceros eran las presas más fáciles...!-

Con esfuerzo, la historia salió. Los soldados y la Guardia Lunar habían perseguido a la criatura que se fugó y otro sujeto, una figura no identificada a través del bosque, siguiendo sus huellas, incluso a través de la niebla y la llegada del sol. No habían visto realmente a la pareja, pero estaban seguros de que sería sólo cuestión de tiempo antes de que los alcanzaran.

Entonces, inesperadamente, habían encontrado a la primera bestia.

Nadie había visto nunca nada igual. Incluso muerto había inquietado a los elfos de la noche. Hargo'then, el hechicero líder, había sentido algo mágico en la criatura. Había mandado al resto a esperar unos pasos detrás de él mientras se acercaba para investigar el cadáver. Nadie había alegado.

- Una cosa antinatural.- Había dicho Hargo'then mientras comenzaba a desmontar de su montura. - Tyr'kyn...- Llamó entonces a uno de los otros de la Guardia Lunar.
- Quiero que...-

Fue entonces cuando la segunda bestia cayó sobre él.

- ¡Venía de salir detrás de los árboles más cercanos, m... mi Lord... y fue directamente por... por Hargo'then! M... mató a su montura de un golpe con sus g... garras y e... entonces...-

El hechicero no tuvo ninguna oportunidad. Antes de que los sorprendidos elfos de la noche pudieran reaccionar, dos terribles tentáculos salieron de la espalda de la criatura y fueron hacia el hechicero, adhiriéndoseles como sanguijuelas al pecho y la frente de Hargo'then. El líder de la Guardia Lunar gritó como ningún elfo de la noche antes lo había escuchado y delante de sus ojos se había marchito de repente como una cáscara seca y flácida, desechada rápidamente por la babeante monstruosidad de cuatro patas.

Finalmente cuando se recuperaron de su sorpresa, los otros elfos de la noche

tardíamente cargaron contra la bestia, buscando por lo menos vengar la muerte de Hargo'then.

Pero muy tarde se dieron cuenta de que ellos también por detrás estaban siendo perseguidos por una tercera bestia. Los atacantes se habían convertido en atacados, atrapados entre ambas fuerzas demoníacas.

La masacre resultante había sido clara para los recién llegados. La Guardia Lunar había perecido con rapidez, sus habilidades mágicas debilitadas por el día los hicieron presas mucho más atractivas. A los soldados les había ido un poco mejor, al menos sus espadas habían tenido algún efecto sobre los demonios.

Cuando el sobreviviente terminó su relato, se hizo menos coherente. En el momento que llegó a la conclusión, donde él y otros tres se habían unido a este punto, fue todo lo que Lord Ravencrest e Illidan pudieron entender de sus divagaciones.

Rol'tharak miró hacia arriba. - Se desmayó de nuevo, mi Lord. Me temo que no se volverá a despertar.-

- Haga lo que pueda por aliviar su dolor. Revise al otro también.- El noble frunció el ceño. - Quiero echar otro vistazo al primer cadáver. Hechicero, acompáñeme.-

Illidan siguió a Ravencrest a lo largo del sendero. Dos guardias se desprendieron de sus deberes para seguir al par. Los otros soldados continuaron inspeccionando la zona, tratando sin éxito de encontrar a más sobrevivientes.

- ¿Qué piensas de la historia?- Preguntó el veterano comandante a Illidan. - ¿Has oído hablar de esas cosas?-

- Nunca, mi Lord... aunque yo no soy parte de la Guardia Lunar y por lo tanto no estoy al tanto de todos sus conocimientos arcanos.-

- ¡Pues que bien les hizo todo su conocimiento! ¡Hargo'then siempre fue muy confiado! ¡La mayor parte de la Guardia Lunar lo es!- Illidan dio un ruido evasivo.

- Ahí está...-

La bestia macabra parecía como si todavía pretendiese eliminar la estaca de su garganta. A pesar de las heridas abiertas que llevaba, la criatura estaba desprovista de cualquier animal carroñero ansioso, incluso volador. Hasta la vida en el bosque parecía repelida por el intruso muerto.

Dirigiéndose a los dos soldados, Ravencrest ordenó: - Comprueben el camino que tomamos. A ver si el sendero que siguió el primer grupo y el nuestro continuaba. Aun quiero a esa bestia de piel verde... ¡Ahora más que nunca!-

En tanto los otros dos soldados cabalgaban, Illidan y el noble desmontaron, este último también desenvainando su espada. Los sables de la noche no estaban en

absoluto cómodos en permanecer tan cerca del cadáver, por lo que sus pilotos los llevaron a un grueso árbol a poca distancia y les ataron las riendas en él.

Una vez de vuelta en el cadáver, Lord Ravencrest se arrodilló. - ¡Simplemente horrible! En todos mis años, nunca me había enfrentado a algo así tan bien diseñado para la matanza...- Levantó un tentáculo de cuero. - Curiosa cosa. ¡Así que esto es lo que utilizó para succionar a Hargo'then! ¿Qué es lo que hacemos de ella?-

Tratando de no retroceder ante la extremidad empujada a su cara, Illidan logró decir: - N... naturaleza vampírica, mi Lord. Algunos animales beben sangre, pero éste busca la energía mágica.- Miró a su alrededor. - El otro tentáculo ha sido arrancado.-

- Sí, así parece. Probablemente por un animal... -

Mientras el noble continuaba con su horripilante examinación, Illidan pensó en la muerte de la monstruosa bestia. El soldado informó de que la primera había sido encontrada muerta. Para rápida mente del joven elfo de la noche, eso significaba que los únicos que podrían haber matado fueron Malfurion y Brox... y a juzgar por la lucha física que se había tenido lugar, Illidan habría apostado más por el poderoso orco.

A un lado, los felinos eran cada vez más insistentes en sus protestas por estar tan cerca de la criatura. Illidan trató de excluir los sonidos de sus gruñidos, todavía preocupado por su hermano. No habían visto ningún otro cadáver salvo el primero y el segundo de las tres bestias mencionadas, pero...

Enderezándose de nuevo, Illidan dijo: - ¡Lord Ravencrest! Nunca encontramos ninguna señal de...-

Los gruñidos de los sables de la noche aumentaron su intensidad.

Illidan sintió algo detrás de él.

Se lanzó hacia un lado, chocando accidentalmente con el noble desprevenido. Ambos cayeron al suelo, el elfo de la noche más joven cayendo sobre el comandante. La espada de Ravencrest voló violentamente, cayendo mucho más allá del alcance de cualquiera.

La enorme figura con garras que había saltado hacia Illidan aterrizó en dirección al cadáver de la otra bestia.

- En el nombre de...- Logró decir Ravencrest. Los sables de la noche lucharon para atacar, pero con sus riendas atadas, se mantuvieron alejados los felinos de ser una ayuda.

Recuperándose primero, Illidan levantó la vista para ver a la criatura infernal girar e intentar un segundo ataque. Había pensado que el muerto era lo suficientemente aterrador, pero al ver a uno con vida y que se lanzaba sobre él casi hizo a Illidan huir del pánico.

Pero en lugar de saltar de nuevo, la bestia horrorosa de repente azotó a Illidan con los dos tentáculos encima de su espalda. Los recuerdos de las cascadas secas que una vez fueron poderosos miembros de la Guardia Lunar llenaron la mente del elfo de la noche.

Sin embargo, como los tentáculos enormes buscaban su magia, buscó en su propio cuerpo, y el instinto de supervivencia se hizo cargo. Recordando cómo un tentáculo de la bestia muerta había sido arrancado, Illidan ideó rápidamente un plan de ataque.

No trató de atacar al monstruo directamente, sabiendo lo poco que eso ayudaría. Sería simplemente ir y que la bestia absorbiera el hechizo de Illidan y quizá le siga drenando directamente de su cuerpo. En cambio, Illidan decidió lanzar un hechizo sobre la espada perdida de Lord Ravencrest, que se encontraba fuera de la vista de su enemigo infernal.

La espada animada se elevó rápidamente en el aire y comenzó a dar vueltas, girando cada vez más rápido. Illidan dirigió la espalda hacia la criatura, con el objetivo de cortar esos terribles tentáculos parasitarios.

Con una precisión milimétrica, la espada giratoria se lanzó a través de los hombros del gigante con colmillos, cortando ambos tentáculos tan simple como se podría cortar un poco de hierba.

Con un aullido enloquecedor, la bestia se sacudió como perro. Espeso líquido verdoso se derramó sobre sus hombros y su parte trasera. La bestia gruñó, su inquietante mirada se fijó sobre quien lo había herido.

Envalentonado por su éxito y con menos miedo ahora que el peligro contra su hechicería había sido eliminado, Illidan dirigió la espada de Ravencrest de vuelta contra la bestia. A medida que el monstruo se preparaba para saltar sobre él, el joven elfo de la noche sonrió oscuramente a este.

Con una fuerza aumentada por su intensa voluntad, enterró el arma en el duro cráneo de la criatura.

El salto del monstruo se tambaleó, tropezó torpemente. Una mirada vidriosa llenó sus horribles orbes. La enorme bestia dio dos pasos vacilantes hacia Illidan... entonces cayó como un bulto inerte.

Un gran agotamiento venció al joven elfo de la noche, pero mezclado con un sentimiento de gran satisfacción y de triunfo. Lo había hecho con tan poca vacilación que incluso tres de la Guardia Lunar habían fallado en hacerlo. Eso lo había aprendido de sus errores, a Illidan no le importaba. Sólo sabía que él mismo había luchado contra un demonio y vencido fácilmente.

- ¡Bien hecho! - Una fuerte palmada en su espalda casi lo envía tropezando hacia el monstruoso enemigo. Mientras Illidan luchaba para mantener el equilibrio, Lord Ravencrest pasó junto a él para admirar el trabajo de su compañero. - ¡Un

espléndido contraataque! ¡Remover el mayor peligro, y luego dar un golpe mortal mientras el enemigo trataba de recuperarse! ¡Espléndido!-

El noble puso una bota en una extremidad del demonio y luchó para retirar su espada. Desde el camino cabalgaban los dos guardias y más atrás de Illidan, otros gritos cuando comprendieron, que la amenaza se encontraba con el resto del grupo.

- ¡Mi Lord!- Gritó uno de los dos guardias. – Escuchamos...-

Rol'tharak se precipitó. - ¡Lord Ravencrest! ¡Mató a una de las bestias! ¿Está herido?-

Illidan esperaba que Ravencrest tomara el crédito -después de todo, el arma del noble fue la que atravesó la cabeza del monstruo- pero en lugar eso el viejo elfo de la noche extendió su mano y señaló al hermano de Malfurion. - ¡No! ¡Aquí se destaca él, quien, después de arriesgarse a quitarme del camino de la criatura, se enfrentó fácilmente al peligro con apenas una preocupación por su propia vida! ¡Tenía razón sobre ti desde el principio, Illidan Stormrage! ¡Eres más capaz que una docena de la Guardia Lunar!-

Sus mejillas se oscurecieron, el joven elfo de la noche aceptó los elogios del poderoso comandante. Años de oír cómo esperaba ser un héroe, un campeón para su gente, habían puesto una pesada carga sobre sus hombros. Sin embargo, ahora, Illidan sentía como si su destino por fin se hubiera revelado... y lo había hecho con la magia innata que casi había rechazado por los hechizos druidas más lentos y más sutiles que Cenarius le había estado enseñando.

- Fui un tonto a rechazar mi herencia.- Se dio cuenta Illidan. - El camino de Malfurion nunca fue destinado a ser el mío. Incluso durante el día, la hechicería elfa de la noche es mía para dominarla...-

Eso le animó en realidad, porque él se había sentido extraño tomando el camino de su hermano. ¿Qué héroe de leyenda se había registrado siguiendo los pasos de otro? Illidan tenía la intención de liderar.

Los soldados -soldados veteranos y capaces de Lord Ravencrest- lo miraron con un nuevo y saludable respeto.

- ¡Rol'tharak!- El noble llamó. - ¡Siento que la suerte está conmigo este día! ¡Quiero que dirija la mitad de los soldados por el camino! ¡Todavía podemos encontrar al prisionero y al que lo dejó en libertad! ¡Vaya ahora!-

- ¡Sí, mi Lord!- Rol'tharak reunió a varios soldados, luego, después de que todos habían montado, les dirigió en la dirección que Malfurion y Brox probablemente habían ido.

Illidan apenas pensó en su hermano, ya asumiendo que el retraso que aquí había dado era todo el tiempo que Malfurion necesitaba para perder a sus perseguidores.

Él pensaba en Tyrande, quien no sólo estaría muy satisfecha por haber retrasado a los captores, sino también se impresionaría por el gran elogio que Lord Ravencrest le había dado al él.

Y parecía que el noble tenía más que conferirle ahora que pensaba que le había salvado la vida. Caminando hasta Illidan, Ravencrest puso una mano enguantada en el hombro del elfo de la noche, y luego dijo: - Illidan Stormrage, la Guardia Lunar puede ser ignorante de tu destreza, pero yo no lo soy. ¡Por lo que te nombro como uno del Bastión Cuervo Negro... y mi hechicero personal! ¡Como tal, estás un rango más allá de la Guardia Lunar, igual a cualquiera de los suyos y sin tener obedecer cualquiera de sus órdenes! ¡Responderás sólo a mí y a nuestra reina, la Luz de Luces, Azshara!-

El resto de los elfos de la noche puso su mano izquierda al pecho e inclino la cabeza en honor a la mención de la reina.

- Es... un honor... mi Lord...-

- ¡Ven! ¡Montemos de vuelta inmediatamente! ¡Quiero reunir una fuerza superior para llevar estos cadáveres a Bastión Cuervo Negro Mantenga! ¡Esto debe ser investigado a fondo! ¡Si vamos a ser invadidos por alguna horda infernal, tenemos que aprender todo lo que podamos, y luego alertar a su majestad!-

Atrapado en su euforia, Illidan prestó escasa atención a cualquier mención de Azshara. Si lo hubiera hecho, podría haber tenido por lo menos una ligera preocupación, ya que fue por ella que Malfurion había desafiado la ira del nuevo líder de su hermano. Fue ella a quien Malfurion insistió que estaba involucrada en la locura que podría resultar catastrófica para toda la raza elfa de la noche.

Pero por el momento, lo único que podía pensar Illidan era: - *He encontrado mi destino, por fin...*-

CAPITULO TRECE

- Es fuerte de mente, de cuerpo y de alma...- Habló una voz poderosa y agresiva dentro de la cabeza de Rhonin.

- Una cualidad admirable... en otros tiempos...- Respondió una segunda voz más calmada, pero similar a la primera.

- La verdad se sabrá.- Insistió el primero. -Nunca he fallado en hacer que eso pase...-

Rhonin parecía que flotaba fuera de su cuerpo, pero hacia dónde, el mago no lo sabía. Se sentía como si estuviera entre la vida y la muerte, entre el sueño y la vigilia, la oscuridad y la luz...nada parecía absolutamente bueno ni malo.

- ¡Basta!- Intervino una tercera voz un poco familiar para él. -¡Él ya ha pasado por muchas cosas! Regrésenlo a mí...por ahora...-

Y repentinamente Rhonin despertó en el claro de Cenarius.

El sol brillaba en sus cabezas, aunque el humano no distinguía si eso era en realidad el medio día o simplemente un truco del lugar encantado. Rhonin intentó ponerse de pie, pero como antes, su cuerpo no le obedecía. Escuchó un movimiento y de pronto el cielo se cubrió con el aspecto cornamentado del señor del bosque.

- Eres fuerte, Rhonin el mago.- Rugió Cenarius. - Sorprendiste a alguien que no es fácil de sorprender...y aún más, mantuviste tus secretos, aunque eso puede ser insensato a la larga.-

- N...No hay nada... que pueda... decirte.- Dijo Rhonin sorprendido de que su boca pudiera moverse.

- Eso está por verse. Sabremos lo que le sucedió a tu compañero. Y por qué ustedes que no deberían, están aquí. - El semblante del semidiós se suavizó. - Pero por ahora, te dejaré descansar, es lo menos que mereces.-

Movió su mano frente al rostro de Rhonin...y el mago se durmió.

Al mismo Krasus le hubiese gustado saber la respuesta de dónde se encontraban exactamente. La caverna en la que ahora él estaba no le despertaba ningún recuerdo. No podía sentir la presencia de ninguna otra criatura, ni siquiera de los de su propia raza, y eso le preocupaba. ¿El guardián lo había traído a este lugar sólo para deshacerse de él? ¿Pretendía que Krasus muriera allí?

Lo último significaba un verdadero peligro. El dolor y el agotamiento continuaron asolando la desgarrada figura del dragón mago. Krasus sentía como si alguien le hubiera arrancado una parte. Su memoria continuaba fallando y temía que sus malestares sólo empeorarían con el tiempo... tiempo que no tenía.

- ¡No! ¡No caeré en la desesperación! ¡No yo!- Se obligó a ponerse de pie y miró alrededor. Tanto como para un humano como para un orco la caverna no hubiera sido más que una espesa negrura, pero Krasus pudo observar el interior casi tan bien como si la luz del sol brillara en ella. Podía ver las enormes estalactitas y estalagmitas dentadas, era capaz de identificar cada grieta y fisura a lo largo de las paredes, y observar incluso a los pequeños lagartos ciegos entrando y saliendo de las grietas más pequeñas. Desafortunadamente, no pudo ver ninguna salida.

- ¡No tengo tiempo para este tipo de juegos!- Gritó al aire. Sus palabras se transformaron en un eco creciente que parecía burlarse con cada repetición.

Estaba olvidando algo. Seguramente estaba en ese lugar por alguna razón... ¿Pero cuál?

Entonces Krasus recordó las costumbres de los de su especie, costumbres que para aquellos que no son dragones, podrían ser crueles.

En su rostro se dibujó una sombría sonrisa.

Enderezándose, el dragón mago encapuchado se volvió lentamente en un círculo, sin parpadear una vez. Al mismo tiempo, comenzó a recitar un ritual de saludo en la lengua más antigua que el mundo. Repitió el saludo tres veces haciendo énfasis en los matices, como podrían sólo aquellos que habían aprendido el lenguaje desde el origen.

Si esto no atraía la atención de sus captores, entonces nada podría hacerlo.

- Habla la lengua de los que crearon los cielos y la tierra...- Proclamó uno. - Aquéllos que nos dieron la vida.-

- Debe ser uno de nosotros.- Dijo otro. - Por esto, seguramente, no es uno de ellos...-

- Debemos saber más.-

Y repentinamente desde el aire vacío se materializaron alrededor de la pequeña figura... Cuatro gigantescos dragones rojos sentados alrededor de Krasus con sus enormes alas plegadas hacia atrás de una manera solemne. Miraron al mago como si fuera un pequeño pero sabroso bocado. Si pensaban que impresionaría sus supuestos sentidos primitivos, habían fallado nuevamente.

- Definitivamente es uno de nosotros.- Murmuró un macho fuerte, con una gran cresta. Resopló enviando bocanadas de humo en dirección a Krasus.

- Y esss por eso que lo traje.- Señaló amargamente un macho más pequeño.

- Eso...y sussss incesantes quejas...-

Muy a gusto rodeado por el humo, Krasus se volvió al segundo macho.

- ¡Si tuvieras el sentido que el creador te dio, deberías haberme conocido inmediatamente por lo que soy y la urgencia de mi advertencia! Además podríamos haber evitado esa caótica retirada del reino del Señor del Bosque.

- ¡Aún no estoy seguro si es que no cometí un error trayéndote a este lugar!-

- ¿Y dónde estamos?-

Los cuatro dragones inclinaron sus cabezas hacia atrás con ligera sorpresa.

- Si tú eres uno de nosotros, entonces deberías conocerlo tan bien como conoces tu nido...- Dijo una de las dos hembras.

Krasus maldijo su aturdida memoria. Este podría ser sólo un lugar.

- ¿Entonces estoy en las cavernas del origen? ¿Estoy en el reino de la amada Alexstrasza, Reina de la Vida?

- Tú quisiste venir a este lugar.- Le recordó el macho pequeño.

- La pregunta persiste.- Agregó la segunda hembra, más joven y elegante que el resto.

- ¿Vienes de muy lejos?-

- Él va tan lejos como desea.- Intervino una nueva voz. -Pero si puedes, respóndeme una simple pregunta.-

Los cuatro Leviatanes y Krasus se volvieron al lugar donde repentinamente un quinto dragón, mucho más maduro, se sentó. A diferencia de los otros dos machos, éste tenía una cresta impresionante que lo cubría desde la cabeza hasta más abajo de sus hombros. Superaba con creces al segundo dragón más grande, por muchas toneladas, y sus garras eran más largas que la pequeña figura parada en medio de los gigantes. Pero a pesar de su inmensa forma y clara dominancia, sus ojos eran agudos y llenos de sabiduría. Él, más que ningún otro, decidiría si el viaje de Krasus tendría éxito.

- Si eres uno de nosotros, a pesar del disfraz que usas, debes saber quién soy yo.- Proclamó el dragón.

El mago luchó contra sus andrajosos recuerdos. Por supuesto que sabía quién era, pero no podía recordar el nombre. Su cuerpo se tensó y su sangre comenzó a hervir mientras luchaba con la niebla de su mente. Krasus sabía que si no le hablaba al gigante por su nombre sería rechazado por siempre, y nunca podría advertir a su raza del posible peligro que significaba su presencia en esa época.

Y entonces, con un esfuerzo titánico, el nombre que debería conocer tan bien como el suyo brotó de sus labios.

-Tú eres Tyranastrasz...Tyran el Erudito. ¡Primer... consorte de Alexstrasza!-

El orgullo al recordar el nombre y el título del gigante carmesí debió ser notorio, pues Tyranastrasz soltó un sonido similar a una risa humana.

- En realidad eres uno de nosotros, ¡Pero aún no puedo creerte! El que te trajo me ha dado tu nombre, pero claramente está equivocado, porque entre nosotros, un nombre es otorgado a uno, y sólo a uno.

- No hay errores.- Instó el dragón mago. - Y puedo explicarte por qué.-

El consorte de Alexstrasza agitó su poderosa cabeza. Una pizca de humo se escapó de sus fosas nasales.

- La explicación que le has dado al pequeño, ha sido transmitida a nosotros... ¡Y es muy asombrosa para ser cierta! Lo que dices recae en el reino del Atemporal, Nozdormu, ¡Pero él no sería tan imprudente para hacer lo que nos has mostrado!-

- Está claro que está confundido.- Dijo el vigilante del bosque. - Es uno de nosotros, te lo garantizo, pero herido por un accidente o algún aparato.-

- Tal vez...- Tyranastrasz sorprendió a los otros dragones al bajar su cabeza hasta el suelo justo delante de Krasus.

- ¡Pero por conocerme has respondido a mi pregunta, eres del vuelo y por eso tienes el derecho y privilegio de entrar en lo más profundo de este aposento! ¡Ven, te llevaré con alguien que resolverá este asunto, alguien que conoce a todo su vuelo como conoce a todos sus hijos! Ella te reconocerá y, por lo tanto, reconocerá la verdad...-

- ¿Me llevarás con Alexstrasza?-

- Ninguna otra. Trepa a mi cuello, si eres capaz.-

Aún con su debilidad física, Krasus se las arregló para trepar. No se animaba sólo porque había encontrado ayuda...sino que también por la oportunidad de ver a su amada una vez más, aunque, después de todo, no lo reconociera.

El gran dragón llevó a Krasus a través de largos túneles y cámaras que le deberían haber sido familiares, pero no lo fueron. Entre antes y ahora, algunas pistas en su memoria se agitaban, pero no lo suficiente como para satisfacer al mago. Aun cuando se cruzaban con otros dragones, ninguno le parecía familiar a Krasus, quien alguna vez había conocido a todos los del Vuelo Rojo.

Deseó haber estado despierto cuando el guardián lo llevó a ese lugar. Los alrededores del dominio del Vuelo Rojo podrían haber encendido sus recuerdos. Además, ¿Qué vista más gloriosa podía existir que ver a los dragones en la cima de su reinado? Contemplar una vez más las imponentes y altas montañas, cientos de grandes orificios en cada acantilado, una de las antiguas entradas al reino de Alexstrasza. Pasaron incontables siglos desde esa vez y Krasus...

- *Tal vez si logro convencerla...me lleve a ver la tierra de los dragones una última vez...antes de que decida qué hacer conmigo.-*

La enorme figura de Tyranastrasz se movía sin esfuerzo por los altos y pulidos túneles. Y Krasus sintió una punzada de celos, por estar a punto de hablar con su amada, y tener que hacerlo con ese cuerpo miserable y mortal. Él amaba grandemente a las razas menores y disfrutaba pasar tiempo entre ellas, pero ahora cuando su existencia pendía de un hilo, Krasus hubiera preferido su forma verdadera.

Un brillante pero agradable resplandor apareció repentinamente sobre ellos. El brillo rojizo reconfortaba a Krasus por dentro y por afuera a medida de que se acercaban y lo hacía pensar en su infancia de aprendizaje y crecimiento, tanto en el cielo como en la tierra. Recuerdos fugaces de su vida bailaron en su cabeza y, por primera vez desde su llegada a esta época, el dragón mago se sintió él mismo.

Fueron a la boca de la vasta cueva que era la fuente del magnífico esplendor. Arrodillado en la entrada, Tyranastrasz inclinó su cabeza y proclamó:

- Con tu permiso, mi amor, mi vida.-

- Siempre.- Respondió una voz tan delicada como poderosa. - Siempre para ti.-

Una vez más Krasus sintió celos, pero él sabía que la que había hablado lo había amado a él tanto como amaba al leviatán sobre el que había montado. La Reina de la vida tenía mucho amor, no sólo para sus consortes, sino que para todo su vuelo. Verdaderamente, ella amaba a todas las criaturas del mundo, aunque ese amor no impedía que destruyera a aquellos que, de alguna manera, amenazaran al resto.

Y esa fue una cosa que Krasus olvidó deliberadamente mencionarle a Rhonin.

Krasus se había percatado de que una manera de prevenir cualquier daño en la línea temporal era eliminar a aquellos objetos que estaban dónde se suponía que no debían estar. Para que la historia no empeorara, Alexstrasza tendría que matarlos a los dos, a él y al mago humano.

Mientras Tyranastrasz y él entraron, todos los pensamientos sobre qué podría ocurrirle se desvanecieron, a medida que contemplaba aquella que por siempre comandaría su corazón y su alma.

La maravillosa luz que penetraba cada esquina y cada grieta de la gran cámara radiaba de la mismísima brillante y roja dragona. Alexstrasza era la más colosal de su especie, doblaba el tamaño del titán en cual Krasus había montado. Sin embargo, una dulzura inherente podía ser detectada de la enorme constitución, más aún cuando el mago estaba mirando la Reina de la Vida delicadamente mientras movía un frágil huevo del calor de su cuerpo a un respiradero de humo, donde lo acomodó de forma segura.

Estaba rodeada de huevos, huevos y mucho más. Los huevos eran su última nidada, una abundante. Cada uno medía un pie de altura, grande para la mayoría, pero pequeño comparado con aquella que los había puesto.

Krasus contó tres docenas. Sólo alrededor de la mitad eclosionaría, y sólo la mitad de ellos sobreviviría a la adultez. Pero así era la vida de los dragones, un duro comienzo anunciaba una vida de gloria y maravilla.

Enmarcando la imagen, había una gama de plantas en flor que no habrían sido capaces de existir en tales condiciones y especialmente bajo tierra. Había enredaderas que trepaban las paredes y extensas alfombras de flor púrpura. Lirios dorados decoraban el área del nido, y rosas y orquídeas cubrían el área en donde la misma Alexstrasza descansaba. Cada planta florecía fuerte, alimentada por la gloriosa presencia de la Reina de la Vida. Un arroyo de aguas cristalinas fluía a través de la caverna, y pasaba al alcance de las fauces de la dragona, por si es que requería tomar un sorbo en cualquier momento. El murmullo tranquilo del subterráneo se sumaba a la tranquilidad de la escena.

La montura de Krasus inclinó su cabeza para que así su pequeño jinete pudiera desmontar. Sin dejar de mirar a Alexstrasza, el dragón mago pisó el suelo de la caverna y se arrodilló.

- Mi reina...-

Pero ella miró al gran macho que había traído a Krasus.

- Tyranastrasz... ¿Nos podrías dejar a solas un momento?-

Sin decir una palabra el gigante volvió a salir de cámara. La Reina de la vida cambió su mirada a Krasus, pero no dijo nada. Arrodillado frente a ella, él esperaba alguna señal de reconocimiento, aún sin recibir ninguna.

Incapaz de mantener su silencio por más tiempo, Krasus jadeó:

- Mi reina, mi mundo ¿Puede ser que tú, de entre todos los seres, que no me reconozcas?-

Ella lo estudio a través de sus parpados entrecerrados antes de responder.

- Yo conozco esta sensación, y sé lo que siento, y por tanto he tomado la historia que has contado bajo seria consideración. Ya he decidido qué debe hacerse, pero primero, hay alguien que debe conocer esta situación, pues su juicio augusto es tan importante para mí como lo es el mío. ¡Ahhh! ¡Aquí viene!-

Desde otro pasaje emergió un macho adulto sólo un poco más pequeño que Tyranastrasz. El recién llegado se movía con dificultad, como si cada paso fuera un pesado trabajo. Enorme, con escamas carmesíes descoloridas y ojos cansados, al comienzo parecía mucho mayor que un consorte de Alexstrasza, hasta que el mago se dio cuenta de que no era la edad lo que aquejaba a este dragón, sino que alguna enfermedad desconocida.

- ¿Me...llamaste, mi Alexstrasza?-

Y cuando Krasus escuchó al debilitado gigante hablar, su mundo se volvió de cabeza nuevamente. Tambaleó sobre sus pies, alejándose del macho con gran consternación.

La Reina de la Vida notó rápidamente su reacción, aun cuando su mirada, en mayor parte, permanecía en el recién llegado.

- Solicité tu presencia aquí, sí. Perdóname si el esfuerzo te tensa demasiado.-

- No hay... nada que no haría por ti, mi amor, mi mundo.-

Ella indicó al mago, quien aún estaba como si un rayo lo hubiese alcanzado.

- Este es... ¿cómo te haces llamar?-

- Kor... Krasus, mi reina, Krasus...-

- ¿Krasus? Entonces es Krasus...-

Su tono dejó entrever diversión ante la repentina elección de los nombres en ese momento. Ella se volvió nuevamente al enfermo leviatán:

- Y este, Krasus, es uno de mis más amados, mi consorte más reciente, y uno a quien ya acudo como guía. Siendo uno de nosotros, debes haber oído de él. Su nombre es Korialstrasz...-

En el sinuoso camino forestal en el que cabalgaban, Malfurion finalmente llegó a creer que habían perdido cualquier posible persecución. Había escogido una ruta que conducía sobre rocas y otras superficies en donde los sables de la noche dejarían pocas huellas, con la esperanza de que cualquiera que los siguiera, pronto cabalgara en la dirección equivocada. Significaba demorarse más tiempo en llegar al lugar en el que siempre se reunía con Cenarius, pero Malfurion decidió que tomar esa precaución, era necesario. Aún no sabía lo que el Señor del Bosque pensaría al escuchar lo que su discípulo había hecho.

A medida que se acercaban al lugar de encuentro, Malfurion disminuyó la marcha de su sable. Y de una manera más desaliñada, Brox hizo lo mismo.

- ¿Nos detenemos?- Gruñó el orco, mirando a su alrededor y viendo nada más que árboles. - ¿Aquí?-

- Casi. Sólo unos pocos minutos más. El roble pronto debería estar a la vista.-

A pesar de estar tan cerca de su meta, el elfo de la noche se puso más nervioso. Una vez pensó que había sentido ojos observándolo, pero cuando miró, vio solamente el bosque en calma. Comprender que su vida había cambiado para siempre seguía agitándolo. Si la Guardia Lunar lo reconocía, corría el riesgo de ser rechazado; el más horrible castigo que podría ser aplicado a un elfo de la noche además de la muerte. Su pueblo se volvería contra él, y sería marcado como muerto a pesar de seguir respirando. Nadie se relacionaría con él ni menos buscaría su mirada.

Ni siquiera Tyrande o Illidan.

El sólo había empeorado sus crímenes al dejar que los cazadores se enfrentaran a la demoníaca criatura, algo que Brox había llamado “manáfago”. Si el manáfago había herido o matado a cualquiera de los que lo perseguían, Malfurion quedaría sin esperanzas de arreglar su situación... y, para hacer el asunto peor, sería responsable de la pérdida de vidas inocentes. Pero, ¿Qué más podría haber hecho? La única otra opción hubiera sido haberse involucrado en llevar a Brox de vuelta a la Guardia Lunar...y eventualmente al Bastión Cuervo Negro.

El roble apareció repentinamente delante, y le dio a Malfurion la oportunidad de no vivir más, por el momento, en sus crecientes problemas. Para cualquiera, el árbol hubiera sido simplemente un árbol cualquiera, pero para Malfurion, era un antiguo centinela, uno de los que más había servido a Cenarius. Este árbol, alto, de tronco grueso, y con una corteza muy arrugada, había visto al resto del bosque crecer una y otra vez. Lo había sobrevivido a otros incontables de su especie y había presenciado miles de generaciones de vidas animales fugaces.

Conoció a Malfurion a medida de que se acercaba, las hojas de la amplia corona se agitaron perceptiblemente a pesar de la falta de viento. Este era el antiguo lenguaje de todos los árboles, y el elfo de la noche se sintió honrado de que Cenarius tempranamente le hubiera enseñado a comprenderlo.

- Brox...debo pedirte un favor.-

- Te debo mucho. Dime.-

Apuntando al roble, Malfurion dijo: -Desmonta y ve a ese árbol. Toca con la palma de tu mano el tronco en la parte donde veas un área nudosa de la corteza.-

El orco no tenía idea de por qué le había pedido eso a él, pero como había sido Malfurion quien se lo había pedido, obedeció inmediatamente. Brox le entregó las riendas al elfo de la noche y recorrió el camino hacia el centinela.

El gran guerrero miró de cerca el tronco, y luego plantó una mano carnosa en el lugar que Malfurion le había indicado.

Volviendo su cabeza para mirar atrás a su compañero, el orco dijo:

- ¿Y qué hago a...?-

Dejó salir un gruñido de sorpresa cuando su mano se hundió en la corteza como si ésta última se hubiese convertido en lodo. Brox casi tiró el miembro del árbol hacia afuera, pero Malfurion rápidamente le ordenó que permaneciera ahí.

- ¡No hagas absolutamente nada! ¡Está aprendiendo de ti! Sentirás un hormigueo en tu mano, pero eso es todo.-

Lo que no le explicó fue que ese hormigueo significaba que pequeñas raíces desde dentro del guardián ahora penetrarían la carne del orco. El roble estaba aprendiendo

de Brox convirtiéndose, aunque por muy poco tiempo, en una parte de él. La planta y el animal entrelazados. El roble siempre recordaría a Brox, sin importar cuantos siglos pudieran pasar.

La vena en el cuello del orco palpitaba con locura, como signo de una creciente ansiedad. Pero para su mérito, Brox se quedó tan quieto como el roble, con sus ojos siempre fijos en el lugar donde su mano había desaparecido.

Repentinamente el retrocedió un paso, la extremidad lo soltó casi tan abruptamente como lo había tomado. Brox inmediatamente flexionó la mano, probando los dedos y seguramente contándolos.

- El camino está abierto para nosotros ahora.- Proclamó Malfurion.

Cuando Brox montó nuevamente, el elfo de la noche condujo el camino más allá del roble. Cuando pasaron por el centinela, Malfurion sintió un sutil cambio en el aire. Sólo aquellos a los que Cenarius les permitía ir a él, encontrarían el camino más allá de los centinelas.

Las diferencias en los alrededores se hicieron más notorias a medida que la pareja avanzaba en su viaje.

Una brisa refrescante los enfrió. Las aves saltaban y cantaban en los árboles que los rodeaban. Los mismos árboles se mecían alegremente, saludando al elfo de la noche especialmente, ya que podía entenderlos. Una sensación de comodidad los cubrió a ambos, a tal punto que Malfurion incluso captó un indicio de sonrisa en el rudo semblante del orco.

Una barrera de un denso bosque obstruyó abruptamente el camino. Brox miró a Malfurion, quien le indicó que no debían desmontar. Después de que hubieran hecho eso, Malfurion guió al orco a través de un estrecho camino a pie entre los árboles, que no era visible a primera vista. Ellos siguieron ese camino por algunos minutos antes de detenerse afuera de una generosa e iluminada zona abierta, cubierta de hierba alta y suave, y altas y brillantes flores.

El claro del Señor del Bosque.

Pero la figura rodeada por el anillo de flores en el centro del claro nunca podría haber sido una equivocación de Cenarius. Sentado en el centro del anillo, saltó al ver al par y sus ojos extraños se fijaron en Brox, como si supiera exactamente qué era el orco.

- Tú...- Murmuró el extraño al guerrero de piel verde. - Tú no deberías estar aquí...-

Brox confundió el sentido del comentario.

- Yo vine con él, mago...y no necesito tu autorización.-

Pero la figura de cabello de fuego, que Malfurion no podía reconocer aún a qué raza pertenecía, agitó su cabeza y avanzó hacia el orco sólo para vacilar al borde del anillo. Con una curiosa mirada a las flores, que como respuesta lo miraron como si ahora lo estudiaran, el extraño encapuchado soltó:

- ¡Este no es tu tiempo! ¡Tú no deberías existir aquí!-

Levantó su mano en lo que pareció una postura amenazadora para el elfo de la noche. Al recordar el uso de la palabra “mago” de parte de Brox, Malfurion rápidamente preparó uno de sus propios hechizos, sospechando que las enseñanzas drúidicas de Cenarius le servirían mejor a él, en este lugar sagrado, que la magia del extraño.

De pronto el cielo tronó y la siempre presente brisa ligera se convirtió en un intenso vendaval. Brox y Malfurion fueron expulsados hacia atrás unos pocos pies y el mago casi fue empujado hacia el aire, tan fuerte era que lo obligó a alejarse del borde del anillo.

- ¡No habrá nada de esto en mi santuario!- Declaró la voz de Cenarius.

A poca distancia de la barrera de flores el fuerte viento levantó hojas, polvo y otras cosas sueltas del bosque, lanzándolas alrededor y creando un torbellino que crecía con rapidez e intensidad, mientras las hojas y las demás piezas se solidificaban en una imponente figura.

Y cuando el aire se calmó nuevamente, Cenarius avanzó hacia Malfurion y los demás para estudiarlos.

- Esperaba algo mejor de ti.- Comentó con tranquilidad al elfo de la noche. - Pero estos son tiempos extraños.- Observó a Brox. - Y al parecer se vuelven más extraños con el pasar de las horas.-

El orco gruñó desafiante a Cenarius. Pero Malfurion rápidamente lo silenció.

- Este es el Señor del Bosque, el semidiós Cenarius... con quién te dije que te traería, Brox.-

Brox se calmó un poco, y apuntó al mago encapuchado.

- ¿Y ese? ¿Es otro semidiós?-

- Él es una pieza del rompecabezas.- Respondió Cenarius. - Y tú parece ser otra pieza del mismo.-

- Tú reconociste al recién llegado, amigo Rhonin.- Añadió Cenarius a la figura que estaba en el anillo. El hechicero de túnica no dijo nada.

El semidiós movió su cabeza con clara decepción.

- No quiero lastimarte, Rhonin, pero han sucedido muchas cosas que los otros y yo encontramos inquietantes y fuera de lugar. Tú y tu compañero desaparecido, y ahora éste otro.-

- Su nombre es Brox.- Dijo Malfurion.

- Este, llamado Brox.- Reparó Cenarius. - Es otro ser al cual nunca había visto. ¿Y cómo llegó a este lugar Brox, mi estudiante? Supongo que hay una historia por contar, una inquietante.-

Asintiendo, el elfo de la noche comenzó a contar inmediatamente la historia del rescate del orco, culpándose solamente a sí mismo. Apenas habló de Tyrande e Illidan. Pero Cenarius, más viejo y más sabio que su discípulo, comprendió mucho más de la verdad.

- Te dije que los destinos de tu hermano y el tuyo tomarían caminos diferentes. Creo que esa bifurcación ha venido ahora, lo quieras o no.-

- No comprendo.-

- Es una charla para otra vez.- El semidiós de repente avanzó hacia Malfurion y Brox, mirando atentamente hacia el bosque. Cerca del claro, las coronas de los árboles se movieron repentinamente con gran agitación.

- Y tiempo es lo que no tenemos en este momento. Es mejor que se preparen...incluso tú, mi amigo Rhonin.-

- ¿Yo?-

- ¿Qué es eso, Shan'do? -Malfurion podía sentir la furia de los árboles.

El cielo soleado se llenó de truenos y el viento comenzó de nuevo. Una sombra cayó sobre el majestuoso semblante de Cenarius, una sombra tenebrosa que hizo que incluso Malfurion se preocupara por su maestro.

El Señor del Bosque estiró sus brazos hacia adelante, casi como si quisiera abrazar algo que nadie más podía ver.

- Estamos a punto de ser atacados... y me temo que incluso no seré capaz de protegerlos a todos.-

Un solitario manáfono había seguido el sendero como ningún otro animal o jinete podría, no siguiendo el olor de su presa, sino que la magia. Así como la sangre y la carne, la magia y la hechicería eran su sustento... y como cualquiera de su especie, el manáfono siempre estaba hambriento.

Las criaturas mortales nunca habían notado la magia del centinela roble, pero el demonio lo hizo. Revisó con afán a su presa inmóvil y rápidamente sacó sus horribles tentáculos y atacó el grueso tronco.

El roble hizo su mejor esfuerzo para combatir al inesperado enemigo. Las raíces buscaban enredarle las patas, pero el manáfono las esquivó. Ramas sueltas descendieron de lo alto, golpeando la gruesa piel del monstruo inútilmente.

Cuando eso no funcionó, desde el roble salió un particular y agudo sonido que creció en intensidad. Pronto alcanzó un nivel inaudible para la mayoría de las criaturas.

Pero para el manáfono el sonido se convirtió en agonía. El demonio se quejaba y trató de enterrar su cabeza, pero al mismo tiempo se rehusaba a liberar al guardián. Las dos voluntades luchaban... pero la voluntad del manáfono fue más fuerte. A medida que su propia magia era drenada, el roble se marchitaba cada vez más, para

morir finalmente como la Guardia Lunar, asesinado en su deber después de haber protegido el camino con éxito durante miles de años.

El manáfago agitó su cabeza y olfateó el aire delante de él. Los tentáculos ansiosamente se extendieron hacia adelante, pero el demonio mantuvo su posición. Había crecido cuando devoró la antigua magia del roble y ahora era casi el doble de grande de lo que había sido.

Fue entonces cuando la metamorfosis comenzó.

Un profundo y oscuro resplandor envolvió completamente al manáfago que comenzó a retorcerse en varias direcciones, como si tratara de escapar de sí mismo. Y mientras más lo intentaba, más lo conseguía. Una cabeza, dos cabezas, tres, cuatro...cinco. Cada cabeza se estiraba con dificultad, tirando y tirando. Las cabezas eran seguidas de cuellos gruesos, hombros musculosos, torsos musculares y piernas.

Inundado con la rica magia del guardián antiguo, un sólo manáfago se convirtió en una jauría. El gran esfuerzo momentáneamente debilitó a cada uno de los demonios, pero en segundos se recuperaron. El conocimiento de que más adelante había más sustento y más poder los alentaba.

Y como uno sólo, los manáfagos cargaron hacia el claro.

CAPITULO CATORCE

- Eres un verdadero servidor.- El Magno le dijo a Lord Xavius. - Tus recompensas serán infinitas... todo lo que desees te lo concederé... cualquier cosa... cualquier persona...-

Sin pestañar sus falsos ojos negros, el elfo de la noche se arrodilló ante aquel portal de fuego, bebiendo muchas de las gloriosas promesas del Dios. Él fue el más

favorecido de nuevos esbirros del Magno, a quien se le concedería poderes milagrosos, una vez se haya abierto el camino.

Y cuanto más los Altonatos no cumplían lo último, la llegada del Dios se retrasaba más, y la frustración del consejero crecía.

Su frustración era compartida por otros dos. Uno de ellos era la reina Azshara, que deseaba tanto como Xavius el día en que todo lo imperfecto fuese erradicado del mundo, dejando sólo a los elfos de la noche -y sólo lo mejor de la raza- para gobernar el paraíso que vendría después. Ella no sabía, por supuesto, que en su sabiduría, el Magno la haría consorte de Xavius, pero el consejero esperaba que cualquier reclamo desapareciera una vez que su maravilloso Dios le informara.

El otro frustrado por la falta de éxito era el imponente Hakkar. Alguna vez acompañado por dos canes viles, el Maestro de Canes marchó en torno a los hechiceros Altonatos, señalando las fallas en sus canalizaciones y añadiendo su propio poder en la medida de lo posible.

Pero aun con la adición de su conocimiento arcano, sólo podían lograr un triunfo menor. Ahora Hakkar y sus mascotas ya no estaban solos entre los elfos de la noche. Ahora había otros tres, gigantes con cuernos con rostros de color carmesí que algunos de los elfos encontraron horribles pero que sólo Lord Xavius podía admirar. Al menos de nueve pies de altura, se cernían sobre los Altonatos, quienes eran de más de siete pies de altura.

Estos fueron anunciados como campeones del Dios, guerreros celestiales cuyo único propósito fue a hacer cumplir su voluntad sin importar el costo para ellos. Cada uno medía aproximadamente nueve pies de altura y a pesar de estar construidos extrañamente delgados, las figuras de bronce blindado no tenían dificultad portando los grandes y largos escudos, como también las flamantes mazas. Ellos obedecían a la carta cualquier orden que se les daba y trataban al consejero con tanto respeto como lo hizo Hakkar.

Y pronto habrá más de ellos. A pesar de que Xavius dió un paso atrás, vio un destello del portal. Eclosionó, creciendo hasta llenar el patrón sobre el que se cernía, hinchándose hasta que...

A través de él llegó otro guardia vil, en tanto Hakkar llamó a todos estos dignos luchadores. En el momento en que entró en el plano mortal, el recién llegado inclinó su temible cabeza hacia el Maestro de Canes, y posteriormente hacia Xavius.

Hakkar señaló para que el guerrero se reuniese con sus predecesores. Volviéndose a Xavius, el Maestro de Canes apunto a los cuatro. - ¡El Magno cumple su primera promessssa a ti, Lord elfo de la noche! ¡Comándalos! ¡Son tuyos para hacer lo que desseesssss!-

Xavius sabía exactamente qué hacer con ellos. - ¡Como han sido un regalo para mí, que mejor que sirvan como un regalo para la reina! ¡Los haré escoltas de honor para

Azshara!-

El Maestro de Canes asintió con la cabeza. Ambos sabían el valor de complacer a la reina de los elfos de la noche, al igual que los dos sabían el deseo secreto del consejero. - ¡Harías mejor en llevar sssssu regalo tú mismo, Lord elfo de la noche! ¡El trabajo continuará mientras estássss fuera, me ocuparé de essso!-

La idea de hacer él mismo la presentación apeló en gran medida a Xavius. Con una reverencia a Hakkar, el consejero hizo chasquear los dedos y se llevó a los cuatro guerreros gigantes fuera de la cámara de la torre. Él sabía exactamente dónde iba a encontrar Azshara en este momento.

Y a medida que se iba, el Maestro de Canes, con sus pétreos y brillantes ojos llameantes, observó al elfo de la noche con atención.

Aunque su consejero dormía muy poco, -casi nada en los últimos días- como reina, Azshara tenía el derecho y el privilegio de descansar lo que quisiera. Después de todo, tenía que ser perfecta en todos los sentidos, sobre todo en cuanto a su belleza se refiere. Por lo tanto, la reina de los elfos de la noche dormía en general durante todo el día, evitando por completo la quemadora luz del sol.

Por lo tanto, Azshara no tomó bien al principio la entrada de una de sus humildes sirvientas. Esta última cayó rápidamente de rodillas ante el borde redondeado de la habitación que abarcaba la cama de la reina. La joven mujer estaba casi escondida detrás de las cortinas de seda que la rodeaban.

Con una mano lánguida, la Luz de las Luces indicó que su sierva podía hablar.

- Ama, perdone a esta humilde sirvienta, pero el señor consejero solicita una audiencia con usted, afirmando que ha traído algo de su interés.-

No había nada que Azshara pudiese imaginar desear en este momento para hacerla salir de su cama, ni siquiera por su consejero. Con su pelo de plata cubriendo sus almohadas, ella frunció los labios mientras reflexionaba sobre si traer o no a Xavius hacia ella.

- Haz que se espere cinco minutos.- Finalmente ronroneó, ya posicionándose ingeniosamente. La reina muy consciente de los gustos de Xavius, sabía muy bien cómo usarlos a su favor. El consejero podría pensar que era superior a su reina, pero como mujer, ella era superior a cualquier hombre. – Y entonces concédele la entrada.-

La sirvienta no cuestionó la decisión de su majestad. Azshara la vio salir con los ojos entrecerrados, luego se estiró con gracia, ya preparando su encuentro con su consejero principal.

La joven sirvienta regresó nerviosamente... pero sólo después de que Xavius hubiera estado esperando durante varios minutos. Manteniendo la cabeza baja -y por lo tanto con su expresión casi oculta- acompañó al consejero a través de las puertas de roble grueso, hábilmente talladas que conducían a las cámaras personales de la reina.

Sólo un puñado de veces Xavius se atrevió a verla aquí, en su santuario más íntimo. Xavius sabía que algo podía esperar; Azshara parecería impecable y seductora, todo sin parecer darse cuenta de esto. Era el juego que ella jugaba y jugaba bien, pero él estaba preparado. Él era su superior.

Efectivamente, la reina de los elfos de la noche estaba descansando, con un brazo detrás de su cabeza, y cerca de ella dos sirvientas vestidas de seda arrodilladas. Una bandeja de plata con una jarra de esmeralda llena de vino se puso al alcance de la reina y su copa medio llena dejando en evidencia ya haber probado del rico néctar.

- Mi querido señor consejero.- Respiró ella. - Debes tener algo terriblemente importante que decirme para solicitar una audiencia a tal hora.- La fina y reluciente sabana enmarcaba su exquisita forma. - Por lo tanto, he intentado acomodarle lo mejor que pueda.-

Con el puño en su corazón, cayó sobre una rodilla. Mirando el blanco suelo de mármol, Lord Xavius respondió: - Luz de Luces, corazón amado del pueblo, le doy las gracias por este tiempo que me ha dado. Le pido disculpas por molestarla a esta hora, pero he traído conmigo el más interesante regalo, un regalo verdaderamente digno de la reina de los elfos de la noche, la reina del mundo. ¿Me permite traerlo?-

Miró hacia arriba y vio que tenía su atención. Sus ojos velados no pudieron ocultar tanto su creciente curiosidad como su expectación. Azshara se movió en la cama, la sábana aún se mantenía muy unida a su torso.

- Lograste mi interés, querido Xavius. Te concedo el honor de presentarme tu regalo.-

Poniéndose de pie, el alto consejero se volvió hacia las puertas y chasqueó los dedos.

Hubo un grito en la habitación exterior y dos sirvientas más entraron corriendo, huyendo a la comodidad y protección de su majestad. Con el ceño fruncido, Azshara se sentó, pero sin salir del todo de la sabana.

Los cuatro viles guerreros marcharon de dos en dos en el santuario de la reina, eran tan altos que tenían que agacharse por la puerta para evitar raspar la parte superior con sus cuernos. Se dispersaron cuando entraron a la habitación, con su escudo

pegado a sus cuerpos blindados y las mazas en alto hicieron una señal de saludo.

Azshara se inclinó hacia delante, completamente fascinada: - ¿Qué son?-

- ¡Ellos son tuyos, mi reina! ¡La protección de su vida es el deber ellos y su única razón de existir! ¡Mire, majestad, sus nuevos guardaespaldas!-

Vio que a ella le había gustado también. Habría más y más guerreros celestiales enviados por el Magno, pero estos fueron los primeros e iban a ser suyos. Eso marcó toda la diferencia.

- Qué maravilla.- Murmuró, estirando un brazo hacia una sirvienta. La joven doncella llegó inmediatamente junto al vestido de Azshara. Las otras sirvientas formaron una muralla, ocultando todo menos la cabeza de la reina de la vista de Xavius y la Guardia Vil. - Qué apropiado. Su regalo es aceptable.-

- Me alegra que esté satisfecha, Luz de Luces.-

Las sirvientas dieron un paso hacia atrás. Ahora vestida con una traslúcida túnica de color nieve, la reina Azshara se levantó de su cama. Con pasos calculados, se acercó a las imponentes figuras e inspeccionó cada una, su vestido se arrastraba a lo largo del suelo de mármol. Por su parte, la Guardia Vil se quedó tan inmóvil que podría haber sido confundida con estatuas.

- ¿Hay más?-

- Habrá, con el tiempo.-

Ella frunció el ceño. - ¿Tan pocos después de tanto tiempo? ¿Cómo podrá el propio Magno venir a través del portal, si no podemos invocar más de unos pocos de su ejército a la vez?-

- Hacemos con ayuda del pozo lo mejor que podemos, oh gloriosa reina. Hay corrientes contradictorias, reacciones externas, la influencia de otros hechiceros en otro lugar...-

Como un niño llegando a tocar un nuevo juguete, Azshara dejó que sus dedos apenas rozaran la armadura ardiente de uno de sus nuevos guardaespaldas. Hubo un ligero siseo. La reina apartó sus dedos, y luego una expresión extrañamente de complacencia se cruzó en sus rasgos perfectos. - Entonces, ¿Por qué no has cortado el pozo de tal interferencia exterior? Eso haría luego tu labor mucho más simple.-

Lord Xavius abrió la boca para explicar por qué las complejidades de los hechizos Altonatos no permitirían tal acción... luego se dio cuenta que no tenía buena respuesta. En teoría, la sugerencia de Azshara tenía gran mérito.

- Realmente eres la reina.- Finalmente comentó.

Sus ojos dorados se fijaron en los suyos. - Por supuesto que sí, mi querido

consejero. Solo ha habido, y siempre habrá... una sola Azshara.-

Él asintió con la cabeza sin decir nada.

La reina se dirigió de nuevo a su cama, sentándose con delicadeza en el borde.

- ¿Hay algo más?-

- Nada... por ahora, mi reina.-

- Entonces, creo que ahora debes tener más trabajo que hacer.-

Despidiéndose, Lord Xavius se inclinó ante su monarca, y luego se retiró de sus cámaras. No se sintió ni siquiera ofendido por su tono real o actitud, más que un poco molesto por su dominio de la situación.

Cortar el pozo de interferencias...

Se podría hacer. Si no es con los Altonatos, entonces con una buena orientación de Hakkar. Sin duda, el Maestro de Canes sabría mejor cómo hacerlo. Con el uso del pozo limitado solamente a los del palacio, el poder que sacan los Altonatos sería más fácil de manipular, más fácil de transformar...

Poco importaba qué estragos podría causar cortar el pozo al resto de su pueblo.

- Definitivamente él es uno de nosotros... de alguna manera sé que eso está bien, tal como me conozco a mi mismo.-

Las palabras fueron quizás lo más irónico dicho en la historia, o eso creía Krasus en ese momento. Habían sido, después de todo, pronunciadas por el dragón Korialstrasz, el más nuevo de los consortes de Alexstrasza.

Y también más joven que el mismo Krasus.

Korialstrasz no se reconoció a sí mismo, por lo menos, no de manera consciente. Sin embargo, el hecho de que Alexstrasza no le haya informado de la verdadera identidad del recién llegado generó muchas preguntas.

Una pregunta posiblemente dirigida a los otros tenía que ver con el estado actual del dragón macho. Si bien es cierto que la memoria de Krasus estaba llena de agujeros, dudaba que pudiera haber olvidado una enfermedad como la que su encarnación anterior parecía estar sufriendo en este momento. Korialstrasz parecía mucho más viejo, y mucho más débil que su edad. Parecía mayor de Tyran, que era siglos más viejo que Korialstrasz.

- ¿Qué más puedes decir de él?- Preguntó Alexstrasza a su compañero.

El otro dragón miró de reojo Krasus. - Él es más viejo, muy viejo de hecho.-
Korialstrasz inclinó la cabeza: - Hay algo en sus ojos... sus ojos...-

- ¿Qué pasa con ellos?-

El enorme dragón se echó hacia atrás. - ¡Perdóname! ¡Mi cabeza está muy confusa!
¡No soy digno de estar en tu presencia en este momento! Debería retirarme...-

Pero ella aún no lo dejaría ir. - Míralo, querida pareja. Te pregunto ésta última cosa;
con lo poco que sabes, ¿Confiarías en su palabra?-

- Yo... sí, mi Alexstrasza... yo... lo haría.-

De repente, algo curioso le sucedió a Krasus. A medida que los dragones seguían
conversando acerca de él, comenzó a sentirse más fuerte, más fuerte de lo que
jamás había sentido desde la primera llegada al pasado. No era tan fuerte como
debería haber sido, pero, al menos, mucho más cerca de lo normal.

Y no era solamente él. También notó que, a pesar de las palabras de su contraparte,
su yo más joven también comenzó a sentirse mejor. Un poco de color había
regresado a sus escamas y Korialstrasz se movía con mejor facilidad que antes.
Además de no jadear más al hablar.

Alexstrasza asintió en respuesta a lo que su consorte respondió, y luego dijo: - Eso
quería oír. Me dice mucho de lo que tú también sientes.-

- ¿Hay algo más que desees de mí? Mi fuerza se siente mejor; estar contigo, y serte
de ayuda, claramente me ha animado.-

La sonrisa que Krasus conocía tan bien adornaba el reptil rostro de la reina dragón.
- ¡Siempre tan poético, mi amado Korialstrasz! Sí... Desearé mucho más de ti. Sé
que va a ser difícil, pero necesitaré de tu presencia cuando traiga antes a los otros
aspectos.-

Ella logró impresionar ambas versiones de Krasus. La joven encarnación habló
primero, haciéndose eco de la sorpresa de la vieja encarnación. - ¿Convocarás a
una reunión de los Cinco? ¿Sobre él? ¿Pero por qué?-

- Porque ha contado una historia que deben escuchar, una historia que te diré
ahora... y podrás elegir de nuevo después si confías en él o no.-
Así que al fin su otro yo sabría la verdad. Krasus se preparó para el impacto del
joven Korialstrasz.

Pero así como él había sobresaltado a Rhonin, relatando una historia que dejó de
lado no solo una parte de la verdad sino también su verdadera identidad, ahora la
reina dragón dijo lo mismo. Ella habló de la perturbación y todo lo demás que Krasus
le había dicho al vigilante, pero de la verdadera identidad del mago, Alexstrasza dijo

nada. Para su consorte, Krasus era simplemente otro del vuelo rojo, uno cuya mente había sido desgarrada por poderosas fuerzas que la habían asaltado.

El mismo Krasus no hizo ningún esfuerzo en revelarse. Fue Alexstrasza -su vida, su amor. Él podría ser su asesor, pero ella aun manejaba la sabiduría de un aspecto. Si ella sentía que su yo más joven debía permanecer en la ignorancia... ¿Quién era él para no estar de acuerdo?

- Una historia asombrosa.- Murmuró Korialstrasz, luciendo y sonando mucho mejor.
- Tendría problemas para creerla desde cualquier boca, pero desde la tuya, mi reina...-

- ¿Así que tu confianza en él ha desaparecido?-

Los ojos del joven se vieron con los ojos del viejo. Incluso si Korialstrasz no se reconocía a sí mismo, debe de haber reconocido el alma gemela. - No... no, mi confianza no ha desaparecido. Si piensas que debería ser llevado ante los demás... debo consentir.-

- ¿Volaras conmigo entonces?-

- Pero yo no soy uno de los Cinco... Solamente soy yo.-

La Reina de la Vida se rió ligeramente, un sonido musical como ese venía solo de un dragón. - Y por lo tanto eres tan digno como cualquiera de nosotros.-

Korialstrasz estaba claramente halagado. - Si soy tan fuerte como ahora me siento, con gusto volaré a tu lado y estaré de pie delante de los otros aspectos.-

- Gracias... eso es todo lo que pido.- Se inclinó hacia delante y acarició brevemente su cabeza con la suya.

Krasus sintió celos peculiares. Allí estaba él, viéndose a sí mismo tener intimidad con su pareja, sin embargo, no era él. Deseó que por sólo un momento pudiera cambiar de lugar con Korialstrasz, que por solo ese momento en particular, pudiera ser su verdadero yo de nuevo.

Con una última mirada, Krasus se dio la vuelta y salió de la habitación. A medida que la punta de la cola de Korialstrasz desaparecía en el pasillo, el mago de repente se sintió mareado. Su debilidad regresó rápidamente, lo que causó que tambaleara.

Habría caído, pero de repente un gran y escamoso apéndice lo envolvió suavemente a su alrededor... La propia cola de Alexstrasza había llegado a su rescate.

- Las dos partes se sintieron mejor... al menos por un tiempo.-

- Yo no...- Su cabeza le daba vueltas.

- Te sentiste mucho mejor en su presencia, ¿no es así?-

- S-sí.-

- Ojala yo fuera Nozdormu en este momento. Él entendería más esto. Creo... creo que en el reino terrenal, ninguna criatura puede coexistir consigo misma. Creo que tú y él, siendo uno, sacan la misma fuerza de la vida. Cuando están lejos uno del otro, esa fuerza se reduce a la mitad, pero cuando estás tan cerca, como hace poco, la reducción de fuerza no es tan terrible. Ayudas al otro.-

Ubicado de forma segura, Krasus se recuperó lo suficiente como para pensar en sus palabras. - Así que es por eso que le pediste que viniese.-

- Tu historia debe ser contada y será mejor contada si él está cerca. En cuanto a la pregunta que no has formulado: ¿Por qué no le revelé la verdad? Es a causa de qué se puede hacer para arreglar el asunto.-

Su tono se volvió sombrío mientras decía lo último, confirmando las propias sospechas de Krasus. - Crees que puede llegar hasta el punto de que uno de nosotros deba ser eliminado de esta época... incluso si eso significa la muerte.-

El leviatán asintió a regañadientes. - Me temo que así es, mi amor.-

- Acepto la elección. Lo supe desde un principio.-

- Entonces sólo hay una cosa más que discutir antes de que lleguen los demás... y es lo que debe hacerse con el otro que vino contigo.-

Aunque en su interior se preguntó si Rhonin lo perdonaría, Krasus no dudó en contestar. - Si hay que hacerlo, compartiré mi destino. Él, también, tiene aquellos que le importan. Daría su vida por ellos.-

La Reina de la Vida asintió. - Así como yo confié en su consejo cuando se trataba de ti, confío en tu consejo cuando se trata de él. En caso de que el otro así lo decida, también será eliminado.- La expresión del dragón se suavizó. - Sé que voy a estar triste por esto para siempre.-

- No sientas ninguna culpa, mi reina, mi corazón.-

- Tengo que comunicarme con los demás. Sería lo mejor para ti si me esperas aquí. En este lugar no te encontrarás tan cansado.-

- Es un honor, mi reina.-

- ¿Honrado? Eres mi consorte. No podría hacer menos.-

Con su cola lo guió a un área del nido cerca del arroyo. Krasus se instaló en una depresión natural que actuó para él como una enorme silla.

A medida que la reina dragón se movía por el pasillo, se detuvo y, con un poco de remordimiento, añadió: - Espero que te sientas cómodo entre los huevos.-

- Voy a tener cuidado de no tocar ninguno.- Krasus entendía el valor de cualquier huevo.

- Estoy seguro que lo harás, mi amor... sobre todo sabiendo que son tuyos.-

Ella lo dejó sin palabras. A medida que la gigante carmesí desaparecía, Krasus paseó su mirada de un huevo a otro. Como consorte, él los había, por supuesto, criado con su pareja. Muchos de sus hijos crecerían hasta la edad adulta, trayendo orgullo para el vuelo.

Dio un puñetazo contra la roca, ignorando el dolor que ese acto insensato le traería. Aun por todo lo que había revelado a su amada Alexstrasza, había guardado varios hechos importantes. El más inmediato era la llegada de la Legión Ardiente. Krasus temía que incluso su reina, sabia como ella, estaría tentada a jugar con la historia... y eso podría crear un desastre más horrible.

Sin embargo, aún peor que eso, Krasus había sido incapaz de decirle sobre el futuro de su propia especie, un futuro en el que sólo unos pocos sobrevivirían... un futuro en el que la mayoría de sus crías y las siguientes nidadas morirían antes de que hayan tenido la oportunidad de alcanzar su plena madurez.

Un futuro en el que la misma Reina de la Vida se convertiría en una esclava, y sus hijos en perros de guerra de una raza conquistadora....

CAPITULO QUINCE

Los manáfgos se abalanzaron hacia el bosque encantado. Sus hocicos se alzaban a medida que la magia aumentaba. Los enormes sabuesos rugían de impaciencia pues el hambre y la misión los apremiaba.

Tan pronto como uno de ellos saltó sobre un tronco caído, las ramas de otro árbol cercano bajaron y enredaron sus piernas. Las patas del segundo manáfgo, que corría por el sendero, comenzaron a hundirse en la tierra que de pronto se tornó

lodosa. El tercero chocó contra un arbusto que germinó de pronto lleno de zarzas muy afiladas, las cuales incluso hirieron la dura piel del demonio y le causaron mucho sufrimiento.

El bosque cobraba vida, defendiéndose a sí mismo y a su maestro. La arremetida de los cinco monstruos se debilitaba...pero no fracasó. Unas enormes garras rasgaron las enredaderas, cortándolas del tronco. Otro manáfago ayudó al que estaba atrapado en la ciénaga, arrastrando a su camarada a tierra firme antes de seguir avanzando. El que estaba atrapado en el arbusto, con furia y hambre se las arregló para escabullirse, aunque significara heridas sangrantes por todas partes.

A los cazadores no se les negaría su presa.

— ¿Qué es eso Shan'do? —

El semidiós observó a su pupilo, sin recriminaciones en su fiera mirada:

— Los sabuesos de los que hablaste... te siguieron. —

— ¿Me siguieron? ¡Imposible! Sólo quedó uno y... —

Brox lo interrumpió, su estruendosa voz no daba ningún consuelo:

— Los manáfagos... son magia oscura. Donde hubo uno...pueden haber más de los que puedas alimentar... eso es lo que he visto... —

— Un buen amigo y talentoso guardián cayó frente a uno de ellos. —
Comentó Cenarius, quien miraba con atención hacia el espeso bosque delante de ellos

— Lo combatió con su magia más poderosa y ancestral, pero eso sólo sirvió para hacerlo más vulnerable. —

El orco asintió:

— Entonces el que antes era uno ahora es muchos. — Instintivamente Brox se tocó la espalda, pero su amada hacha de guerra ya no estaba ahí. — No tengo nada con qué luchar. —

— Te daremos un arma. Rápido, encuentra una rama caída del tamaño del arma que quieras. Malfurion, ayúdame. —

De inmediato Brox hizo lo que le ordenaron. Le entregó al semidiós y al elfo de la noche una rama enorme que Cenarius puso delante de Malfurion.

— Arrodíllate, mi estudiante. Tú también, guerrero. Malfurion, pon tus manos sobre la rama, ahora deja que él ponga sus palmas encima de tus manos. —

Una vez hecho esto el señor del bosque ordenó:

— Ahora, guerrero, aclara tu mente de todo excepto del arma. ¡Piensa sólo en ella! El tiempo es vital. Malfurion, debes abrir tu mente y dejar que sus pensamientos fluyan hacia ti. Les daré más instrucciones una vez que lo hagan. —

El elfo de la noche obedeció. Limpió sus pensamientos como su Shan'do le había enseñado, entonces pudo conectarse con el orco.

De inmediato una fuerza primigenia invadió su mente. Malfurion casi la rechaza, pero entonces se calmó. Aceptó los pensamientos de Brox y dejó que la imagen de lo que el guerrero deseaba tomara forma.

— ¿Ya ves el arma, mi estudiante? — Escuchó la voz de Cenarius. —
¿Sientes su tacto, las líneas que la forman? —

Malfurion lo sentía. También sintió la relación que el orco tenía con el arma y cómo no era tan solo una simple herramienta, sino que era una verdadera extensión del guerrero.

— Guía tus manos sobre la madera, siempre mantén la imagen en tu cabeza. Sigue el patrón natural y transfórmalo en la forma deseada... —

Con las manos de Brox sobre las suyas, el elfo de la noche comenzó a recorrer con sus dedos la rama. A medida que lo hacía, sintió que la rama se suavizaba al tocarla y tomaba forma.

Así, bajo su guía, se materializó una gruesa hacha afilada hecha de roble por completo. Malfurion observó su forma y sintió la satisfacción de crear un arma sólida y buena, tal como la que había perdido cuando fue capturado por los elfos de la noche...

Se preocupó. Esas habían sido las emociones del orco, no las suyas. Malfurion las expulsó rápidamente y se concentró en los toques finales: la curvatura de la empuñadura, el filo de la hoja.

— La tarea está hecha. — Interrumpió Cenarius. —Tráiganmela... —

El elfo de la noche y el orco se alejaron. Por un breve instante se miraron fijamente a los ojos. Malfurion se preguntaba si Brox habría experimentado lo mismo con sus propios pensamientos, pero la criatura de piel verde no le dio ninguna pista de que algo así hubiera pasado.

Entre ellos yacía una recreación pulida finamente de lo que Brox deseaba, aunque incluso el elfo de la noche se preguntaba de qué manera el arma resistiría uno o más golpes.

Como respuesta a sus preocupaciones, el señor del bosque extendió sus manos y repentinamente el hacha se cruzó delante de ellos. Cenarius estudió el arma con sus ojos dorados.

— Que su balance siempre sea preciso y que siempre proteja a su maestro. Que sirva bien por la causa de la vida y la justicia. Que su fuerza se sume a la de su maestro y lo fortalezca. —

Mientras proclamaba estas palabras, un resplandor azul rodeó al hacha. La luz se introdujo en la madera y le añadió brillo a la creación de Malfurion.

El semidiós le ofreció el hacha al orco:

— Es tuya. Te servirá bien. —

Con los ojos bien abiertos, el orco canoso recibió el obsequio. Luego la balanceó de un lado a otro, probando su calidad.

— El balance... ¡Es perfecto! La sensación... ¡Como una extensión de mi brazo! Pero se quebrará... —

— ¡Eso no sucederá!— Interrumpió el señor del bosque. — Además del trabajo de Malfurion, ahora tiene mi bendición. Verás que será más fuerte que cualquier otra hacha forjada por los mortales. Debes confiar en mí.

En cuanto al elfo de la noche, no recurrió a un arma ni tampoco deseaba algo como lo que Brox ahora tenía. Aunque sabía que las bestias demoniacas se alimentaban de la magia y la hechicería, también sabía que tendría más oportunidades utilizando sus hechizos en vez de algún arma con la que tendría tan solo dominio moderado. Ya tenía algunas ideas de cómo usar su talento sin convertirlo en la causa de su derrota.

Y así los tres enfrentarían al enemigo que estaba en camino.

Las pesadillas del reciente pasado de Rhonin volvían a atormentarlo, pero ahora en carne. Los manáfagos, heraldos de la Legión Ardiente, ya estaban aquí en el plano mortal. ¿Acaso las infinitas hileras de fieros guerreros demoniacos y con cuernos ya estaban cerca?

Krasus había puesto en la mente del hechicero de pelo rojizo el miedo de lo que podría pasar si interactuaban con el pasado. Lo que parecería una victoria podría implicar el fin del futuro como lo conocían. Así que para preservar mejor la vida de sus amados era necesario que Rhonin no hiciera nada en absoluto.

Pero tan pronto como el primer manáfago saltó hacia el claro, sus nobles intenciones se desvanecieron al instante. Un choque atronador rodeó al semidiós cuando se adelantó para enfrentar a los manáfagos. Sus pezuñas sacudieron el suelo e incluso hicieron una pequeña grieta en la tierra. Balanceó sus manos a la vez y un relámpago destelló al juntarlas.

Cenarius invocó de sus manos lo que parecía un sol en miniatura frente al demonio que tenía más cerca. Tal vez el semidiós solo estaba probando a su adversario o subestimó su resistencia, porque el manáfago estiró sus tentáculos y, en vez de quemarse hasta la muerte, las hambrientas extremidades del demonio absorbieron el hechizo de Cenarius con facilidad.

El manáfago se tambaleó, hubo un resplandor y de pronto... donde hubo uno ahora había dos.

Saltaron sobre el señor del bosque, arañándolo e intentado drenar sus grandes poderes. Con una mano Cenarius mantuvo a uno alejado, el demonio se retorció locamente e intentaba morder el brazo que lo mantenía en el aire. Pero el otro trepó

sobre su hombro, sus tentáculos buscaban la piel del semidiós. Los tres combatientes retrocedieron en un movimiento frenético.

¡Nunca lo había hecho! Ni el propio Rhonin había enfrentado a los manáfagos, pero había estudiado sus cadáveres y leído toda la información que se había reunido sobre ellos. Había escuchado algunas extrañas historias de sabuesos que se multiplicaban solos después de devorar magia. Aun así se suponía que el proceso era lento y complicado. De seguro que por la magia ancestral que el semidiós y el mismo bosque poseían...tan rica y poderosa...las criaturas eran aún más terribles...

Sintió escalofríos al saber que la magia siempre había sido su mejor arma. Podría luchar cuerpo a cuerpo, sí, pero no tenía ningún arma y dudaba que Cenarius pudiera darle una en ese momento. Además, contra esas criaturas, las habilidades que poseía con la espada no serían suficientes. Rhonin necesitaba de su magia.

La primera vez que Cenarius los había llevado a Krasus y a él al anillo, Rhonin no había sido capaz de lanzar ningún hechizo. El señor del bosque había encantado su mente, manteniendo bajo control el poder de sus dos "invitados". Sin embargo, Rhonin había sentido que el encantamiento había sido removido cuando Cenarius se había percatado de que el peligro los acechaba. El semidiós en realidad no había dañado al hechicero, había actuado solo para proteger a su bosque y a su mundo.

Pero aun cuando significara desobedecer la recomendación de Krasus, Rhonin se preguntaba qué tanto le serviría tener sus poderes de regreso. De seguro los demonios estarían más ansiosos por sus poderes, tal como habían deseado los poderes de tantos hechiceros drenados en la futura guerra contra la Legión.

Los manáfagos acorralaban a sus enemigos y en el proceso se acercaban cada vez más a Rhonin. Empuñó sus manos y unas poderosas palabras estaban preparadas para salir de su boca.

Aun así... no hizo nada.

Mientras Cenarius y los manáfagos gemelos se enfrentaban, dos más se lanzaron hacia Brox. El enorme guerrero fue al encuentro del líder de las criaturas con un grito de guerra que hizo que uno de los demonios titubeara ligeramente. El orco usó esa debilidad para tomar ventaja golpeando con fuerza a su adversario.

El hacha encantada se enterró profundamente en las zarpas de la bestia, mutilando tres dedos con garras, tan fácil como si el orco hubiera cortado el aire. Un fluido nauseabundo que parecía sangre en muchos de los demonios se derramó en el pasto, quemando las hojas como ácido.

El manáfago herido lanzó un aullido y tropezó a un lado, pero su camarada continuó con el ataque, abalanzándose sobre el orco. Brox intentaba recuperarse del primer golpe y apenas logró salvarse usando la empuñadura del hacha, arremetiendo con la base en el pecho de la bestia que saltaba hacia él.

Un monstruoso jadeo escapó del manáfago, pero no hizo mucho para frenarlo y cayó sobre Brox, casi aplastándolo bajo su masivo cuerpo.

En cuanto al elfo de la noche, el monstruo que enfrentaba lo buscaba ansiosamente con sus tentáculos. Malfurion se concentró, intentaba pensar en lo que haría Cenarius, recordó lo que había aprendido del semidiós: ver a la naturaleza como una aliada y un arma a la vez.

Recordando la manera en la que el semidiós se había presentado, a partir del mismo viento Malfurion creó un tornado rugiente que de inmediato rodeó al monstruoso manáfago. Los enormes y vigorosos tentáculos se movían con fiereza, buscando magia, pero el hechizo de Malfurion solamente había acentuado la fuerza inherente del viento así que el demonio encontró muy poco que drenar.

Al agitar su mano derecha, el elfo de la noche pidió a los árboles que los rodeaban el don para esparcir las hojas que tenían. Él buscó al más fuerte pero necesitaba muchas y rápido.

Y desde las coronas de los guardianes descendieron cientos de hojas, tantas como cada uno pudo dar. De inmediato Malfurion usó otra brisa para guiar las hojas hacia el torbellino.

Dentro del tornado el manáfago intentaba escapar, mirando implacablemente a sus presas. Pero el torbellino igualaba cada paso, siempre manteniendo al demonio en su centro.

Las hojas fluían, girando alrededor del tornado cada vez más rápido y expandiéndose velozmente. Al comienzo los manáfagos no las notaban, pues sólo eran unos pequeños desechos en el viento contra unos poderosos demonios, pero luego el primer borde afilado de una hoja rebanó el hocico de uno, expulsando sangre.

El demonio enfurecido golpeó a la hoja culpable, pero sólo consiguió más cortes en sus patas, piernas y torso sucesivamente. El viento ahora era miles de veces más intenso, el filoso borde de cada hoja voladora se convirtió en algo así como la hoja de un arma bien afilada, cortando y rebanando donde fuera que tocara al manáfago. Un flujo verdoso se derramaba sobre el cuerpo del demonio, mojando su piel e incluso nublando su visión.

Cenarius y las bestias que lo habían atacado ahora luchaban alejados del resto. Los llantos de los demonios encajaban con los magníficos rugidos del señor del bosque. Agarró con fuerza la pata delantera del manáfago que lo había atrapado y con un solo giro quebró el hueso. El demonio aulló y sus tentáculos liberaron a su presa, sacudiéndose en respuesta al dolor.

Mientras, de momento, se había liberado de una amenaza, Cenarius se enfocó en el otro. Su expresión se oscureció y sus ojos ardían de furia. De pronto, emergió de él una chispa de luz que envolvió al demonio que yacía a un lado. Los tentáculos babeantes de la criatura buscaron la chispa de luz con avaricia y la bebieron con ansias incluso buscando más.

Pero no era un simple mago ni un hechicero de quien buscaban drenar la magia. Ahora rodeado por una temible aura azulada, Cenarius presionó con su ataque,

alimentando a su enemigo y dándole lo que deseaba...pero tanta cantidad y en tan poco tiempo que incluso el demonio no pudo tomarlo todo.

El manáfono creció y explotó como un costal de agua. Parecía que estuvo a punto de dividirse...pero el poder que había ingerido era tan grande que no pudo contenerlo.

El monstruoso sabueso explotó y pedazos de carne pestilente llovieron sobre el claro.

Hasta ahora, Rhonin había sido afortunado. Ningún manáfono había ido por él. Permanecía en el centro del claro, esperando que tal poder lo mantuviera alejado de tener que decidir si utilizar sus propias habilidades.

Rhonin vio cómo Brox esquivaba a la criatura que estuvo a punto de aplastarlo. El guerrero veterano parecía tener el problema bajo control a pesar de enfrentarse a dos enemigos. Pero mientras seguía observándolo, una terrible idea invadió al mago humano. Si él y Krasus no podían volver a su época, Rhonin había comprendido que lo mejor sería que ambos fueran ejecutados rápidamente, tan pronto como para prevenir cualquier alteración más que pudieran hacer en la historia. Pero no contaba con que un guerrero orco también hubiera sido arrojado a esta era.

Y mientras miraba la espalda de Brox, Rhonin comenzó a pensar en un hechizo completamente diferente. En medio de la batalla podría pasar desapercibido por los demás y eliminaría otro peligro para la línea temporal. Krasus le diría que habría tomado la decisión correcta y que, incluso más que los demonios, Brox era un peligro para la misma existencia del mundo.

Pero sus manos titubearon, y empujó al hechizo que se formaba en su mente al lado más oscuro de ella. Rhonin se sintió avergonzado. El pueblo de Brox era un aliado poderoso y ese orco ahora no solo luchaba para salvarse a sí mismo, sino que también a los demás, incluyendo al mago.

Todo lo que Krasus le había dicho a Rhonin lo instaba a encargarse rápidamente de Brox y preocuparse después de las consecuencias, pero mientras más tiempo observaba al orco luchar al lado del elfo de la noche, otra raza aliada en el futuro, más se arrepentía de su momento de locura. Lo que había considerado le parecía tan horrible como las atrocidades perpetradas en su tiempo por la Legión Ardiente.

Pero Rhonin no podía esperar más tiempo sin hacer nada...

—Lo siento Krasus. — Musitó, invocando un nuevo hechizo. — De verdad lo siento. —

Tomando un largo aliento, el mago encapuchado clavó sus ojos en uno de los manáfonos que luchaban contra el orco. Recordó los conjuros que le habían ayudado a combatir a La Plaga y a otros sirvientes no humanos de la Legión. Tenía que hacerse de tal manera que los manáfonos no tuvieran tiempo de drenar el poder de su hechizo.

Lejos de ahí, Cenarius se las había arreglado para desprenderse del enemigo faltante. Con una extremidad colgando, el demonio no había podido sujetarlo. Al estirar los músculos, el semidiós se estiró hacia atrás, tomó a la bestia sobre su cabeza y con un rugido triunfal la lanzó sobre la punta de los árboles, lejos hacia el profundo bosque.

Rhonin lanzó su hechizo.

Esperaba lanzar una llama abrasadora al manáfono que tenía en la mira, que hiriera a su enemigo lo suficiente como para que Brox terminara la tarea. Pero lo que consiguió fue mucho más de lo que había planeado.

Delante de él apareció una pared de poder invisible y atronador que provocó que el aire ondulara locamente, y corrió como el viento hacia su objetivo. Se expandía a medida que avanzaba y en tan sólo un parpadeo cubrió todo el claro.

Pasó entre Brox y el elfo de la noche sin que ni siquiera se dieran cuenta, pero no tuvo compasión con los tres demonios salvajes que se encontraron en su camino. Los manáfonos no habían tenido tiempo de reaccionar, ni de mover sus hambrientos tentáculos. Fueron como mosquitos en una lluvia de fuego.

A medida que la pared de poder pasaba a través de ellos, los demonios se quemaban hasta las cenizas. El conjuro los consumía completamente, una nube de polvo se dispersaba de cada manáfono diezmado. Uno de ellos pudo lanzar un aullido agonizante, pero entonces el único sonido que quedó fue el del viento que enviaba a los cielos los restos de lo que alguna vez fueron unos devastadores monstruos.

El silencio llenó el claro.

Brox dejó caer su hacha, su boca amplia y con colmillos estaba abierta producto de una auténtica incredulidad. Malfurion miró sus propias manos, como si de alguna manera él hubiera sido el responsable, entonces miró en dirección a Cenarius, pensando que la respuesta yacía en el semidiós.

Rhonin tuvo que pestañear varias veces para convencerse de que lo que había presenciado no sólo había sido real, sino que también había sido su propia creación. Tardíamente, el mago recordó el breve altercado con los elfos de la noche armados, en el cual Krasus se había mostrado perturbadoramente débil y él, Rhonin, estaba en tan excelente forma que ni siquiera pensaba que podría ser posible para él.

Pero todos los placeres de su impresionante victoria se desvanecieron de inmediato, mientras el dolor lo invadía desde la espalda. Sintió que lo destrozaban desde adentro, como si su mismísima alma estuviera siendo drenada...

¿Drenada? A pesar del horrible sufrimiento, Rhonin comprendía muy bien lo que estaba sucediendo. Otro manáfono había llegado desde atrás sin ser notado y, como era su costumbre, buscó la fuente de la magia para atacarla.

Rhonin recordó lo que les pasaba a los hechiceros cuando eran capturados por los demonios. Recordó las terribles cáscaras humanas que habían llevado a Dalaran para investigaciones.

Y él estaba a punto de convertirse en una más...

Pero aun cuando ya estaba arrodillado, Rhonin se rebeló. Con todo ese poder bajo sus órdenes, seguramente podría escapar de esa bestia parasitaria.

Escapar... fue el único pensamiento dentro de su destrozada mente. Escapar...todo lo que buscaba Rhonin era huir del sufrimiento, ir a donde estuviera a salvo.

A pesar de la confusión por el dolor, escuchó vagamente las voces del orco y del elfo de la noche. El temor por sí mismo se sobrepuso a ellas. Con lo que le había drenado, el manáfono podría enfrentarse a cualquiera.

Escapar...eso era todo lo que Rhonin quería. De cualquier manera...

De pronto, el dolor desapareció y lo remplazo un pesado pero agradable adormecimiento que se expandía por su cuerpo como el fuego. Rhonin aceptó agradecido este cambio, dejando que tomara el control y lo envolviera todo...

Lo devoró por completo.

No era primera vez que Tyrande se deslizaba por los silenciosos corredores del enorme templo que alguna vez fueron los incontables aposentos de acólitos durmientes, salas de meditación y lugares públicos de adoración; para asomarse a las ventanas cercanas a la entrada principal. El sol brillante casi la cegó pero se esforzó para buscar más allá de la plaza vacía, buscando lo que, probablemente, aún seguía perdido.

Tan pronto como pudo mirar bien, escuchó el sonido del metal advirtiéndole que se aproximaba un guardia. La dura mirada de la otra elfa de la noche se suavizó una vez que la reconoció.

— ¡Usted de nuevo! Hermana Tyrande...debería quedarse en su habitación y dormir un poco. Casi no ha descansado durante días y podría ponerse en riesgo. Su amigo debe estar bien. Estoy segura. —

El guardia se refería a Illidan, por quien Tyrande también estaba preocupada, pero lo que la sacerdotisa novata realmente temía era que cuando Illidan regresase, lo hiciera con su hermano y el desafortunado orco a rastras. Ella no creía que el gemelo de Malfurion lo traicionara, pero que pasaría si Lord Ravencrest los capturaba ¿Qué podría hacer Illidan más que aceptarlo?

— No puedo evitarlo. Estoy tan impaciente, hermana. Por favor perdóneme.—

El centinela sonrió con empatía.

— Espero que él se dé cuenta de lo mucho que le preocupa. El plazo para su elección se aproxima rápidamente, ¿verdad? —

Esas palabras preocuparon a Tyrande más de lo que parecía. Sus pensamientos y reacciones desde que los tres habían liberado a Broxigar no habían hecho más que afirmar su preferencia, pero aún no podía creer en sí misma. No, su preocupación sólo iba desde un amigo de la infancia hacia el otro.

Tenía que ser así...

De pronto, sintió el duro sonido metálico de las armaduras y el siseo de los sables de la noche. Tyrande se adelantó precipitadamente al perplejo guardia, dirigiéndose al exterior del Templo de Elune.

Algo polvoriento el grupo de Lord Ravencrest cabalgó hacia la plaza. El mismísimo noble encapuchado se sentía más relajado, incluso parecía complacido por algo, pero muchos de sus soldados traían expresiones oscuras y se miraban constantemente unos a otros como si compartieran un terrible secreto.

No había señales de Malfurion ni de Broxigar.

Todo menos escondido, lejos de Lord Ravencrest, Illidan cabalgaba alto y orgulloso. Parecía ser el más satisfecho del grupo y si ese sentimiento tenía que ver con mantener lejos de la captura a su gemelo, entonces Tyrande por ningún motivo podría culparlo.

Sin darse cuenta de lo que hacía, la joven sacerdotisa bajó hacia la calle. Su presencia llamó la atención de Lord Ravencrest, quien sonrió gentilmente y le señaló a Illidan. El comandante con barba le susurró algo al hermano de Malfurion y levantó su mano.

Los soldados se detuvieron. Illidan y Ravencrest guiaron sus monturas hacia ella.

— Bueno ¿Pero si no es la más encantadora de las dedicadas siervas de la Madre Luna? — Dijo el comandante. — Es interesante saber que estabas esperando nuestro retorno a pesar de ser tan tarde. — Miró fijamente a Illidan, cuya expresión bordeaba el bochorno. — Muy interesante ¿no lo crees? —

— Sí, mi señor. —

— Ahora debemos ir al Bastión Black Rook, hermana, pero creo que podemos darles un preciado momento a ustedes dos. —

Tyrande sintió que sus mejillas se oscurecían ligeramente mientras Ravencrest conducía su sable negro de vuelta con los otros. Illidan desmontó rápidamente, se acercó a ella y tomó sus manos entre las suyas.

— Ellos están a salvo, Tyrande... ¡y Lord Ravencrest me ha tomado bajo su tutela! Luchamos contra unas bestias espantosas pero lo protegí ¡Las destruí con mis propios poderes! —

— ¿Malfurion escapó? ¿Estás seguro? —

—Seguro, seguro. — Respondió emocionado, alejando cualquier otra pregunta sobre su hermano. — Al fin encontré mi destino, ¿Sabes? La Guardia Lunar solo me ignoraba, pero maté al monstruo que había asesinado a tres de los suyos, incluyendo a uno de sus más experimentados hechiceros. —

Ella quería escuchar lo que sabía sobre Malfurion y el orco, pero estaba claro que Illidan se encontraba cautivo bajo su propia buena fortuna. Tyrande lo entendía, después de haberlo visto trabajar duro sin obtener buenos resultados para alcanzar el futuro glorioso que tantos habían predicho para él.

—Estoy muy feliz por ti. Temía que estuvieras algo frustrado por las pacíficas enseñanzas de Cenarius, pero si fuiste capaz de proteger a Lord Ravencrest cuando ni sus propios soldados pudieron entonces... —
— ¡No lo entiendes! No utilicé esos lentos y aburridos hechizos que Malfurion adora y que Shan'do intentaba enseñarnos una y otra vez. ¡Usé la hechicería tradicional de los elfos de la noche... y durante el día! ¡Fue estimulante! —

La rápida renuncia al camino druidístico no sorprendió a Tyrande. Por un lado, estaba agradecida de que tuviera éxito en tan drástico momento. Por el otro, era otra señal de las crecientes diferencias entre los gemelos.

Y otra consideración para su tan alterada mente.

Detrás de Illidan, Lord Ravencrest aclaraba su garganta con amabilidad.

El hermano de Malfurion estaba más animado.

— Debo marcharme, Tyrande. Me mostrarán mi lugar en el Bastión y luego tendremos que organizar un grupo más grande para recuperar los cuerpos de las bestias muertas y los demás cadáveres. —
— ¿Cadáveres?... —

Sabía que algunos de los guardias lunares habían perecido por culpa de algún monstruo, pero ahora se daba cuenta de que solo el grupo de Ravencrest había vuelto. Los que lo habían precedido, después de Malfurion, habían sido completamente aniquilados.

El horror hizo que Tyrande temblara...en especial por el hecho de que Malfurion también estaba ahí afuera.

— Las otras criaturas aniquilaron a cada soldado de la búsqueda, Tyrande. — La voz de Illidan aumentaba jubilosa. No prestaba atención a la consternación cada vez mayor en el rostro de Tyrande. — Los hechiceros perecieron al instante, sin ayudar en absoluto al resto. A los guerreros les tomó nada menos que dos vidas poder detenerlos ¡Y yo maté a una criatura con solo dos hechizos rápidos! — su pecho se hinchó — ¡Y eran criaturas que también devoraban magia! —

Una vez más el noble tosió. Illidan rápidamente puso las manos de Tyrande sobre sus labios y las besó suavemente. La dejó y saltó sobre el lomo de su sable de la noche.

— Quiero ser digno de ti. — Murmuró Illidan de pronto. — Y pronto lo seré. —

Dicho esto, hizo girar al felino y se dirigió hacia su comandante que lo esperaba. Ravencrest le dio a Illidan una amigable palmada en la espalda, y miró sobre su hombro a Tyrande. El noble asintió hacia el gemelo de Malfurion y le guiñó el ojo.

Mientras Tyrande observaba, aún confundida por todo lo que escuchado, el grupo armado cabalgó en dirección hacia el Bastión Black Rook. Illidan miró hacia atrás una última vez con sus ojos dorados y decididos a su amiga de la infancia, antes de que se esfumaran de la plaza. Tyrande no tuvo problemas para leer en ellos sus deseos.

Se arropó con su toga y volvió rápidamente al templo donde se encontró con el mismo centinela con el que había hablado antes.

— ¡Disculpe, hermana! No pude evitar escuchar lo que estaban hablando. Me apenan las vidas perdidas en esa inútil cacería. ¡Pero también quería felicitarla por el buen futuro de su amigo! De seguro Lord Ravencrest debe tener mucha consideración con él para haberlo tomado bajo su tutela. De verdad que será difícil encontrar un mejor partido ¿no? —

— No...creo que no... —

Cuando se dio cuenta de cómo había sonado eso, Tyrande agregó rápidamente:

— Discúlpeme, hermana, creo que el cansancio está pasándome la cuenta. Así que volveré a la cama. —

— Entiendo, hermana. Por lo menos sabe que le aguardan sueños agradables...—

Pero mientras Tyrande se apresuraba por llegar a su habitación, sospechaba que sus sueños no serían para nada agradables. Es verdad, ella estaba feliz porque Malfurion y Broxigar habían logrado escapar y, al parecer, nadie había involucrado a Malfurion en el asunto. También estaba feliz porque Illidan finalmente había encontrado su destino, algo que había temido que nunca pasara. Sin embargo, lo que ahora le preocupaba es que al parecer Illidan ya había tomado una decisión sobre ellos dos a pesar de que ni ella misma lo había hecho. Aún había que considerar a Malfurion en la ecuación, y tenía que definir sus emociones.

Pero todo dependía de si Malfurion podía seguir evadiendo el receloso ojo de la Guardia Lunar y a Lord Ravencrest. Si se llegaba a descubrir la verdad, eso significaría el Bastión Black Rook para él.

Y de allí ni siquiera Illidan podría salvar a su hermano.

Ni los árboles ni el follaje habían detenido la caída en picada del manáfago. Lanzado al aire por el semidiós el demonio no sería capaz de salvarse.

Pero la caprichosa naturaleza del azar hizo lo que nadie más pudo hacer. Cenarius lanzó a su enemigo tan lejos como pudo, asumiendo lógicamente que la caída lo acabaría. Si el manáfago hubiera aterrizado sobre una roca o la tierra, o sobre el duro tronco de uno de los poderosos robles, habría muerto al instante.

Sin embargo, el lugar al que lo lanzó el señor del bosque resultó ser una masa de agua tan profunda que, incluso a la velocidad con la que el manáfago descendía, no se estrelló contra el fondo.

El camino hacia la superficie casi hizo lo que la caída no pudo hacer, pero el demonio se las arregló para arrastrarse a la orilla. Con una extremidad colgando, inutilizada, el manáfago se movió a un lugar sombrío donde se detuvo unos minutos para recuperarse.

Una vez que se repuso lo más que pudo a pesar de sus heridas, el demonio olfateó el aire, buscando una esencia en particular. Cuando el manáfago encontró lo que buscaba, subió su guardia. Impulsándose hacia adelante, la bestia herida comenzó a ponerse en marcha hacia la fuente lento pero sin detenerse. Incluso a esa distancia, podía oler el poder que emanaba del Pozo de la Eternidad. Allí encontraría la magia necesaria para sanarse, la magia con la que incluso podría restaurar la extremidad quebrada.

Los manáfagos no eran las simples criaturas que incluso Brox y Rhonin, quienes los conocían por sus propias guerras, habían asumido que eran. Ninguna criatura que había servido al señor de la Legión Ardiente carecía de ingenio, salvo tal vez los devastadores goliats llamados Infernales. Los demonios cazadores eran una parte de su maestro y lo que ellos aprendían, Hakkar también.

Y a partir de este único sobreviviente, el Maestro de Canes aprendería mucho sobre los que podrían interponerse en el camino de la Legión venidera...

CAPITULO DIESCISEIS

— Llegó el momento. —

Tanto el regreso como la declaración de Alexstrasza tomaron a Krasus por sorpresa. El dragón mago había caído tan profundamente en sus pensamientos que el paso de los minutos y las horas le había sido insignificante. Realmente no tenía idea si es que había o no estado esperando mucho tiempo por su regreso.

— Estoy listo. —

Ella se inclinó y le hizo subir hasta su cuello. Moviéndose con gracia a través de los antiguos pasillos tallados por el vuelo rojo a través de las generaciones, Alexstrasza y Krasus pronto llegaron a una abertura agitada por el viento con vista a una vasta región envuelta por las nubes. Allí estaba el reino de los dragones rojos, una impresionante vista de las orgullosas montañas, con picos cubiertos

permanentemente de nieve y envueltos en interminables extensiones de niebla. Krasus entendía muy bien como la mayoría de esas altas montañas por debajo de todas las nubes tenían que ser el hogar de la mayoría de su vuelo. Vagamente su astillada memoria ahora recordaba la majestuosidad de esta tierra, los grandes valles esculpidos por el hielo y el tiempo, las caras dentadas y únicas de cada pico.

De repente tambaleó, el aire enrarecido no fue lo mejor para su cuerpo maltrecho. Alexstrasza usó sus alas para evitar que se caiga.

— Quizás esto no sea lo mejor para ti. — Sugirió, con la voz llena de preocupación.

Pero tan abruptamente como casi había colapsado, ahora Krasus sentía una fuerza renovada a través de él.

— Confío en que... no llego tarde. —

Korialstrasz avanzó lentamente hacia su compañera, en un principio lucía de la misma forma en que el mago se había sentido momentos antes. Sin embargo, el dragón macho ahora también se movía como si le hubiera dado un impulso inesperado de energía. Su expresión un tanto demacrada se desvaneció mientras se acercaba.

— Llegas a tiempo. ¿Te sientes bien para el viaje? —

— Hasta este momento, pensé que no podría... pero parece que me estoy sintiendo mejor otra vez. —

Su mirada parpadeó de Alexstrasza a Krasus volvió de nuevo a ella, como si sospechara la razón de su sorprendente recuperación, pero no podía aceptarlo.

La reina dragón transfirió a Krasus a su consorte. A medida que Krasus tocaba su yo más joven, sintió su propio cuerpo recuperarse aún más. El contacto directo con Korialstrasz le hizo sentirse casi como nuevo.

Casi.

— ¿Estás listo? — El dragón macho le había preguntado.

— Si, lo estoy. —

Dando un paso hacia adelante, Alexstrasza extendió sus enormes alas y voló fuera del pasillo. Descendió, y luego desapareció entre las nubes. Korialstrasz se acercó al borde del precipicio, dando a su pequeño pasajero una visión aún más sorprendente del vasto terreno montañoso, y luego saltó hacia el cielo.

Al principio cayeron varios metros —Entrando en las nubes en el proceso— pero luego Korialstrasz atrapó el viento y el par se elevó. A través de la niebla, Krasus vio a Alexstrasza volando adelante. Sin embargo, su ritmo era lo suficientemente lento para que su consorte rápidamente lo alcanzara.

— ¿Todo está bien? — Gritó ella, su pregunta iba hacia ambos compañeros.

Krasus asintió y Korialstrasz respondió afirmativamente. La reina dragón centró su mirada hacia adelante y no dijo nada más.

Las sensaciones de volar, incluso en el lomo del dragón, entusiasmaron al mago. Habiendo nacido para esto, hizo su actual circunstancia mucho más difícil de aceptar. ¡Él era un dragón! ¡Uno de los maestros del cielo! No debía estar condenado a una existencia tan insignificante...

Volaron pasando montaña tras montaña, a través de la gruesa capa de nubes y por encima de muchos otros picos sorprendentes. En el cuerpo mortal de Krasus crecía el frío, pero apenas se daba cuenta, estaba muy fascinado.

Con una gran elegancia, los dos gigantes dragones rodearon un pico de aspecto salvaje, entonces descendieron en un amplio valle en medio de las montañas. Krasus se esforzó por ver otra cosa que no sea paisaje, pero fracasó. Sin embargo, de alguna manera sentía que estaban muy cerca de su objetivo.

— ¡Agárrate fuerte! — Gritó Korialstrasz.

Antes de que Krasus pudiese preguntar por qué, la manera en que los dragones descendían empezó a fluctuar. El aire mismo se torció y retorció como la superficie de un lago luego de que una piedra fuese arrojada en él. Al principio Krasus temía que la anomalía que le había traído a este tiempo se había materializado de nuevo, pero entonces notó la ansiedad con que su montura se dirigió a la inquietante perturbación.

Adelante, Alexstrasza entró con calma en la fluctuación titánica... y desapareció.

Antiguos recuerdos surgieron del abismo negro de la mente de Krasus a regañadientes, recuerdos de otros tiempos cuando él, como un dragón, se había lanzado voluntariamente a la misma vista. Krasus se preparó, al recordar las sensaciones que le asaltarían cuando Korialstrasz siguiera a la reina.

Entraron.

Una carga estática cubrió cada rincón del cuerpo del mago. Sus nervios se estremecieron. Krasus sintió como si se hubiera convertido en parte del mismo cielo, un hijo del rayo y el trueno. El deseo de volar por su cuenta se volvió exigente. Era lo único que podía hacer para mantenerse y evitar dejar ir su montura y unirse a las

nubes y el viento.

La sensación pasó, evaporándose tan inesperadamente que Krasus tuvo que agarrarse más fuerte de Korialstrasz sólo para mantener el equilibrio. Él parpadeó, sintiéndose muy terrenal, muy mortal. El cambio de perspectiva lo había abrumado tanto, que en un primer momento Krasus no se había dado cuenta de que lo que lo rodeaba había cambiado por completo.

Ellos flotaban dentro de una vasta caverna monumental, tan amplia que incluso Alexstrasza parecía poco más un mosquito en comparación a esta. Reinos enteros podrían caber dentro con sus paisajes ondulantes y campos cultivados. Incluso entonces, habría espacio para mucho, mucho más.

Pero esta no era simplemente una caverna de gran tamaño, pues había otras características —o más bien falta de ellas— que la marcaban como un lugar más diferente que todos los demás. Las paredes eran lisas aun siendo curvas, alisadas tan perfectamente que si uno llevaba una mano a la roca y corría de un lado a otro o hacia abajo, no habría fricción, ni resistencia. Así continuó todo el camino hasta la parte inferior, donde yacía en suelo un inmenso círculo plano que, de haber sido medido, habría sido geométricamente perfecto.

El suelo era, de hecho, la única zona aplanada, para que así las paredes se levantaran prominentemente, estas continuaban hasta curvarse hacia adentro, inclinándose hacia las demás paredes y creaban una cámara en forma de esfera cuyo aspecto se acentuaba aún más por la absoluta ausencia de minerales a su alrededor. No había estalactitas que colgasen amenazadoramente desde arriba; no había estalagmitas que se alzaran desde el suelo. No había ninguna fisura, ni la más mínima grieta. No había falla alguna en todo lo que Krasus recordaba como la Cámara de los Aspectos.

Una cámara tan antigua que era incluso de antes de que él hubiera existido.

Se decía que aquí los creadores habían dado forma al mundo, que fue moldeado y creció en este lugar sagrado hasta que estuviese listo para ser puesto en el cosmos. Incluso los grandes dragones no podían refutar por completo la validez de esa historia, para ninguna otra salida más que la mágica que ellos mismos habían descubierto por accidente hace siglos, ni siquiera podían decir con certeza que se reunieron en un lugar situado en el plano mortal. Todos los intentos de penetrar las paredes habían fracasado por completo y los Aspectos hace mucho tiempo que habían renunciado incluso a seguir intentándolo.

Para aumentar aún más el misterio de la asombrosa caverna, una iluminación de oro brillante llenaba la Cámara de los Aspectos, un resplandor reconfortante sin fuente alguna. Krasus recordó que los experimentos realizados por su especie nunca habían sido capaces de demostrar si ese resplandor se desvanecía cuando la cámara estaba vacía o si era permanente, pero todos los que entraban se sentían

bien recibidos por ella, como si actuara como un centinela.

Mientras Korialstrasz descendía, de repente a Krasus se le ocurrió que, a pesar de sus astillados recuerdos, se acordó de este lugar sagrado muy claramente. Dijo algo sobre la Cámara de los Aspectos —Aquí había recuerdos que nunca podrían extraviarse, que nunca dejaría desvanecerse. —

Los dos leviatanes rojos se posaron sobre el suelo de roca, mirando alrededor. A pesar del extenso lugar, era evidente que ninguno de los otros había llegado todavía.

— ¿Hablaste con cada uno? — Preguntó Korialstrasz.

La Reina de la Vida sacudió su majestuosa cabeza.

— Sólo con Ysera. Ella dijo que iba a ponerse en contacto con los demás. —

— Y yo hice lo que pude. — Respondió una voz casi de ensueño, pero ciertamente femenina.

A cierta distancia más allá de ellos, una leve forma de esmeraldas se unió de la nada. Nunca se solidificó realmente, pero Krasus notó suficientes detalles para identificarla como una delgada dragona etérea casi tan alta como Alexstrasza. Una permanente neblina rodeaba la figura vista a medias, pero aun así estaba lo suficientemente visible para notar el hecho de que sus ojos permanecían cerrados en todo momento, incluso cuando hablaba.

Los otros dragones bajaron sus cabezas en señal de un saludo de honor, y Alexstrasza agregó:

— Me alegro de que llegaras con tanta rapidez, querida Ysera. —

Ella, La Soñadora, como Krasus también la conocía, dio un saludo a su vez. Su rostro se volvió hacia los dos que habían llegado con su homóloga y aunque sus párpados no se abrieron, Krasus sintió su penetrante mirada.

— Vengo porque eres mi hermana, mi amiga. Vengo porque no solicitarías una reunión si no es por una buena razón. —

— ¿Y los demás? —

— Nozdormu es al único que no pude contactar directamente. Conoces sus caminos. Me vi obligada a contactar con uno que le sirve, me dijo que haría todo lo posible para que su amo lo sepa... es lo mejor que pude lograr ahí. —

Alexstrasza asintió con gratitud, pero no pudo ocultar su decepción con esa última noticia.

— Entonces, incluso si los otros asisten, no podremos llegar a una decisión final. —

— El Atemporal aún puede unirse a nosotros. —

Aún en lo alto del cuello de su yo más joven, Krasus tomó como mala noticia la falta de contacto con Nozdormu. Él entendió la complejidad de la naturaleza del Atemporal, cómo Nozdormu estaba en el pasado, presente, futuro... toda la historia. De todos los demás, había sido Nozdormu a quien Krasus secretamente esperaba ver aquí, para que él ofreciese la esperanza de que todavía pudiera haber una oportunidad de enviar a los dos viajeros descarriados de vuelta a su propio período, y que terminara el asunto pacíficamente.

Y sin esa esperanza, Krasus tuvo una vez más que mirar a la otra opción... que para preservar la línea de tiempo, los Aspectos tendrían que eliminar a Rhonin y a él.

De repente, desde arriba llegó un brillante destello de rayos rojos, una tormenta eléctrica que descendió con una furiosa rapidez al suelo. Una vez allí, explotó en una exhibición de colores impresionantes antes de esparcirse hacia fuera y formar una gran forma.

Y a medida que los últimos restos quemados se alejaban, en lugar de la breve pero sorprendente tormenta, había un alto y brillante dragón que parecía mitad de cristal, mitad de hielo. Para un dragón, su expresión era muy alegre, como si hubiera disfrutado el espectáculo que creó incluso más que cualquiera que lo haya presenciado.

— Bienvenido, Malygos. — Dijo Alexstrasza cortésmente.

— ¡Es un placer verte, Reina de la Vida! — El gigante reluciente rió de buena gana. — ¡Y a ti también, mi bella doncella durmiente! —

Ysera asintió en silencio, con un toque de humor tocando su expresión.

— ¿Cómo está tu reino? — Preguntó la reina roja.

— ¡Tan maravilloso como yo lo deseo! ¡Lleno de brillo, lleno de colores, y lleno de jóvenes! —

— ¡Tal vez los creadores debieron haberte hecho el Padre de la Vida en lugar del Guardián de la Magia, Malygos! —

— ¡Una interesante idea! ¡Un asunto a discutir otro día tal vez! — Se rió de nuevo.

— ¿No te sientes bien? —

Preguntó Korialstrasz a Krasus, quien, al ver al recién llegado, se había congelado del horror.

— Estoy bien. Estaba simplemente ajustando mi asiento. —

La figura diminuta agradeció que Korialstrasz no hubiera sido capaz de ver su expresión. Mientras más observaba y escuchaba a Malygos, Krasus más se arrepentía de querer ocultar la verdad sobre el futuro incluso a los Aspectos.

¿Qué dirías, Guardián de la magia, si supieras el destino que te espera? La traición, la locura, un reino congelado y vacío de todo salvo de ti...

Krasus no podía recordar todo lo que sabía del futuro de Malygos, pero recordó las suficientes partes y piezas para comprender y lamentar la tragedia... y sin embargo, una vez más, que no se atrevía a advertir al reluciente Leviatán.

— ¿Y él es por quien debemos esta reunión? — Preguntó Malygos, su mirada brillaba ahora sobre Krasus.

— Si, él es. — Respondió Alexstrasza.

El Guardián de la Magia olfateó el aire:

— Tiene el aroma de nosotros con él, a pesar de que también puede ser debido a la proximidad con su consorte. No lo puedo decir con certeza. También detecto magia antigua que lo rodea. ¿Está hechizado? —

— Vamos a dejar que cuente su propia historia. — Respondió Alexstrasza ahorrándole a Krasus cualquier interrogatorio. — Una vez los otros hayan llegado. —

— Uno viene ahora de hecho. — Anunció Ysera sabiamente.

El techo sobre ellos fluctuó, entonces comenzó a brillar. Una gran forma alada se materializó, a continuación comenzó a descender majestuosamente, rodeando la gran caverna dos veces en el proceso. Los otros aspectos miraron a lo alto respetuosamente en silencio, cada uno viendo la enorme figura acercarse.

En tamaño rivalizaba con el más grande de ellos, un gigante con alas tan negras como la noche con una conducta tan noble como cualquier descripción jamás hecha de un dragón. Estrechadas vetas de plata y de oro de adelante hacia atrás se ubicaban en su espalda y los lados, mientras que relucientes destellos entre las escamas insinuaban diamantes y otras piedras preciosas incrustadas de forma natural en su

piel. El recién llegado irradiaba una sensación de poder primigenio, el poder del mismísimo mundo en todas sus formas más básicas.

Aterrizó un poco más allá del resto, plegando sus enormes alas palmeadas con maestría detrás de él. Con una voz plena y profunda, el dragón negro dijo:

— Me has llamado y he llegado. Siempre es bueno verte mi amiga Alexstrasza... —

— Y doy la bienvenida a tu presencia, querido Neltharion. —

Antes, Krasus había hecho todo lo que podía hacer para no reaccionar ante la presencia de Malygos. Ahora luchaba por evitar temblar, y mostrar la más mínima señal de todo lo que sentía por esta última llegada. Sin embargo, aunque su reacción anterior vino del conocimiento que tenía sobre el condenado futuro del Guardián de Magia, ahora Krasus se preocupaba más por el futuro de todos los dragones... y del mismísimo mundo, en caso de sobrevivir a la Legión Ardiente.

Ante él estaba Neltharion.

Neltharion. El Guardián de la Tierra. El más respetado de los Aspectos y además, amigo íntimo de la amada reina de Krasus. Si Neltharion hubiera sido de su propio vuelo, seguramente habría sido elegido por lejos como una de sus parejas. Fuera de sus consortes, el Guardián de la Tierra era aquel a quien Alexstrasza más menudo buscaba para consultas, el dragón negro melancólico tenía una mente aguda que veía en todos los ángulos. Neltharion no hacía nada sin pensar en las consecuencias y, como un joven dragón, Krasus tenía algunas maneras de emularlo.

Pero en el futuro al que pertenecía el mago, cualquier pensamiento sobre emular a Neltharion habría ido más allá del punto de la locura. Neltharion había rechazado su papel, rechazó la protección que los Aspectos daban al reino de los mortales. En su lugar se había convertido a la creencia de que las razas inferiores eran la raíz de todo lo que estaba mal en el mundo, y que debían ser eliminadas... y que ayudaría a estas que sean eliminadas también.

Neltharion había llegado a imaginar un mundo donde sólo los dragones —Específicamente su vuelo— gobernarán todo. Esa creciente obsesión le había llevado a un sinnúmero de actos cada vez más oscuros, actos tan horribles que con el tiempo Neltharion se convirtió en un peligro tan terrible para el mundo como los demonios de la Legión Ardiente. Finalmente, los otros Aspectos se habían unido contra él, pero no sin antes de que él hubiera derramado mucha sangre y haber causado una gran destrucción.

Y en el rechazo de todo lo que alguna vez había sido, Neltharion también había rechazado su propio nombre. De sus antiguos compañeros había llegado el nombre por el que era conocido por todas las criaturas, uno con el que se había convertido

en sinónimo de mal encarnado.

Deathwing...

Ahí ante Krasus se cernía Deathwing, el Destructor, el Azote Negro. Sin embargo, el dragón mago no podía hacer nada para advertir a los demás. De hecho, a pesar de que sabía del peligro en que Neltharion eventualmente iba a convertirse, Krasus no podía recordar cuándo y dónde la tragedia había comenzado. Fomentar la desconfianza entre los Aspectos en este momento crítico arriesgaba aún más a un desastre que el futuro del Guardián de la Tierra.

Y todavía...

— Me sorprendió cuando Ysera, y no tú, me contactó. — Retumbó el dragón negro. — ¿Te sientes bien, Alexstrasza? —

— Si, lo estoy, Neltharion. —

Miró a sus compañeros.

— ¿Y tú, joven Korialstrasz? Creo que no estás en tu mejor momento. —

— Una enfermedad pasajera. — Respondió respetuosamente el dragón rojo.

— Es un honor volver a verte, Guardián de la Tierra. —

Conversaron como amigos y sin embargo Krasus logró recordar que como Deathwing, Neltharion apenas lo reconocería. En la época de las guerras orcas, el gigante negro habría permanecido tanto tiempo en su locura que las amistades del pasado serían olvidadas. Todo lo que le importaría es el avance de su oscuro causa.

Pero aquí aún estaba Neltharion el camarada. Él miró por encima del cuello de Korialstrasz, observando la diminuta figura encapuchada:

— ¿Y tú, pequeño? ¿Tienes un nombre? —

— ¡Krasus! — El mago gritó. — ¡Krasus! —

— ¡Un pequeño desafiante! — Dijo Neltharion con diversión. — Yo creo que definitivamente es un dragón, tal como insinuaba Ysera. —

— Un dragón con una historia que contar. — Añadió Alexstrasza.

Ella miró hacia el techo, en concreto al punto desde donde ella y los demás habían entrado.

— Pero yo preferiría dar Nozdormu más tiempo antes de que comenzar. —

— ¿Darle al Atemporal más tiempo? — Rió Malygos.

— ¡Que gracioso! No dejaré que nuestro austero Nozdormu se vaya sin decirle esa broma. —

— Sí, y lo vas a apurar una y otra vez con eso, ¿no? — Devolvió Neltharion, una vasta y dentada sonrisa se extendió por su rostro de reptil.

Malygos rió aún más. Él y Neltharion arrastraron los pies a un lado, ya profundos en una conversación.

— Puede que no sean hermanos por sangre. — Comentó Ysera, con los ojos cerrados siguiendo al par. — Pero en verdad son hermanos por naturaleza. —

Alexstrasza estuvo de acuerdo.

— Es bueno que Neltharion tenga a Malygos a quien recurrir. Él ha estado muy callado conmigo últimamente. —

— Yo también siento la distancia. No toma las acciones de los elfos de la noche con gusto. Dijo una vez que ellos tienen visiones grandiosas de llegar a ser como los creadores sin el conocimiento y la sabiduría de estos. —

— Puede ser algo que él ha dicho. — La reina de la vida volvió sus ojos brevemente sobre Krasus.

La incomodidad del mago crecía cada vez bajo su estudio. De todos ellos, era quien Alexstrasza merecía esta otra advertencia. Sería Deathwing quien la convertiría en una esclava de los orcos, cuyos perros de guerra sacrificarían fácilmente a sus hijos para su brutal causa. Entonces Deathwing utilizaría el caos de los últimos días de las guerras de orcas para buscar lo que realmente desea... los huevos de la Reina de la Vida para volver a crear su propio vuelo diezmado, todos muertos por causa de sus últimos planes locos.

¿Qué límite puedo establecer? Se exigía Krasus. ¿Cuándo debe ser cruzada finalmente la línea? ¡No puedo decir nada acerca de los orcos, nada sobre las traiciones del Guardián de la Tierra, nada acerca de la Legión Ardiente... todo lo que puedo hacer son suficientes hechos para ser posiblemente exterminado junto con Rhonin!

En su frustración, miró a una de las causas de su dilema. Neltharion hablaba alegremente con Malygos, la espalda de éste último estaba vuelta hacia los otros dragones que estaban esperando. El enorme dragón negro estiraba sus alas y asentía con la cabeza hacia algún comentario de su reluciente contraparte. Si

hubieran sido humanos, enanos, o alguna otra raza mortal, el par se habría visto muy a gusto bebiendo cerveza en una taberna. Las razas inferiores veían a los dragones ya sea como bestias monstruosas o dignas fuentes de sabiduría, cuando en verdad sus personajes eran en cierto modo tan terrenales como las diminutas criaturas sobre las cuales ellos vigilaban.

Los ojos de Neltharion parpadearon pasando de Malygos, reuniéndose, aunque sea brevemente, con los de Krasus.

Y en ese momento de contacto, Krasus se dio cuenta de que todo lo que él y los demás habían visto hasta ahora en esta reunión del dragón negro, había sido una farsa.

La oscuridad ya había caído sobre el Guardián de la Tierra.

¡No es posible, no es posible! Insistió Krasus, apenas capaz de mantener una expresión neutral frente a la situación. *¡No ahora! Era demasiado pronto, es un punto demasiado delicado en el tiempo para que comience la transformación de Neltharion a Deathwing.* Los Aspectos necesitaban estar unidos, no sólo para unirse en contra de la inminente invasión, sino para hacerle frente a las perturbaciones del tiempo causadas por Krasus y su antiguo alumno. Seguramente se había equivocado sobre el leviatán negro. Seguramente Neltharion seguía siendo uno de los legendarios protectores del plano mortal.

Krasus maldijo su memoria débil. ¿Cuándo Neltharion se había convertido en un traidor? ¿Cuándo se había convertido para siempre en la pesadilla de todos los otros seres vivos? ¿Estaba destinado a ser ahora o Neltharion trabajaba con sus compañeros a pesar de que la oscuridad ya lo había reclamado?

El mago encapuchado no podía dejar de mirar al Guardián de la Tierra. A pesar de su juramento, Krasus comenzó a pensar que tal vez aquí tendría que romper las reglas. ¿Cómo no podía ser algo bueno revelar al villano en medio de los Aspectos? Cómo...

Una vez más Neltharion miró en su camino... pero esta vez sus ojos no dejaron los de Krasus.

Y sólo entonces Krasus descubrió que Neltharion a su vez vio su reconocimiento, sólo entonces se daría cuenta de que el dragón negro entendía que aquí había uno que podía revelar su terrible secreto.

Krasus trató de apartar la mirada, pero sus ojos se mantuvieron firmes. Se dio cuenta demasiado tarde de la causa de aquello. El Guardián de la Tierra, después de haber visto que había sido descubierto, había actuado con rapidez y decisión. Ahora mantenía a Krasus bajo su poder tan fácilmente como él respiraba.

¡No voy a caer ante él! Sin embargo, a pesar de su determinación por escapar, su voluntad no resultaba lo suficientemente fuerte. Si hubiera estado mejor preparado, Krasus podría haber luchado contra la mente de Neltharion, pero el inesperado descubrimiento lo había dejado totalmente expuesto... y el dragón negro había aprovechado la oportunidad.

Tú me conoces... pero yo no te conozco.

La escalofriante voz llenó su cabeza. Krasus rezaba para que alguien se diera cuenta de lo que pasaba entre el par, pero aparentemente, todo lucía normal. Le sorprendió que ni siquiera su amada Alexstrasza reconociera la terrible verdad.

Podrías hablar en mi contra... hacer que todos me vean como tú lo haces... te gustaría hacerlos desconfiar de su viejo compañero... de su hermano...

Las palabras del Guardián de la Tierra dieron indicios claros de que tan profunda se había convertido ya su locura. Krasus sintió dentro de Neltharion una furiosa paranoia y una firme creencia en que nadie más que el dragón negro entendía lo que era bueno para el mundo. Cualquiera que supusiera incluso la más mínima amenaza para él era, a ojos de Neltharion, el verdadero mal.

No permitiré que difundas alguna de tus mentiras malintencionadas...

Krasus esperaba ser acabado en el acto, pero, para su sorpresa, todo lo que Neltharion hizo fue volver la mirada y reanudar su conversación con Malygos.

¿A qué está jugando? Se preguntó el dragón mago. ¡Primero me amenaza, luego parece olvidar mi presencia!

Miró con cuidado al leviatán negro, pero Neltharion parecía totalmente ajeno a él.

— Él no viene. — Dijo Ysera finalmente.

— Él todavía puede aparecer. — Sugirió Alexstrasza.

Echando un vistazo a ellas, Krasus dio cuenta de que se referían a Nozdormu.

— No, he sido contactada con quien hablé. No puede localizar a su maestro. El Atemporal está en algún lugar más allá del plano mortal. —

Las noticias de Ysera presagiaban más desgracias. Sabiendo lo que él conocía de Nozdormu, Krasus sospechaba que la razón por la que incluso los sirvientes del Atemporal no se podían contactar con él fue a causa de la anomalía. Si, como Krasus creía, Nozdormu mantiene el mismo unido el tiempo, habría tenido que convocar a cada momento de su existencia. Múltiples Nozdormus estarían luchando en el tiempo... dejando a ninguno para el encuentro de este momento.

Las esperanzas de Krasus disminuyeron aún más. Nozdormu perdido y Neltharion loco...

— Estoy de acuerdo, entonces. — Dijo Alexstrasza, en respuesta a la evaluación de Ysera. — Vamos a seguir adelante sin la plenitud de los cinco. No hay ninguna regla acerca de que no podamos al menos discutir el asunto después de que se cuente la historia, incluso si en el transcurso no se puede tomar una acción aún. —

Bajando la cabeza, Korialstrasz permitió a su jinete desmontar. Manteniendo su precavida expresión, Krasus se paró entre los gigantes reunidos, tratando de no mirar al Guardián de la Tierra. Los ojos de Alexstrasza le animaron, lo suficiente para que el dragón mago supiese lo que tenía que hacer.

— Yo soy uno de ustedes. — Anunció con una voz tan en alta como cualquiera de los leviatanes que lo rodeaban. — ¡Mi verdadero nombre es conocido por la Reina de la vida, pero por ahora soy simplemente Krasus! —

— Ruge muy fuerte, esta cría. — Bromeó Malygos.

Krasus lo enfrentó:

— ¡Este no es momento para las bromas, especialmente para ti, Guardián de la Magia! ¡Este es un momento cuando el equilibrio está a punto de romperse! ¡Un tremendo error, una distorsión de la realidad, amenaza todo... absolutamente todo! —

— Que dramático. — Comentó Neltharion casi ausente.

Éste tomó todo el poder de Krasus para no dejar escapar la verdad sobre el Guardián de la Tierra. Aún no...

— Van a escuchar mi historia. — Insistió Krasus. — Va a oír y comprender... porque hay un peligro peor en el horizonte, uno que nos afecta también. Verán... —

Pero a medida que las primeras palabras de su historia eran conducidas fuera de su boca, la lengua de Krasus parecía enredarse. En lugar de una narración coherente, escapaban balbuceos y palabras raras.

La mayoría de los dragones reunidos echaron su cabeza hacia atrás, sorprendidos de su peculiar comportamiento. Krasus miró rápidamente a Alexstrasza, buscando su ayuda, pero su expresión indicaba una sorpresa tan grande como cualquier otro.

La cabeza del mago comenzó a girar. Un vértigo peor que cualquiera que había sufrido hasta ahora lo atacó, le hizo incapaz de mantener el equilibrio. Las palabras sin sentido continuaron saliendo de su boca, pero incluso ni Krasus sabían lo que trataba de transmitir.

Y mientras sus piernas se doblaban y el vértigo se apoderaba totalmente de él, Krasus oyó dentro de su cabeza la calmada y mortal voz de Neltharion.

Quise advertirte...

CAPITULO DIECISIETE

La oscuridad llegó y el mundo de los elfos de la noche se despertó. Los comerciantes abrieron sus negocios mientras que los fieles fueron a sus oraciones. La población en general vivió su vida, sin sentir alguna diferencia que antes. El mundo era de ellos para hacer lo que quisieran, cualquier cosa que las demás razas inferiores pudieran creer.

Pero para algunos, pequeñas molestias se deslizaron en sus vidas, pequeños cambios en sus rutinas, en sus nociones.

Un maestro superior de la Guardia Lunar, con su largo pelo de plata unido detrás de él y con aire ausente levantó su largo dedo hacia una botella de vino en el extremo opuesto de la habitación mientras examinaba las cartas estelares en preparación de un importante hechizo para la orden. A pesar de que era uno de los hechiceros más viejos, sus habilidades habían permanecido inalteradas, razón de su constante alta posición. El lanzamiento de hechizos era para él una parte tan importante de su existencia como el respirar, una cuestión simple y natural, hecha casi sin pensar.

El estallido que lo sacudió de su lujosa silla y le hizo arrugar el pergamino hasta casi dejarlo en pedazos resultó ser causado por la rápida y fatal caída de la botella al suelo. Vino y vidrio fueron derramados sobre la elegante alfombra color esmeralda y naranja que el hechicero recientemente había comprado.

Con un siseo de furia, el hechicero chasqueó los dedos en el desastroso derrame. De repente trozos de vidrio se elevaron en el aire así también el vino, que se mezclaba y se transformaba en la forma del recipiente que lo había sostenido. El vidrio comenzó a moldearse y juntarse encima del vino...

Pero un segundo después... todo se derramó de nuevo sobre la alfombra, creando un desastre peor que antes.

El hechicero de edad se quedó mirando fijamente. Con una expresión sombría, chasqueó los dedos de nuevo.

Esta vez, el vidrio y el vino se unieron como él deseaba, incluso el más mínimo indicio de mancha se había removido. Sin embargo, lo hicieron con cierta lentitud, tardando mucho más tiempo del que habría esperado el maestro de la Guardia Lunar.

El viejo elfo de la noche regresó a su pergamino y trató una vez más a concentrarse en el evento que se acercaba, pero su mirada constantemente cambiaba a la botella y su contenido. Señaló con su dedo la botella de nuevo... y entonces, con el ceño fruncido, jaló el dedo hacia atrás y deliberadamente volvió su silla lejos de la causa de su molestia.

En los bordes de cada asentamiento importante, centinelas armados patrullaban y vigilaban a los elfos de la noche de cualquier posible enemigo. Lord Ravenscrest y otros como él siempre han mirado las áreas más allá de los límites del reino, en su creencia de que los enanos y otras razas constantemente codiciaban el rico mundo de los elfos de la noche. No miraban hacia adentro — ¿Cómo alguien de su propia gente podría amenazarlos?— Pero permitieron que cada asentamiento mantuviera la seguridad de su propia gente, simplemente con el fin de consolar a la ciudadanía en general.

En Galhara, una gran ciudad a cierta distancia en el lado opuesto del Pozo de Zin-Azshari, hechiceros comenzaban el ritual nocturno para realinear los cristales esmeralda que se alineaban en sus fronteras. En conjunto con los demás, los cristales actuaban, entre otras cosas, como defensa contra el ataque mágico en general. Estos no habían, que alguien recordara, nunca sido utilizados, pero el pueblo les tomó una gran comodidad con su presencia.

A pesar de ser cientos, no fue una hazaña problemática configurar las matrices del cristal. Todo señalaba que su poder venía directamente desde el Pozo de la Eternidad y los hechiceros sólo tenía que utilizar las estrellas para ajustar las líneas de fuerza que corrían de uno a otro. La verdad, esto más que nada requería de un simple giro del cristal en el alto poste de obsidiana en los cuales cada uno había sido colocado. Por lo tanto, los hechiceros locales fueron capaces de ajustar varios cristales en el espacio de unos pocos minutos.

Pero con más de la mitad de los cristales ya realineados, los cristales comenzaron a apagarse, incluso se oscurecieron por completo. Los hechiceros de Galhara, aunque no eran tan eficientes como la Guardia Lunar, conocían sus tareas lo suficientemente bien como para entender que lo que sucedía ahora no debería estar ocurriendo. De inmediato comenzaron a verificar una y otra vez las matrices, pero no encontraron nada malo.

— No están conectándose correctamente desde el Pozo. — Uno de los más jóvenes hechiceros dijo finalmente. — ¡Algo ha intentado cortarles el paso de su poder! —

Pero apenas había dicho eso, los cristales renovaron sus actividades normales. Sus colegas mayores lo miraron con desconcierto, tratando de recordar si, cuando eran nuevos para sus roles como él, habían hecho tales declaraciones escandalosas.

Y la vida entre los elfos de la noche despertó...

— ¡Ha fallado! — Rugió Hakkar.

Casi azotó al más cercano de los Altonatos, pero tiró de su látigo salvaje hacia atrás en el último momento. Tenía unos ojos mortalmente oscuros, que se parecían a los de Lord Xavius.

— Hemos fallado...—

Las bestias viles en los costados del Maestro de Canes hicieron eco de la furia de su amo con gruñidos siniestros.

Xavius no estaba menos molesto. Miró el trabajo que tanto los Altonatos y Hakkar habían forjado y vio en este horas de inutilidad... y sin embargo, tanto él como el Maestro de Canes habían visto los méritos de la sugerencia de la reina.

Simplemente no tienen el conocimiento o la potencia necesaria para que esto ocurra.

Que los esfuerzos de los Altonatos aún hayan permitido traer a más de una veintena de guardias viles para unirse a los que ya están en el plano mortal no hizo nada para calmarlos. Tales números eran sólo una nimiedad y no hicieron nada para pavimentar el camino de la llegada del Magno.

— ¿Qué podemos hacer? — Preguntó el elfo de la noche.

Por primera vez, leyó la incertidumbre en el rostro inquietante del Maestro de Canes. El enorme guerrero volvió su tétrica mirada hacia el portal, donde otros de los Altonatos estaban continuamente tratando de hacerlo más fuerte y más grande.

— Debemossss preguntarle. —

El consejero tragó saliva, pero antes de su homólogo monstruoso pudiera dar un paso, Lord Xavius se impulsó hacia adelante, cayendo sobre una rodilla ante el portal. Él no evadiría sus fracasos, no a su Dios.

Sin embargo, incluso antes de que su rodilla tocara el suelo, Xavius escuchó la voz en su cabeza.

¿El portal ya está fortalecido?

— No, oh Magno... el trabajo no ha progresado como esperábamos en ese sentido. —

Por tan sólo un momento, casi parecía una furia insana que amenazaba con aplastar el elfo de la noche... pero entonces la sensación había pasado. Con la certeza de que solo lo había imaginado, Xavius esperaba las siguientes palabras del Dios.

Buscas algo... habla.

Lord Xavius explicó la idea de sellar el poder del Pozo de todo menos del palacio y el fracaso para hacer que esto sucediera. Mantuvo la cabeza baja, humilde ante el poder que hizo la fuerza combinada de todos los elfos de la noche pareciendo no más terrible que un insecto.

Ya he considerado esto...

El Dios finalmente respondió.

El que fue enviado primero ha fallado en su deber...

Detrás de Xavius, el Maestro de Canes dejó escapar un breve sonido rayando en la consternación.

Otro será enviado ante ti... debes asegurarte de que el portal esté preparado para él...

— ¿Otro, mi señor? —

Te envío ahora uno de mis... de los comandantes de mi anfitrión. Él se encargará de que lo que se necesite para que todo suceda... y rápidamente.

La voz partió de la cabeza de Xavius. Tambaleó por un momento, la salida tan impresionante de él fue como si alguien hubiese acabado de cortar uno de sus brazos. Otro de los Altonatos le ayudó a ponerse en pie.

Xavius miró a Hakkar, que no parecía nada contento a pesar de que el consejero lo vio como la más maravillosa de las noticias.

— ¡Él nos envía a uno de sus comandantes! ¿Sabe cuál es? —

El maestro de canes con ansiedad enrolló su látigo. A su lado, las dos bestias viles se encogieron.

— Sí... Sé cuál es, elfo de la noche. —

— ¡Debemos estar listos! ¡Él va a venir de inmediato! —

A pesar de lo que sea que lo haya perturbado, Hakkar se unió a Xavius ya que este último se unió entre los Altonatos de la canalización. El par añadió sus conocimientos y habilidades, amplificando lo mejor que pudieron el marco de la energía que mantiene el portal siempre abierto.

La esfera ardiente creció, chispas de fuerzas multicolores salieron disparando constantemente hacia fuera de él. Palpitaba, casi respirando. El portal se estiró, un salvaje rugido sonó que acompaña el cambio físico.

El sudor ya corría por la cara y el cuerpo de Xavius, pero eso no le importaba. La gloria de lo que buscaba le dio fuerzas. Incluso más que el Maestro de Canes, se lanzó a hacer el hechizo no sólo para mantenerlo, sino para expandirlo a lo que se necesitaba.

Y a medida que crecía hasta tocar el techo, el portal de repente expulsó una enorme y oscura figura, tan maravillosa y terrible a la vez que Xavius hizo todo lo que podía hacer para no gritar en agradecimiento al Magno. Aquí ahora estaba uno de los celestiales comandantes, una figura ante quien Hakkar parecía como indigno igual como Xavius se había sentido antes con el Maestro de Canes.

— ¡Elune sálvanos! —

Uno de los otros hechiceros se quedó sin aliento. Se liberó, pero destruyendo el precioso portal.

Xavius apenas se hizo con el control y, esforzándose poderosamente, lo mantuvo en su lugar hasta que los demás pudieran recuperarse del asombro.

Una enorme mano de cuatro dedos, lo suficientemente grandes como para abarcar con la cabeza del consejero, se extendió señalando con la garra de su dedo hacia el hechicero descuidado. Una voz que era a la vez el rugido de una ola estrellándose y el ominoso ruido de un volcán en erupción pronunció una sola palabra, irreconocible.

El elfo de la noche que habían tropezado a distancia gritó mientras su cuerpo se retorció como un trozo de tela mojada siendo drenado de agua. Un grotesco desfile de los crujidos coincidía con gritos entrecortados. La mayor parte de los otros Altonatos apartaron la mirada de inmediato y las bestias viles de Hakkar gimieron.

Llamas negras estallaron por todo el espectáculo macabro, envolviendo lo que quedaba del desafortunado hechicero. Las llamas lo consumieron a la distancia como una manada de lobos hambrientos, devorando rápidamente a la víctima hasta que unos segundos más tarde sólo un ligero montón de cenizas en el suelo quedó recordando su muerte.

— No habrán más fracasos. — Afirmó la voz atronadora.

Si el Maestro de Canes y la guardia vil no habían sorprendido lo suficiente a Lord Xavius, seguramente sólo el mismo Dios podría tener más impresionado al consejero que de esta nueva llegada. La figura temible avanzó en cuatro gruesas y musculosas extremidades que recordaban a un dragón, salvo que éstos terminaban con los pies en punta con tres dedos con grandes garras. Una magnífica cola escamada barría el suelo una y otra vez, un movimiento muy probable de un signo de impaciencia del celestial. Desde lo alto de la cabeza, bajando por la espalda hasta la punta de su cola, pasaba una salvaje melena de llama verde pura. Enormes

alas de cuero también se extendían desde la espalda pero incluso a pesar de su envergadura, Xavius se preguntaba si podían levantar tan gigantesca y poderosa figura.

Su piel, donde la armadura negra no cubría, era de un color gris y verde oscuro. De pie era el doble de ancho que Hakkar y al menos dieciséis pies de altura, si el consejero fuese algún juez. Los enormes colmillos que brotaban de los lados de la mandíbula superior casi raspaban el techo y los otros, dientes afilados como dagas, igual largos que la mano de un elfo de la noche.

Bajo una gruesa frente que oscurecía casi completamente sus orbes ardientes, el elegido del Magno se quedó mirando el señor consejero... y al Maestro de Canes, sobre todo.

— Le has decepcionado... — Fue todo lo que declaró el comandante alado.

— Yo...— Hakkar hizo una pausa en su protesta, bajando la cabeza.

— No tengo excusssas, Mannoroth. —

Mannoroth inclinó ligeramente su cabeza, mirando al Maestro de Canes como si examinara un poco de desagradables desechos que se encontraran en su plato de comida.

— No, no la tienes. —

La bestia vil a la derecha de Hakkar de repente se quejó en voz alta. Llamas negras similares a las que habían eliminado al hechicero negligente envolvieron al sabueso asustado. Rodó desesperadamente en el suelo, tratando de sofocar las llamas que no querían apagarse. El fuego se extendió sobre él, consumiéndolo...

Y cuando sólo un hilo de humo marcó donde la bestia había caído, Mannoroth dijo de nuevo al Maestro de Canes:

— No habrán más fracasos. —

El miedo llenaba Xavius, pero un miedo glorioso, maravilloso. Aquí estaba el poder encarnado, un ser que se sentaba a la derecha del Magno. Aquí estaba alguien que sabría cómo convertir su derrota en victoria.

La oscura mirada se volvió hacia él. Mannoroth dio un breve resoplido con su nariz punta roma... y luego asintió:

— El Magno aprueba tus esfuerzos, Lord elfo de la noche. —

¡Había sido bendecido! Xavius se dejó caer aún más.

— ¡Doy gracias! —

— Se seguirá con el plan. Vamos a cortar el poder del resto de este reino. Entonces, la llegada del anfitrión podrá comenzar en serio. —

— ¿Y el Magno? ¿Vendrá entonces? —

Mannoroth le dio una amplia sonrisa, una con la que pudo haberse tragado al consejero entero.

— ¡Oh, sí, Lord elfo de la noche! El mismo Sargerias va a querer estar aquí cuando se limpie el mundo... querrá estar aquí mucho, mucho tiempo... —

La hierba llenó la boca y la nariz del Rhonin.

Al menos, asumió que era hierba. Sabía como la hierba, aunque no había tenido mucha experiencia con este tipo de comidas. El olor le recordaba a los campos silvestres y tiempos más pacíficos... tiempos con Vereesa.

Con esfuerzo, se levantó. La noche había caído y mientras la luna relucía bastante brillante, reveló un poco más allá el hecho de que estaba en una zona ligeramente boscosa. Rhonin escuchó, pero no oyó ningún ruido de civilización.

El miedo repentino de que había sido catapultado hacia otra época lo invadió brevemente, pero entonces el hechicero recordó lo que había ocurrido. Su propio hechizo le había enviado hasta aquí, su desesperado intento por escapar del demonio que le drenara su magia, y en el proceso, su vida.

Pero si estaba en el mismo tiempo, entonces ¿dónde había aterrizado? Su entorno dio ninguna pista. Podía ser un par de kilómetros de distancia o en el otro lado del mundo.

Y si era este último... ¿podía volver a Kalimdor? Esperaba que Krasus todavía estuviese con vida en algún lugar, y sólo con la ayuda de su antiguo mentor el hechicero pensaba que aún podrían regresar a sus hogares.

Poniéndose de pie, Rhonin trató de decidir qué dirección tomar. De alguna manera tenía que al menos descubrir su paradero.

Un ruido en el bosque sonó detrás de él e hizo que el humano girara hacia atrás. Su mano se acercó en la preparación de un hechizo.

Una corpulenta figura apareció.

— ¡No peles, hechicero! ¡Sólo Brox pasando! —

Rhonin bajó la mano con cautela. El enorme orco caminaba hacia adelante, sin soltar el hacha que Malfurion y el semidiós habían fabricado para él.

Con el pensamiento del elfo de la noche, Rhonin miró a su alrededor.

— ¿Estás solo? —

— Lo estaba hasta que te vi. Haces mucho ruido, humano. Te mueves como un bebé borracho. —

Haciendo caso omiso de la burla, el hechicero miró más allá del orco.

— Estaba pensando en Malfurion. También estaba cerca cuando lancé el hechizo. Si tú fuiste llevado dentro, él pudo también. —

— Sonido. — Brox se rascó su fea cabeza. — No vi al elfo de la noche. No vi a la bestia vil tampoco. —

El humano se estremeció. Ciertamente esperaba no haber incluido al demonio en su fuga.

— ¿Alguna idea de dónde podamos estar? —

— Árboles... bosque. —

Rhonin casi termina de hablar con él por la inútil respuesta, pero se dio cuenta de que él no lo podía hacer mejor.

— Estaba planeando ir en esa dirección. — Dijo, señalando hacia lo que creía era el este. — ¿Tienes alguna mejor idea? —

— Podríamos esperar hasta la salida del sol. Seríamos más capaces de ver y a los elfos de la noche no les gusta el sol. —

Aunque eso tenía mucho sentido, Rhonin no se sentía cómodo con la espera de la luz del día y le dijo a su compañero. Brox lo sorprendió asintiendo con la cabeza.

— Es mejor explorar, hechicero. — Se encogió de hombros. — Tu dirección es tan buena como cualquier otra. —

A medida empezaron a explorar, una pregunta se le ocurrió a Rhonin que simplemente tuvo que preguntar:

— Brox... ¿Cómo has llegado hasta aquí? No a esta ubicación exacta... Lo sé, por supuesto pero... ¿Cómo llegaste a este reino? —

Al principio, el orco solamente cerró la boca, pero entonces finalmente le contó al hechicero. Rhonin escuchó el relato, cuidadoso de ocultar sus emociones. El veterano y su desafortunado compañero habían ido justo detrás de Krasus y él y, como los demás, había sido atrapado por la anomalía.

— ¿Entiendes lo que nos tragó? —

Brox se encogió de hombros.

— El hechizo de un mago. Uno malo. Nos envió lejos de nuestra casa. —

— Más allá de lo que puedas saber. —

Decidido que Brox tenía derecho a la verdad, independientemente de lo que podría pensar Krasus, Rhonin le contó lo que había sucedido.

Para sorpresa del hechicero, Brox aceptó su historia con bastante facilidad. Sólo cuando Rhonin pensó en la historia del pueblo de orco se dio cuenta de por qué. Los orcos ya habían viajado a través del tiempo y el espacio desde otro mundo. Un hechizo que pudiera llevar a uno hacia el pasado era apenas diferente.

— ¿Podemos volver, humano? —

— No lo sé. —

— Tú viste. Los demonios están aquí. La Legión está aquí. —

— Esta es la primera vez que trataron de invadir nuestro mundo. Más allá Dalaran no conoce esta historia. —

Brox agarró su hacha con más fuerza.

— Vamos a luchar contra ellos... —

— No... No podemos. — Rhonin le explica el razonamiento de Krasus.

Pero aunque Brox había aceptado rápidamente todo lo demás, trazó la línea cuando se trató de dejar el pasado solo. La cuestión era simple para el orco; aquí era un peligroso enemigo que podría masacrar todo a su paso. Sólo los cobardes y los tontos permitirían que tal horror suceda y Brox lo dijo más de una vez.

— Podríamos cambiar la historia interfiriendo. — Insistió el hechicero, en su corazón queriendo estar de acuerdo con el orco.

Brox resopló:

— Luchaste. —

Su simple declaración anuló completamente el único argumento de Rhonin. El hechicero había luchado y al hacerlo, había hecho una elección.

¿Pero era la correcta? El pasado ya había sido alterado, pero ¿Hasta qué punto?

Se movían en silencio, Rhonin en una batalla contra sus demonios internos y Brox manteniendo un ojo vigilante por algún movimiento. En ningún lado vieron algún indicio de dónde podrían haber terminado. En un momento Rhonin consideró concentrarse en el claro y tratar de enviarlos a ambos allí. Entonces se acordó de la bestia vil y lo que casi había hecho con él.

Los gruesos árboles, eventualmente llegaron a ser un bosque completo. Rhonin maldijo en silencio, su elección de direcciones parecía ahora equivocada. Brox no dio ninguna indicación de su propia opinión, simplemente cortaba con su hacha encantada cada vez que el camino crecía imposible. El hacha cortaba todo con tal facilidad que el hechicero esperaba que su compañero no lo cortara con ella accidentalmente. Ni siquiera el hueso le daría alguna pausa a la hoja.

La luna desapareció, el espeso follaje de los árboles de los alrededores oscureció por completo los cielos. El camino se hizo imposible. Después de unos minutos de infructuosamente lucha a lo largo del camino, decidieron dar marcha atrás. Una vez más, el orco no dijo nada acerca de la decisión de Rhonin.

Pero cuando se dieron la vuelta, vieron que la forma en que llegaron había desaparecido por completo.

Enormes árboles estaban donde una vez hubo camino y la densa maleza alrededor de los troncos dio más evidencia de que esta seguramente no era la dirección correcta. Sin embargo, tanto el orco como el humano miraron los árboles con desconfianza.

— Venimos de por allí. Sé que lo hicimos. —

— Estoy de acuerdo. — Levantando su hacha, Brox se movió entre los árboles misteriosos. — Y volveremos por este camino también. —

Pero mientras giraba, enormes ramas como manos agarraron el arma por los lados de la hoja y tiraron de ella.

No dispuesto a renunciar al hacha, Brox se colgó por el mango, las piernas del orco colgaron mientras él trataba de usar su peso para arrebatar el arma.

Rhonin corrió. Tiró de los pies del orco sin éxito. Mirando los largos dedos

inhumanos, comenzó a murmurar un hechizo.

Algo le golpeó por detrás. El hechicero se tambaleó hacia delante y habría chocado fuertemente con el árbol delante de él, si no fuera por el hecho de que este se hizo a un lado en el último momento.

El impulso envió a Rhonin a caer a la tierra. Sin embargo, en lugar de golpearse en la dura tierra o en una de las muchas raíces retorcidas alrededor de él, aterrizó encima de algo más suave.

Un cuerpo.

Rhonin se quedó sin aliento, suponiendo que había encontrado una víctima anterior de los siniestros árboles. Pero a medida que se levantaba, un breve destello de la luz de la luna, que de alguna manera había penetrado por encima de las enormes coronas de los árboles, le permitió ver la cara.

Malfurion...

El elfo de la noche de repente gimió. Sus ojos se abrieron y vio al hechicero.

— Tú. —

Más atrás, Brox gritó algo. Tanto el humano como el elfo de la noche vieron rápidamente hacia allá. Rhonin levantó una mano preparándose para atacar, pero Malfurion lo sorprendió agarrando su muñeca.

— ¡No! —

La figura de piel oscura se levantó, examinó rápidamente los árboles. Asintió con la cabeza, y luego gritó:

— ¡Brox! ¡No luches contra ellos! ¡No son ninguna amenaza! —

— ¿Ninguna amenaza? — Rugió el orco. — ¡Quieren mi hacha! —

— ¡Tienes que hacer lo que te digo! ¡Son protectores! —

Desde el guerrero llegó un gruñido reacio. Rhonin miró a Malfurion en busca de alguna explicación, pero no recibió respuesta alguna. En cambio, el elfo de la noche soltó la muñeca del hechicero, a continuación, se puso de pie. Con Rhonin detrás de él, Malfurion se dirigió tranquilamente hacia el área donde Brox luchó.

Encontraron al orco rodeado de árboles de aspecto preocupante. Un grupo de ramas colgaba por encima y en ellas estaba enredada el hacha de Brox. El orco jadeaba por el esfuerzo, su cuerpo aún seguía tenso. Miró a sus compañeros, a su arma y a ellos de nuevo, como si todavía no estuviese seguro de no volver a colgarse de

nuevo de las ramas.

— Reconocí tu voz. — Gruñó. — Espero que estés en lo correcto. —

— Lo estoy. —

Mientras el mago y el guerrero miraban, Malfurion se acercó al más alto de los árboles, y dijo:

— Doy gracias a los hermanos del bosque, los guardianes de la naturaleza. Sé que cuidaste de mí hasta que mis amigos pudieran encontrarme. Ellos no significan ninguna amenaza; simplemente no entienden. —

Las hojas de los árboles comenzaron a crujir a pesar de que Rhonin no podía sentir nada de viento.

Asintiendo con la cabeza, el elfo de la noche continuó:

— No les causaremos más problemas. —

Más crujidos... entonces las ramas que enredaban el hacha de Brox se separaron y el arma se deslizó hacia la tierra.

Podrían haber dejado caer el hacha sin causar daño a la tierra, pero el orco de repente dio un paso adelante. Con una de sus manos poderosas llegó y atrapó el hacha perfectamente. Sin embargo, en lugar de agitar el arma contra los árboles, se arrodilló delante de ellos, con su hacha vuelta hacia abajo.

— Les pido perdón. —

Una vez más, las copas de los altísimos árboles crujieron. Malfurion puso una mano en el ancho hombro del orco.

— Lo aceptan. —

— ¿Realmente se puede hablar con ellos? — Preguntó finalmente Rhonin.

— Hasta cierto punto. —

— Entonces pregúntales donde estamos. —

— Ya lo sé. No es en absoluto tan lejos de donde estábamos, pero es lo suficientemente lejos. En realidad, somos afortunados y desafortunados. —

— ¿Cómo es eso? —

El elfo de la noche sonrió con tristeza.

— Estamos a poca distancia de mi casa. —

Esta fue una excelente noticia para el hechicero, pero no tan buena noticia para el elfo de la noche. Tampoco parecía una buena noticia para Brox, que maldijo en su lengua nativa.

— ¿Qué pasa? ¿Qué saben ustedes dos? —

— Fui capturado cerca de aquí, mago. — Gruñó el musculoso guerrero.

— Muy cerca. —

Al recordar su propia captura, Rhonin podía ver por qué Brox podría ser molesto.

— Me quedo con ustedes hasta aquí. Esta vez sé qué me espera... —

Malfurion levantó una mano en señal de protesta.

— Tuvimos la suerte una vez, pero aquí, corres el riesgo de que seas detectando inmediatamente por la Guardia Lunar. Tienen la habilidad de usurpar el hechizo de tu arma... de hecho, deben, por lo menos, ya se percibía el primero. —

— ¿Que sugieres? —

— Como estamos cerca de mi casa, deberíamos hacer uso de ella. Hay otros que nos podrían ser de ayuda. Mi hermano y Tyrande. —

Brox aceptó su sugerencia.

— La chamán... ella ayudará. — Su tono se oscureció. — Y tu gemelo... sí. —

Rhonin todavía estaba preocupado por Krasus, pero sin ninguna idea de cómo encontrar su antiguo maestro, la decisión del elfo de la noche tenía más sentido. Con Malfurion a la cabeza, el trío se avanzó. El camino a través del bosque ahora resultó sorprendentemente fácil, teniendo en cuenta el viaje a través del cual habían sufrido anteriormente el humano y el orco. El paisaje parecía salir de su forma para hacer el viaje de Malfurion lo más cómodo posible. Rhonin sabía algo de druidas y por primera vez catalogó a Malfurion a esa vocación.

— El semidiós, Cenarius, ¿él te enseñó a hablar con los árboles, a lanzar esos hechizos? —

— Sí. Parece que soy el primero en comprenderlos verdaderamente. Incluso mi hermano prefiere el poder del Pozo de los caminos del bosque. —

Ante la mención del Pozo, un sentimiento de anticipación y hambre tocó de repente a Rhonin. Luchó para bajar las emociones. El pozo que su compañero había mencionado sólo podría ser el Pozo de la Eternidad, la fabulosa fuente del poder. ¿Estaban tan cerca? ¿Era por eso por sus hechizos se había magnificados?

Ejercer ese poder... y tan fácilmente...

— No estamos muy lejos. — Dijo Malfurion un poco más tarde. — Reconozco ese nudoso ancestro. —

El "ancestro" del que se refería era un viejo árbol torcido que, a Rhonin al menos, parecía poco más que una figura oscura. Otra cosa sin embargo, atrajo la atención del hechicero.

— ¿Oigo ruidos del agua? —

El elfo de la noche sonaba más alegre.

— ¡Fluye muy cerca de mi casa! Sólo unos minutos más y...—

Pero antes de que pudiera terminar, el bosque se llenó de figuras blindadas. Brox gruñó y se preparó con su hacha. Rhonin preparó un hechizo, con la certeza de que estos eran los mismos atacantes que habían capturado a Krasus y a él la primera vez.

En cuanto a Malfurion, se veía totalmente perplejo ante la repentina aparición de los atacantes. Empezó a levantar la mano hacia ellos, pero luego vaciló.

La vacilación de Malfurion causó en Rhonin a su vez hacer una pausa. Que resultó ser un error, ya que en el instante siguiente una cubierta roja de la energía cayó sobre cada uno. Rhonin sintió sus músculos congelarse y su fuerza desvanecerse. No podía moverse, ni hacer nada más que mirar.

— Un excelente trabajo, muchacho. — Proclamó una voz al comando.

— ¡Esa es la bestia que buscó... y sin duda los que ayudaron en su fuga! —

Alguien respondió, pero demasiado bajo para que Rhonin pudiera distinguir las palabras. Una banda de jinetes, dos llevando bastones brillantes esmeralda, entró en el círculo de soldados. Al frente de ellos estaba un elfo de la noche barbón que tenía que ser el que estaba al mando. Al lado de él...

Los ojos de Rhonin se abrieron, la única respuesta que le quedaba en su condición actual. Dificilmente significó su asombro al reconocer la figura al lado del comandante.

Las prendas eran diferentes y el cabello estaba atado hacia atrás, pero no había duda de que por la cara adusta era un duplicado exacto de Malfurion.

CAPITULO DIECIOCHO

Mannoroth estaba contento... y eso alegró a Lord Xavius.

— ¿Está bien, entonces? —

Preguntó el elfo de la noche al comandante celestial. Hay mucho movimiento en todo lo que va planeado.

Mannoroth asintió con su pesada cabeza con colmillos. Sus alas se estiraron y doblaron en satisfacción.

— Si, muy bien. Sargerass está contento. —

Sargerass. Una vez más el comandante celestial había pronunciado el verdadero nombre del Magno. Los ojos mágicos de Xavius ardieron brillantes mientras él lo saboreaba. Sargerass.

— Vamos a trabajar en el portal en el momento en que el hechizo se fije en su lugar. Primero llegará el anfitrión, luego, cuando todo esté listo, mi señor vendrá... —

Hakkar se acercó, el Maestro de Canes, más pequeño, cayó en una rodilla ante Mannoroth.

— Perdona esta interrupción, pero uno de mis misss cazadores regresó. —

— ¿Solo uno? —

— Esssso parece. —

— ¿Y qué has aprendido de él? —

Mannoroth se cernió sobre su homólogo, haciendo que el Maestro de Canes pareciera cada vez más pequeño.

— ¡Encontraron a dossss con el aroma de la alteración que el lord elfo de la noche habló, ademássss de uno de su propia raza junto a ellossss! Pero en la caza también cayeron en conflicto con un ssser con poder... un gran poder. —

Por primera vez, Mannoroth mostró un ligero toque de incertidumbre. Xavius observó cuidadosamente la reacción, preguntándose que podría molestar a un ser tan maravilloso.

— No...—

Hakkar rápidamente sacudió la cabeza.

— No lo creo. Quizásss con un toque de su poder. Quizásss un guardián dejado atrás. —

El par habló de algo importante, pero que no le podían decir al consejero. Tomando el riesgo, interrumpió.

— ¿Hay alguna descripción de esta última criatura? —

— Sssí. — Hakkar tendió una mano con la palma hacia arriba.

Repentinamente, por encima de su palma estalló vida en una pequeña imagen. Se movía con violencia y frecuentemente perdía el foco, pero reveló por partes una visión casi completa de lo que se preguntaban.

— Mira a través de los ojos de la bestia vil. Una entidad cornamenta tan alta como uno de la Guardia Vil.

Lord Xavius frunció el ceño.

— La leyenda es cierta entonces... el Señor del Bosque es real... —

— ¿Conoces a esta criatura? — Exigió Mannoroth.

— Un mito antiguo habla del señor bosque, el semidiós Cenarius. Se dice que es el hijo de la madre luna... —

— No hay nada más entonces. —

La acolmillada boca se retorció en una sombría sonrisa.

— Trataremos con él. — Volteándose a Hakkar, él ordenó.

— Muestra los otros. —

El Maestro de Canes obedeció rápidamente, revelando un bruto guerrero de piel verde, un joven elfo de la noche y una extraña figura, de cabellos de fuego con túnica.

— Un curioso trío. — Comentó Xavius.

Mannoroth asintió.

—El guerrero es muy prometedor... me gustaría ver más de tu especie, aprender de su potencial... —

— ¿Esa bestia? ¡Por supuesto que no! ¡Es más grotesca que un enano! —

La figura alada no discutió, en vez de eso recordó el último del trío.

— Una criatura delgada pero con ojos cautelosos. Una criatura mágica, creo. Casi como un elfo de la noche...— Interrumpió el nuevo reclamo de Xavius.

— Pero no lo es. —

Desechando las imágenes de Hakkar, las enormes partes reptilianas se movieron a través de la cámara mientras Mannoroth contemplaba lo que había aprendido.

— Más bestiasss vilesss podrían ser enviadasss para encontrarlossss. — Sugirió el Maestro de Canes.

— Pero con la guardia vil atrás. En esta ocasión, el objetivo será capturar. —

— ¿Capturar?— Hicieron eco tanto el consejero como el Maestro de Canes.

Los ojos hundidos se estrecharon más.

— Deben ser estudiados. Evaluar sus debilidades y fortalezas en caso de que haya otros...—

— ¿Se puede esssscatimar de la guardia vil?—

— Pronto habrá muchos, muchos más. Lord elfo de la noche, ¿Tus altonatos están preparados?—

Estudiando a los hechiceros, Xavius inclinó la cabeza.

— Están dispuestos a hacer lo que deben para ver cumplir la gloria de nuestro sueño, la purificación del mundo de todo lo que no es digno...—

— El mundo será purificado, Lord elfo de la noche, puedes confiar en eso. — Mannoroth echó un vistazo a Hakkar. — Te dejo la caza a ti, Maestro de Canes. No vuelvas a fallar. —

Manteniendo la mirada baja, Hakkar retrocedió.

— Y ahora, lord elfo de la noche...—

El coloso continuó, su mirada se volvió al lugar de la canalización del hechizo.

— Vamos a empezar a moldear del futuro de tu gente...—

Las alas de Mannoroth se flexionaron, como siempre parecían hacerlo cuando contemplaba algo que le agradaba.

— Un futuro, te prometo, que ni siquiera podrán imaginar...—

Deathwing se elevó sobre el paisaje, exhalando fuego por todas partes. Gritos provenían de todas las direcciones alrededor de Krasus, pero no pudo encontrar a ninguno de los que pedían ayuda. Atrapado en su diminuta forma mortal, se deslizó sobre la tierra en llamas como una rata de campo, tratando de evitar ser absorbido por las llamas mientras en vano trataba de ayudar a los moribundos.

De repente, una sombra oscura cubrió el área sobre la cual corría, y una voz de trueno se burló:

— ¡Vaya, vaya! ¿Qué pequeño bocado es este?—

Unas enormes garras dos veces el tamaño del dragón mago rodearon a Krasus, atrapándolo. Sin ningún esfuerzo, lo arrastraron al cielo... y lo giraron para enfrentarse al malévolos rostro de Deathwing.

— ¡Por qué, es sólo un poco de carne de dragón viejo! ¡Korialstrasz! ¡Has estado alrededor de las razas inferiores mucho tiempo! ¡Te han pegado su debilidad! —

Krasus trató de lanzar un hechizo, pero de su boca no salieron palabras sino pequeños murciélagos. Deathwing inhaló, atrayendo a los murciélagos sin piedad hacia sus calientes y abiertas fauces.

El gigante negro se los tragó.

— ¡No es una gran amenaza! ¡Dudo que vayas a hacer algo mejor, pero ya que vas a perder, podría acabar contigo! —

Levantó a la agitada figura por encima de su garganta.

— Además, ¡no eres de ayuda para nadie, de todos modos! —

Las garras liberaron a Krasus, pero a medida que caía en las fauces de Deathwing, las cosas cambiaron. Deathwing y el paisaje ardiente desaparecieron. Krasus repentinamente flotaba en medio de una horrenda tempestad de arena, girando alrededor y alrededor por fuerzas cada vez más turbulentas.

La cabeza de un dragón se formó en medio de la tormenta. Al principio, Krasus pensó que la bestia negra lo había seguido, decidido a no dejar escapar su bocadillo. Entonces apareció otra cabeza idéntica a la primera, seguida por otra y otra hasta que una horda sin fin llenó la vista de Krasus.

— Korialstraaaasz... — Se quejó al mismo tiempo una y otra vez.

— Korialstraaaasz... —

Se le ocurrió a Krasus entonces que las cabezas tenían una forma diferente a la de Deathwing y que de cada una se había formado a partir de la propia tormenta de arena.

¿Nozdormu?

— ¡Nos estamos... esstirando a través de todooo! — logró decir el

Atemporal. — Nosotros... vemossss todoo...—

Krasus esperó, sabiendo que Nozdormu hablaba tanto como sus esfuerzos se lo permitían.

— ¡Todos los finalesss conducen a nada! Todos los finalesss... —

¿Nada? ¿Qué quería decir? ¿Él indicaba que todo lo que el mago había temido que iba a llegar a pasar, que el futuro había sido erradicado?

—...pero uno... —

¡Uno! Krasus se agarró de la pequeña luz de esperanza.

— ¡Dime! ¿Qué camino? ¿Qué debo hacer? —

En respuesta, las cabezas de los dragones cambiaron. Los hocicos se encogían y las cabezas se alargaban, haciéndose más humanas... ¡No! No humanas... Elficas...

¿Un elfo de la noche?

¿Era alguien a quien debería temer o alguien a quien debería buscar? trató de preguntarle a Nozdormu, pero entonces la tormenta se volvió loca. Los vientos desgarraron las caras, esparciendo los granos de arena por todas partes. Krasus trató de proteger su cuerpo mientras la arena rasgaba su carne incluso a través de su ropa.

El gritó.

.....

Y se sentó un momento después, su boca seguía abierta en un grito silencioso.

— Mi reina, él está con nosotros de nuevo. —

Poco a poco la mente de Krasus volvió a la realidad. La pesadilla de Deathwing y la posterior visión de Nozdormu todavía hacían estragos en sus pensamientos, pero finalmente pudo concentrarse lo suficiente para darse cuenta de que estaba en la cámara de los huevos donde él y Alexstrasza habían hablado por primera vez. La mismísima Reina de la Vida lo miraba con profunda preocupación. A su derecha, su yo más joven también lo miraba con preocupación.

— ¿Tu hechizo ha pasado?— Preguntó Alexstrasza en voz baja.

Esta vez, estaba decidido que ella debía saber sin importar las consecuencias. Las palabras aterradoras de Nozdormu indicaban que el camino hacia el futuro ya casi se había cerrado. ¿Qué más problemas, entonces, serían si le hablaba de la locura de Neltharion y del horror que causaría el dragón negro?

Pero una vez más, cuando Krasus intentó hablar del demonio, el vértigo casi lo hizo caer. Hizo todo lo que pudo para mantenerse consciente.

— Es demasiado pronto. — Advirtió Alexstrasza. — Necesitas más descanso. —

Necesitaba mucho más que eso. Necesitaba el hechizo siniestro y sutil que el Guardián de la Tierra había puesto evidentemente sobre él, pero claramente ninguno de los Aspectos había reconocido su condición como una causada por la hechicería. Deathwing había sido siempre el más astuto de los males, en todas sus encarnaciones.

Incapaz de hacer algo sobre el dragón negro, la mente de Krasus se dirigió hacia el elfo de la noche cuyas características Nozdormu había intentado mostrarle. Recordó a los que habían atacado a Rhonin y a él, pero ninguno se parecía del todo como esta nueva figura.

— ¿Que tan lejos estamos de las tierras de los elfos de la noche? —

Preguntó Krasus... entonces se tocó la boca en sorpresa cuando se dio cuenta de que las palabras habían salido sin ningún problema. Al parecer, la obra de Neltharion solo involucraba la mención del dragón, y no cualquier otro asunto de importancia.

— Podemos llevarte allí lo suficientemente pronto. — Respondió su compañero.

— Pero ¿qué hay del asunto del que hablaste? —

— Esto... esto todavía concierne a ese asunto, pero mi rumbo ha cambiado. Creo... creo que acabo de ser contactado por el Atemporal, trató de decirme algo. —

Su yo más joven encontró esto demasiado.

— ¡Tuviste pesadillas, delirios! Escuchamos que te quejabas varias veces. Es dudoso que el Aspecto del Tiempo pudiera llegar a ti. Alexstrasza tal vez, pero no tú. —

— No. —

Corrigió la Reina Roja.

— Creo que él puede tener la verdad de ello, Korialstrasz. Si dice que Nozdormu tocó sus pensamientos, sospecho que el hecho es verídico. —

— Me inclino ante tu sabiduría, mi amor. —

— Debo ir hacia los elfos de la noche. —

Insistió Krasus. Con Korialstrasz cerca y sin la intención de mencionar la duplicidad de Neltharion, su condición había mejorado mucho.

— Hay uno al que busco. Espero que ya no sea demasiado tarde. —

La leviatán inclinó la cabeza hacia un lado, con sus ojos buscando los de Krasus.

— ¿Todo lo que me dijiste antes todavía es verdad? ¿Todo ello? —

— Lo es... pero me temo que hay mucho más. Los dragones, todos los dragones, serán necesarios para una lucha. —

— Pero con Nozdormu ausente, no puede ser alcanzado un consenso. ¡Los demás no estarán de acuerdo con nada! —

— ¡Tiene que convencerlos de que vayan contra la tradición! — Se forzó a ponerse en pie. — ¡Ellos podrían fácilmente ser todo lo que queda entre el mundo y el olvido!—

Y con eso, le dijo a ambos todo lo que recordaba del horror de la Legión Ardiente.

Escuchaban sus historias de sangre, de destrucción, de un mal desalmado. Incluso los dos dragones se estremecieron mientras los entretenía con las atrocidades. Para cuando terminó, Krasus había dicho más que suficiente para que pudieran ver su miedo.

Pero incluso entonces, Alexstrasza dijo:

— Aún no pueden decidir. Hemos visto el mundo, pero dejamos su progreso en manos de las razas más jóvenes. Incluso Neltharion, que es guardián de la tierra misma, prefiere dejarlo así. —

Deseaba tanto contarle acerca de Neltharion, pero incluso pensarlo hizo que su cabeza nadara. Con un gesto de mala gana, Krasus dijo:

— Yo sé qué harás lo que tengas que hacer. —

— Y tú tienes que hacer lo que debes. Ve con los elfos de la noche y busca tu respuesta si crees que ayudará en esta situación. —

Ella miró a su consorte. Después de un momento de consideración, la reina añadió:

— Te pido que vayas con él, Korialstrasz. ¿Lo harás? —

El macho bajó la cabeza con respeto.

— Si me lo pides, estoy muy contento de complacerte. —

— También pido que sigas su guía, mi consorte. Confía en mí cuando te digo que él tiene la sabiduría que será de valor para ti. —

No era del todo claro en su rostro de reptil si Korialstrasz creía o no lo último, pero también asintió con la cabeza.

— Ha caído la noche. —

Alexstrasza informó Krasus.

— ¿Va a esperar hasta que salga la luz?—

El dragón mago negó con la cabeza.

— Ya he esperado demasiado tiempo. —

El primero que llevaba la designación del clan de Ravencrest había contemplado la enorme formación de granito encima del alto y traicionero monte. Había comentado a su compañero cómo su fornida formación se parecía a una pieza de un tablero de ajedrez, una torre de color negro. Esos inmensos pájaros oscuros circundados constantemente alrededor de la formación e incluso anidados encima de él fueron tomados como una señal que éste era un lugar especial, un lugar del poder.

Durante más de una generación —y las generaciones de elfos nocturnos eran más largas que las de la mayoría de las razas— los sirvientes de la línea Ravencrest habían esculpido continuamente la fortaleza del clan, construyendo gradualmente de una roca sólida a una fortaleza como ninguna antes vista entre su especie. El Fuerte Torre Oscura, como rápidamente se dio a conocer, era un lugar siniestro y sin color que extendía su influencia sobre gran parte del reino de los elfos de la noche, llegando sólo a ser superado por el palacio real. Cuando surgió el conflicto entre los elfos nocturnos y los enanos, fue el poder del Fuerte Torre Oscura el que puso el equilibrio. Aquellos del clan de Ravencrest llegaron a ser honrados por el trono y la sangre de ambos lados se entremezcló. Si los Altonatos que servían a Azshara estaban celosos de alguien de su raza, tenían que ser los de la fortaleza de ébano.

Las ventanas habían sido talladas en los pisos superiores del fuerte, pero la única manera de entrar era por las dos puertas de hierro situadas no en la base de la estructura, sino muy abajo en la colina. Las sólidas puertas estaban selladas y bien protegidas. Sólo los tontos habrían pensado entrar allí sin permiso.

Pero para el actual Lord Ravencrest, esas puertas se habían abierto fácilmente. También se habían abierto para sus tres prisioneros, uno de los cuales conocía las historias del Fuerte Torre Oscura y se preocupó.

Malfurion nunca había pensado que entraría en el fuerte oscuro, especialmente en condiciones tan nefastas. Peor aún, nunca habría imaginado que su gemelo fuera la principal razón por la que tuviera que hacerlo. En el curso de su viaje había aprendido que era Illidan, de alguna manera repentina asociado con Lord Ravencrest, quien había detectado el hechizo de Rhonin. Con el hermano de Malfurion para ayudarlo, el comandante de los elfos de la noche había salido con toda su fuerza, decidido esta vez a capturar a cualquier invasor.

Habían estado muy contentos de ver Brox... y bastante desconcertados al ver al gemelo de Illidan.

En una cámara iluminada por brillantes cristales color esmeralda colocados en lo alto de cada una de las cinco esquinas, Lord Ravencrest inspeccionaba su captura. El comandante se sentó en una silla esculpida de la misma piedra que su fuerte. La silla se colocó sobre un estrado, también de piedra, dando a Ravencrest la capacidad de mirar hacia abajo sobre el trío, incluso mientras está sentado.

Soldados armados estaban alineados en las paredes de la cámara, mientras que otros rodeaban a Malfurion y a sus compañeros. El mismo Ravencrest estaba flanqueado por sus oficiales superiores, de los cuales cada uno estaba parado con su yelmo en el curva de un brazo. A la inmediata derecha del noble esperaba Illidan.

También estaban presentes dos miembros de alto rango de la Guardia Lunar. Fueron una adición tardía a los procedimientos, habiendo llegado al Fuerte Torre Oscura justo cuando el comandante había llevado a sus prisioneros a las puertas. La Guardia Lunar también había detectado el hechizo de Rhonin, pero sus espías les habían informado del grupo de Ravencrest antes de que hubieran tenido la oportunidad de enviar a sus propios buscadores. Los hechiceros no estaban nada complacidos con las acciones del noble, ni estaban satisfechos con la presencia de Illidan, siendo él un hechicero no autorizado ante sus ojos.

— Una vez más, Lord Ravencrest, —

Empezó el más mayor y delgado de los dos de la Guardia Lunar, una oficiosa figura con el nombre de Latosius.

— Debo pedir que estos intrusos sean entregados a nosotros para un interrogatorio apropiado. —

— Ya tuvieron al hombre bestia y lo perdieron. De todos modos, él debía venir ante mí. Esto simplemente acorta el procedimiento. —

El noble volvió a mirar a los tres.

— Aquí hay más que lo que vemos por fuera. Illidan, me gustaría escucharlo de ti. —

El hermano de Malfurion parecía un poco incómodo, pero respondió con fuerza:

— Sí, milord, es mi hermano. —

— Eso es tan obvio como la noche y el día. — Estudió el gemelo cautivo.

— Yo sé algo de ti, muchacho, del mismo modo que sé algo de tu hermano. Tu nombre es Malfurion, ¿verdad?—

— Si, mi lord. —

— ¿Rescataste a esta criatura?—

— Si, lo hice. —

El comandante se inclinó hacia delante.

— ¿Y tienes una excelente razón de por qué? ¿Una que pueda excusar este acto criminal? —

— Dudo que me crea, mi lord. —

— Oh, puedo llegar a creer muchas cosas, joven. —

Respondió lord Ravenscrest con calma, tirando suavemente de su barba.

— Si ellos hablan con honestidad. ¿Puedes hacer eso?—

— Yo...— ¿Qué otra opción tenía Malfurion? Tarde o temprano, a través de un método u otro, le arrancarían la verdad. — Lo intentaré. —

Y así les habló de sus estudios con Cenarius, que inmediatamente levantó cejas dudosas. Explicó sus sueños recurrentes y cómo el semidiós le había enseñado a caminar en el mundo del subconsciente. Por encima de todo, Malfurion describió las desconcertantes fuerzas que lo habían atraído hacía, de todos los lugares, Zin-Azshari, y el palacio de la querida reina de los elfos de la noche.

Escuchaban mientras hablaba del Pozo mismo y de la turbulencia que los hechiceros dentro del palacio habían despertado. Describió para Ravenscrest, la Guardia Lunar, y los otros la visión de la torre y lo que percibió en su interior.

La única cosa que no mencionó, asumiendo que de su historia sería obvio, era su miedo que la reina Azshara autorizaba todo.

Ravenscrest no comentó su historia, en lugar miró a la Guardia lunar.

— ¿Su orden ha notado algún problema?—

El hechicero de mayor edad respondió.

— El Pozo está más turbulento que de costumbre y eso podría ser por mal uso. No hemos monitoreado tal actividad de Zin-Azshari, pero aun así, una invención increíble como esta...—

— Sí, es increíble. —

El comandante barbudo lanzó su vista hacia Illidan.

— ¿Qué opinas de tu hermano?—

— Nunca ha sido un delirante, milord. — Illidan no miró a Malfurion.

— En cuanto a si es verdad...—

— En efecto. Sin embargo, no me extrañaría que lord Xavius y los Altonatos investigasen alguna diablura sin su conocimiento. Actúan como si la reina fuese su preciada posesión y nadie más tiene derecho a ella. —

Incluso por la Guardia Lunar, eso fue recibido con movimientos de cabeza asintiendo. La arrogancia del consejero y de los que rodeaban a Azshara en el palacio era bien conocida.

— Si me permite. — Intervino Latosius. — Una vez que hayamos resuelto los asuntos aquí, pasaré la palabra a los líderes de nuestra orden. Pondrán en marcha la vigilancia de los Altonatos y sus actividades. —

— Debería estar más interesado en esto. Joven Malfurion, su historia... suponiendo que en su mayor parte sea verdad... explica algunas de sus acciones, pero ¿cómo encaja esto en la liberación de un prisionero de su pueblo, el más serio crimen? —

— Tal vez yo pueda responder mejor a eso. — Dijo Rhonin de repente.

Malfurion no estaba tan seguro de que fuera algo bueno que un forastero hablara. Los elfos de la noche no eran tan tolerantes con otras razas y, aunque Rhonin tenía algún vago parecido con su especie, para lo que le iba servir podía haber sido un troll.

Pero Ravencrest parecía dispuesto a escuchar, si nada más. Agitó una mano descuidadamente hacia el hechicero encapuchado.

— En mi tierra... una tierra no lejos de donde es él. —

Explicó Rhonin, asintiendo con la cabeza hacia Brox.

— Una extraña anomalía mágica se abrió. Mi gente me envió y la gente de Brox lo envió a él. Ambos la descubrimos por separado... y fuimos atraídos involuntariamente a través de ella. Él terminó en un lugar, yo en otro. —

— ¿Y cómo se relaciona esto con el joven Malfurion?—

— Él cree... como yo... que esta anomalía se debe a los hechizos mencionados anteriormente. —

— Eso sería una causa de alarma. —

Comentó dudosamente el guardia lunar de mayor rango.

— La criatura de piel verde difícilmente parece alguien que se enviaría para estudiar una creación de hechicería o magia. —

— Mi Jefe de Guerra ordenó que fuera. — Replicó Brox con una mueca desafiante. — Yo fui. —

— No puedo hablar por los orcos. — Respondió Rhonin. — Pero soy un experto en este tipo de estudio. — Sus ojos, tan diferentes de los ojos de los elfos de la noche, desafiaron al guardia lunar a negarlo.

Después de una pausa, ambos hechiceros asintieron con la cabeza. Malfurion se dio cuenta de que no sabían qué era exactamente Rhonin, pero reconocieron a alguien versado en las artes. De hecho, era probable que por esa razón el mago le hubieran permitido hablar del todo.

— Tal vez estoy envejeciendo, pero estoy inclinado a creer mucho de todo esto. —

La confesión de Lord Ravencrest atrajo algunas miradas de sus oficiales y envió una ola de alivio a través de Malfurion. Si el comandante tomó en serio su historia...

— Todavía estamos indecisos. — Dijo Latosius. — Tal información no puede ser tomada solo por fe. Todavía debe haber un interrogatorio interno. —

El noble levantó las cejas.

— ¿He dicho otra cosa?—

Chasqueó los dedos y los guardias agarraron fuertemente a Malfurion por los brazos, arrastrándolo hacia el estrado.

— Ahora me gustaría poner a prueba la fe que he puesto en mi nuevo hechicero. Illidan, debemos averiguar la verdad absoluta, por desagradable que parezca. ¿Confío en que puedo confiar en ti para demostrarnos que todo lo que tu hermano dice es verdad?—

El elfo de la noche con cola de caballo tragó saliva, luego miró más allá de Malfurion.

— Confío en la palabra de mi hermano, pero no puedo decir lo mismo de la criatura de túnica, milord. —

Illidan estaba tratando de evitar tener que usar sus poderes sobre su hermano, centrándose en cambio en un intruso. Aunque Malfurion apreciaba esa preocupación, no le gustaba la idea de que Rhonin o Brox sufrieran en su lugar.

— ¡Lord comandante, esto es absurdo!—

El hechicero de mayor rango marchó hasta el estrado, mirando a Illidan con desprecio.

— ¿Un hechicero no autorizado quien es hermano de uno de los prisioneros? ¡Cualquier interrogatorio sería sospechoso!—

Se volvió hacia Malfurion, con los ojos plateados entrecerrados amenazadoramente al joven elfo de la noche.

— De acuerdo con las leyes establecidas en los albores de nuestra civilización, en asuntos mágicos, es la responsabilidad y el derecho de la Guardia Lunar supervisar todos esos interrogatorios. —

Avanzó, poniéndose al alcance del prisionero. Malfurion trató de no mostrar ansiedad. En contra de las amenazas físicas del Fuerte Torre Oscura, esperaba que su entrenamiento druídico le permitiera sobrevivir, pero que un hechicero penetrara en su mente era mucho más peligroso. Tal interrogatorio podía dejar su cuerpo entero, pero su cerebro tan destrozado que tal vez nunca se podría recuperar.

Illidan saltó de la tarima.

— Milord, voy a interrogar a mi hermano. —

Cualquier cosa que su gemelo le hiciera, Malfurion sospechaba que Illidan sería mucho más cuidadoso que el guardia lunar, que sólo quería respuestas. Malfurion miró a Lord Ravencrest, esperando que el noble aceptara la oferta de Illidan

Pero el maestro del Fuerte Torre Oscura sólo se apoyó contra su silla, diciendo:

— Las leyes serán seguidas. Él es tuyo, guardia lunar... pero sólo si haces el interrogatorio aquí y ahora. —

— Es un hecho. —

— Considera, en tu trabajo, que puede estar diciendo la verdad. —

Malfurion supuso que era lo más cerca que Lord Ravencrest iba a estar de intentar evitarle daños al gemelo de Illidan. Primero y ante todo el comandante barbudo era el protector del reino. Si ese costo era la vida o la mente de un elfo de la noche, entonces era un sacrificio necesario.

— Se sabrá la verdad. — Fue todo lo que el hechicero contestaría. A los guardias les ordenó: — Sostengan su cabeza. —

Una de las figuras blindadas posicionó a Malfurion para el guardia lunar. La figura de túnica se alzó y tocó las sienes del prisionero con sus dedos índices.

Un choque pasó a través de Malfurion y estaba seguro de que había gritado. Sus pensamientos se arremolinaron alrededor, viejos recuerdos subiendo a la superficie sin haber sido llamados. Sin embargo, cada uno fue empujado rápidamente hacia abajo mientras lo que se sentía como una mano con garras clavaba en su mente, buscando cada vez más en lo profundo...

¡No luches! Ordenó una voz áspera que tuvo que ser la de Latosius. *¡Libera tus secretos y será mejor para ti!*

Malfurion quería, pero no sabía cómo hacerlo. Pensó en lo que ya había dicho en el interrogatorio e intentó proyectarlo. De la posible complicidad de Azshara, Malfurion todavía se resistió a revelarlo. Eso reduciría sus posibilidades de que alguna vez le creyeran si esa sospecha se escapaba...

Entonces, tan repentinamente como la sonda intrusiva se había metido en sus pensamientos... cesó. No se retiró, no se desvaneció gradualmente. Simplemente cesó.

Las piernas de Malfurion se doblaron. Habría caído si no fuera por los guardias que lo sostenían.

Poco a poco se dio cuenta de gritos, algunos en incredulidad, otros de consternación. Una de las voces más estridentes sonaba como la del mayor de la guardia lunar.

— ¡Es indignante!— Alguien gritó. — ¡Definitivamente no la reina!—

— ¡Nunca!—

Había dejado escapar su último miedo. Malfurion maldijo su débil mente. Apenas había empezado el interrogatorio y ya había fallado, le falló a la enseñanza de Cenarius...

— ¡Los Altonatos! ¡Eso tiene que ser! ¡Esto lo está haciendo Xavius!—

Insistió otra voz.

— ¡Ha cometido el mal contra los suyos!— Acordó el primero.

¿De qué estaban hablando? Aunque la cabeza de Malfurion se negó a aclarar, todavía estaba seguro de que algo no estaba bien con la exaltada conversación. Los hablantes estaban demasiado agitados, reaccionando con demasiada firmeza a sus creencias. Era sólo un elfo de una noche y ni siquiera de alto rango. ¿Por qué sus vagas sospechas los arrojarían a tal creciente pánico?

— Déjenme verlo. —

Dijo una voz. Malfurion sintió que los guardias lo entregaban a una sola persona, que lo bajó suavemente al suelo.

Unas manos tocaron los lados de su cara, levantándola. Con los ojos borrosos, Malfurion encontró la mirada de su hermano.

— ¿Por qué no cediste inmediatamente?— Murmuró Illidan.

— ¡Dos horas! ¿Aún te queda algo de mente?—

— ¿Dos... horas?—

Notando la respuesta, Illidan respiró con más facilidad.

— ¡Alabada sea Elune! Después de soltar esa tontería sobre la reina, ese viejo tonto estaba decidido a arrancar todo de tu cabeza, ¡sin importar el costo! ¡Si no fuera porque su hechizo falló repentinamente, probablemente te habría dejado como una cáscara vacía! ¡No han perdonado la pérdida de sus hermanos y te han culpado por eso!—

— ¿S-su hechizo falló?—

Eso no tenía sentido. El interrogador de Malfurion era un hechicero del más alto rango.

— ¡Todos sus hechizos fallaron!— Insistió Illidan. — Después de que perdió el control del primer hechizo, intentó otro y cuando eso no funcionó, su compañero intentó un tercero... ¡Sin éxito!—

Malfurion todavía no entendía. Lo que su hermano gemelo sugería sonaba como si ambos de la Guardia Lunar hubieran perdido sus poderes.

— ¿No pueden conjurar?—

—No... Y mis propios poderes se sienten silenciados... —

Se inclinó junto a la oreja de Malfurion.

— Creo que tengo cierto control... pero apenas. ¡Es como si nos hubieran aislado del Pozo!—

La conmoción continuó creciendo. Oyó que Lord Ravencrest exigía que la Guardia Lunar siguiera manteniendo el contacto con sus hermanos, a lo que uno de los hechiceros admitió que el vínculo siempre-presente había sido cortado. El noble entonces le preguntó a sus propios seguidores si alguno aún conservaba sus propias habilidades, por muy leves que fueran.

Nadie respondió afirmativamente.

— Ha comenzado...— Susurró Malfurion sin pensarlo

— ¿Hmmm?— Su gemelo Frunció el ceño. — ¿Qué es eso? ¿Que ha comenzado?—

Miró detrás de Illidan, mientras recordaba las violentas fuerzas invocadas irresponsablemente en la torre. Volvió a ver la falta de preocupación por lo que aquella magia pudiera hacerle a quienes vivían más allá de las murallas de palacio.

— No lo sé...— Malfurion finalmente le dijo a su hermano. — Juro por la Luna Madre que me gustaría... pero no lo sé. —

Más allá de Illidan vio los rostros de Brox y Rhonin. Tanto si entendían o no como él lo hacía, parecían compartir su temor creciente.

— Sólo sé que, sea lo que sea... ha comenzado. —

En todo el reino de los elfos de la noche, en todo el continente de Kalimdor, miles de otros percibieron la pérdida. Habían sido aislados del pozo. El poder que habían ejercido tan alegremente... casi había desaparecido. Una sensación de alarma creció rápidamente, porque era como si alguien hubiese subido y robado la luna.

Los que vivían más cerca del palacio, naturalmente, se dirigieron a su reina, llamando a Azshara en busca de orientación. Esperaron ante las puertas atrancadas, reuniéndose cada vez más personas. Arriba, los centinelas miraban con cara en blanco, sin moverse para abrir las puertas ni llamar para calmar a la creciente multitud.

Sólo después que la medianoche había pasado y la mayor parte de la ciudad se había reunido a las áreas anteriores al palacio, las puertas finalmente se abrieron. La gente avanzó, aliviada. Estaban seguros de que Azshara finalmente había salido en respuesta a sus súplicas.

Pero lo que salió desde el interior de las paredes del palacio no era la reina, ni tampoco era algo siquiera imaginado en el mundo de los elfos de la noche.

Y así cayeron las primeras víctimas de la Legión Ardiente.

CAPITULO DIECINUEVE

Una oleada de vértigo golpeó a Krasus, el ataque fue tan inesperado que casi le costó la vida. Sólo momentos antes, había sentido su antiguo yo, debido en gran parte a su proximidad con Korialstrasz. Ahora el dragón lo llevaba rápidamente en dirección al claro de Cenarius, aunque no lo suficiente como para que el semidiós los notara. La determinación de encontrar a este elfo de la noche que Nozdormu le había revelado había avivado aún más al mago... y por eso el súbito vértigo lo había pillado tan desprevenido que casi había caído del cuello del dragón.

Korialstrasz se equilibró para él en el último momento, pero el yo más joven de Krasus también parecía extrañamente desorientado.

— ¿Estás mejor? — Gritó el dragón.

— Estoy... recuperandome. —

Krasus miró hacia el cielo nocturno, tratando de darle sentido a lo que acababa de suceder. Buscó sus entre sus rasgados recuerdos, y al final encontró una posible respuesta.

— Amigo mio, ¿Sabes de la capital de los elfos de la noche? —

— ¿Zin-Azshari? Estoy vagamente familiarizado con ella. —

— Gira hacia allá. —

— Pero tu búsqueda... —

Krasus se mostró inflexible.

— Hazlo ahora. Creo que es de mayor importancia que vayamos allí. —

Su yo más joven gruñó algo, pero arqueó hacia la dirección de Zin-Azshari. Incliniéndose hacia adelante, Krasus miró en esa dirección, esperando ver las primeras señales de la legendaria ciudad. Si la memoria le servía —y no podía estar seguro de que lo hiciera— Zin-Azshari había sido la culminación de la civilización de los elfos de la noche, una metrópolis grande y extensa como la que nunca se volvería a ver. Sin embargo, la opulencia de la antigua ciudad no era lo que le interesaba. Lo que preocupaba a Krasus era su recuerdo de la cercanía de Zin-Azshari con el legendario Pozo de la Eternidad.

Y fue el Pozo el que ahora lo atrajo. Aunque los orígenes de la primera llegada de la Legión Ardiente en el mundo se perdieron para Krasus, todavía conservaba una mente lo bastante aguda como para hacer algunas suposiciones bastante precisas. En este período del tiempo, el Pozo era poder, y no era sólo el poder lo que buscaban los demonios, sino también lo que les permitía llegar a los muchos reinos que destruyeron.

¿Dónde sería más probable encontrar un portal a través del cual la Legión Ardiente pudiera llegar que en la proximidad inmediata de la fuente más grande de energía hechicera jamás conocida?

Se elevaron a través del cielo nocturno, Korialstrasz volando kilometro tras kilometro en el aire en sólo unos minutos. Aún así, pasaban las horas, preciosas horas que Krasus sospechaba que el mundo no podía permitirse el lujo.

Por fin, el dragón habló:

— ¡Pronto estaremos a la vista de Zin-Azshari! ¿Qué esperas ver? —

Era lo que más esperaba no ver, pero Krasus no podía explicarle eso a su compañero.

— No lo se. —

Adelante aparecieron luces, incontables luces. Krasus frunció el ceño. Por supuesto, los elfos de la noche tendrían iluminación para algunas de sus actividades, pero parecía demasiado para un reino de seres nocturnos. Incluso una ciudad tan grande en tamaño como Zin-Azshari no sería tan brillante.

Pero cuando el dúo se acercó, vieron que la iluminación no provenía de la luz de antorchas o de cristales... sino de los incendios que corrían a lo largo de la capital elfica.

— ¡La ciudad está en llamas! — Gritó Korialstrasz. — ¿Qué pudo haber comenzado un infierno así? —

— Necesitamos descender. — Fue todo lo que Krasus respondió.

El dragón rojo bajó en picada, cayendo centenares de metros. Ahora los detalles se hicieron visibles. Detallados y coloridos edificios se quemaban, algunos de ellos ya derrumbándose. Esculpidos jardines y enormes casas de árboles se habían convertido en piras de fuego.

Y esparcidos por las calles yacían los cuerpos de los muertos.

Habían sido brutalmente asesinados, sin compasión por los ancianos, los enfermos o los jóvenes. Muchos habían muerto en grupos, mientras que otros habían sido claramente perseguidos uno por uno. Además de la población de Zin-Azshari, había una gran variedad de animales, especialmente grandes sables nocturnos, también estaban muertos, sus muertes no habían sido menos sucias.

— ¡Ha habido guerra aquí! — Gruñó el leviatán alado. — ¡No... no una guerra! ¡Esto es un genocidio! —

— Esto es obra de la Legión Ardiente. — Murmuró Krasus.

Korialstrasz viró hacia el centro de la ciudad. Curiosamente, el daño disminuía cuando se acercaban a lo que parecía ser el palacio. De hecho, ciertas secciones amuralladas del centro parecían completamente intactas.

— ¿Qué sabes de estas secciones? — Preguntó Krasus a su montura.

— Poco, pero creo que por las paredes vinculadas al palacio de la reina pertenecen a los que se les conoce como los "Altonatos". Son considerados los más estimados de los elfos de la noche, todos de alguna manera involucrados directamente al servicio a su majestad, Azshara. —

— Da vueltas alrededor de ellas. —

Korialstrasz lo hizo. Estudiando las inmediaciones, Krasus confirmó sus sospechas. Ninguna de las estructuras que albergaban a los majestuosos Altonatos habían sido tocadas en lo más mínimo por el monstruoso desastre.

— ¡Hay movimiento hacia el noroeste, Krasus! —

— ¡Vuela allí! ¡Rapido! —

No necesitaba animar a su compañero, pues Korialstrasz claramente buscaba las respuestas tanto como él. Nada sorprendente, considerando que ambos eran uno mismo.

Krasus ahora vio lo que la visión superior del dragón ya había notado. Una ola de movimiento, casi como langostas, fluyendo a través de la ciudad. Korialstrasz descendió más lejos, permitiendo al par identificar a los individuos.

Y para Krasus, fue el retorno del mal.

La Legión Ardiente marchaba sin descanso por Zin-Azshari, sin dejar nada intacto a su paso.

Los edificios caían ante sus fuerzas. Estaba la alta y brutal Guardia Vil con sus mazas y escudos. Infernales inconscientes golpeando a través de su camino paredes de piedra o cualquier otra oposición física. Cerca de ellos flotaban enormes figuras aladas con espadas verdes y ardientes, armadura fundida y pies hendidos... los Guardias Apocalípticos.

A medida que el dragón se movía hacia el frente de la horda, Krasus identificó a las caninas bestias viles, los siempre exploradores de la Legión. Parecían especialmente activos; no sólo sus narices se elevaban para oler el aire, sino sus siniestros tentáculos con los que absorbían la magia lanzándolos hacia delante con avidez.

Y entonces el mago vio lo que la Legión cazaba.

Un enjambre de refugiados del centro de la ciudad, familias e individuos creaban un desesperado flujo a través de las estrechas avenidas. En la parte trasera, tratando de mantener a raya a los demonios, había un pequeño contingente de soldados blindados y unas cuantas figuras de túnica que Krasus creía que eran la legendaria Guardia Lunar.

A medida que los dos se acercaban, uno de la Guardia Lunar en la vanguardia intentó lanzar un hechizo. Pero exponiéndose abiertamente, sólo sirvió para añadirlo

a la lista de víctimas. Una de las bestias viles saltó adelante, aterrizando apenas antes del hechicero. Sus tentáculos se dispararon con una velocidad asombrosa.

Se adhirieron al pecho del hechicero, levantándolo físicamente en el aire. Antes de que alguien —ni siquiera Krasus y Korialstrasz— pudiera ir en su ayuda, el hechicero de la Guardia Lunar se le vació de sus fuerzas mágicas... dejando una muerta cáscara seca en su lugar.

El dragón rojo rugió. Aunque hubiera querido hacerlo, Krasus no podría haber impedido a su joven yo tomar represalias. En verdad, sus propios recuerdos de tal horror mantuvieron al mago en silencio. Demasiados habían muerto a causa de la Legión y, aunque por la interferencia de Krasus, Korialstrasz había llegado aquí, al primero ya no le importaba. Había tratado de evitar causar más estragos en la línea del tiempo, pero esto ya fue suficiente.

Era hora de la retribución.

Mientras Korialstrasz pasaba por delante de las filas demoniacas, soltó una gran llamarada. La ola de fuego envolvió en llamas no sólo a las bestias viles que habían matado al hechicero, sino a muchos de los que las seguían. Quejandose de dolor, los pocos sobrevivientes se retiraron, algunos quemados gravemente.

Korialstrasz no se detuvo. Se volvió hacia la horda principal, una segunda ola de fuego envolvió a los demonios más importantes.

La mayoría murió instantáneamente. Algunos de los más duros de la Guardia Vil lucharon a través de las llamas, sólo para colapsar poco después debido a sus quemaduras. Un Infernal ardiente trató de apagar el fuego del dragón y, cuando eso no funcionó, corrió precipitadamente dentro de un edificio, posiblemente con alguna vaga esperanza de que al hacerlo sofocaría las llamas. Segundos después, también se derrumbó.

Ni siquiera la Legión Ardiente podía soportar el poder puro de un dragón, pero eso no los hacía indefensos. De sus filas de repente volaron una veintena de Guardias Apocalípticos. Krasus los notó primero y, aunque era muy consciente del riesgo, lanzó un rápido hechizo.

Los vientos golpearon a los demonios más prominentes, arrojándolos de vuelta al resto. Los Guardias Apocalípticos se enredaron entre ellos.

Korialstrasz soltó su aliento otra vez.

Cinco de los terrores alados cayeron al suelo como misiles ardientes que infligieron más daño a la horda demoniaca de abajo.

El resto de los Guardias Apocalípticos se reagruparon. Otros dispararon hacia el cielo, duplicando los números.

Korialstrasz deseaba claramente hacerles frente, pero Krasus sintió repentinamente los signos de la debilidad. Como Alexstrasza había dicho, los dos juntos estaban casi completos... pero no del todo. El uso adicional de su fuerza le agotó más rápido

de lo normal. El dragón ya volaba más despacio, menos suave, aunque no reconociera ese hecho.

— ¡Tenemos que marcharnos! — Insistió Krasus.

— ¿Abandonar la pelea? ¡Nunca! —

— ¡Los refugiados lograron escapar gracias a nosotros!—

El retraso había sido suficiente para que los elfos de la noche se dispersaran más allá en las tierras. Krasus tenía toda la confianza de que podían mantenerse por delante de la Legión en este punto.

— ¡Tenemos que hablar con aquellos que pueden hacer más! ¡Debemos continuar en nuestro camino original! —

A Krasus le dolía hablar así, pues en su corazón habría querido quemar a todos los demonios a la vista, pero incluso ahora, cada vez más demonios volaban para acabar con el solitario dragón.

Con un rugido de frustración, Korialstrasz desató una última ráfaga de fuego que destruyó a tres de los Guardias Apocalípticos y envió a los otros revoloteando hacia atrás. El gigante rojo se volvió y salió volando, superando con facilidad a la Legión a pesar de su creciente agotamiento.

Mientras volvían a salir del palacio, Krasus veía con horror como más demonios salían de sus puertas. Sin embargo, lo más desconcertante eran los centinelas elfos de la noche que todavía hacían guardia en las almenas, guerreros que parecían no darse cuenta de todo el desesperado apuro en el que se encontraban los suyos.

Krasus había visto una indiferencia tan descarada ante el horror anterior. Había habido aquellos durante la segunda guerra que habían actuado del mismo modo indiferente. *¡Son hipnotizados por la creciente influencia de los demonios! Si los señores de la Legión no han puesto el pie en el plano mortal aún, ¡No pasará mucho antes de que lo hagan!*

Y cuando eso pase, temía que no hubiera futuro para el mundo... ni siquiera, en este caso, un pasado.

Había horribles ruidos perturbando su relajación. Azshara había ordenado música para ella con la esperanza de que ahogaría los molestos ruidos, pero las liras y las flautas habían fracasado miserablemente. Finalmente, se levantó y, con sus nuevos guardaespaldas que la rodeaban, se abrió paso con gracia por el palacio.

No fue a lord Xavius sino más bien al capitán Varo'then con quien se encontró primero. El capitán cayó sobre una rodilla y apretó su puño contra su corazón.

— Su maravillosa majestad... —

— Mi querido capitán, ¿cuál es la causa de tal espantoso griterío? —

El elfo de la noche con cicatrices la miró con una expresión velada.

— Tal vez sería más fácil mostrárselo a usted. —

— Muy bien. —

La condujo a un balcón con vistas a la zona principal de la ciudad. Azshara rara vez acudía a este balcón excepto para exhibiciones públicas, prefiriendo mucho la vista de los extravagantes jardines de sus aposentos o las vislumbres del Pozo de la Eternidad que le ofrecían sus visitas a la torre.

Pero la vista ante la reina no era aquella a la que se había acostumbrado. Los ojos dorados de Azshara bebían en las imágenes de su ciudad, las estructuras en ruinas, los interminables fuegos, y los cadáveres ensuciando las calles. Ella miró a su derecha, donde el barrio amurallado de los Altonatos todavía seguía en paz.

— Explíqueme esto, capitán Varo'then. —

— El consejero me ha dicho que estos han demostrado ser indignos. Para preparar completamente un mundo de perfección, todo lo imperfecto debe ser barrido. —

— ¿Y a los que estaban debajo se les consideraba indignos bajo el juicio de lord Xavius? —

— Con la recomendación del servidor de mayor confianza del Magno, el comandante celestial, Mannoroth. —

Azshara se había reunido brevemente con el imponente Mannoroth y, como con su consejero, había sido abrumada por el gran sirviente del Magno.

La reina asintió con la cabeza.

— Si Mannoroth dice que debe ser así, debe ser así. Los sacrificios son siempre necesarios en nombre de los propósitos gloriosos, siempre pienso eso. —

Varo'then inclinó la cabeza.

— Su sabiduría es no tiene límites. —

La reina recibió ese cumplido con el mismo desinterés con el que recibía los muchos cumplidos que recibía diariamente. Todavía mirando la matanza de abajo, Azshara preguntó:

— ¿Tardará mucho entonces? ¿El Magno Vendrá pronto también? —

— Lo hará, mi reina... y se dice que Mannoroth lo ha llamado Sargerás. —

— Sargerás... —

La reina Azshara probó el nombre, se lo pasó por los labios.

— Sargeras... ¡Un verdadero nombre para un Dios!

Le puso una mano en el pecho.

— Confío en que se me dará previo aviso cuando haga su entrada. Me sentiría profundamente decepcionada si no pudiera estar allí para saludarlo yo misma. —

— Me ocuparé personalmente de que todo esté listo para avisarle. — Dijo Varo'then, luego se inclinó. — Perdóneme, mi reina, el deber exige mi atención ahora. —

Ella agitó una mano descuidadamente, todavía fascinada por la escena de abajo y el verdadero nombre del Dios. El capitán la dejó sola con sus guardaespaldas.

En su mente, Azshara comenzó a imaginar el mundo que reemplazaría lo que había sido diezmado. Una ciudad más magnífica, un verdadero monumento a su gloria. Ya no sería llamado Zin-Azshari, tan gracioso como la gente que lo había sido nombrarlo así. No, la próxima vez se llamaría simplemente Azshara. ¿Cual título era más apropiado era para el hogar de la reina? Azshara. Lo dijo dos veces, admirando la forma en que sonaba. Debió haber pedido el cambio hace mucho tiempo, pero eso no importaba ahora.

Entonces, otro pensamiento más intrigante entró en su mente. Verdad, ella era la más perfecta de su raza, el icono de su gente, pero había uno que era aún más glorioso, más magnífico... y pronto vendría.

Su nombre era Sargeras.

— Sargeras... —

Susurró ella.

— El Dios Sargeras... —

Una sonrisa casi infantil le cruzó la cara.

—... y su consorte, Azshara... —

Los mensajeros llegaban al Fuerte Torre Oscura al ritmo de uno cada pocos minutos. Todos exigieron ver al amo del fuerte inmediatamente, pues cada uno tenía noticias importantes.

Y cada misiva dirigida a Lord Ravencrest se reducía a la misma horrible noticia.

La hechicería había sido sino robada de los elfos de la noche. Incluso los más expertos podían hacer muy poco. Además, los otros hechizos que constantemente dependían de drenar poder del Pozo para seguir manteniendolo habían fracasado,

en uno o dos lugares con resultados catastróficos. Por todas partes, el pánico seguía y era todo lo que los oficiales podían hacer para mantener el caos de la erupción.

Desde el lugar más importante en sí, desde aquellas regiones cercanas a Zin-Azshari... no había habido ninguna palabra.

Hasta ahora.

El mensajero que había sido traído por los centinelas apenas podía pararse. Partes de su armadura habían sido arrancadas de su cuerpo y sangrientas cicatrices cubrían su carne. Se tambaleó ante Lord Ravencrest, cayendo sobre una rodilla.

— ¿Le han dado comida y agua? —

Preguntó el noble. Cuando nadie pudo responder, gruñó una orden a uno de los soldados que estaba cerca de la entrada. En cuestión de segundos, había traído sustento para el recién llegado.

Entre los que esperaban con impaciencia estaban Rhonin y los demás. Habían pasado de ser prisioneros a algún estado indefinible. No aliados, pero tampoco intrusos. El mago había optado por permanecer en silencio y en el fondo de la multitud, para mejor asegurarse de que su estado no volviera a ser prisionero.

— ¿Puedes hablar ahora? —

Retumbó Ravencrest ante el mensajero una vez que éste había comido un poco de fruta y bebido casi medio saco de agua.

— Sí... perdóneme, milord... por no haber podido hacerlo antes. —

— A juzgar por tu condición, me resulta difícil de creer que realmente hayas logrado llegar hasta aquí... —

El elfo de la noche de rodillas ante él miró a los demás reunidos. Rhonin notó lo vacíos que se habían vuelto sus ojos.

— Me cuesta creer que estoy aquí... milord. — Tosió varias veces. —Milord... vengo a decirle... que creo... que es el fin de nuestro mundo. —

El tono en alto con el que dijo eso último sólo sirvió para añadir un horrible impacto. Un silencio muerto llenó la cámara. Rhonin recordó lo que Malfurion había dicho antes. Ha comenzado. Incluso Malfurion no había entendido lo que quería decir, sólo que sabía que algo terrible estaba ocurriendo.

— ¿Qué quieres decir?— Preguntó Ravencrest, inclinándose. — ¿Recibiste algún terrible mensaje de Zin-Azshari? ¿Te han pedido que releyeras esta monstruosa advertencia? —

— Milord... vengo de Zin-Azshari. —

— ¡Imposible!— Intervino Latosius. — Por los mejores medios físicos tomaría de tres a cinco noches y la hechicería no está disponible... —

— ¡Sé lo que estaba disponible mejor que tú! — Dijo el soldado, ignorando el alto rango del guardia lunar. A Lord Ravencrest, él dijo: — ¡Me enviaron a pedir ayuda! ¡Aquellos que canalizaban el poco poder que podían lo reunieron para enviarme aquí! Pueden estar muertos... — Tragó saliva. — Puedo ser el único superviviente... —

— ¡La ciudad, muchacho! ¿Qué hay de la ciudad? —

— Milord... Zin-Azshari está en ruinas, ¡Invasión por demonios sedientos de sangre, criaturas pesadillezas! —

La historia fluía del mensajero como una herida que no pudo sellarse. Como todos los demás elfos de la noche, los de la capital estaban aturcidos por la abrupta e inexplicable pérdida de casi todo su poder. Muchos habían ido al palacio a buscar noticias tranquilizadoras. La multitud había crecido a cientos.

Y luego, desde el palacio había comenzado a salir una infinita cantidad de monstruosos guerreros, algunos con cuernos, otros con alas, todos armados y ansiosos de matar a los que estuviera en medio de ellos. En segundos, la gente había muerto por montones, sin cuartel. Cundió el miedo y algunos fueron pisoteados por aquellos que trataron de escapar.

— Corrimos, milord, todos nosotros. Sólo puedo hablar por los que huyeron en mi dirección, pero ni siquiera los guerreros más endurecidos se mantuvieron firmes. —

Pero la horda demoníaca siguió avanzando, atrapando a aquellos que no podían mantener el ritmo. Grupos dispersos lograron huir de la ciudad, pero incluso allí los demonios los cazaron.

Nadie interrumpió su relato. Nadie dijo que había sufrido delirios. Todos leían la verdad en sus ojos y voz.

El mensajero entonces describió cómo llegó a estar aquí. Un grupo de la Guardia Lunar y oficiales se habían unido, tratando de encontrar alguna defensa o acción. Se había determinado que el Fuerte Bastión Oscuro tenía que ser informado y por sorteo que ese deber había caído en el soldado presente.

— Me advirtieron que el hechizo podría no funcionar como estaba planeado, que podría ser enviado al fondo del Pozo o incluso de regreso a la c-ciudad...— Se encogió de hombros. — No tuve elección... —

Con gran esfuerzo, los hechiceros habían comenzado su trabajo. Él se había quedado en medio mientras los demás recogían la poca energía que podían. El mundo había comenzado a desvanecerse a su alrededor...

Y a medida que iba desapareciendo, había visto a los monstruosos caninos saltando sobre el grupo.

— Aterrícé a cierta distancia al norte de aquí, milord, golpeado pero vivo. Tardé algún tiempo en llegar a un puesto donde pudiera obtener un sable nocturno... y luego me dirigí a usted lo mejor que pude. —

Un Ravencrest muy moderado se desplomó hacia atrás.

— ¿Y el palacio? ¿El palacio también estaba en ruinas? ¿Todos fueron asesinados allí? —

El mensajero vaciló y dijo:

— Milord, había centinelas en lo alto de las murallas. Observaban a la gente antes de que las puertas se abrieran... ¡y luego vieron cómo los monstruos salían y nos destrozaban a todos! —

— ¡La reina nunca lo permitiría! —

Dijo uno de los oficiales del noble. Otros asintieron con la cabeza, pero muchos mantuvieron sus opiniones ocultas.

Su comandante tenía su propia noción de lo que significaba esa noticia. Su expresión ya sombría, murmuró:

— Es como creíamos entonces. Esta debe ser la obra de los Altonatos. —

— ¡Ni siquiera ellos serían tan locos! — Exclamó Latosius. — Es cierto que sus hechiceros se consideran superiores incluso a la Guardia Lunar, ¡Pero son elfos nocturnos como nosotros! —

— ¡Así creeríamos, pero su arrogancia no conoce límites! — Ravencrest golpeó su puño en el brazo de su silla de piedra. — Y no olvidemos que los Altonatos obedecen los dictados del señor consejero... ¡Xavius! —

Rhonin había oído el nombre mencionado antes, pero ahora el veneno con el que se repetía lo aturdió. Se inclinó hacia Malfurion y preguntó:

— ¿Quién es este Xavius? —

Malfurion se había recuperado mucho, gracias en gran parte a la ayuda de su gemelo. Con una ligera ayuda de Brox, ahora estaba junto a los demás.

— El que susurra en el oído de la reina. Su consejero más fiable y rival de Lord Ravencrest. No dudo que Xavius esté involucrado, ¡Pero no podría hacerlo sin el consentimiento de Azshara! ¡Incluso los Altonatos la adoran! —

— Nunca lo creerán. — Comentó Illidan. — ¡Olvídate de eso por ahora! ¡Que piensen que es el consejero! ¡Sus opciones seguirán siendo las mismas al final! —

Aunque no confiaba exactamente en Illidan, Rhonin tuvo que estar de acuerdo con el otro elfo de la noche en ese sentido.

Y parecía que la elección de los villanos ya se había hecho. Ravencrest se puso de pie, gritando a los demás presentes. Sus oficiales apretaron sus yelmos como si estuvieran listos para ir a cabalgar hacia la capital inmediatamente.

— ¡Todos los guardias lunares, todos los hechiceros de cualquier habilidad razonable, deben ser reunidos lo más rápido posible! ¡Garo'thal! ¡Envía mensajeros a todos los puestos y comandantes! ¡La resistencia debe ser organizada! ¡Esta horrible situación debe ser contenida! —

Latosius se enfrentó al noble.

— ¡Hay que hacer algo para recuperar el uso del Pozo! ¡Las fuerzas de las armas por sí solas no se opondrán a esos monstruos! ¡Ya oíste al mensajero! —

El noble barbudo clavó su rostro en el de la Guardia Lunar.

— Espero tener un poco de hechicería a la mano, sobre todo de su poderosa orden, pero, de lo contrario, la fuerza de las armas es todo lo que realmente tenemos en este momento, ¿no? —

Illidan de repente abandonó a su hermano y al resto.

— ¡Milord, siento que puedo ser de alguna ayuda! ¡Todavía tengo algunas habilidades para lanzar hechizos! —

— ¡Espléndido! ¡Necesitaremos eso! ¡Zin-Azshari debe ser vengado, y la reina liberada de los Altonatos! —

Rhonin no podía quedarse quieto. Había visto lo que la Legión Ardiente podía hacer y, aunque todo esto era en su pasado, no podía quedarse como Krasus esperaba. Dentro de él todavía sentía la capacidad de convocar magia, usarla como quisiera.

— ¡Milord Ravencrest! —

El noble lo miró, claramente todavía no estaba seguro de qué hacer con él.

— ¿Qué quieres? —

— Necesitas a alguien que pueda lanzar hechizos. Me ofrezco a mí mismo. —

Ravencrest parecía inseguro.

En respuesta, el mago convocó una bola de luz azul sobre su palma izquierda. Le costó más esfuerzo que de costumbre, pero no lo suficiente como para demostrar tal esfuerzo.

La expresión de duda del comandante se disolvió.

— Sí, eres bienvenido a nuestras filas... —

Por el rabillo del ojo, debió darse cuenta de que Latosius estaba a punto de objetar.

— Sobre todo porque nos han ofrecido poco más. —

— Si se eliminara el hechizo nos aisla de la fuerza del pozo...—

— Lo que para empezar requeriría hechicería de cierta magnitud... ¡Y si pudieras hacerlo, Guardia Lunar, no tendríamos ningún problema! —

Mientras los escuchaba discutir, el corazón de Malfurion se hundía más profundo. Esas discusiones no servirían de nada. Se necesitaba pasar a la acción, pero con la poca magia para respaldar la fuerza militar de Lord Ravencrest, el futuro parecía oscuro de hecho. Si tan solo...

Sus ojos se abrieron. Tal vez podría hacer algo.

Tal como su hermano y Rhonin habían hecho antes que él, Malfurion se acercó al noble. Ravencrest lo miró con cierta incredulidad.

— ¿Y ahora tú? ¿Planeas ofrecer hechicería tal como Illidan afirma aquí que aún manejas? Le daría la bienvenida si la tienes, independiente de sus crímenes pasados. —

— No ofrezco hechicería, Lord Ravencrest, sino otro tipo de magia. Ofrezco lo que me ha enseñado mi shan'do, Cenarius. —

Latosius se rió burlescamente.

— ¡Esta es la peor broma de todas! ¿Las enseñanzas de un semidiós mítico? —

Pero Ravencrest no descartó a Malfurion de sus manos.

— ¿De verdad crees que puedes ser de alguna ayuda? —

El joven elfo de la noche vaciló, luego dijo:

— Sí, pero no desde aquí. Necesito ir a algún lugar... más tranquilo. —

El noble frunció el ceño.

— ¿Más tranquilo? —

Malfurion asintió con la cabeza.

— Debo ir al templo de Elune. —

— ¿El templo de la Madre Luna? Ni siquiera había pensado en ellos. Su apoyo sería definitivamente necesario en este tiempo de crisis, pero ¿qué esperas lograr allí? —

Tratando de mantener escondida su incertidumbre, Malfurion Stormrage respondió:

— Eliminar el hechizo que aisla el poder del Pozo de la Eternidad de nuestros hechiceros, por supuesto. —

CAPITULO VIENTE

Todo iba bien en el mundo...para Lord Xavius, al menos.

Sus sueños, sus metas, estaban al alcance.

Aún mejor, el Magno estaba complacido con él. La Barrera mágica que él y Mannoroth colocaron no solo logró aislar el Pozo para todos excepto los Altonatos, sino que también les permitió ensanchar y solidificar el portal. En el espacio de tan solo unas pocas horas, cientos de las huestes celestiales lo habían cruzado.

Mannoroth inmediatamente tomó el mando sobre ellos, mandándolos a purgar todo lo innecesario. Hace tiempo, Xavius pudo encontrar esa idea muy horrenda, pero ahora él adoptó en su totalidad todos los caminos y métodos de Sargerass. El Dios sabía cómo alcanzar el paraíso perfecto que el consejero buscaba, ¿No se había salvado totalmente el barrio de los hogares de los Altonatos? De Aquellos que sirvieron al palacio podría alzarse una nueva edad de oro para la raza de elfos de la noche, una era que eclipsaría todo la anterior a esta.

A Lord Xavius se le había otorgado el honor de monitorear el trabajo para hacer todo esto posible, mantuvo en delicado balance el hechizo que regeneraba la barrera. La labor requerida era más de la que incluso Mannoroth planeó, y si el hechizo fallaba, sería casi imposible repetirlo sin tener que sellar el portal primero y usar toda la fuerza de los hechiceros Altonatos.

Pero Xavius no tenía ninguna intención de dejar que algún desastre cayera sobre el preciado escudo, y tampoco esperaba problema alguno. ¿Qué podría pasar aquí en el corazón del palacio?

Una figura gigante entró en la cámara, mirando alrededor impacientemente.

- ¿Dónde essssstass Mannoroth? — Siseó el Maestro de Canes
- Comandando las huestes, claro está. — Respondió el elfo nocturno.
- Fue a limpiar Zin-Azshari de lo innecesario. —

Algo en la expresión de Hakkar momentáneamente perturbó a Xavius, pero pareciera que el consejero había dicho algo que el maestro de canes encontró divertido. Pero que sería, el elfo de la noche no podría decirlo.

A través del portal se materializaron 4 Guardias Viles más, uno de los más amenazantes Guardias Apocalípticos se paró cerca, él rugió algo en un lenguaje desconocido a los recién llegados, quienes inmediatamente marcharon fuera de la cámara.

Las huestes celestiales marcharon con una remarcable precisión militar,

obedeciendo órdenes al instante y siempre al corriente de sus deberes. Incluso la guardia de elite del Capitán Varo'then palidecía en comparación, al menos en la mente de Lord Xavius.

— ¿Cómo van las preparaciones para la cacería? — Preguntó el consejero a Hakkar.

El atisbo de mofa desapareció de la cara de la enorme figura.

— Essssta todo en orden, lord elfo de la noche, misss sabuesossss y los Guardias Viles que van con ellosss tienen susss ordeness explicitasss, aquellosss que Mannoroth desea capturar lo sssserán. —

Se dio la vuelta y salió de la habitación, dejando a su paso, a un extrañamente satisfecho Lord Xavius, mientras él había respetado mucho el estatus del Maestro de Canes, el elfo de la noche ahora se miraba desde un rango más cercano al comandante del Magno.

El consejero miró nuevamente el hechizo del cual él es una parte integral, solo a unos pasos del portal, los clústeres de nódulos, azules parpadeantes, sobre el diagrama que Mannoroth había dibujado que eran la única parte de signos físicos del hechizo de la barrera. Con sus ojos mágicos, sin embargo, Xavius podía ver otros patrones arremolinados naranjas, amarillos, verdes y otros más. Una poderosa y abundante fuerza mágica que él estaba controlando.

Tal cual él estaba controlando el destino, no solo de su gente, sino también del resto del mundo.

El templo de Elune no necesitaba ser avisado sobre la catástrofe que había caído sobre el reino de los elfos de la noche. Ellos no habían sido directamente perturbados por la pérdida del Pozo, pero podían sentir el repentino sentimiento de vacío. Cuando las multitudes vinieron a varios templos a pedir guía, las sacerdotisas de todo el reino conversaban entre sí, mediante métodos utilizados desde que la Madre Luna tocó por primera vez el corazón de su primer fiel, discutiendo sobre que se debería hacer. Ellas eligieron invitar a toda la gente dentro del templo para una oración en masa, dejando que Elune les de paz. Además, estuvieron buscando con sus habilidades hacia la dirección del Pozo, pero, al igual que la Guardia Lunar, no pudieron adivinar qué había sucedido.

Pese a ello, todavía mantenían los regalos que les había otorgado la Diosa, pero eso no significaba que las sacerdotisas estaban a salvo del horror desatado poco después. Cuando la Legión invadió los templos de la capital, incluso aquellos que estaban tan lejos como Suramar sintieron las muertes de sus hermanas ahí, sintieron sus agonías mientras la horda los sacrificaba sin piedad.

—Hermana. —

Una de las sacerdotisas llamó a Tyrande, quien estaba dando agua a los fieles.

— Hay alguien en la entrada del frente que pide verla. —

—Gracias, hermana. —

Tyrande dio la jarra a otra sacerdotisa, y se apresuró a salir. Ella solo podía asumir que Illidan volvió a verla nuevamente. Ella temía hablar con él, insegura de los que ella podría decir si él traía una posible discusión entre ellos.

Pero, no era Illidan, sino más bien otra persona que no pensó ver en mucho, mucho tiempo.

— ¡Malfurion! —

Sin darse cuenta de lo que hizo, Tyrande puso sus brazos a su alrededor, abrazándolo fuertemente.

Las mejillas de Malfurion se oscurecieron, y susurró:

— Es bueno verte, Tyrande. —

Ella lo soltó.

— ¿Cómo llegaste aquí? —

Un miedo repentino se levantó dentro de ella.

— ¿Broxigar, pero que le hicieron a...?—

— Él viene conmigo. —

Malfurion apuntó detrás de sí mismo, donde Tyrande vio a un orco esperando en una oscura esquina cerca de la entrada. El guerrero monstruoso no se sentía cómodo mientras miraba a muchos elfos de la noche.

Ella miró alrededor pero no vio otros guardias aparte de los del templo,

— ¡Malfurion!, ¿Qué locura traes aquí? ¿Ustedes dos vinieron a escondidas solo para verme? —

— No...fuimos capturados. —

— Pero si...—

Gentilmente puso el dedo entre sus labios, silenciándola.

— Esa historia debe esperar, ¿Sabes del horror en Zin-Azshari? —

— Solo un poco... pero solo eso, ¡Es demasiado! El terror que sentimos en las mentes y almas de nuestras hermanas de allá, algo temible...—

— ¡Escúchame!, ¡Eso se expande más allá de la capital mientras hablamos, lo que es peor, ahora la Guardia Lunar esta indefensa frente a eso! Algunos pueden lanzar hechizos pero están limitados sin el poder del Pozo.

Ella asintió.

— Así lo habíamos supuesto... pero, ¿qué tiene que ver eso con tu visita? —

— ¿Está la cámara de la luna en uso? —

Ella pensó.

— Es temprano, pero muchos vinieron para ser guiados tal que la suma sacerdotisa tuvo que abrir la cámara principal en su lugar, la cámara de la luna debería estar vacía ahora. —

— Bien, necesitamos ir allá. —

Le hizo una seña a Brox, quien se apresuró a ir. Para el asombro de Tyrande, el orco incluso cargaba un hacha.

— Fueron capturados...— Ella recordó a Malfurion.

— Lord Ravencrest no vio más razones para detenernos, dejando a Brox quedarse conmigo. —

— Les debo a ambos. — Dijo recordándoles el guerrero de hombros anchos.
— Les debo mi vida. —

— No nos debes nada. — El hermano de Illidan respondió. A Tyrande le dijo:
— Por favor, llévanos a la cámara. —

Con ella liderando, se dirigieron hacia el templo. A pesar de los esfuerzos de Brox de estar lo más cerca posible de sus compañeros, no pudiendo ocultar su apariencia de los elfos de la noche reunidos allí. Muchos lo miraron con horror, incluso algunos gritaron, apuntando al orco como si él fuera responsable de la confusión.

Las guardias los atraparon en las cercanías de la cámara de la luna, la guardia principal era la que había hablado a Tyrande acerca de Illidan.

— Hermana...es la costumbre dejar pasar a quien sea al templo de la Madre Luna, pero esa criatura...—

— ¿Elune dijo que él no tenía los mismos derechos que otros creyentes? —

Las centinelas se miraban dudando, la primera finalmente respondió.

— No dice exactamente eso acerca de otras razas en ese sentido, pero...—

— ¿Pero no somos todos hijos de Elune?, ¿Acaso no tiene derecho de venir a ella por guía, haciendo uso de todas las facetas del templo? —

No hubo respuesta a eso, finalmente la guardia principal los despertó.

— Solo manténganlo lejos de la vista lo más que puedan. Ya hay mucho pánico allá afuera. —

Tyrande asintió gratamente.

— Entiendo. —

Mientras entraban, encontraron solo a dos acólitas en la cámara, Tyrande inmediatamente caminó hacia el par y les explicó la necesidad de privacidad, apuntando específicamente a Brox. Realmente, solo la presencia del orco bastó para que las hermanas se retiraran rápidamente.

Volviéndose a Malfurion dijo:

— ¿Qué esperas hacer? —

— Pretendo caminar en el sueño esmeralda nuevamente, Tyrande. —

A ella no le gustaba como sonaba eso.

— ¿Planeas ir a Zin-Azshari? —

— Si, allí espero aprender la verdad sobre lo que le pasó al Pozo. —

Tyrande lo conocía mejor.

— No solo esperas saber la verdad, Malfurion, intentarás hacer algo sobre eso...—

En lugar de responder, Malfurion estudió el centro de la cámara.

— Esta parece ser la ubicación más tranquila. —

— Malfurion...—

— Debo apresurarme Tyrande, perdóname. —

Con Brox a cuestas, Malfurion caminó hacia el lugar que había escogido, luego se sentó en el piso, con las piernas dobladas, Malfurion miró hacia el cielo iluminado por la luna.

Brox se sentó al frente del elfo de la noche, pero hizo espacio cuando Tyrande se unió, Malfurion la miró con seña de duda.

— No necesitas quedarte aquí. —

— Si de alguna forma la Madre Luna me ayuda a guiarte, a protegerte del daño, entonces pretendo hacerlo. —

Malfurion le dio una sonrisa de agradecimiento, luego se volvió serio nuevamente.

— Debo empezar ahora. —

Por razones más allá de su comprensión, Tyrande de pronto agarró su mano, él no la miró, sus ojos estaban ahora cerrados, pero brevemente la sonrisa volvió.

Y de repente Tyrande sintió que él la dejaba.

Ese era un plan improvisado y desesperado, el cual Malfurion entendió que lord Ravenscrest esperaba poco resultado. Aún con la Guardia Lunar virtualmente indefensa, no vio razón por la cual el joven elfo de la noche principiante no podría al menos intentar.

Ahora Malfurion solo tenía que esperar no haber hecho promesas vacías.

La mano de Tyrande, por sí misma, probó ser invaluable abriendo su camino al trance del sueño. Su toque calmó a Malfurion, aliviando la tensión de los eventos horripilantes que ocurrieron en estos días.

Calmado, él había llegado al mundo alrededor suyo, a los árboles, al río, las piedras, y más, como cuando estaba con Cenarius.

Pero, esta vez, él no encontró a los tranquilos elementos de la naturaleza, sino puro disturbio.

El mundo ya no estaba en balance. El bosque lo sabía, las colinas lo sabían, incluso el cielo sentía que algo andaba mal. Donde sea que se enfocaba, Malfurion solo veía discordia. Eso lo golpeó con tanta fuerza que por un momento el elfo de la noche casi se ahogaba en ella.

Sin embargo, él se enfocó nuevamente en el suave toque de Tyrande, obteniendo fuerza de paz por su presencia cercana. La discordia se desvaneció, seguía allí pero sin poder abrumarlo.

Una vez ya estable, Malfurion alcanzó a los espíritus de la naturaleza, tocándolos y dejando que sientan su propia calma, el entendió su trastorno y les prometió que actuaría en su nombre. El elfo de la noche preguntó a su vez si ellos podrían estar allí si necesitaba de su asistencia, recordando a los espíritus que tanto él como ellos deseaban el regreso del balance.

El sentimiento de discordia se desvaneció más, no se iría por mucho mientras los Altonatos no dejaran de interferir con el Pozo, pero Malfurion al menos creó un atisbo de armonía nuevamente.

Y con eso concluido, él finalmente pudo ir a lo más profundo del sueño de manera segura.

Libre de las ataduras terrenales, se detuvo a mirar a sus amigos, especialmente a Tyrande, le fue más fácil convocar las imágenes, transponiendo la realidad sobre el paisaje idílico, ambos, Brox y Tyrande se materializaron inmediatamente a la vez que su propio cuerpo claramente.

Para su sorpresa, notó una lágrima bajando por la mejilla de Tyrande, instintivamente intentó secar la lágrima, solo para ver que su dedo pasó a través de ella. Aun sintiendo su cercanía, la joven sacerdotisa levantó su mano libre, no solo para limpiarse la lágrima, sino también para tocar el área.

Forzándose a darse la vuelta, Malfurion miró nuevamente el cielo. Miró hacia donde estaba Zin-Azshari, y empezó a caminar.

La familiar tintura verdusca cubría todo, Malfurion se concentró, nuevamente solapando el mundo de las sombras con elementos de la realidad. Con lo que parecía una combinación medio andante, medio volando. Se alejó sobre el ahora cubierto sueño profundo. Sintiendo la variedad de aspectos entre el mundo real y el mundo subconsciente.

Mientras se aventuraba, una presencia inesperada captó su atención. Al comienzo dudaba de sus sentidos, pero una búsqueda profunda verificaba sus sospechas.

— ¿Shan'do? — Lo llamó.

Malfurion sintió como su mentor tocaba sus pensamientos, pero de manera distinta. Sin embargo, el toque fue suficiente para convencerlo que Cenarius estaba bien. Se encargaba de las últimas bestias viles, pero otro asunto demandó la atención inmediata del semidiós, Malfurion se dio cuenta de que el Semidiós había sentido la presencia de su estudiante y rápidamente alcanzó a mostrarle al elfo de la noche, que no todo estaba perdido aún.

Calmado, con el mensaje no hablado de Cenarius, Malfurion siguió su camino. La neblina verde se dispersaba y de pronto él vio el mundo de él como si realmente pudiera volar como un ave, colinas y ríos fueron pasados rápidamente mientras él se enfocaba más en su destino.

Mientras se acercaba a la capital, por primera vez Malfurion pudo contemplar el horror.

Cuan terroríficas como lo fueron las descripciones del mensajero no describieron en su totalidad el monstruoso cataclismo que había caído en la legendaria ciudad. Gran parte de Zin-Azshari fue reducido a escombros como si una gran piedra verde

hubiera rodado varias veces encima, ninguna edificación en las afueras de la ciudad había quedado en pie, había fuego por doquier, pero no simplemente las llamas escarlata que Malfurion conocía bien. La capital estaba lavada en verde vil o fuego negro claramente proveniente de otro mundo. Mientras Malfurion pasaba cerca de ellos, sentía ese calor maligno a pesar de estar en el sueño esmeralda.

Entonces tuvo su primer vistazo de los demonios.

Las bestias viles eran suficientemente monstruosas, pero las criaturas que los seguían hicieron que le pasara un escalofrío, más que todo porque eran claramente inteligentes. A pesar de los cuernos grandes, caras demoniacas, y formas grotescas, se movían a la par, con un terrible propósito. Esta no era una horda sin mente sino un ejército dedicado a la maldad.

Y más y más salían de las puertas del palacio mientras se aproximaba.

No estaba sorprendido de ver que la vasta y hermosa estructura no fue tocada en lo más leve. Como el mensajero lo dijo, los centinelas aún estaban alineados en los muros. Malfurion pasó cerca de algunos de ellos y vio en sus ojos un terrible placer del panorama que se podía ver abajo. Sus orbes plateados fueron pintados de rojo incluso algunos mostraban su deseo de unirse a los demonios.

Afectado por lo que vio, Malfurion se alejó rápidamente de ellos. Vio a un lado del palacio que las casas de los Altonatos estaban intactas. Algunos sirvientes de la reina incluso se aventuraban entre las casas como si nada de importancia ocurriera alrededor suyo.

Esto lo afectó aún más, el elfo de la noche se fue hacia la torre, como antes, Malfurion sintió que fuerzas increíbles eran reunidas como ingredientes para el Pozo oscuro, encima de todo, los Altonatos estaban haciendo grandes esfuerzos, había tormentas violentas e iracundas sobre el Pozo retumbando incluso en la ciudad en conflicto.

Por último, intentó entrar a la torre, al punto donde sentía el hechizo, para este intento, sin embargo, Malfurion fue más abajo, encontrando un balcón cerca del fondo, moviéndose tal y como lo haría si estuviera en el reino físico, el elfo de la noche flotó justo encima del balcón, de allí se movió a la hacia la entrada abierta.

Para su sorpresa, su intento resultó, estuvo a punto de reírse, nadie pensó en proteger la entrada interior contra algo como él. La arrogancia de los Altonatos le había permitido entrar al palacio con facilidad.

Lentamente Malfurion flotó sobre el corredor, mirando hacia el camino, cerca del fondo, encontró las escaleras principales, y con él, más de una docena de los grandes y cornudos guerreros que había visto afuera.

De primer instinto, Malfurion retrocedió con la esperanza de que no lo vieran, desafortunadamente no había donde esconderse. Se preparó para su ataque... después maldijo por su estupidez cuando el primero del grupo demoniaco pasó al

lado suyo.

Ellos no podían verlo en su forma de sueño, suspiro en señal de alivio, mirando mientras los últimos desaparecían debajo de la sala. Cuando fue claro que no había más siguiéndolos, Malfurion se endureció y subió las escaleras.

Pasó a través de muchas cámaras en su subida pero no se detuvo en ninguna de ellas. Lo que Malfurion había buscado yacía en lo más alto de la imponente torre y mientras más pronto lo alcanzara, más pronto podría crear un plan.

Lo que quería, el elfo de la noche no lo sabía, a pesar de haberse dedicado al druidismo, Malfurion era tan adepto a la hechicería como su hermano e incluso en su forma actual, creía que podría lanzar un hechizo.

Más arriba, Malfurion de pronto encontró una barrera. Él la alcanzó sintiendo el aire, una fuerza invisible bloqueaba su camino, tal vez la misma fuerza que le impidió entrar en su anterior intento. Tal vez los Altonatos no eran tan negligentes después de todo.

Aún determinado, el elfo de la noche se abalanzó con toda sus fuerzas, sintió que la barrera lo apretaba, como si Malfurion intentara caminar a través de un muro de verdad. Pero, mientras más presionaba, más parecía que el muro se ablandaba, casi como si estuviera a punto de...

Malfurion logró atravesar.

Su entrada fue muy abrupta que se quedó flotando ahí, sin saber si logró entrar. Volteándose, trató de tocar la barrera, pero solo sintió una fuerza vaga y débil. Ya sea que su presencia había roto la barrera, o que esta fuese solo diseñada para entrar, pero no para salir.

A poco de alcanzar lo más alto, se encontró a dos guardias y una puerta gruesa que tenía que conducir a donde los Altonatos trabajaban. Una vez satisfecho de que los guardias no podían verlo, Malfurion puso una mano en la puerta probándola.

Sus dedos se deslizaron fácilmente a través de la puerta como si no estuviera ahí. Preparándose, Malfurion entró.

Su primera sensación fue de absoluta desorientación, la cámara donde los Altonatos estaban ejecutando su trabajo sucio era más grande que afuera. El hogar de Malfurion se empequeñecía ante tal gigantesco cuarto.

Y los Altonatos necesitaban ese espacio, para lo que hacían, sin llenarse de filas de grotescos guerreros, todos dirigiéndose hacia la puerta que Malfurion recién había cruzado, mirando sus caras de cerca Malfurion entró en shock. No había compasión ni piedad...

Quitándose esos pensamientos, fue hacia donde los Altonatos estaban trabajando, observando sus esfuerzos con fascinación y desagrado. Los Altonatos parecían

llevados más allá de la cordura. Muchos tenían una mirada hambrienta. Sus vestimentas que eran bien elaboradas ahora colgaban sobre sus cuerpos esqueléticos, solo unos pocos se mantenían de pie, pero todos miraban atentos, ansiosamente al producto de sus esfuerzos, una feroz y pulsante brecha de la realidad.

Malfurion empezó a mirar al centro de la brecha, pero de pronto tuvo que mirar a otro lado, su breve estudio fue suficiente para dejarlo sentir la monstruosa maldad en lo más profundo de ella. Le asombró que los Altonatos no pudieran ver que era con lo que estaban lidiando.

Intentando olvidar el miedo que lo estaba agarrando, se dio la vuelta y se vio cara a cara con quien podría ser nada menos que el consejero de la reina, lord Xavius.

Malfurion flotó a solo unas pulgadas de los desconcertantes ojos del anciano elfo nocturno. Él había escuchado sobre los orbes artificiales del tutor, los ojos mágicos con los que Xavius reemplazó los suyos, rayas rubías atravesaban los lentes de ébano, lentes casi tan negros como la fuerza oscura que Malfurion sintió en la brecha mágica.

El consejero estaba parado allí con una intensa expresión en su rostro áspero, que en principio el joven elfo pensó que lo pudo ver, pero esa, claramente era una idea fantasiosa. Después de un rato, Xavius dio un paso adelante, caminando a través de Malfurion, acercándose donde los Altonatos incansablemente continuaban sus esfuerzos.

Le tomó a Malfurion un poco más recobrase del encuentro inesperado. Lord Xavius, más que ninguno, fue él que tanto la Guardia Lunar como lord Ravencrest echaron la culpa por el horror vivido afuera. Viéndolo ahora, él podía creerlo, también sentía que la reina sabía lo que estaba pasando, pero ese era un hecho que tendría que verificar más tarde.

Con determinación, Malfurion fue hacia donde parecía estar el control del escudo, tres hechiceros Altonatos estaban parados alrededor de él, pero parecía que monitoreaban sus acciones, no moldeándolo de manera activa, flotó a través de ellos, moviéndose y estudiando los detalles.

Era una obra magistral expuesta, partes de esta a un nivel lejos del cual el propio Malfurion pudiera canalizar, aun así no le tomó mucho tiempo para ver cómo podría afectarlo, incluso cancelarlo.

Claro que, asumiendo eso si Malfurion pudiera hacer algo en su forma de sueño.

Para probar la posibilidad, susurró al viento, pidiendo una pequeña brisa, tan pronto como el pedido dejó sus labios, una brisa despeinó los cabellos de la cabeza de un hechicero.

Su logro emocionó a Malfurion, si podría hacer eso, podría hacer lo suficiente para interrumpir el hechizo del escudo. Eso era todo lo que la Guardia Lunar necesitaba.

Él se paró en el corazón de la matriz mágica, enfocándose en su línea más débil.

— Una cosa tonta, muy tonta para intentar. — Comentó una voz fría.

Malfurion instintivamente miró sobre su hombro.

Lord Xavius miró atrás hacia él.

A él.

El consejero agarró un cristal estrecho, sus ojos...ojos con los cuales podía ver incluso en la forma de sueños.

Una fuerza tremenda succionó a Malfurion hacia el cristal. Trató de alejarlo, pero sus esfuerzos fueron en vano. El cristal llenó su visión y luego su mundo.

Desde la pequeña prisión imposible, miró afuera hacia el enorme rostro burlón del anciano elfo de la noche.

— Una interesante pregunta me surgió. —

Lord Xavius comentó cínicamente.

— ¿Cuándo tiempo crees que le tomará a tu cuerpo morir sin tu espíritu dentro? —

Cuando Malfurion no contestó, el consejero simplemente se encorvó.

— Tendremos que verlo entonces. ¿No? —

Y con eso, Xavius embolsó el cristal, y sumió a Malfurion en la oscuridad.

Ellos alcanzaron las costas del área donde Krasus esperaba encontrar al elfo en cuestión, no llegaba a comprender como podía saber que al que buscaba vivía cerca de aquí, pero sospechaba que Nozdormu había dejado tal información en lo recóndito de su mente durante la visión. Krasus silenciosamente agradeció al aspecto por considerar la dificultad de tal búsqueda, eso también le dio esperanzas de que pronto esta catástrofe podría ser corregida, y tanto él como Rhonin podrían volver a casa.

Eso asumiendo, obviamente, que pudiera encontrar a Rhonin.

Su culpa no era lo que más lo atormentaba por su antiguo pupilo, porque era parcialmente aliviado por el hecho de aquel que estaba buscando en este momento, fue identificado por uno de los cinco aspectos muy esencial tanto como para el

pasado como para el futuro y el momento que localizó este misterioso elfo de la noche. El dragón mago estaba destinado a buscar a Rhonin a quien él debía mucho más que el humano sabía.

Korialstrasz de pronto se habría frenado, bajando hacia los árboles en el proceso.

— No te puedo llevar más cerca. —

— Entiendo. —

Más cerca del asentamiento de los elfos de la noche y sus habitantes notarían al leviatán.

El dragón rojo aterrizó y bajo su cabeza al piso, para que así Krasus pudiera desmontar. Con eso hecho, Korialstrasz revisó los alrededores.

— No estamos lejos, no más de una hora o dos. —

Krasus no mencionó cuanta lucha esas 2 horas serían una vez que dejara a su joven yo.

— Hiciste más que lo que podría pedir. —

— No intento abandonarte ahora. —

Respondió Korialstrasz, plegando sus alas juntas.

— A pesar de la forma que llevas, talvez olvidaste que nuestra especie puede transformarse. Me transformaré en algo más familiar con los que podamos mezclarnos. —

La silueta enorme del dragón brilló, Korialstrasz empezó a encogerse y su forma tomó una apariencia humanoide.

Pero un segundo después, volvió a su forma original, sus ojos se volvieron vidriosos por un momento, y luego tomó aliento iracundo.

— ¿Qué pasa? — Krasus miró a su joven yo impotente.

— No...no puedo transformarme. Solo intentarlo me llena de agonía. —

El mago recordó su propia reacción cuando intentó volver a su forma de dragón por primera vez en este tiempo. No le sorprendió que a Korialstrasz le pasara lo mismo.

— No lo intentes nuevamente, yo tengo que ir por mi cuenta. —

— ¿Estás seguro? He notado que mientras estamos juntos, sufrimos menos de las enfermedades que nos afligen. —

Una mezcla de inquietud y orgullo envolvió a Krasus. Confiar en la joven versión de

sí mismo para ver la verdad, ¿Acaso Korialstrasz sabría por qué?

Si lo hiciera, el dragón no lo diría. En su lugar, Korialstrasz añadió.

— No...yo sé que debes seguir. —

— ¿Permanecerás aquí? —

— El mayor tiempo que pueda, no parece que los elfos de la noche se aventuren demasiado a esta región además los árboles son tan grandes y me ocultarán bien. Sin embargo, si me necesitas, iré a tu llamado. —

— Sé que lo harás. —

Respondió Krasus porque se conocía a si mismo muy bien.

El mago le dio una despedida al dragón y comenzó el difícil viaje hacia el asentamiento de los elfos de la noche. Sin embargo, antes de quedar fuera de la vista de Korialstrasz, este lo llamó silenciosamente.

— ¿Piensas que podrás encontrar al sujeto por el cual estás haciendo esta búsqueda? —

— Solo puede tener esperanza...—

No añadió la parte sobre si fallaba, todos sufrirían debido a eso.

Korialstrasz asintió.

Mientras más cerca estaba de la ciudad... y más lejos estaba del dragón... más enfermo y cansado se sentía Krasus. Aún y a pesar de su creciente enfermedad, la figura larguirucha siguió su camino. En algún lugar allá, estaba el elfo de la noche en cuestión. Que haría cuando lo encuentre, Krasus no sabía aún. Su única esperanza es que Nozdormu hubiera puesto tal información en su subconsciente, y que salga cuando se necesitara.

Sino, solo quedaba su propio juicio.

Parecía que tomaría una eternidad, pero finalmente notó signos de civilización. Las antorchas distantes podrían marcar una muralla limítrofe o incluso una entrada a la ciudad en sí.

Ahora venía la parte más difícil, a pesar de que su forma parecía a un elfo nocturno, ellos podrían reconocerlo como alguien diferente. Sin embargo, si se cubría con su capucha sobre su cabeza y se inclinaba hacia adelante...

Krasus de pronto se dio cuenta de que no estaba solo en el bosque.

Vinieron de todos lados, elfos de la noche vestidos en su mayoría con la misma armadura que aquellos que lo había capturado anteriormente. Armas parecidas a

lanzas y espadas apuntando amenazantemente al intruso.

Un joven y serio oficial desmontó su sable nocturno y se acercó a él.

— ¡Soy el capitán Jarod Shadowsong! ¡Eres un prisionero de la Guardia de Suramar! ¡Ríndete y serás tratado justamente! —

Sin otra opción, Krasus levantó sus manos para que pudieran ser atadas, sin embargo, en el fondo, sentía cierta satisfacción en su captura, Ahora tenía vía para entrar a la ciudad.

Y una vez allí, solo tendría que ver la forma de escapar...

CAPITULO VIENTIUNO

El sable de la noche bufó cuando Rhonin trató de subirse a él. Aguantó las riendas con firmeza, con la esperanza que la bestia comprendiera que él estaba donde se suponía que debía estar.

— ¿Listo? — Le preguntó Illidan.

El hermano de Malfurion se había convertido en la carabina oficiosa del mago, una tarea que a Illidan no parecía importarle en absoluto. Observaba constantemente a Rhonin, como si tratara de aprender de cada uno de sus movimientos. Cada vez que el mago hacía algo que pareciera remotamente mágico, el elfo de la noche le prestaba la máxima atención.

A Rhonin no le había costado mucho descubrir el porqué. De todos los presentes, él era la fuente más poderosa de magia disponible. A pesar de toda su arrogancia, los elfos de la noche aparentemente tenían una comprensión limitada de las fuerzas que empleaban. Ciertamente que a Rhonin le costaba más invocar poder para sus conjuros, pero no tanto como para estar incapacitado, igual que la mayoría de los elfos, sólo el joven Illidan se arcaba al nivel de poder de Rhonin.

Puedo ayudarle, decidió el mago. *Si quiere aprender, le ayudaré a aprender.* Independientemente de su opinión acerca del hermano de Malfurion, Rhonin veía un gran potencial en Illidan.

Solo tenía la esperanza de que ese potencial estuviera disponible cuando se enfrentaran a la Legión Ardiente.

Partieron de Suramar hacia Zin-Azshari al paso más rápido que daban de sí las panteras. Rhonin sintió cierto nerviosismo en el momento de la partida, ya que ahora se estaba alejando más de Krasus. El mago estaba cada vez más seguro de que estaba destinado a no volver a su futuro. Solo podía esperar que, fuera lo que fuese lo que les reservara el futuro a Vereesa y los niños, fuera una vida digna de ellos.

Eso suponiendo por supuesto que hubiera futuro.

Lord Ravencrest mantuvo el contingente en marcha durante toda la noche y parte del día. Solo cuando se hizo evidente que muchos de los animales no podían avanzar más, ordenó con reticencia hacer un alto.

Sus filas habían aumentado, ya que a lo largo del camino se les habían ido uniendo más tropas, gracias a los jinetes de avanzadilla. Ahora eran más de un millar, y otros llegaban constantemente. Lord Ravencrest deseaba un ejército tan grande como

fuera posible antes de encontrarse con el enemigo, un deseo que compartía Rhonin, que conocía bien el terrible poder de los demonios.

Habiendo decidido su propio curso de acción, el mago se acercó finalmente a lord Ravencrest y le ofreció toda la información que podía recordar de sus enemigos. Para justificarse, le dijo que la Legión Ardiente había invadido una vez su “tierra lejana” y lo había arrasado todo; por fin, por lo menos, la verdad. Rhonin también le describió al comandante el curso de la terrible guerra, y cuánta devastación había sido causada antes de que los defensores lograran rechazar a los demonios.

Aunque no quedó muy claro cuánto de aquello se había creído lord Ravencrest, al menos memorizó las descripciones de los demonios que le había hecho Rhonin y ordenó a sus soldados que adecuaran las tácticas según fuera necesario para aprovechar los puntos débiles. Latosius y los guardias lunares no parecían muy contentos ante la idea de enfrentarse a las bestias infernales en particular, pero lord Ravencrest le aseguró que un contingente de sus mejores hombres los rodearía en todo momento. También se aseguró de que los soldados en cuestión supieran que primero había que atacar los tentáculos para reducir el peligro para los hechiceros.

Evidentemente, el comandante de los elfos de la noche se había dado cuenta de que Rhonin se había dejado bastantes cosas en el tintero, pero no lo presionó más gracias a la valiosa información que ya había conseguido. También supuso, acertadamente, que Rhonin apreciaba su vida lo suficiente para hacer todo lo posible por asegurarse de que la derrota no fuera una posibilidad.

A pesar del enorme crecimiento de su fuerza, no bajaron el ritmo. Una noche se convirtió en dos, luego en tres. Con un pequeño hechizo que le permitía ver en la oscuridad tan bien como sus acompañantes, Rhonin no tuvo problemas en adaptarse a la actividad de la noche. No obstante, era plenamente consciente de que a los demonios no les importaba lo más mínimo si lo que brillaba en el cielo era el sol o la luna, y se lo hizo saber al noble. Los guerreros de la Legión Ardiente lucharían hasta que no pudieran seguir más. Los defensores tendrían que estar listos para enfrentarse a ellos incluso durante el día.

A medida que los elfos de la noche se iban acercando a Zin-Azshari, fueron notando una sobrecogedora luz verdosa que iluminaba la zona, una luz que no parecía emanar los nublados cielos, sino de la misma ciudad.

— ¡Por Elune! —Murmuró un soldado.

— Tranquilos. — Ordenó lord Ravencrest, se irguió en la silla y oteó el horizonte. — Viene algo... y muy rápido. —

Rhonin no tuvo que preguntar lo que era.

— Son ellos. Saben que venimos y pretenden afrentarse a nosotros lo antes posible. Nunca pierden tiempo. La Legión vive solo para luchar. —

El comandante asintió.

— Hubiera preferido tener la posibilidad de explorar la zona y evaluar al enemigo. Pero si desean luchar de inmediato no les decepcionaremos. ¡Toquen a rebato! —

Los cuernos resonaron y líneas de elfos de la noche se desplegaron para adoptar formación de combate. Convertidos ya en un ejército de varios miles, los jinetes acorazados y la infantería eran una vista impresionante. Rhonin recordó el poderío de la Alianza y cómo le había impresionado de forma parecida la primera vez que los había visto prepararse para combatir a los aliados de los demonios: el Azote.

También recordaba cómo las líneas habían sido hechas pedazos por la furia de los invasores.

¡No volverá a suceder! Miró a Illidan, que parecía mucho menos confiado ahora que se enfrentaban a la realidad.

— No dejes que el miedo te pierda. —

Comentó el mago, que había visto a dónde podía llevar.

—Tienes un don, Illidan. Te he enseñado algo acerca de cómo invocar mejor el poder. Puede que nos hayan aislado del Pozo, pero su esencia impregna la tierra, el cielo y todo lo demás. Si sabes percibirlo, puedes hacer cualquier cosa que pudieras antes de que apareciera el escudo. —

— Sigo tu sabiduría, shan'do. —

Contestó en tono sombrío el joven elfo de la noche.

Rhonin había oído antes esa palabra, en especial cuando Malfurion se refería a su maestro, el semidiós Cenarius. Rhonin se preguntó dónde estaría ahora el Señor del Bosque. Un ser elemental como aquel les haría falta en esos momentos.

Entonces aparecieron a la vista las primeras figuras horripilantes y los pensamientos de Rhonin se centraron en la supervivencia. En la supervivencia... y en Vereesa.

La Legión Ardiente lo había arrasado todo hasta este punto y aun así seguía hambrienta de destrucción, de caos. Las bestias infernales ladraban y los soldados demoníacos que las seguían rugían de placer y ganas al ver las hileras de figuras que tenían enfrente. Allí había más corderos a los que matar, más sangre que

derramar.

Con un solo y terrorífico grito de guerra cargaron.

Lord Ravencrest asintió.

— ¡Arqueros listos! — Gritó un oficial.

Más de mil arcos apuntaron al cielo.

El comandante mantuvo la mano levantada, observando. La horda demoníaca se acercaba más... y más.

Bajó la mano.

Como una bandada de almas en pena, las flechas volaron hacia el enemigo. Incluso sabiendo que la muerte volaba a su encuentro la Legión Ardiente no se detuvo. Lo único que veía eran enemigos que debían morir.

Las flechas cayeron.

Puede que fueran demonios, pero eran demonios de carne. La primera fila cayó casi hasta el último guerrero, algunos con tantas flechas clavadas que casi no llegaban a tocar el suelo. Por todo el frente se derrumbaron bestias infernales. Uno o dos guardias apocalípticos cayeron del cielo. Pero la Legión Ardiente pisoteó a los suyos como si no estuvieran allí. Las bestias infernales ignoraron a sus hermanos muertos y se acercaron a las líneas de los elfos de la noche aullando y babeando.

— ¡Maldición! — Masculló lord Ravencrest. — ¡Una salva más! ¡Rápido! —

Los arqueros se prepararon con una precisión exquisita. El barbudo comandante no perdió el tiempo en ordenarles disparar.

De nuevo llovió muerte sobre la horda, pero esta vez con mucho menos efecto. Ahora la Legión levanto los escudos y formó filas más ordenadas.

— No son simples bestias. — Dijo un oficial que había junto a Rhonin.
— ¡Aprenden demasiado rápido! —

Ravencrest lo ignoró.

— ¡Arqueros a la retaguardia! ¡En posición para disparar sobre sus filas traseras! ¡Lanceros, listos para cargar! —

— ¿Puedo, milord?— Gritó Rhonin.

— ¡En estos momentos se te concede lo que deseas hacer, mago! ¡Hazlo! —

Rhonin miró fijamente la zona que había delante de las primeras filas de demonios. Se concentró e invocó el poder. Le costó más de lo normal, pero no lo suficiente como para impedirle el éxito.

Entrecerró los ojos.

El suelo se anilló ante la Legión Ardiente, una explosión de tierra y rocas asaltó a los monstruosos guerreros como una batería de catapultas pesadas. Muchos guardias siniestros volaron por el aire mientras otros quedaban sepultados bajo toneladas de tierra. Una enorme roca aterrizó sobre una bestia infernal, rompiéndole la columna en dos como si fuera una ramita. La masa se detuvo y muchos chocaron.

Los arqueros se aprovecharon y lanzaron otra descarga contra la apretujada horda. Cayeron a decenas, aumentando el desconcierto.

Los soldados vitorearon. Los guardias lunares, por el contrario, miraron a Rhonin con cierta envidia. Latosius gritó a sus compañeros hechiceros, apremiándolos a actuar.

Los esfuerzos de los hechiceros elfos de la noche resultaron mucho menos espectaculares que los de Rhonin. Unos anillos de energía cayeron sobre los guerreros de la Legión Ardiente. Muchos se desvanecieron sin ningún efecto.

Un puñado de demonios cayó, pero incluso algunos de ellos se recuperaron.

— ¡No están haciendo nada! — Exclamó secamente Illidan. — Están intentando hacer algo. — Lo corrigió el mago.

En vez de discutir, el joven elfo de la noche señaló repentinamente a la horda y murmuró algo.

Unos tentáculos serpentinos de energía negra se enredaron en las gargantas de varias decenas de demonios de la vanguardia de la Legión. Los demonios soltaron sus armas y escudos e intentaron arrancar los tentáculos, pero antes de que pudieran hacerlo los tentáculos quemaron sus cuellos, atravesaron carne y hueso con facilidad... y decapitaron a todos los objetivos de Illidan.

Rhonin apenas pudo ocultar su desagrado. Algo en la forma de ataque que había elegido el elfo de la noche no le gustaba, pero cuando Illidan se volvió hacia él en busca de aprobación, asintió. No podía desanimar a la única persona que conservaba cierta habilidad aparte de él. Si sobrevivían ya le enseñaría a Illidan otras formas de encargarse de los enemigos.

Y si no sobrevivían...

La Legión Ardiente retomó el avance. Aplastó bajo sus pies los cuerpos de sus camaradas caídos. Rugió al aproximarse, con las mazas y otras armas horribles levantadas y dispuestas.

— Tenemos que avanzar contra ellos ahora. —Decidió Ravencrest.
— ¡Ustedes dos quédense atrás y sigan haciendo lo que puedan! ¡Por ahora son nuestra mejor arma... y posiblemente seguirá siendo así! —

Illidan inclinó la cabeza en dirección al comandante.

— Gracias, milord. —

— Es la verdad, jovencito... La terrible verdad. —

Con eso el comandante de los elfos de la noche espoleó a su montura y se unió a sus guerreros. Lord Ravencrest desenvainó el arma y la sostuvo en alto.

Los lanceros se tensaron. Tras ellos, la infantería se dispuso a seguirlos. En la retaguardia, los arqueros prepararon otra descarga.

Ravencrest bajó la espada.

Los cuernos resonaron. Los arqueros dispararon.

El contingente de elfos de la noche cargó para enfrentarse al enemigo, con los sables de la noche rugiendo desafiantes ante los demonios.

Justo cuando llegaban los lanceros golpearon las flechas. Distráidos por la carga, los demonios de la primera fila fueron diezmados por los proyectiles. La vanguardia se desorganizó momentáneamente, justo lo que había pretendido Ravencrest.

La rapidez de los sables de la noche permitió que las lanzas se clavaran profundamente. A pesar de su enorme tamaño, varios guardias siniestros fueron levantados del suelo cuando lanzas no solo perforaron la armadura, sino también lo que había dentro.

La pura fuerza de la carga hizo retroceder a la Legión Ardiente por un momento. Los sables de la noche hicieron más daño mordiendo y arañando a los que estaban apiñados ante ellos. Los soldados de a pie se unieron desde atrás, llenando los huecos y atacando a todo lo que no fuera uno de los suyos.

Ahora que las lanzas ya no les servían, los jinetes desenvainaron las espadas y lucharon. Desde detrás, los arqueros seguían descargando flechas sobre las filas más alejadas del combate.

Otra línea de jinetes, lord Ravencrest entre ellos, seguía esperando. La mirada del

noble se movía de un lado a otro, estudiando cada lucha individual, buscando los puntos débiles.

Rhonin e Illidan tampoco estaban desocupados. El mago lanzó un conjuro que solidificó el aire sobre una parte de la horda, lo que hizo que el cielo cayera sobre sus cabezas, literalmente. Illidan, mientras tanto, repetía su conjuro serpentino, decapitando a varios demonios cada vez.

Los guardias lunares hacían lo que podían. Sus esfuerzos eran casi insignificantes, pero no del todo. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, no lograban superar la pérdida de contacto directo con el Pozo de la Eternidad, y eso se evidenciaba en sus expresiones cada vez más frustradas.

En ese momento, uno de los hechiceros elfos de la noche chilló y cayó de espaldas, mientras su piel se licuaba. Para cuando dio contra el suelo, no era más que un esqueleto en un charco de lo que una vez había sido su carne. Los demás guardias lunares se quedaron mirando el cadáver consternados; sólo los gritos de Latosius los devolvieron a su tarea.

Rhonin examinó rápidamente la Legión en busca de la fuente del conjuro. No le costó demasiado ver al culpable, una figura inquietante en segunda línea. El hechicero parecía un guardia siniestro, pero tenía una larga cola de reptil y su armadura estaba más ornamentada. También llevaba una capa negra con capucha sobre la armadura, y los ojos que observaban el campo de batalla revelaban una inteligencia muy superior a los que estaban en primera fila.

Rhonin nunca se había enfrentado a uno de ellos en persona, pero por las descripciones reconoció a un brujo eredar. No solamente eran los hechiceros de la Legión Ardiente, sino que también actuaban como oficiales y estrategas.

Pero el brujo había cometido el error de asumir que la Guardia Lunar era la responsable de los conjuros más devastadores. Eso le dio a Rhonin la oportunidad que necesitaba.

Vio cómo el brujo volvía a hacer magia, pero cuando liberó su oscuro hechizo, Rhonin lo usurpó y lo volvió contra su creador.

El demonio abrió la boca espantado cuando la piel empezó a despegarse del cuerpo. Su boca colmilluda emitió un grito inhumano y volvió la vista hacia el mago.

Fue lo último que hizo. La boca del demonio siguió abriéndose, pero solo porque no había nada que lo sostuviera la mandíbula. Por un breve instante la figura sin carne se mantuvo en pie... y luego los restos esqueléticos se derrumbaron en una pila que desapareció bajo la interminable ola de guardias siniestros.

Sin nadie al mando, aquella parte Legión se desorganizó. Los elfos de la noche

avanzaron. Las primeras filas de los demonios cedieron.

— ¡Los estamos derrotando! — Afirmó un joven oficial que estaba junto a Ravencrest.

Pero tan rápido como los demonios habían flaqueado, reanudaron su avance con más decisión si cabe. Por la retaguardia venían guardias apocalípticos que los empujaban a latigazos. Más bestias infernales pugnaban por abrirse paso y llegar hasta los hechiceros.

Los elfos de la noche gritaron cuando los infernales se lanzaron contra los jinetes, arrojando por los aires animales y soldados por igual. Se abrió una brecha que atravesaron los demonios.

— ¡Avancen! — Gritó Ravencrest a los que estaban con él.
— ¡No les dejen aislar las líneas!

Él y otros jinetes cargaron contra los monstruosos guerreros que habían sobrepasado las líneas. El propio Ravencrest rebanó los tentáculos de una bestia infernal y luego le clavo la espada en la cabeza. Un sable de la noche cayó sobre uno de los guerreros demoníacos y lo despedazó con sus garras y largos colmillos.

La brecha se redujo de tamaño... y luego desapareció. Las líneas de los elfos de la noche se reconstruyeron.

Pero aunque volvían a tener un frente sólido, los defensores seguían viéndose obligados a retroceder. Por muchos horrores acorazados que mataran a los elfos de la noche, parecía que llegaba el doble para reforzar el enjambre.

Rhonin maldijo mientras lanzaba otro hechizo que hizo caer sobre la Legión Ardiente una serie de mortíferos rayos. Por muy magnificado que estuviera su poder, sabía que podría haber hecho más si hubiera tenido acceso al Pozo. Y lo más importante, Illidan y él proporcionaban la mayor parte del apoyo mágico a los elfos de la noche, pero no podían estar en todas partes a la vez. Illidan, a pesar de todas sus ganas de usar cualquier conjuro para matar demonios, se estaba cansando rápidamente, y Rhonin no se sentía mucho mejor. Con el poder del Pozo a su disposición ambos podrían haber lanzado menos conjuros, pero con resultados mucho mejores.

Se fueron alzando más gritos a medida que los elfos de la noche iban siendo obligados a retroceder. Los guardias siniestros aplastaban cabezas, hundían pechos. Sus infernales sabuesos despedazaban a la infantería. Los guardias apocalípticos saltaban por encima de la refriega, y luego se lanzaban en picado sobre la muchedumbre de elfos de la noche, donde descargaban sus armas a un lado y a otro. Empezaron a aparecer infernales por partes, lloviendo sobre los defensores de forma muy parecida a como lo habían hecho antes las flechas de los elfos de la noche.

Otro guardia lunar gritó, pero esta vez porque una bestia infernal había logrado pasar. Cuatro soldados consiguieron cortarle los tentáculos y luego le atravesaron el pecho con las espadas, pero ya era demasiado tarde para el hechicero.

Los arqueros descargaron una nueva salva que... inmediatamente dio la vuelta en el cielo y cayó sobre ellos. Aunque muchos tuvieron el buen sentido de salir corriendo, otros se quedaron pasmados por el asombroso cambio de dirección.

Tuvieron una muerte rápida cuando sus propias flechas les perforaron pechos y gargantas.

Rhonin buscó, pero no logró ver al brujo eredar responsable. Volvió a maldecir por no poder estar en más de un sitio a la vez, y porque sus acciones no eran lo que había esperado.

¡Estamos perdiendo! A pesar de toda su dedicación, los soldados necesitaban a la Guardia Lunar contra los demonios... y la Guardia Lunar necesitaba el Pozo. En el Fuerte Torre Negra, Malfurion había dicho que tenía esperanzas de encargarse del escudo que habían desplegado los Altonatos, pero de aquello hacía días. Rhonin solo podía suponer que la magia del elfo de la noche había fracasado... o que Malfurion había muerto en el intento.

— ¡La línea vuelve a ceder! — Grito alguien.

Rhonin se olvidó de Malfurion. Ahora sólo existía la batalla... la batalla y Vereesa. Con lo que quizá era una última despedida hacia ella, se concentró de nuevo en las interminables filas de demonios, tratando de pergeñar otro conjuro devastador y sabiendo que no sería suficiente.

¿Pero podía alguien hacer lo suficiente?

— ¿Ha habido algún cambio, chamán? —

Tyrande negó con la cabeza.

— Nada. El cuerpo respira pero el espíritu está ausente. —

El orco frunció el ceño.

— ¿Morirá? —

— No lo sé. —

¿Sería mejor que muriera? Tyrande no tenía ni idea. Durante tres días había vigilado el cuerpo de Malfurion, primero en la cámara de la luna y luego en una habitación desocupada en el templo. Las sacerdotisas superiores se habían mostrado comprensivas, pero claramente creían que no se podía hacer nada por su amigo.

— Puede que duerma para siempre. — Le había dicho una.

— O que el cuerpo se consuma y muera por falta de sustento. —

Tyrande había intentado alimentar a Malfurion, pero el cuerpo estaba inerte, no respondía. No se atrevía a verterle agua por el gazarate por miedo a ahogarlo.

La noche anterior Brox le había sugerido cautelosamente que quizá, si sabían que no había esperanza, sería mejor acabar rápidamente con el sufrimiento de Malfurion. Incluso se había ofrecido él mismo para hacerlo. Por muy horripilante que hubiera resultado oírlo, la novicia comprendía que el orco le había ofrecido lo que le haría un buen camarada. Malfurion le importaba.

No tenían idea de lo que le había pasado a su forma onírica. Por lo que sabían, incluso puede que estuviera flotando a su alrededor, incapaz por alguna razón de entrar en el cuerpo. No obstante, Tyrande dudaba de eso, y sospechaba que le había sucedido algo al intentar eliminar el conjuro de escudo. Quizá su espíritu había sido aniquilado en el intento.

La idea de perder a Malfurion ponía a Tyrande más nerviosa de lo que ella había creído posible. Ni siquiera la precaria misión de Illidan la preocupaba tanto. Cierto que el gemelo le importaba, pero no tanto como aquel cuyo cuerpo estaba tendido ante ella.

La sacerdotisa de la luna puso una mano sobre la mejilla de Malfurion.

Malfurion, vuelve a mí, pensó, no por primera vez.

Y una vez más, él no volvió.

Unos gruesos dedos verdes le tocaron el brazo. Tyrande miró los preocupados ojos del orco. En aquel momento no le pareció feo, sólo un alma gemela que compartía un momento de dolor.

— Chaman no has dormido, no has salido de esta habitación. No es bueno. Sal. respira el aire de la noche. —

— No puedo dejarlo... —

El orco se negó a escuchar la protesta.

— ¿Para qué va a servir? Para nada. Está aquí tumbado. Aquí está seguro. Él querría que lo hicieras. —

Los demás veían al orco como un ser bárbaro, pero Tyrande cada vez se iba dando más cuenta de que sencillamente era alguien nacido en una sociedad más primaria. Comprendía las necesidades de un ser vivo y los peligros de olvidarse de dichas necesidades.

No podría ayudar a Malfurion si se debilitaba o enfermaba. Por mucho que le costara, tenía que irse.

— Vale... Pero solo unos minutos. —

Brox la ayudó a ponerse en pie. La joven sacerdotisa descubrió que las piernas se le habían dormido y casi no lograban sostenerla. Su compañero tenía razón, debía descansar y comer si quería seguir por Malfurion.

Con el orco a su lado, Tyrande atravesó el templo hasta la entrada. Igual que antes, las estancias estaban llenas de ciudadanos asustados y confusos que buscaban ser tranquilizados por los sirvientes de la madre luna.

Tyrande temió que tuvieran que abrirse paso a empujones, pero la multitud se apartó rápidamente para evitar a Brox, este era insensible a la repulsión que sentían hacia él. Pero Tyrande estaba avergonzada. Elune siempre había predicado el respeto por todas las criaturas, pero pocos elfos de la noche tenían tratos con otras razas.

Ambos salieron a la plaza. Una brisa fresca la tocó y le recordó cuando era niña. Siempre le había encantado el viento y, si no hubiera sido indecoroso, habría estirado los brazos para tratar de abrazarlo como cuando era pequeña.

Durante varios minutos, Tyrande y Brox se limitaron a quedarse allí plantados. Entonces la culpa se apoderó una vez de la sacerdotisa, ya que sus recuerdos de la infancia empezaban a incluir momentos con Malfurion.

Finalmente se disculpó con el orco e insistió en que volviera a entrar. Brox se limitó a asentir comprensivo y la siguió.

Pero ni siguiera habían alcanzado las escaleras del templo cuando un guardia de Suramar la llamo. Tyrande vaciló, insegura de si el guardia quería importunarla a consecuencia de Brox.

Pero el oficial aparentemente tenía otra misión en mente.

— Perdóneme, hermana. Soy el capitán Jarod Shadowsong. —

Lo conocía de vista, aunque no por el nombre. Sólo era un poco mayor, y de rasgos redondeados para un elfo de la noche.

Sus ojos también eran más pronunciados de lo habitual, lo que le confería una expresión inquisitiva incluso cuando trataba de ser cortés y amistoso, como ahora.

— ¿Desea algo de mí, capitán? —

— Un poco de su tiempo, si se me permite la osadía. Tengo un prisionero que necesita ayuda. —

Al principio Tyrande pensó en negarse, ya que su ansia de volver con Malfurion era lo único que ocupaba sus pensamientos, pero sus deberes eran prioritarios. ¿Cómo podía darle la espalda a un desdichado que necesitaba sus habilidades curativas?

— Muy bien. —

Cuando el orco empezó a seguirlos, el capitán Shadowsong miró de soslayo.

— ¿Eso viene con nosotros? —

— ¿Preferiría que se quedara solo en la plaza en estos tiempos tan agitados? —

El oficial negó con la cabeza relucientemente y puso fin al asunto. Dio la vuelta y guío a la pareja a toda prisa.

Suramar tenía un edificio muy pequeño para los prisioneros, ya que los importantes acababan en el Fuerte Torre Negra. La estructura a la que los condujo el capitán Shadowsong había sido creada a partir de la base de un árbol muerto hacía mucho. Las raíces formaban el esqueleto del edificio y los trabajadores habían construido el resto en piedra. No había ningún edificio más sólido que aquel, excepto el castillo de lord Ravencrest y, la guardia de Suramar se enorgullecía de ello.

Tyrande entró en el anodino edificio con cierto nerviosismo, ya que su gris exterior le hacía imaginarse que sólo podía albergar a los peores villanos. No obstante trató de calmarse y de no revelar su desasosiego cuando el capitán la invitó a entrar.

La cámara exterior estaba desprovista de mobiliario salvo por un sencillo escritorio de madera que sin duda sería el puesto del oficial de guardia. Habiendo partido la mayor parte del poderío armado de Suramar, el resto de los camaradas del capitán Shadowsong estaría sin duda intentando en vano mantener la paz.

— Lo encontramos en los bosques la misma tarde en que partió lord Ravenscrest con la fuerza expedicionaria. Muchos de nuestros conjuros de detección han fallado, hermana, pero algunos dependían de su propia energía. Uno de esos nos alertó del intruso. Con las últimas fugas... —

Miró momentáneamente al orco. El capitán Shadowsong sabía claramente el actual estatus de Brox, de lo contrario habría tratado de arrestarlo de inmediato.

— Decidimos no arriesgarnos y fuimos a investigar. —

— ¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —

— El... prisionero que encontramos estaba completamente extenuado. Tras decidir que no se trataba de un engaño lo trajimos de vuelta. Desde entonces no ha mejorado. Debido a su peculiar naturaleza lo quiero vivo para cuando regrese lord Ravenscrest, si regresa. Por eso he acudido finalmente al templo. —

— Entonces, por favor, llévame a él. —

En la parte trasera del edificio no había más que una docena de celdas, aunque el oficial le dijo a Tyrande que abajo había más. Ella asintió educadamente. Ahora sentía cierta curiosidad acerca del ser que estaba encarcelado, pero la reacción del capitán ante Brox hacía improbable aquella suposición.

— Aquí está. —

La sacerdotisa esperaba algo enorme y de aspecto agresivo, pero el ser que había dentro no era más alto que un elfo de la noche medio. También era más delgado que la mayoría. Bajo la capucha de la túnica poco vistosa vio un rostro demacrado muy parecido al de un elfo, pero pálido, casi fantasmagórico, y con ojos menos pronunciados. A juzgar por la forma de la capucha, las orejas también eran más pequeñas.

— Parece uno de nosotros... pero no lo es. — Comentó ella.

— Parece el fantasma de uno de nosotros. — La corrigió el capitán.

Pero Brox se adelantó, casi hipnotizado por la inquietante figura.

— ¿Elfo? —

— Quizás... —

Respondió el prisionero en una voz mucho más grave y firme de lo que permitía deducir su apariencia. Parecía igualmente interesado en Brox.

— ¿Y qué hace aquí un orco? —

Sabía lo que era su acompañante. Tyrande encontró aquello extremadamente interesante, especialmente con todos los visitantes raros que había últimamente.

Entonces el prisionero tosió malamente y la preocupación se apoderó de ella. Insistió en que el capitán Shadowsong le abriera la puerta.

Mientras se acercaba al jergón en el que estaba echado, la joven sacerdotisa no pudo evitar mirarlo a la cara de nuevo. En ella había más de lo que indicaban las apariencias. Sintió una profunda sabiduría y una experiencia que la hicieron estremecerse. De algún modo, Tyrande se dio cuenta de que se trataba de un ser muy, muy antiguo cuyo estado no tenía nada que ver con la edad.

— Posees el don. — Susurró él. — Tenía esa esperanza. —

— ¿Qu... qué te aflige? —

Él le dedicó una sonrisa paternal.

— Nada que puedas curar, a pesar de tus habilidades, convencí al capitán de que buscara a alguien como tú porque el tiempo se acaba. —

— ¡No me dijiste nada! — Protestó Jarod Shadowsong.

— Fui porque quise. —

— Como digas... —

Pero los ojos del prisionero le decían lo contrario a Tyrande. Volvió a mirar a Brox.

— Pero tú eres algo con lo que no había contado, y eso me preocupa. No deberías estar aquí. —

El orco gruñó.

— El otro también lo dijo. —

— ¿El otro? ¿Qué otro? —

— El del pelo de fuego, el que dijo... —

Aquí Brox hizo una pausa y, tras mirar subrepticamente al capitán de la guardia, continuó en un murmullo.

— El que hablaba de esto como el pasado. —

Para asombro de Tyrande, el prisionero se sentó. El capitán Shadowsong se adelantó con la espada desenvainada, pero la sacerdotisa lo hizo retroceder con un gesto.

— ¿Has visto a Rhonin? —

— ¿Lo conoces? — Preguntó Tyrande.

— Llegamos juntos. Pensaba que estaba atrapado en otro sitio. —

— En el claro de Cenarius. — Añadió ella.

Él se rió.

— ¡Gracias al azar, al destino o a Nozdormu por hacer avanzar esto! Sí, es ese sitio. ¿Pero cómo lo conoces? —

— He estado allí, con unos amigos. —

— ¿Sí? —El demacrado rostro se acercó. — ¿Con magos? —

Tyrande no sabía a qué atenerse. El prisionero conocía muchas cosas que estaban fuera del alcance de los elfos de la noche ordinarios, de eso estaba segura.

— Antes de seguir... me gustaría saber cómo te llamas. —

— ¡Perdón por mis modales! Puedes llamarme Krasus. —

Ahora fue Brox quien reaccionó.

— ¡Krasus! ¡Rhonin habló de ti! —

El orco hincó una rodilla en tierra.

— Anciano, me llamo Broxigar, y esta es la chamán Tyrande. —

Krasus frunció el ceño.

— Quizá Rhonin ha hablado demasiado... y seguramente ha insinuado más aún. —

La reacción de su compañero le aclaró algunas cosas a la sacerdotisa. Se volvió hacia el capitán.

— Me gustaría llevármelo al templo. Creo que allí podría recibir mejores cuidados. —

— ¡Nada de eso! Si se escapa... —

— Tiene mi promesa de que no. Además, usted mismo ha dicho que es esencial que se encuentre bien. Después de todo, si debe enfrentarse a lord Ravenscrest...

El oficial de la guardia frunció el ceño. Tyrande le sonrió.

— Muy bien... Pero tendré que escoltarlos personalmente. —

— Por supuesto. —

Tyrande se volvió para ayudar a Krasus a levantarse. Brox se puso al otro lado del prisionero. Cuando Tyrande lo cogió, notó que el prisionero ocultaba una sonrisa de satisfacción.

— ¿Algo te alegra? —

— Por primera vez desde mi inoportuna llegada, sí. Después de todo hay esperanza. —

No se explicó más y ella tampoco le pidió que lo hiciera. Salió del cuartel de la guardia con su ayuda. Tyrande se dio cuenta de que en un aspecto Krasus no jugaba: estaba gravemente debilitado. Pero incluso así podía sentir la autoridad en su interior.

Volvieron al templo seguidos por Jarod Shadowsong. De nuevo, lo único que hizo falta para abrirles camino fue la presencia del orco.

Tyrande temía que las guardias y las sacerdotisas superiores fueran un problema, pero al parecer percibieron la prominencia de Krasus al igual que ella. Las sacerdotisas de más alto rango incluso le hicieron reverencias, aunque Tyrande sospechaba que ni siquiera ellas conocían el motivo.

— Elune ha escogido bien. —

Comentó Krasus mientras llegaban a los alojamientos.

— Eso lo supe en cuanto te vi. —

Aquel comentario hizo que se le oscurecieran las mejillas, pero no debido a ninguna atracción. Tyrande sintió como si hubiera recibido un cumplido de alguien al menos tan importante como la propia suma sacerdotisa.

Pretendía llevarlo a una habitación separada, pero sin pensar entró donde estaba Malfurion. Tyrande intentó detenerse en el último momento.

— ¿Algún problema? —preguntó Krasus.

— No... Solo que estamos usando esta habitación para un amigo mío que está enfermo. —

Pero antes de que pudiera seguir, la encapuchada figura se apartó de ella y avanzó hacia la forma yaciente de Malfurion.

— ¡El azar, el destino o Nozdormu, vaya que sí! — Dijo bruscamente.

— ¿Qué le pasa? ¡Rápido! —

— Yo... ¿Cómo explicarlo? —

— Fue a caminar por el Sueño Esmeralda pero no ha vuelto, Anciano. —

Respondió Brox.

— No ha vuelto... ¿A dónde pretendía ir? —

El orco se lo dijo. Tyrande pensaba que el rostro de Krasus estaba muy pálido, pero ahora se puso casi literalmente blanco.

— De todos los sitios... Pero tiene sentido. ¡Si lo hubiera sabido antes de irme de allí! —

— ¿Estabas en Zin-Azshari? — Preguntó entrecortadamente Tyrande.

— Estuve en lo que quedaba de la ciudad, pero he venido aquí en busca precisamente de tu amigo. — Estudió el cuerpo inmóvil.

— Y si, como dices, lleva así varias noches... puede que haya llegado demasiado tarde... para todos nosotros.

CAPITULO VIENTIDOS

Un elfo de la noche gritó cuando el tajo de una espada demoniaca le abrió en dos la coraza y el pecho. Otro que había junto a él no tuvo oportunidad de emitir un sonido cuando la masa de un guardia siniestro le aplasto el cráneo. Los defensores morían por todas partes, y nada de lo que Rhonin había hecho hasta ahora había sido suficiente para alterar aquel horrible hecho. A pesar de la presencia de lord Ravencrest en primera línea, los elfos de la noche estaban siendo lentamente masacrados. La Legión Ardiente no les daba respiro y atacaba las líneas constantemente.

Pero aunque sabía que él y los demás iban a morir, el mago siguió luchando.

No le quedaba otra cosa.

Las noticias de la llegada del ejercito defensor habían cogido por sorpresa a lord Xavius, pero no le habían hecho perder confianza en el resultado final. Veía como la hueste celestial del Magno fluía a través del portal, y se sentía seguro de que ningún ejército se les enfrentara resistiría mucho. Pronto los impuros serían erradicados de este mundo.

Mannoroth encabezaba la Legión contra los estúpidos y Hakkar había salido de caza, así que todo había quedado en las capaces manos del consejero. Miró en dirección a un pequeño nicho que había cerca de la entrada, donde había guardado su botín más reciente. Cuando llegaran las noticias de que las fuerzas defensoras habían sido diezmadas, Xavius ya tendría tiempo de encargarse de su "huésped". Por el momento tenía cosas más importantes que hacer.

Devolvió su atención al portal, donde acababa de materializarse otro grupo de guardias siniestros. Estos recibieron instrucciones del enorme guardia apocalíptico que había dejado Mannoroth y luego fueron a unirse a sus sanguinarios hermanos. La escena se había repetido una docena de veces en los últimos minutos, con la única diferencia de que cada vez habían llegado más que en la anterior. Ahora casi ocupaban la habitación al completo.

Mientras pasaba la última tropa de guardias siniestros, lord Xavius oyó la gloriosa voz de Sargeraz en su cabeza.

El ritmo aumenta. Estoy complacido. El elfo de la noche se arrodilló.

— Me siento honrado. —

Ya hay resistencia.

— Simplemente unos impuros que retrasan lo inevitable. —

Hay que proteger el portal... No basta con mantenerlo abierto, hay que fortalecerlo. Pronto, muy pronto, yo lo atravesaré.

El corazón del consejero dio un salto en el pecho. ¡El momento ansiado se acercaba! Se levantó.

— ¡Me encargaré de que el camino esté preparado! ¡Lo juro! —

Sintió una oleada de satisfacción, y luego Sargerass abandonó sus pensamientos.

Lord Xavius fue de inmediato hacia el dispositivo mágico que mantenía en funcionamiento del conjuro de escudo. Lo había inspeccionado después del intento del intruso de destruirlo y había visto que estaba intacto, pero uno no podía arriesgarse.

Seguía perfectamente. Al acordarse de su “huésped”, Xavius pensó en algunas de las cosas que haría cuando Sargerass cruzara finalmente el portal. Seguramente la Reina tendría que estar allí y, por supuesto, habría que disponer de un guardia de honor. El capitán Varo'then se encargaría de esto último. El consejero pretendía ser el primero en saludar al dios celestial. Xavius había decidido que como regalo entregaría el cristal y su contenido a Sargerass. Después de todo se trataba de uno de los tres que Mannoroth había considerada lo bastante importantes como para enviar al cazador tras ellos de nuevo. Qué tonto parecería Hakkar cuando volviera y descubriera que el consejero ya había capturado uno con facilidad.

Lord Xavius apenas podía esperar para entregarle su prisionero al gran Sargerass. Iba a ser especialmente interesante ver lo que haría el dios con el jovencuelo...

La pesadilla continuaba.

Malfurion flotaba por el cristal, mirando afuera a lo poco que lograba ver de la habitación. Lo habían colocado en un pequeño soporte en un nicho, con el cristal en ángulo. El nicho le permitía ver la zona cercana a la puerta, lo que significaba que el prisionero veía pasar un flujo constante de guerreros demoníacos, con la muerte claramente presente en sus ideas. Aquello lo había desmoralizado aún más, ya que sabía que salían a matar a cualquier elfo de la noche que pudieran encontrar... y todo porque Malfurion no había logrado destruir el escudo.

Aunque el entorno no le daba indicio alguno del paso del tiempo, Malfurion estaba seguro de que al menos habían pasado dos noches desde su captura. En su forma onírica no dormía, y eso había hecho que las noches fueran incluso más largas.

¡Qué estúpido había sido! Malfurion había oído historias acerca de los ojos de lord Xavius, la gente decía que incluso podían ver las sombras de las sombras, pero lo había tomado por cuentos fantasiosos. No había sospechado que las mismas lentes que permitían al consejero observar las fuerzas naturales de la hechicería le permitirían percibir a un espíritu en su sanctasanctorum. ¡Cómo se había reído lord Xavius!

Malfurion había puesto a prueba la jaula cristalina en varias ocasiones y había descubierto que era demasiado fuerte. Quizá, si hubiera sido más experimentado el joven elfo de la noche, hubiera podido descubrir algún punto débil, pero eso ya no importaba. Había fracasado. Se había fallado a sí mismo, a sus amigos, a su raza... al mundo.

Ahora lo único que se interponía en el camino de los demonios, eran los defensores de lord Ravencrest.

Tenía que hacer algo.

Se concentró y volvió a intentar emplear lo que Cenarius le había enseñado. El cristal era parte de la naturaleza. Era susceptible a sus conjuros. Pasó las manos por los bordes, buscando una debilidad en la matriz que lo mantenía de una pieza. No estaba usando un conjuro druídico, sino algo parecido.

Pero siguió sin encontrar nada.

Malfurion gritó de frustración. Iban a morir miles a consecuencia de su fracaso. Illidan moriría. Brox moriría. Tyrande... Tyrande moriría. Podía imaginarse el rostro de ella, visualizarlo mejor que ningún otro.

Malfurion imaginó lo preocupada que estaría por él. Sabía que seguramente estaría sentada junto a su cuerpo, tratando de llamarlo de vuelta. El elfo de la noche prisionero casi podía oírla llamándolo.

Malfurion...

Dio un respingo. Seguramente empezaba a perder la cabeza. Le asombraba que el proceso hubiera empezado tan pronto, pero claro, se trataba de una situación terrible.

¿Puedes oírme, Malfurion?

De nuevo parecía que la voz de Tyrande resonaba en sus pensamientos. Miró afuera de su prisión para intentar ver si lord Xavius había comenzado algún tipo de tortura mental, pero no logró ver ni rastro del consejero.

¿Tyrande? Finalmente Malfurion pensó con cierto nerviosismo. *¡Malfurion ya casi no me quedaban esperanzas!*

Él mismo apenas podía creérselo. Ciertamente era sacerdotisa de Elune, pero aun así esto estaba por encima de sus posibilidades.

¿Cómo has llegado hasta mí Tyrande?

Gracias a otro. Dice que te ha estado buscando.

Los únicos que se le ocurrían eran Brox y Rhonin. Pero Malfurion conocía al orco, y aunque era un guerrero valiente, Brox carecía de habilidades mágicas. ¿Podría ser Rhonin? Aquello no tenía sentido, ya que se suponía que el mago había partido con lord Cresta Cuervo.

¿Quién?, preguntó finalmente. *¿Quién?*

Me llamo Krasus.

El repentino cambio molestó a Malfurion. La voz no se parecía a ninguna que conociera, aunque en ciertos aspectos recordaba a la de Cenarius. Fuera quien fuese este Krasus, no era un simple elfo de la noche, sino mucho más.

¿Sigues percibiéndonos?, preguntó la nueva voz.

Sí... Krasus.

Le he mostrado a Tyrande cómo podemos aprovechar el vínculo que tiene contigo para comunicarnos con tu forma onírica. Es difícil, pero esperamos mantenerlo lo suficiente para liberarte.

¿Liberarme? Malfurion volvió a mirar su prisión y dudó que aquello fuera posible.

Una trampa astuta, sí, continuó Krasus, para sorpresa del elfo de la noche. Aparentemente el vínculo les permitía ver dónde lord Xavius lo tenía encerrado. *Pero ya me las he visto antes con otras iguales.*

Ahora Malfurion se animó bastante.

¿Qué hay que hacer?

Ahora que hemos movido tu cuerpo...

¿Qué han hecho qué? ¿Han movido mi cuerpo? Pero el riesgo...

Estoy bastante familiarizado con el riesgo. Como Malfurion no protestó más, Krasus siguió. *Fue necesario... acercarlo a uno de nuestro grupo. Ahora tienes que escucharme, porque esto hay que hacerlo rápidamente.*

El elfo de la noche esperó tenso. Si podían liberarlo del cristal haría cualquier cosa que le dijeran.

Debo ver el cristal, cada faceta de su naturaleza. Eres druida, puedes mostrármelo.

Tras indicar que había comprendido, Malfurion examinó todo el interior de su celda mágica. Miró en cada vértice, en cada faceta, mostrando la fortaleza del cristal y sus posibles debilidades. Nada de lo que veía le daba el más mínimo ánimo, pero sospechaba que Krasus sabía lo que buscar mucho mejor que él.

¡Ahí! la voz le hizo detenerse en una arista. Malfurion la había estudiado antes, ya que había descubierto una diminuta imperfección, pero no había sido capaz de sacar provecho de aquello. *Esa es la clave de tu huida. Tócala con la mente. ¿Ves cómo funciona el defecto?*

Por primera vez lo vio. La imperfección era diminuta, pero muy diferente del resto. *¿Cómo es que no había logrado verla antes?*

Con la experiencia llega la sabiduría, como suele decirse, contestó repentinamente Krasus. *Aunque yo sigo tratando de demostrarlo.*

Le ordenó a Malfurion que usara las habilidades que le había enseñado el Señor del Bosque para tantear toda la amplitud de la imperfección, para comprender su naturaleza. Para conocerla tan bien como se conocía a sí mismo.

Deberías ser capaz de descubrir su punto más vulnerable. Su llave, por decirlo de alguna manera.

No... ¡Sí! ¡Lo había hecho! Malfurion había localizado el punto, lo presionó deseoso de liberarse... pero no cedió.

Eres fuerte, pero aún no has acabado tu entrenamiento. Ábrenos tus pensamientos. Déjanos entrar sin importar cuantos seamos. Te ayudaremos con nuestra fuerza y nuestros conocimientos.

Malfurion aclaró su mente todo lo que pudo y la abrió para Tyrande y el misterioso Krasus. De inmediato sintió la diferencia entre ambos. Los pensamientos de Tyrande eran compasivos pero firmes, los de Krasus sabios pero frustrados. Curiosamente, esa frustración no tenía nada que ver con la presente situación de Malfurion.

Ahora vuelve a intentarlo.

El elfo de la noche aprisionado se imaginó su forma onírica como si fuera sólida. Empujó literalmente contra la imperfección como si fuera una débil barrera. Seguramente cedería si la empujaba con la suficiente fuerza.

De repente pareció que otros dos empujaban con él. Malfurion casi pudo ver a Tyrande y al otro esforzándose a su lado. La imperfección empezó a ceder.

Apareció una pequeña grieta...

Un agujerito diminuto apareció al abrirse ligeramente la imperfección.

¡Esa es tu salida!, lo apremió Krasus. ¡Sal por ella!

Y la forma onírica de Malfurion se derramó por la delgada abertura.

Nada más dejar la celda del consejero empezó a expandirse hasta alcanzar su tamaño real. Aquel no era más que un de cambio en su propia perspectiva, pero prefería eso a la vista de un insecto que había tenido durante su cautiverio.

Ahora vuelve, antes de que te descubran.

Pero Malfurion no estaba de acuerdo con eso. Había llegado hasta allí para hacer lo necesario para salvar a su gente, a su mundo. El conjuro de escudo tenía que caer.

¡Malfurion!, le suplicó Tyrande. ¡No!

Los ignoró a ambos y flotó hasta la esquina, donde se detuvo. Lord Xavius estaba al otro lado de la habitación con la atención centrada en el oscuro portal por el que llegaban constantemente demonios. Casi parecía que el consejero estaba en comunión con lo que fuera que habitara en su interior. Malfurion se estremeció al recordar la pura maldad de aquel ente.

Con todo, la situación actual le favorecía. Si Xavius seguía absorto en el vórtice momentos más, podría cumplir su misión e irse. Flotó hacia el dispositivo mágico, que ya sabía cómo destruir. Unas sencillas alteraciones y dejaría de existir.

Tanto Tyrande como Krasus habían dejado de hablar, lo que quería decir que o bien lo dejaban seguir solo o bien el enlace se había roto. Fuera cual fuera el caso, ya no podía echarse atrás.

Con una última mirada al lord consejero, Malfurion proyectó su poder. Primero alteró uno de los componentes internos del hechizo, garantizando así su inestabilidad a pesar de lo que pasara después.

Después invocó la fuerza de la naturaleza, del mundo. La usó para obligar al dispositivo a adoptar una nueva combinación, una nueva forma que neutralizaría su objetivo y lo haría disiparse.

El conjuro de escudo se debilitó...

Lord Xavius sintió enseguida que algo iba mal. Algo terrible le estaba pasando al conjuro de escudo.

Desde el interior del portal, Sargeraz también sintió que algo no marchaba como debía.

¡Busca!, le ordenó a su peón.

El consejero giró sobre sus talones. Sus oscuros ojos mágicos se fijaron sobre el valioso dispositivo... y el fantasmal intruso que había capturado antes.

¡El imbécil estaba manipulando el conjuro!

— ¡Detenlo! — Rugió lord Xavius.

El grito echó perder todo lo había conseguido Malfurion. Logró recuperar el control y miró a Xavius, que lo señalaba furiosamente, chilládoles a los Altonatos y a los demonios para que lo atraparan. No obstante, ninguno parecía ser capaz de obedecer la orden ya que, a diferencia del consejero, no podían ver la forma onírica, y mucho menos tocarla.

Lord Xavius, por su parte, podía hacer ambas cosas.

Cuando estuvo claro que los demás no le servían, el consejero de la Reina se lanzó contra Malfurion. Sus ojos artificiales irradiaron una energía oscura y Malfurion supo que se avecinaba un ataque. Levantó las manos instintivamente y pidió ayuda al aire y el viento.

Unos rayos escarlatas volaron contra él y, de haber alcanzado al joven elfo de la noche, lo habrían aniquilado sin duda. Sin embargo, a pocos centímetros de él los rayos no solo impactaron contra una barrera invisible, aire solidificado, quizás, sino que fueron desviados por el viento que la figura fantasmagórica había invocado.

Los rayos golpearon a los enormes guerreros que había junto al portal con una precisión letal.

Los demonios salieron despedidos como hojas en una tormenta. Varios se estrellaron contra las paredes, mientras que dos chocaron contra los hechiceros que seguían trabajando en el portal. Eso, a su vez, provocó el caos en el ritual. El portal tembló como quien respira entrecortadamente, y empezó a abrirse y cerrarse sin control.

Los hechiceros Altonatos luchaban por mantener el portal bajo control.

Varios demonios que estaban a punto de atravesarlo se desvanecieron de repente en la oscuridad que había al otro lado.

Una de las grandes figuras aladas que estaba de pie cerca de la abertura cargó en dirección a Malfurion. El enorme demonio no podía ver al elfo de la noche, pero atacó con su arma con la esperanza de darle a algo. Malfurion intentó esquivar el arma lo mejor que pudo, ya que no estaba seguro de ser inmune a ella.

Lord Xavius se había echado cuerpo a tierra para esquivar su malogrado conjuro, y volvió a la refriega. Sacó otro cristal de la bolsa que llevaba al cinto.

— De este no escaparás... —

Los ojos mágicos refulgieron.

Con un rápido movimiento, Malfurion interpuso al demonio entre sí mismo y el consejero. En vez de su pretendida víctima, Xavius absorbió al sobresaltado demonio. La brutal figura rugió encolerizada ante el truco y trató en vano de garrar a Malfurion antes de que el cristal se lo tragara. Xavius maldijo y tiró el cristal a un lado, poco preocupado por el destino de su contenido. Toda su atención se centraba en la forma fantasmal que solo él podía ver.

— ¡Milord! — Gritó uno de los hechiceros. — ¿Hemos de...? —

— ¡No hagan nada! ¡Sigán con lo suyo! ¡El portal debe seguir abierto y el escudo intacto! ¡Yo me encargaré del intruso invisible! —

Dicho eso, Xavius se preparó para un nuevo conjuro. Pero Malfurion no tenía ninguna intención de esperarlo. Se dio la vuelta y salió de la cámara como una exhalación, sin siquiera dedicar una mirada a los asustados centinelas.

El furioso consejero corrió tras él de inmediato.

— ¡Abran las puertas! —

Los guardias obedecieron. Xavius salió corriendo de la habitación y escaleras abajo en pos de su adversario.

Pero Malfurion no había huido por las escaleras, sino que se había metido en una de las paredes interiores de la torre. Allí, donde no pudo verlo el consejero, esperó hasta tener la seguridad de que había pasado de largo.

Malfurion volvió a la habitación y flotó hasta el dispositivo. Tenía que destruirlo enseguida, antes de que los Altonatos tuvieran opción de reforzarlo.

Pero cuando se disponía a ello le sobrevino un temor familiar. Sintió escalofríos y, muy a su pesar, miró hacia el portal.

No tocarás el escudo... prenunció en su mente la terrible presencia del interior. No quieres hacerlo. Sólo quieres servirme... Adorarme.

Malfurion combatió el impulso de ceder ante aquella voz. Sabía qué le pasaría a todos si el que hablaba tenía la oportunidad de entrar en el mundo. Toda la maldad desencadenada por los demonios hasta ahora palidecería ante el que los mandaba.

¡Yo... no... seré... uno de tus peones! Casi gritando del esfuerzo, Malfurion apartó la cara del vórtice.

Mientras se recuperaba podía sentir aún la cólera de la terrible figura. Aquella maldad no podía afectarlo directamente, solo jugar con sus pensamientos.

Malfurion tenía que ignorarlo, pensar solo en quienes le importaban y lo que el fracaso significaría para ellos.

Unos segundos más...

Su forma onírica se retorció y fue repentinamente asaltada por un dolor increíble. Se dio la vuelta y cayó de rodillas.

— Se acabaron los juegucitos. —

Murmuró lord Xavius, que estaba en la puerta. Junto a él varios guardias perplejos buscaban en vano al enemigo con el que hablaba.

— ¡No más desastres! Haré jirones tu espíritu, esparciré tu esencia por el

mundo... y solo entonces te entregaré al Magno para que haga contigo lo que le plazca.

Señaló a Malfurion.

La Legión Ardiente aplastaba las filas de los elfos de la noche. Lord Ravencrest impedía que destrozaran a sus seguidores, pero seguían perdiendo terreno.

Un brutal ariete creado por Rhonin embistió contra los demonios, hizo saltar por los aires a varios y se clavó en la horda. Los detuvo en un punto, pero en el resto del frente de la Legión siguió avanzando.

Rhonin oyó a lord Ravencrest gritando órdenes en alguna parte.

— ¡Refuercen ese flanco derecho! ¡Arqueros, encárguense de esas furias aladas! ¡Latosius, retrocede con la Guardia Lunar! —

Era difícil de decir si el hechicero había oído la orden del comandante, pero a pesar de todo la Guardia Lunar se mantuvo donde estaba. Latosius estaba al frente, ordenando a tal o cual hechicero que se encargaran de diversas situaciones. Rhonin hizo una mueca de desagrado. El elfo de la noche no tenía ni idea de tácticas. Desperdiciaba el poco poder que le quedaba a su grupo en múltiples ataques insignificantes en vez de hacer un esfuerzo concertado.

Illidan también se había dado cuenta de esto.

— ¡El maldito y viejo idiota no está haciendo nada! ¡Yo podría mandarlos mejor! —

— Olvídate de ellos y concéntrate en tus hechizos. —

Pero a la vez que el mago decía esto, Latosius cayó hacia atrás. Se llevó las manos a la garganta y se derrumbó vomitando sangre. La piel se le oscureció mientras caía, claramente muerto.

— ¡No! —

Rhonin examinó las filas de la Legión, encontró al brujo y lo señaló.

Con el mismo truco que quizá el mismo demonio había usado antes, Rhonin se apoderó de varias flechas en vuelo y las envió contra el brujo. La figura entunicada levantó la vista, vio las flechas y se limitó a reírse. Hizo un gesto que Rhonin supuso

que creaba una barrera defensiva a su alrededor.

El eredar dejó de reír cuando las flechas no solo atravesaron su escudo sino también su torso.

— No eras tan fuerte como creías, ¿no? —

Murmuró el mago con una malsana satisfacción.

Rhonin se volvió hacia Illidan... y vio que este último había desaparecido. Miró su alrededor y comprobó que el decidido y joven elfo de la noche galopaba hacia los guardias lunares, que parecían completamente desorganizados sin su líder.

— ¿Qué preten...? —

Pero Rhonin no tuvo tiempo de preocuparse por su presunto pupilo, ya que un increíble calor lo envolvió repentinamente. Sintió como si se le fuera a fundir la piel.

Los brujos eredar lo habían identificado al fin como la principal amenaza.

Ciertamente lo tenía que estar atacando más de uno. Logró invocar suficiente energía como para aliviar momentáneamente el increíble calor, pero poco más. Lo estaban cocinando vivo lentamente.

Así que eso era. Moriría allí, sin saber si su papel en esa batalla alteraría más o menos el curso de la historia o la destruiría por completo.

En ese momento, la intensa presión que sentía desapareció por completo. Rhonin reaccionó instintivamente y usó su magia para contrarrestar el peligro restante. Se le aclaró la vista y finalmente logró ver al brujo clave.

— ¿Te gusta el fuego? Yo prefiero el fresquito. —

El mago revirtió el conjuro que habían lanzado contra él y lo devolvió como una intensa oleada de frío.

Rhonin sintió cómo el gélido frío abrumaba al brujo. El eredar se puso rígido y se volvió de un color blanco. Su expresión se retorció y quedó congelada en medio de la agonía.

Uno de los guardias siniestros tropezó con el hechicero. La figura congelada se cayó y dio contra el duro suelo con un fuerte crujido que esparció trozos de demonio congelado por todo el campo de batalla.

Mientras intentaba recuperar el aliento, Rhonin miró a los guardias lunares, de cuya dirección había sentido provenir la ayuda. Se le desorbitaron los ojos al ver a Illidan

al frente.

El joven elfo de la noche sonrió en su dirección luego volvió a la lucha. Dirigía a los veteranos hechiceros como si hubiera nacido para ello. Los había desplegado en una disposición que amplificaba el poco poder que les quedaba y lo canalizaba a través de sí mismo. Así él, a su vez, incrementaba la intensidad de sus propios conjuros.

Una erupción en medio de la Legión Ardiente destruyó docenas de demonios. Illidan dejó escapar un grito triunfal sin darse cuenta de la tensión que evidenciaban los rostros de los demás hechiceros. Había hecho buen uso del poder de estos, pero si lo repetía demasiado los guardias lunares se consumirían uno a uno.

Pero Rhonin no podía hacer nada para decírselo a Illidan y para ser sinceros, no estaba seguro de que debiera hacerlo. Si los defensores caían allí, ¿quién más quedaba?

Si Malfurion no hubiera fracasado...

Mannoroth contempló el campo de batalla y se mostró complacido. Su hueste se extendía por toda la tierra, no solo por donde no había resistencia, sino incluso donde los patéticos habitantes de ese mundo habían decidido presentarles batalla.

Apreciaba sus esfuerzos por acabar con la lucha cuanto antes, ya que eso significaba allanar el camino para su amo Sarger. Sarger estaría complacido con todo lo que se había logrado en su nombre. Recompensaría bien a Mannoroth, ya que el demonio lo había logrado sin tener que pedir la ayuda de Archimonde.

Sí, Mannoroth sería bien recompensado, recibiría más favor, más poder dentro de la Legión.

En cuanto a los elfos de la noche que habían ayudado a los demonios en sus esfuerzos por apoderarse de este mundo, recibirían la única recompensa que otorgaba Sarger a los de su clase.

La aniquilación absoluta.

CAPITULO VIENTITRES

Malfurion pensó que había superado a lord Xavius, pero una vez más fue el joven elfo de la noche el que hizo el tonto. ¿Qué le había hecho pensar que el consejero lo seguía buscando por las escaleras y pasillos cuando evidentemente Malfurion quería volver a la torre para continuar su misión?

Sería su último error. Lord Xavius era un hechicero muy competente con el poder del Pozo a su disposición. Malfurion había aprendido mucho de su Shan'do, pero al parecer no lo suficiente para hacerle frente a un enemigo tan mortífero.

Y lord Xavius lo sabía perfectamente.

Pero en la cabeza de Malfurion resonó repentinamente una voz... no la voz que venía de dentro del portal, sino la del misterioso Krasus, que Malfurion pensaba que ya lo había abandonado.

Malfurion, nuestra fuerza es tu fuerza. Igual que hiciste en el cristal saca fuerzas del amor y de la amistad de quienes te conocen... y saca fuerzas de la determinación de aquellos como yo, que están a su lado por ti.

No todo lo que le decía tenía sentido para el elfo de la noche, pero la esencia estaba clara. Ahora no solo sentía a Tyrande y Krasus, sino también a Brox. Los tres le abrieron sus mentes, sus almas, ofreciéndole la fuerza que necesitaba.

Eres un druida, Malfurion, quizá el primero... Tu poder proviene del mundo, de la naturaleza... ¿Y no somos todos parte de ambos? Toma energías de nosotros también.

Malfurion obedeció... justo a tiempo.

Lord Xavius ejecutó su conjuro.

No debería haber dejado ni rastro de la forma onírica de Malfurion. El joven elfo de la noche levantó la mano para protegerse del malvado ataque, pero no esperaba que sus poderes fueran suficientes ni siquiera ahora. El anterior ataque de consejero lo había debilitado bastante.

Pero el conjuro nunca alcanzó su objetivo. El ataque se disipó con tanta facilidad como si Malfurion se hubiera apartado un mosquito de la cara.

¡Levántate! Lo apremió Krasus. *¡Levántate y has lo que debes!*

No se refería a que Malfurion se enfrentara al consejero. Eso sería una peligrosa pérdida de tiempo. En vez de eso, el elfo de la noche tenía que acabar lo que había empezado. Malfurion golpeó el conjuro de escudo. El dispositivo se desequilibró. Dos de los Altonatos se apresuraron a ajustarla pero el suelo bajo sus pies cedió súbitamente cuando las piedras accedieron a la silenciosa petición de Malfurion para interrumpir su tendencia natural a ser fuertes y sostener las cosas. La pareja se perdió de vista con un alarido.

Lord Xavius atacó furiosamente a Malfurion y lo envolvió con un vapor que se aferró a su forma onírica y trató de devorarla. Al principio Malfurion sufrió, pero la fuerza combinada de Tyrande, Brox y Krasus lo empujó a seguir adelante. Invocó rápidamente un viento que disipó el vapor.

Pero mientras Malfurion se encargaba del vapor, Xavius aprovecho para restaurar cierto equilibrio en el conjuro de escudo. Pero luego se volvió hacia su adversario, con obvias intenciones.

Malfurion estaba harto. Aquello podía seguir así indefinidamente. Llegaría el momento en que lo derrotaría o lo obligaría a huir. Algo tenía que cambiar... y rápido.

Se giró rápidamente no hacia el dispositivo ni hacia lord Xavius, sino hacia el portal.

De nuevo llamó al viento, y esta vez le preguntó si sería lo bastante fuerte para mover algo más que un simple vapor.

Malfurion miro concretamente a los Altonatos y desafió al viento para que le mostrara de lo que era capaz.

Y dentro de la cámara, los hechiceros se encontraron repentinamente azotados por una galerna. Tres de ellos salieron despedidos y atravesaron la habitación hasta chocar violentamente contra la pared opuesta. Otro retrocedió del círculo ritual, tropezó y cayó sobre una de las formas inmóviles.

El resto se encogió para tratar de evitar la furia del viento. Pero a pesar de que no cayó ninguno más, estaba las bajas sufridas habían causado una gran tensión entre los supervivientes. El portal parpadeaba y se retorció peligrosamente. La sensación de maldad que experimentaba Malfurion se redujo.

Unas manos de fuego lo cogieron de repente por el cuello y lo sacudieron.

Quemaron su forma onírica como si fuera de carne y le hicieron emitir un grito que, a pesar de su intensidad, solo pudo oír su atacante.

— ¡El poder del Magno está conmigo! —

Rugió con satisfacción que casi parecía que la nueva presencia era un gemelo de

Krasus, ya que eran tan parecidos que al principio tuvo problemas para diferenciarlos.

Incluso la nueva voz que sintió en su cabeza le recordó mucho a Krasus.

Me llamo Korialstrasz... y entrego libremente lo que tengo.

Sus dones eran aquellos que les había otorgado la naturaleza. La presencia de Korialstrasz centuplicó la voluntad de Malfurion, dándole una esperanza como no había tenido.

Eres druida, volvió a recordarle Krasus. El mundo es tu fuerza.

Malfurion se sintió lleno de vigor. Ahora no solo percibía a sus distantes compañeros, sino también las piedras, el viento, las nubes, la tierra, los árboles, todo. Malfurion casi quedó abrumado por la furia que irradiaba el mundo. Las maldades perpetradas por los Altonatos y los demonios habían ofendido a los elementos como nada hasta ahora.

Prometí que haría lo que pudiera, les dijo. ¡Denme su fuerza y se hará!

A Malfurion esto le pareció una eternidad, pero cuando volvió a mirar a lord Xavius vio que como mucho había pasado un segundo. El consejero parecía congelado. Su expresión se movía lentamente mientras se preparaba, respaldado por el poder de su amo, a destruir por fin a su fantasmal adversario.

Malfurion sonrió ante la estupidez del otro elfo de la noche. Levantó las manos hacia el cielo oculto e invocó su poder.

En el exterior retumbó el trueno. Los Altonatos que rodeaban el portal vacilaron de nuevo, conscientes de que aquello no era parte del ritual. Incluso lord Xavius frunció el ceño.

Y de repente la torre del palacio tembló... y explotó.

El capitán Varo'then estaba arrodillo ante Azshara, con el casco sostenido en la mano.

— ¿Me había llamado, mi gloriosa reina? —

Dos de las doncellas de Azshara le cepillaban los exuberantes cabellos, algo que hacían varias veces al día para mantenerlos sedosos y perfectos. Mientras las

servientas se aplicaban, ella se entretenía probando los exóticos perfumes que los comerciantes le habían traído recientemente.

— Sí capitán. Me preguntaba qué era ese ruido que venía de arriba. Parecía originarse en la torre. ¿Hay algún problema del que no se me haya informado? —

El elfo de la noche se encogió de hombros.

— Ninguno que yo sepa, luz de un millar de lunas. Quizá sea el preludio de la llegada del gran Sarger. —

— ¿Eso crees? — Se le iluminó la mirada. — ¡Qué maravilla! —

Lo despidió con un gesto

— ¡En tal caso debería prepararme! Seguramente se aproxima un acontecimiento maravilloso. —

— Como diga, gloria de nuestro pueblo. Como diga. —

El capitán se puso en pie y volvió a calarse el casco. Dudó.

— ¿Quiere que lo investigue, solo para asegurarnos? —

— ¡No, estoy segura de que tiene razón! No molesten a lord Xavius de ninguna manera. —

Azshara olió otro vial. El olor la excitaba de una forma que le agradaba. Quizá se pondría ese cuando recibiera al dios.

— Después de todo estoy segura de que el buen consejero lo tiene todo bajo control. —

La mitad superior de la torre había sido arrasada. Los rayos caídos del cielo la habían arrancado y habían lanzado el techo y otras secciones al Pozo. Varios bloques de piedra habían caído dentro de la habitación, matando a dos Altonatos y dispersando al resto. El escudo y el portal se mantenían... aunque ambos muy debilitados.

Vientos cortantes asaltaron a los que quedaban en el interior. Un hechicero que había sido empujado cerca del borde por la onda expansiva, cometió el error de

ponerse en pie. El viento lo atrapó y lo empujó hacia atrás.

Con un chillido patético, siguió a la cima de la torre hacia las profundidades del Pozo.

Un intenso chaparrón golpeaba a los supervivientes. Los Altonatos cayeron de rodillas, aún pugnando por mantener en funcionamiento sus conjuros, aunque esto sirvió de poco dada la intensidad de la tormenta.

Sólo dos figuras permanecían impasibles ante los elementos. Una era Malfurion, cuya forma onírica permitía que el viento y la lluvia la atravesaran sin efecto. El otro era lord Xavius, protegido no solamente por el poder que extraía del Pozo, sino por la maldad que todavía seguía filtrándose por el vórtice de oscuridad.

— ¡Impresionante! — Gritó el consejero. — ¡Aunque inútil en última instancia, mi joven amigo! Tú solo puedes acudir al poder del Pozo... mientras que yo tengo el poder de un Dios.

Aquellas palabras hicieron sonreír a Malfurion. El consejero aún no se daba cuenta de a qué se estaba enfrentando. Suponía que no era más que un hechicero competente.

— No, milord. — Respondió el elfo de la noche. —Estás equivocado. ¡Solo tienes el Pozo y el supuesto poder de un demonio con ínfulas de deidad! ¡Yo tengo como aliado el poder del mismo mundo! —

Xavius sonrió despectivamente.

— No tengo tiempo para más sandeces... —

Malfurion sintió cómo invocaba una cantidad de poder del Pozo como seguramente nadie había hecho antes. Aquello aturdió al druida momentáneamente, pero las fuerzas que lo asistían le permitieron recuperarse.

— Deben ser detenidos. — Le dijo al consejero.
— Tú y la cosa a la que sirves deben ser detenidos. —

Malfurion nunca llegó a saber el conjuro que pretendía lanzar lord Xavius.

Antes de que el consejero pudiera completarlo, los elementos lo asaltaron. El rayo lo golpeó una y otra vez, quemándolo por dentro y por fuera. Su piel se ennegreció y se desprendió, mas no cedía.

La lluvia se convirtió en un torrente que hizo caer toda su fuerza sobre el enemigo de Malfurion. Xavius pareció derretirse ante los ojos del joven elfo de la noche, carne y músculo que se licuaba... y el consejero seguía sin ceder.

Entonces retumbó el trueno, un trueno tan tremendo que restos de la torre temblaron, y enviaron a otro Altonato a las oscuras aguas del Pozo. Un trueno tan tremendo que estremeció a Malfurion hasta lo más profundo de su ser.

Lord Xavius, consejero de la reina y más alto de los Altonatos... estalló en pedazos.

Al explotar aulló como una de las terribles bestias infernales, un aullido que se mantuvo mientras las piezas se dispersaban en el aire. La nube de polvo que una vez había sido el consejero dio vueltas y vueltas, empujada por un viento colérico y terrorífico.

Los Altonatos restantes abandonaron sus puestos para huir de la ira de quien había vencido a su temido líder. Malfurion los dejó marchar, sabedor de que había empleado casi todas sus fuerzas. Pero aún necesitaba encargarse de un asunto.

Sin lord Xavius allí para protegerlo, el dispositivo del escudo se derrumbó fácilmente. Un simple gesto del joven druida disipó el maligno conjuro, eliminando al fin el posible impedimento a la supervivencia de su pueblo.

Sólo rezaba para que no fuera demasiado tarde.

Al fin, devolvió su atención al portal.

No era más que una sombra de lo que había sido, un simple agujero en la realidad. Malfurion lo miró furioso, sabedor de que no podía sellar permanentemente ese mundo de la maldad que habitaba allí dentro; pero al menos podía ganar tiempo.

Retrasas lo inevitable... llegó la voz que temía. Devoraré tu mundo... como he hecho con tantos otros.

— Verás que somos un hueso duro de roer. — Contestó Malfurion.

Una vez más desató los elementos.

La lluvia arrastró el valioso dibujo en el suelo sobre el que flotaba el portal. Rayo tras rayo impactaron en el mismo centro del agujero, y obligaron a lo que había en el interior a retroceder todavía más. El viento se arremolinó alrededor del debilitado conjuro y lo atacó con la fuerza de un tornado.

Y la tierra... La tierra tembló y finalmente logró romper los últimos trozos de cimientos que quedaban de la alta torre.

Al no tener forma corpórea, Malfurion no tenía nada que temer del derrumbamiento de la estructura. A pesar de su creciente cansancio se quedó a verlo, ya que estaba

decidido a asegurarse en persona de que no pasaba nada a última hora.

El suelo se inclinó. Instrumentos de magia negra y trozos de lo que quedaba de las paredes resbalaron por él. Un espantoso estruendo acompañó el derrumbamiento.

La torre cayó.

Al hacerlo, el portal se cerró sobre sí mismo y se encogió rápidamente.

Una repentina succión cogió desprevenido a Malfurion. Sintió una fuerza que atraía su forma onírica hacia el agujero que se desvanecía.

Serás mío..., llegó la voz débil pero dañina.

El elfo de la noche luchó por apartar su forma onírica de la grieta. El polvo flotó a través de él hasta lo que iba quedando del portal, seguido de más desperdicios.

La tensión se hizo insoportable. Cada vez lo atraía más y más...

¡Malfurion!, lo llamó Tyrande. *¡Malfurion!*

Se agarró a la llamada, trató de usarla como palanca. Bajo él, los últimos restos de la torre se unían a lo demás en el oscuro abismo del Pozo de la Eternidad. Solo quedaban Malfurion y el diminuto y malévolos agujero.

¡Tyrande!, llamó él en silencio. Cerró los ojos y se la imaginó, trató de ir con ella.

Te tengo..., dijo una voz que no pudo identificar.

Y el mundo se puso patas arriba.

Mannoroth sintió la pérdida. Sintió el vacío incluso antes de que sucediera.

El enorme y bestial comandante se detuvo en la retaguardia de la horda, y volvió su fea y colmilluda cabeza en dirección a la torre.

La torre que ya no estaba allí.

— ¡Nooooooooo! — Rugió.

Rhonin lo sintió. Sintió el súbito torrente de poder, el torrente de fuerza. De repente se imaginó capaz de construir mundos, de arrancar las estrellas del cielo y reordenarlas a su antojo. Era invencible omnipotente.

El hechizo que sellaba el Pozo de la Eternidad había sido destruido.

Miró de inmediato a Illidan, para ver si el joven elfo de la noche no había sentido lo mismo. Rhonin no dijo nada, ya que Illidan claramente había experimentado la misma sensación de fuerza que él. De hecho, no solo los guardias lunares parecían fuertes y dispuestos, sino también el resto de los defensores.

El Pozo y los elfos de la noche son uno, se dio cuenta el mago. Incluso aquellos que no podían hacer magia seguían vinculados a él hasta cierto punto. Su pérdida los había debilitado de una forma que nunca llegarían a comprender. Pero ahora Rhonin veía en cada uno de ellos, desde lord Ravencrest al soldado más bajo, una confianza y una determinación renovadas.

Ciertamente, ahora se consideraban invencibles por cualquier enemigo.

Incluyendo a la Legión Ardiente.

Los cuernos resonaron. Los elfos de la noche profirieron un rugido colectivo que estuvo a la altura de cualquiera de los emitidos antes por los demonios.

La vanguardia de la Legión flaqueó, insegura de lo que querría decir aquel brusco cambio.

— ¡A por ellos! — Gritó Ravencrest.

Los defensores se lanzaron hacia delante. Los demonios se encontraron de repente acosados como nunca antes. Las bestias infernales fueron masacradas antes de poder retroceder hasta la horda. Los guerreros colmilludos caían uno tras otro cada vez que las espadas de los elfos de la noche se clavaban certeramente. El avance de la Legión se detuvo por completo.

Illidan condujo a la Guardia Lunar contra los invasores, y siguió canalizando sus esfuerzos a través de sus propios conjuros. La tierra tembló bajo los pies de la Legión Ardiente, lanzando demonios por todas partes como si no fueran nada. Varios guardias apocalípticos estallaron en llamas en pleno vuelo y se convirtieron en proyectiles de fuego que causaron más daños en sus propias filas.

Rhonin tampoco se mantuvo al margen de la batalla. Con el recuerdo fresco en la memoria de todos los que habían muerto ese día, y los que iban a morir en la futura

guerra, atacó una y otra vez a los responsables. Un brujo eredar que trató temerariamente de hacerle frente quedó envuelto por su propia túnica, que se retorció hasta cortarlo en dos. Del mago salieron luego una serie de rayos azulados que metódicamente cazaron a más brujos de la Legión, dejando detrás solo pequeños montoncitos de ceniza para recordar a los antiguos enemigos.

Por primera vez el caos cundió entre los terribles guerreros. Aquella no era la batalla que habían esperado, el derramamiento de sangre que deseaban.

Allí no había nada salvo sus propias muertes, una idea que incluso ellos consideraban poco atractiva.

Sus líneas empezaron a ceder. Los elfos de la noche presionaron.

— ¡Ya los tenemos! — Grito Ravencrest — ¡Sin cuartel! —

Este grito animó aún más a los defensores. A pesar del imponente tamaño de los invasores, los elfos de la noche avanzaron impávidos.

Y Rhonin e Illidan siguieron pavimentando el camino a la victoria. El mago miró hacia arriba y miró a varios salvajes infernales que se lanzaban en picado contra los defensores. Como siempre, los demonios de la Legión se habían enroscado en bolas y caían como rocas para provocar el desastre.

Por una vez, Rhonin hizo uso de las tácticas de Illidan. Extrajo energía del pozo y creó una enorme barrera dorada en el cielo, barrera que los infernales no podrían evitar. Pero la barrera no era simplemente un muro, ya que Rhonin tenía otra idea en mente. La moldeó según sus deseos, la curvó y obligó a los demonios que se estrellaron contra ella a rebotar en la dirección que él quiso. El mismo centro de su propio ejército.

Ni siquiera los rayos que había hecho caer antes sobre los demonios habían provocado tanta devastación como provocaron ahora los terribles gigantes. Más de veinticinco infernales golpearon el centro de la legión en diversos puntos, derzmando las filas y creando enormes cráteres humeantes. Los cuerpos del enemigo volaban en todas direcciones, se estrellaban contra los demás y multiplicaban el daño por diez.

A cierta distancia, el mago oyó una risotada triunfal. Illidan aplaudía en honor del esfuerzo del humano, y luego señaló al acosado enemigo.

Una parte del flanco izquierdo de la Legión Ardiente se quedó clavada en tierra repentinamente. Muchos se hundieron hasta las rodillas. La sólida tierra bajos sus pies se había convertido en sopa y las formas pesadas y acorazadas de los demonios no podían hacer otra cosa que hundirse bajo la superficie como piedras.

Algunos forcejearon pero, al final, todos los que tuvieron la desgracia de encontrarse donde Illidan había lanzado su conjuro desaparecieron.

Con un gesto de la mano, el joven elfo de la noche volvió a solidificar la tierra y borró todo rastro de sus víctimas. Luego se volvió hacia Rhonin y saludó al mago con la florida reverencia.

Rhonin se mantuvo inmutable y se limitó a asentir. Otra cosa no pero Illidan mantenía a raya a los demonios.

Por fin bajo un asalto tan brutal, la Legión Ardiente hizo lo único que podía: retirarse en masa.

No hubo toque de cuerno ni orden alguna. Los demonios simplemente empezaron a retroceder. Mantuvieron cierta semblanza de orden, pero claramente eso era lo único que podían hacer sus oficiales. Incluso así, no se retiraron lo bastante rápido para escapar de los defensores, que aprovecharon al máximo la victoria.

La Guardia Lunar en particular saboreó el cambio de las tornas. Cazaron a las bestias infernales. A algunas las convirtieron en trozos de madera retorcida, a otras en roedores. Varias sencillamente estallaron en llamas mientras huían con el rabo entre las piernas hacia la dudosa seguridad de las filas de la Legión.

Aquí y allí quedaron bolsas de resistencia que fueron rápidamente suprimidas por los soldados. Había guardias siniestros caídos por todas partes. A Rhonin no le cabía duda de que cada elfo de la noche pensaba en los incontables muertos que la Legión Ardiente ya había dejado a su paso. Seguramente habría muchos amigos y seres queridos entre las víctimas de Zin-Azshari.

No obstante la causa por la que los elfos de la noche seguían luchando preocupaba al mago. Incluso ahora Ravencrest gritaba su nombre para motivar más aún a las tropas.

— ¡Por Azshara! ¡Por la reina! ¡Vamos al rescate! —

Rhonin había escuchado la sugerencia de Malfurion de que la reina muy posiblemente era cómplice de la matanza como los Altonatos a quienes culpaba el resto, y sospechaba que era cierto. El mago sólo podía seguir diciéndose que la verdad saldría a la luz cuando llegaran al palacio... si llegaban.

La legión ardiente cada vez retrocedía más, hasta alcanzar los márgenes de la capital en ruinas. Morían a carretadas. Morían por el acero o la magia pero morían. La batalla continuó incesante mientras se mantuvo la oscuridad y el suelo quedo enterrado bajo los cadáveres de los demoníacos invasores.

Quizá habría seguido, quizá podrían haber llevado la batalla hasta la propia Zin-Azshari e incluso llegado a palacio, pero a medida que el día iba imponiendo su voluntad a la noche, los defensores por fin flaquearon. Lo habían dado todo en un esfuerzo digno de encomio, pero hasta lord Ravenscrest vio que continuar pondría a los elfos de la noche en un riesgo que no podían permitirse. Con gesto reticente, a pesar de todo indicó a los músicos que hicieran sonar el toque de alto.

Al sonar los cuernos, Illidan puso cara de fastidio, intentó hacer que los guardias lunares lo siguieran adelante, pero aunque varios parecieron dispuestos, todos estaban claramente agotados.

Rhonin también estaba exhausto. Cierto que todavía podía lanzar conjuros muy destructivos, pero su cuerpo estaba empapado de sudor y se mareaba si se movía demasiado rápido. Cada vez le costaba más concentrarse. Aparte de Illidan, los demás elfos de la noche eran conscientes de que no podían seguir, al menos durante el día, pero aquello no restaba valor a lo que habían logrado. Cierto la amenaza no había sido eliminada, pero ahora sabían que los demonios tenían sus límites. Se los podía matar. Se los podía hacer retroceder.

El comandante buscó rápidamente voluntarios para que partieran en dirección de los diferentes territorios del reino de los elfos de la noche con una misión doble. Primero, levantar en armas a la población para crear un contingente más fuerte, una fuerza defensiva de varios frentes con la que contener el siguiente ataque de la Legión Ardiente, que se produciría con total seguridad; y segundo, comprobar la extensión de la devastación en otras zonas.

Aparte de eso, el noble puso inmediatamente a su hechicero personal —Illidan— al mando de los guardias lunares que se encontraban con ellos.

Hubo ciertas protestas entre los supervivientes de más alto rango, pero una simple exhibición de poder en forma de una última y violenta explosión entre los demonios que se retiraban silenció rápidamente a los críticos del joven hechicero.

Complacido con su nuevo cargo, Illidan fue a decírselo a Rhonin. El mago asintió cortésmente. Por un lado se preguntaba si él había sido tan entusiasta de joven, y por otro le preocupaba el efecto del nuevo estatus de Illidan en su personalidad. Illidan poseía un potencial mucho mayor del que había revelado hasta ahora, pero su carácter impulsivo y temerario era una trampa que podía convertirlo en un peligro tan mortal como la Legión Ardiente.

Rhonin se prometió no quitar el ojo de encima a su compañero.

Solo de nuevo, el único humano entre los elfos de la noche examinó lentamente la fuerza que se había desplegado contra los demonios. La luz del sol hacía centellear sus armaduras y proporcionaba a la hueste un aspecto.

Pero a pesar de eso, Rhonin era consciente de que necesitaban una fuerza mucho

mayor si esperaban vencer en la lucha definitiva. La historia decía que la victoria estaba asegurada, pero había demasiados factores, él incluido, que ahora hacían confuso el resultado. Peor aún, la Legión Ardiente era muy consciente del poder mágico al que se enfrentaba; a partir de ahora buscaría más al mago y a Illidan.

Rhonin ya había sido blanco de los demonios y sus aliados en su propio tiempo. No le atraía la idea de repetir aquella situación.

¿Y qué pasaba con el otro que era responsable del éxito de esa noche? Rhonin no. Illidan tampoco. Ni toda la Guardia Lunar o lord Cresta Cuervo y sus legiones. Ninguno de ellos era la verdadera razón de la victoria.

¿Qué?, pensó el cansado mago miraba a la oscura Zin-Azshari y la horda desorganizada. ¿Qué ha pasado con Malfurion?

CAPITULO VIENTICUATRO

Estaba tieso como un muerto, la imagen empeoraba por el hecho de que ninguno de ellos podía sentir ni rastro del vínculo que una vez habían compartido con él. Tyrande acunaba la cabeza de Malfurion en su regazo, y la blanda hierba del suelo actuaba como el resto de su cama.

— ¿Lo hemos perdido? —

Preguntó un perplejo Jarod Shadowsong. El capitán había acompañado al grupo hasta este punto lejano del bosque, ostensiblemente para mantener vigilado a su prisionero, Krasus. No había intervenido en la magia, pero había acabado montando guardia cuando la situación lo había requerido. Había pasado de ser un reticente añadido a un compañero preocupado, aunque seguía sin entender del todo lo que pasaba.

— ¡No! — Exclamó secamente Tyrande. — No puede ser... —

Añadió en un tono menos hosco.

— No huele a muerto. — Dijo Korialstrasz con su voz estruendosa.

Jarod Shadowsong miraba de soslayo cada vez que Korialstrasz hablaba. Todavía no se había acostumbrado a la presencia del dragón rojo. Puede que aquello, en otro momento, hubiera divertido a Tyrande pero no en las presentes circunstancias. Ella por su parte había aceptado enseguida al leviatán, en especial porque sentía una relación oculta entre Korialstrasz y Krasus. Casi parecían hermanos gemelos.

Pensar en gemelos la hizo bajar la mirada hasta Malfurion.

Krasus andaba arriba y abajo. Ahora parecía mucho más saludable, y la joven sacerdotisa había notado que el efecto se había magnificado al llegar cerca del dragón. Por desgracia, aquella salud no servía de nada a la pálida figura en aquellos momentos ya que parecía tan preocupado como ella por Malfurion... aunque claramente Krasus nunca lo había visto antes de encontrárselo en el templo.

Brox estaba arrodillado frente a Tyrande, con el hacha junto a su palido amigo. El orco tenía la cabeza hundida en el pecho y murmuraba algo que sonaba como una oración.

— La zona estaba cargada de poderosas energías mágicas. —

Murmuraba Krasus para sí mismo

— Podrían haber dispersado partes de su forma onírica hasta los cuatro confines del mundo. Podría ser capaz de recuperarse, pero las posibilidades son... —

El capitán Shadowsong recorrió a los demás con la mirada.

— Perdón por la pregunta impertinente, pero... ¿consiguió al menos lo que pretendía? —

La figura encapuchada se volvió hacia él con expresión seria.

— Al final lo logró. Rezo para que sea suficiente. —

— Deja de hablar así... —

Insistió Tyrande. Se limpió una lágrima del ojo y luego levantó la vista al cielo iluminado por el sol. A pesar del brillo, no apartó la mirada.

— Elune, madre luna, perdona a esta servidora por perturbar tu descanso. No tengo el atrevimiento de pedir que nos lo devuelvas, pero al menos mándanos una señal de su destino. —

Pero ninguna luz gloriosa brilló sobre Malfurion. La luna no se apareció repentinamente para hablarles.

— Quizá sería mejor que lo lleváramos al templo. —

Sugirió el capitán de la guardia.

— Quizá pueda oírnos mejor allí... —

Tyrande no se molestó en responderle.

Krasus se detuvo. Miró fijamente al sur, donde el bosque se hacía más denso.

Entrecerró los ojos y apretó los labios de frustración.

— Sé que estás ahí. —

— Y yo sé lo que tú eres. — Contestó una voz atronadora.

Los árboles más cercanos se fusionaron repentinamente y formaron una figura con el cuerpo parecido al de un ciervo gigante, pero cuyo pecho, brazos y rostro eran más parecidos a los de Tyrande o Jarod Shadowsong.

Cenarius avanzó hacia el grupo con los puños apretados. Él y Krasus se miraron a los ojos durante unos instantes y, luego ambos inclinaron la cabeza en señal de respeto.

El Señor del Bosque fue hasta donde estaba Tyrande con Malfurion. Brox se apartó respetuosamente del camino mientras que el capitán de la guardia se quedó pasmado mirando con la boca abierta.

— Hija de mi querida Elune, tus lágrimas tocan el cielo y la tierra. —

— Lloro por él, mi señor... Uno a quien tú también amabas. —

Cenarius asintió. Inclinó las patas delanteras como arrodillándose y tocó suavemente la frente de Malfurion.

— Es como un hijo para mí, y por eso me alegro de que tenga alguien que lo quiere tanto como tú. —

— He... Hemos sido amigos desde niños. —

El señor del bosque soltó una risita, un sonido que atrajo a pájaros cantores y provocó una refrescante brisa que acarició las mejillas de todo el grupo.

— Sí. He oído tus oraciones a la querida Elune. Las que han sido en voz alta y las que no. —

Tyrande no ocultó su azoramiento.

— Pero todas mis plegarias han sido para nada. —

La expresión del semidiós evidenció una sincera perplejidad.

— ¿Eso pensabas? ¿Y para qué vendría yo entonces? —

Los otros se quedaron helados. La novicia negó con la cabeza.

— No entiendo. —

— Porque todavía eres joven. Espera a llegar a mi edad... —

Y con eso, Cenarius abrió la mano izquierda.

Una luz esmeralda brotó de la palma de su mano. Se quedó flotando a unos pocos centímetros de altura, como si se estuviera orientando.

El semidiós se incorporó para observar a su estudiante.

— Viajaba por el Sueño Esmeralda en busca de respuestas a nuestras terribles preguntas. Buscaba que se podía hacer con esos seguidores de la muerte. —

Una dulce sonrisa cruzó su rostro.

— E imagina mi sorpresa cuando me encontré con un conocido a la deriva... muy aturrido y confundido. ¡Ni siquiera se conocía a sí mismo, y mucho menos a mí! —

Ya la vez que Cenarius acababa, la luz floto hasta Malfurion y se hundió inofensivamente en su cabeza.

Los ojos del elfo de la noche se abrieron.

— ¡Malfurion! —

La voz de Tyrande fue lo primera cosa que percibió Malfurion, y se aferró a ella para usarla como salvavidas. Se izó del abismo de la inconsciencia hacia una luz brillante y reconfortante.

Y cuando abrió los ojos fue para ver a Tyrande bajo el sol de la mañana.

Sorprendentemente, la luz diurna no le molestaba, e incluso pensó que le permitía ver a una Tyrande tan bella que al principio no podía creérselo.

Casi se lo dijo, pero la presencia de los demás hizo que decidiera guardarse sus sentimientos. Se conformó con cogerla de la mano y saludar a los demás.

— El... escudo... — Su voz sonaba como la de una rana. — ¿Ha...? —

— Desaparecido. — Respondió una figura que no era un elfo de la noche.

Malfurion pensó que seguramente sería Krasus.

— Por ahora la Legión Ardiente ha sido contenida... al menos en un sitio. —

Malfurion asintió. Sabía que la guerra no había acabado, que su gente aún se enfrentaba a la aniquilación. Pero eso no desvirtuaba el triunfo de anoche. A pesar de todo, aun había esperanza

— Nos enfrentaremos a ellos. — Prometió Tyrande. — Salvaremos nuestro mundo. —

— Pueden ser derrotados. — Afirmaba Brox mientras agitaba con orgullo el hacha que el joven druida había ayudado a crear—. Eso lo sé.

Krasus se mantuvo pragmático.

— Pueden... pero necesitaremos más ayuda. Necesitaremos a los dragones. —

— ¡Necesitarán más que dragones! — Bramó Cenarius—. ¡Y yo me encargo de eso! — Se apartó de los demás, pero le dedicó una última sonrisa a Malfurion—. Me enorgulleces mi Thero'shan. Mi digno estudiante.

— Gracias, Shan'do. —

Observó cómo el semidiós volvía a fundirse con los árboles.

— ¿Volvemos ya a Suramar? —

Preguntó una figura vestida con un uniforme de capitán de la guardia. Malfurion no lo conocía, pero suponía que los demás tendrían una razón para que estuviera allí.

— Sí. — Dijo Krasus. — Volvemos a Suramar. —

Malfurion se puso en pie con ayuda de Tyrande.

— Pero por poco tiempo. El portal por el que entraban los demonios está destruido, pero a diferencia del escudo, los Altonatos pueden reconstruirlo fácilmente. Me temo que vendrán más. —

Nadie lo discutió, aunque a él le hubiera gustado que lo hicieran. Malfurion miró en dirección a Zin-Azshari. Un mal terrible había venido a su tierra, uno que había que detener antes de que pudiera arrasarlo todo a su paso. Él había ayudado en gran medida a detener el avance inicial de la Legión Ardiente y, por razones que no podía explicar, no dudaba de que recaía en sus hombros la tarea de ayudar a impedir que los demonios destruyeran su amada Kalimdor.

Solo rezaba para estar listo para enfrentarse a ellos cuando llegara la hora..., pues de lo contrario no sólo Kalimdor, sino todo el mundo, se enfrentaría a la aniquilación.

CONTINUARÁ EN:

WARCRAFT – LA GUERRA DE LOS ANCESTROS

PARTE DOS

EL ALMA DEMONÍACA

SOBRE NOSOTROS

Richard A. Knaak es el autor de las 26 novelas de fantasía más vendidas del New York Times y más de una docena cortos, incluyendo La Legenda de Huma y La Noche de Sangre para Dragonlance y El Dia del Dragón para Warcraft. También he escrito la serie popular Dragonrealm y varias piezas independientes. Sus trabajos han sido publicados en varios idiomas, más recientemente ruso, turco,

Chino, checo, alemán y español. También ha adaptado el Manga Coreano, Ragnarok, publicado por Tokyopop, para el público estadounidense y supervisará el nuevo Manga de WarCraft, cuyo primer volumen saldrá al mismo tiempo que El Pozo de la Eternidad. Además del segundo volumen de LA GUERRA DE LOS ANTIGUOS: EL ALMA DEL DEMONIO, el autor está trabajando en el Imperio de Sangre el último libro de su trilogía epica de Dragonlance, Las Guerras de los Minotauros. Los trabajos futuros incluyen LA LEGIÓN ARDIENTE -la conclusión a la trilogía de Warcraft- y una tercera novela de Diablo. Su más reciente tapa dura, Mareas de Sangre, la secuela de NIGHT, acaba de ser lanzado por Wizards of the Coast.

Traduciendo a Blizzard (ex - El Eremita Troll/El Enano Expedicionario) es un sitio de traducción de novelas de Warcraft y las demás franquicias de Blizzard Entertainment. Una traducción humilde, casera y gratuita hecha con mucha dedicación y esfuerzo para la comunidad. A lo largo de todo este camino no estuve solo, y mucha gente apoyó con ideas, y traducción. Nombrarlos a todos es imposible y aunque algunos ya no están en el equipo, un millón de gracias por estar acá y aportar. Tambien gracias a la comunidad que estuvo expectante tanto tiempo esperando que saliera un capitulo. Es por ustedes este libro y las siguientes novelas y comics que aparecerán más adelante.

MUCHAS GRACIAS ☺

Para más de Warcraft, Visita:

<https://traduciendoblizzard.wordpress.com/>